

GONAN DOYLE
—
MIGUEL
CLARKE

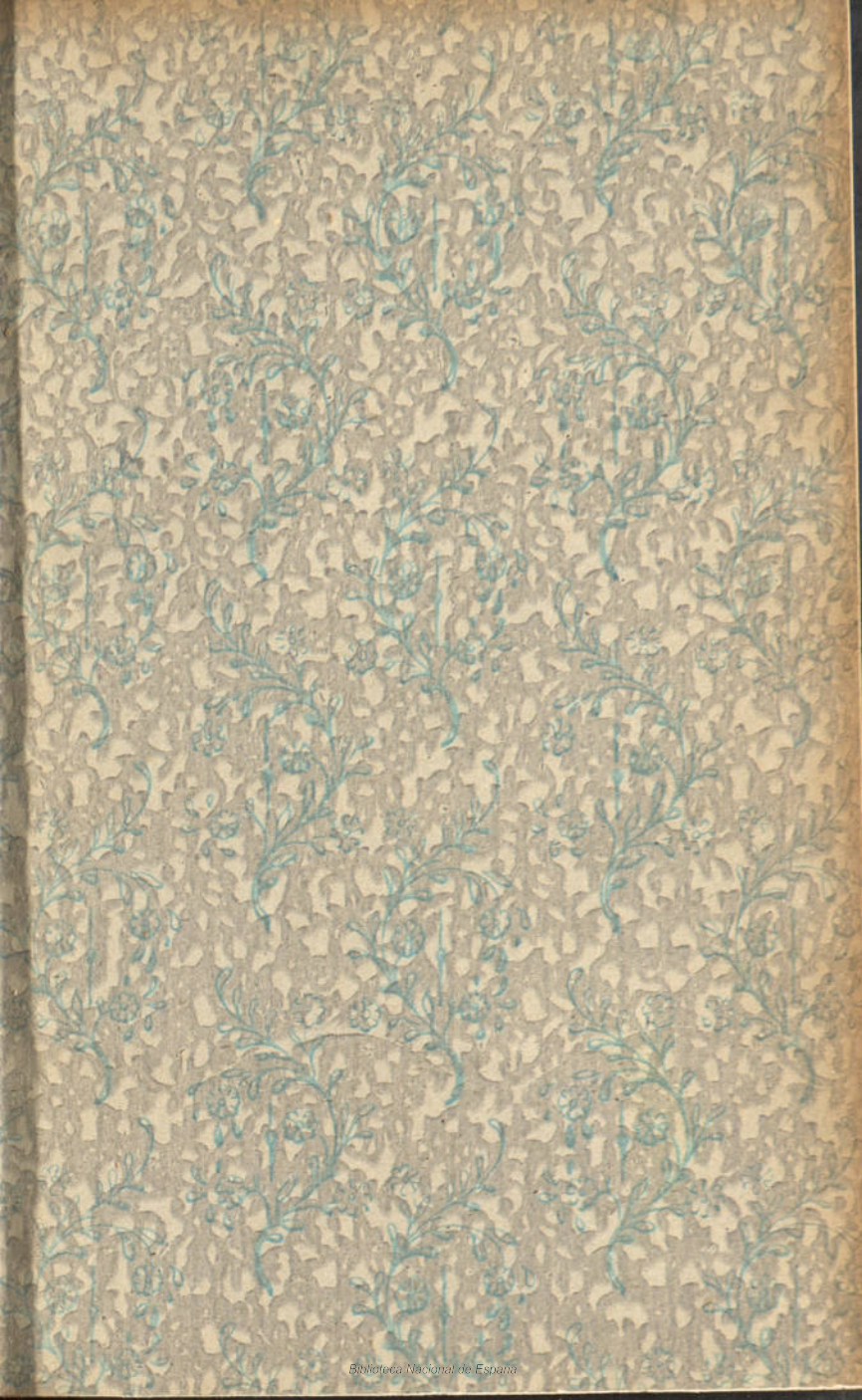
1

1
73467



1

73.467



75



A. CONAN DOYLE

MIGUEL CLARKE

6 (TOMO I)



Casa editorial Sopena, Provenza, 93, 95 y 97.—BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

MIGUEL CLARKE

TOMO I

42743

A. CONAN DOYLE

MIGUEL CLARKE

TRADUCCIÓN DE J. MATEOS

TOMO I



BARCELONA.

CASA EDITORIAL SOPENA

PROVENZA, 93, 95 y 97

Derechos reservados.

R. Sopena, impresor-editor, Provenza, 93, 95 y 97.—Barcelona

INDICE

	Págs.
I.—De quién fué el alférez José Clarke de «Los Ironsides»	7
II.—De cómo fui al colegio y salí de él.	21
III.—En que se trata de dos amigos de mi juventud.	39
IV.—Del extraño pez que sacamos en Spithead.	46
V.—Sobre el hombre de los párpados caídos.	57
VI.—De la carta que vino de los Países Bajos.	66
VII.—Del jinete llegado del Oeste.	85
VIII.—En que se relata cómo partimos para la guerra.	95
IX.—De un paso de armas en el «Jabalí Azul».	112
X.—De nuestra peligrosa aventura en Los Llanos.	122
XI.—Que trata del solitario y del cofre de oro.	142
XII.—De algunos lances que nos ocurrieron en el Páramo.	157
XIII.—De sir Gervasio Jerónimo, caballero con bandera, del condado de Surrey.	172
XIV.—Del patitieso párroco y de su grey.	190
XV.—De nuestra refriega con los dragones del rey.	202
XVI.—De nuestra llegada á Taunton.	220
XVII.—De la parada y reunión celebradas en la plaza.	231
XVIII.—Del señor Esteban Timewell, alcalde corregidor de Taunton.	246
XIX.—De una camorra nocturna.	277
XX.—En que se describe la revista de las fuerzas del Oeste.	294
APÉNDICE,	311

MIGUEL CLARKE

SU RELATO

I

DE QUIÉN FUÉ EL ALFÉREZ JOSÉ CLARKE DE
«LOS IRONSIDES» (1)

Tal vez, mis queridos nietos, me hayáis oído contar, cuándo en esta ocasión, cuándo en aquélla, casi todos los incidentes de mi azarosa vida. Al menos, á vuestro padre y madre sé que todos ellos les son familiares. Sin embargo, cuando considero que el tiempo se va pasando sin sentirlo, y que al apuntar las canas suele flaquear la memoria, me confirmo en la idea de aprovechar estas largas veladas de invierno para exponeros mi historia desde el principio, de modo que la conozcáis en todos sus pormenores y podáis transmitirla á los que han de venir después de vosotros. Porque ahora que está sólidamente establecida en el trono la casa de Brunswick, y que reina la paz en el país, ha de llegar á seros más difícil, de año en año, comprender los sentimientos, tan distintos de los de hoy, que animaban á los hombres cuando los ingleses guerreaban

(1) Nombre dado á los soldados de caballería de Cromwell, los cuales formaron un regimiento de igual denominación y que gozó fama de irresistible.

unos con otros, y el que debió servir á sus súbditos de amparo y egida no pensaba más que en obligarlos á aceptar lo que más aborrecían y detestaban.

Mi historia es tal, que podéis muy bien guardarla en vuestra memoria y referirla á otros, porque no es probable que en todo este condado de Hampshire, ni aun quizá en toda Inglaterra, haya persona alguna, distinta de vuestro abuelo, que pueda hablar de estos sucesos con mayor conocimiento de causa, adquirido por experiencia propia, ó que haya desempeñado en ellos un papel tan importante y activo. Trataré de presentaros sobriamente y con el orden debido todo cuanto sé. He de procurar en beneficio vuestro traer de nuevo á la vida á muchos hombres que dejaron de existir, y evocar, de entre las nieblas de lo pasado, aquellas escenas tan animadas en su desarrollo, y que parecen tan insubstanciales y pesadas en las páginas de los dignos escritores que han acometido la tarea de describirlas. Acaso mis palabras lleguen á sonar en los oídos de personas extrañas á charla desocupada de un viejo. Mas para vosotros que sabéis que estos ojos que os están contemplando, contemplaron también los sucesos que refiero, y que esta mano ha peleado por la buena causa, no dudo que ha de ser otra cosa muy distinta. Grabad en vuestro ánimo, al paso que escucháis mi relación, que por vuestra causa tanto como por la nuestra peleamos entonces, y que si ahora creéis con la esperanza de ser hombres libres en un país de libertad, con el privilegio de pensar y orar conforme os dicte vuestra conciencia, podéis dar gracias á Dios de estar recogiendo la cosecha que vuestros padres sembraron con sangre y sufrimientos, cuando los Estuardos ocupaban el trono.

El que os habla en estos momentos nació en el año 1664, en Havant, aldea floreciente situada á pocas millas de Portsmouth, no lejos del camino real de Londres, y allí fué donde pasó la mayor parte de

su juventud. Esa aldea es hoy, como era entonces, un sitio agradable y sano, con un centenar ó más de casitas de ladrillo, diseminadas á lo largo de una sola calle irregular, cada una con su jardincito enfrente, y tal vez uno ó dos árboles frutales detrás. En medio de ella se alzaba la vieja iglesia con su torre cuadrada y el gran cuadrante solar que parecía una arruga de su rostro gris, ennegrecido por el tiempo. En las cercanías tenían su capilla los presbiterianos ; pero, cuando se aprobó el Acta de Uniformidad, por la que fué arrojado de la iglesia nacional de Inglaterra un considerable número de sacerdotes, maestre Breckinridge, cuyos discursos habían atraído frecuentemente numeroso auditorio á sus toscos bancos, mientras permanecían desiertos los cómodos escaños de la iglesia, fué metido en la cárcel, con lo que se dispersó su grey. Por lo que hace á los *Independientes* (1), en cuyo número se contaba mi padre, también estaban comprendidos en la proscripción de la ley, mas no por eso dejaron de asistir al conventículo de Emswort, á donde trabajosamente nos encaminábamos, lloviera ó hiciera sol, todos los sábados por la mañana. Más de una vez fueron disueltas esas reuniones ; pero la congregación se componía de personas tan inofensivas, y tan amadas y respetadas del vecindario, que los agentes de policía llegaron con el tiempo á olvidarse de ellas, dejándolas que practicaran el culto á su modo. También entre nosotros había algunos católicos, los cuales se vieron en la necesidad de ir hasta Portsmouth para oír su misa. De este modo, como veis, con ser tan pequeña nuestra aldea, formábamos una excelente miniatura del país entero, pues teníamos nuestras sectas y facciones, que luchaban entre sí con tanto mayor encono, cuanto

(1) Así se llamó en Inglaterra á los que en asuntos eclesiásticos defendían la independencia de las diversas congregaciones.

más confinado y estrecho era el círculo en que se movían.

Mi padre, José Clarke, era más conocido en la región por el nombre de Pepe *el Ironside*, á causa de haber servido en su juventud en el famoso regimiento de caballería de Oliverio Cromwell, formado con tropas de Yaxley; y había predicado tan fervorosamente y peleado con tal denuedo, que el mismo excelente Noll — como solían designar á Cromwell familiarmente — le sacó de la categoría de soldado raso después de la batalla de Dunbar, y le elevó al grado de alférez. Ocurrió, empero, que, habiendo entrado poco tiempo después en una disputa con cierto subordinado suyo, acerca del misterio de la Trinidad, el hombre, que era un fanático medio loco, cruzó á mi padre el rostro de un bofetón; obsequio que mi padre pagó con una estocada, que envió á su adversario al otro mundo á dar fe, en persona, de la verdad de sus creencias. En la mayoría de los ejércitos del mundo se hubiera reconocido que mi padre estuvo en su perfecto derecho al castigar en el acto tan brutal insubordinación; pero los soldados de Cromwell tenían un concepto muy elevado de su importancia y privilegios, y llevaron á mal aquella justicia sumarísima ejecutada en su compañero. Formóse á mi padre consejo de guerra, y probablemente hubiera sido sacrificado, como víctima expiatoria, para aplacar el furor de la soldadesca, á no haber intervenido el *Lord Protector* (1) y limitado el castigo á la expulsión del ejército. Así, pues, el alférez Clarke fué despojado de su coselete de ante y casco de acero, después de lo cual anduvo vagando de un punto á otro hasta llegar á Havant, donde se dedicó al negocio de curtidos y venta de cueros, privando así al Parlamento del soldado más leal que jamás había desnudado espada en su servicio. Viendo que prosperaba

(1) Cromwell.

en su nueva profesión, tomó por mujer á María Sheps-tone, joven anglicana, y el primer fruto de su unión fuí yo, Miguel Clarke.

Mi padre, según me le presentan mis recuerdos más remotos, era alto y derecho, de hombros muy anchos y pecho robusto. Su cara era angulosa y seria, de facciones ásperas y salientes, barba hirsuta, cejas peludas y colgantes, nariz carnosa de amplias ventanas y boca de labios gruesos, que se apretaban y quedaban inmóviles cuando estaba enfadado. Tenía ojos pardos de mirada penetrante y marcial; sin embargo, yo los vi pestañear alguna vez, iluminados por un rayo de bondad y de alegría. No he oído en mi vida una voz más tremenda é imponente que la suya, y bien puedo creer lo que he oído, y es que, cuando en la batalla de Dunbar rompió mi padre á cantar el salmo C, mientras cargaba contra los *gorros azules*, como llamaban á los soldados escoceses, el torrente de su voz ahogó el agudo clamoreo de las trompetas y el estampido de los cañones, á modo del profundo mugido del romper del oleaje. Con todo, aunque poseía todas las prendas necesarias para desempeñar el distinguido empleo de oficial, renunció á sus hábitos militares al volver á la vida civil. Habiendo prosperado y adquirido importantes riquezas con su negocio, podía muy bien haberse permitido el lujo de usar espada, á fuer de caballero; pero, en lugar de eso, se limitó á llevar colgada al cinto, donde los demás hombres solían sujetar sus armas, un pequeño ejemplar de la Biblia. Sobrio y mesurado en el hablar, rara vez traía á cuento, ni siquiera en el seno de su familia, los episodios en que había intervenido ni los grandes hombres como Fleetwood y Harrison, Blake é Ireton, Desborough y Lambert, con quienes se había codeado, y de los que algunos eran soldados rasos como él, al estallar los disturbios. Distinguíase además mi padre por su frugalidad en el comer y su moderación en la bebida, no permi-

tiéndose otros regalos que tres pipas al día de un tabaco especial, que guardaba siempre en un tarro de color pardusco, junto al sillón de madera y sobre el tablero de la chimenea al lado izquierdo del fogón.

Mas, á pesar de todo su comedimiento, la vieja levadura dejaba en ocasiones sentir en él los efectos de su fermentación, dando lugar á arrebatos que sus enemigos hubieran llamado de fanatismo y sus amigos de piedad, aunque sea preciso reconocer que esa piedad era muy propensa á revestir una forma feroz é impetuosa. Al volver los ojos á lo pasado, surgen entre mis recuerdos uno ó dos casos con tal viveza y claridad, que más bien se me presentan como escenas del último drama á que he asistido que como reminiscencias de mi niñez, relativas á hechos que pasaron hace más de sesenta años, cuando se sentaba en el trono Carlos II.

El primero de esos incidentes ocurrió siendo yo tan joven, que no me es dable recordar los sucesos anteriores y posteriores al mismo, y se ha conservado en el fondo de mi espíritu, mientras otras muchas cosas han desaparecido enteramente. Una bochornosa tarde de verano estábamos todos en casa, cuando de pronto oímos ruido de tambores y estrépito de caballería que hicieron salir á la puerta á mi padre y á mi madre, llevándome ésta en brazos para que pudiera ver mejor el espectáculo. Era un regimiento que marchaba de Chichester á Portsmouth, con música y banderas desplegadas, ofreciendo el cuadro más rico de color y de vida en que jamás se habían posado mis ojos. ¡ Con qué asombro y admiración contemplé los lucientes é inquietos caballos, los cascos de acero, los sombreros de los oficiales adornados de elegantes airones, los cintos y bandoleras. Yo pensé que jamás se hubiera visto una cabalgata tan bizarra como aquélla, y sin poderme contener comencé á palmotear y dar gritos de alegría. Sonrió mi padre gra-

vemente, y tomándome de los brazos de mi madre, dijo :

—No es para tanto, chicuelo ; como hijo de soldado que eres, deberías tener discernimiento suficiente para no entusiasmarte á vista de esa gentualla. ¿No ves, aunque seas un niño, que sus armas están descuidadas, sus estribos llenos de orín y sus filas sin orden ni concierto? Además, tampoco han sabido enviar un escuadrón de avanzada, como debería hacerse aun en tiempo de paz, y su retaguardia anda desparramada desde aquí hasta Bedhampton.

¡ Eh!—continuó, extendiendo de pronto su brazo hacia los soldados y dirigiéndose á ellos,—sois como mies en sazón para el dalle, y que sólo aguarda el brazo de los segadores.

Varios jinetes refrenaron sus caballos, deteniéndolos al oír esta súbita andanada.

—¡ Dale á ese bergante, Juan ! ¡ Dale á ese perro desorejado ! ¡ En la cholla para que no cojee!—dijo uno de los soldados hablando con su compañero, mientras hacía girar en redondo á su caballo.

Pero debió descubrir en el semblante de mi padre algo que le impelió á volver las riendas é incorporarse nuevamente á las filas sin haber realizado su propósito. El regimiento siguió su rumorosa marcha, y mi madre apoyó sus delicadas manos en el brazo de mi padre y aquietó con sus amables zalamerías el demonio de la ira que se había despertado en él.

En otra ocasión de las que puedo recordar, cuando ya contaba mis diez y siete ó diez y ocho años, la cólera de mi padre estalló con resultados más graves. Una tarde de primavera estaba yo jugando cerca de él, mientras trabajaba en el terreno cercado donde teníamos la fábrica de curtidos, cuando entraron por la puerta, que estaba abierta, dos caballeros respetables, dándose aires de grandes señores, con levitas adornadas de guarniciones de oro y sombreros de tres picos que lucían al lado elegantes esca-

rapelas. Eran, según supe después, oficiales de la armada que pasaban por Havant, y viéndonos trabajar en la tenería, resolvieron hacernos algunas preguntas sobre el camino que debían tomar. El más joven de los dos se acercó á mi padre y comenzó á despotricar un turbión de palabrotas que me sonaron á chino puro. Al presente sé bien que eran una sarta de juramentos, como los que suelen andar en boca de los marinos, por más que nunca he llegado á comprender por qué razón hombres que están en gravísimo peligro de comparecer ante Dios han de salirse de sus casillas, para insultarle. Mi padre, con voz áspera y severa, le pidió que hablara con más reverencia de las cosas santas; á lo que replicaron los dos soltando á un tiempo la lengua para desahogarse con blasfemias diez veces más sacrílegas que las anteriores, y llamando á mi padre villano, hipócrita y presbiteriano insolente de cara santurrona. No sé qué otra cosa debieron añadir, para que mi padre tomara un gran rodillo con que suavizaba el cuero, y lanzándose, diera con él en la cabeza de uno de ellos tan violento golpe, que á no ser por el duro paño de su sombrero, el hombre no habría vuelto á proferir jamás otra blasfemia. Así y todo, cayó como un tronco sobre las piedras del sitio donde tendíamos nuestros curtidos, mientras el otro desenvainó su espada y tiró á mi padre una estocada mal dirigida; pero el autor de mis días, que era tan ágil como fuerte, dió un salto y, apoderándose de su garrote, descargó sobre el brazo tendido del oficial un palo que se le rompió, como si fuera el mango de una pipa de fumar. No fué escaso el ruido que metió este suceso, porque precisamente ocurrió en una época en que los archi-embusteros Oates, Bedloe y Carstairs andaban perturbando la tranquilidad pública con sus rumores de complots; y, al mismo tiempo, en todo el país se esperaba un levantamiento de cualquier clase. A los pocos días, se

contaba en todo Hampshire el hecho del malhumorado curtidor de Havant, que había roto la cabeza y el brazo á dos servidores de Su Majestad. Abierta una información judicial sobre el caso, resultó que no había indicios del crimen de traición ; y como los oficiales confesaron que la contienda surgió por ellos, los jueces se contentaron con imponer á mi padre una multa, encargándole, además, que se guardara de meterse con nadie en un período de seis meses.

Os refiero estos incidentes para que tengáis idea de la vehemencia y ferocidad que acompañaban á los sentimientos religiosos, no sólo de vuestro antepasado, sino de la mayoría de los que se habían formado en las filas de los ejércitos parlamentarios. Por muchos conceptos, más bien parecían sarracenos, fanáticos partidarios de la propaganda de su fe á sangre y fuego, que discípulos del Evangelio. No puede, sin embargo, negárseles el mérito de haber llevado, en su mayoría, una vida pura y recomendable, porque cumplieron rígidamente las leyes que querían imponer á los demás con la punta de la espada. Verdad es que entre esta mayoría no faltaron algunos cuya piedad servía de escudo á su ambición y también hubo otros que practicaban en secreto lo mismo que condenaban en público ; pero sabido es que ninguna causa, por excelente que sea, está libre de padecer la plaga de semejantes parásitos de la hipocresía. Que la mayor parte de los santos, como ellos se apellidaban, fueron hombres de vida sobria y temerosa de Dios, puede evidenciarse por el hecho de que, después de disolverse el ejército de la República, los antiguos soldados acudieron en tropel á dedicarse á los negocios y oficios en el país entero, haciéndose notar en todas partes por su laboriosidad y digno comportamiento. Muchas de las casas de negocios que hoy disfrutan en Inglaterra de envidiable prosperidad, deben su origen al espíritu de economía

y honradez de algún sencillo piquero de Iretón ó de Cromwell.

Pero, á fin de ayudaros á comprender el genio de vuestro bisabuelo, voy á contaros un incidente, donde se demuestra el fervor y sinceridad de las emociones generadoras de las violentas manifestaciones que os he descrito anteriormente. Andaba yo cerca de cumplir los doce años; mis hermanos Oseas y Efraín, contaban, respectivamente, nueve y siete, mientras la pequeña Rut apenas pasaba de los cuatro. Pocos días antes, se había hospedado en nuestra casa cierto predicador ambulante que pertenecía á la secta de los llamados *Independientes*, y sus servicios religiosos habían puesto á mi padre caviloso y en un estado de gran excitación. Una noche me había ido á la cama, como de costumbre, y estaba profundamente dormido al lado de mis dos hermanos, cuando se nos despertó mandándonos bajar á las habitaciones de la planta baja de la casa. Arrebujados en nuestras ropas, seguimos á mi padre á la cocina, donde mi madre, pálida y asustada, estaba sentada, teniendo á Rut sobre sus rodillas.

—Poneos á mi alrededor, hijos míos—dijo con voz grave y reverente,—para que podamos comparecer juntos ante el trono del Altísimo. El reino de Dios se acerca; disponeos á recibir al Todopoderoso. Esta misma noche, amados míos, le veréis en todo su esplendor, con los ángeles y arcángeles que forman el trono de su poder y de su gloria. Vendrá á la tercera hora, á esa misma hora tercera que está á punto de sonar.

—José querido—repuso mi madre dulcemente,—te estás atormentando á ti mismo y sobresaltando á tus hijos sin provecho. Si verdaderamente ha de venir el Hijo del Hombre, ¿qué importa que nos sorprenda de pie ó en la cama?

—¡Calma, mujer!—replicó mi padre con seriedad;—¿no ha dicho El mismo que vendrá como la-

drón en las tinieblas de la noche, y que debemos estar preparados para recibirle? Acompáñame, pues, en mis piadosas jaculatorias para que nos halle adornados del vestido nupcial. Démosle gracias por haberse dignado generosamente avisarnos por medio de su siervo. ¡Oh, Señor, volved los ojos á esta pequeña grey y conducidla á vuestro aprisco! ¡No mezcléis el trigo, aunque sea escaso, con las abundantes glumas del mundo! ¡Oh, Padre misericordioso, mirad benignamente á mi esposa y perdonadla el pecado de *Erastianismo* (1), ya que no es más que una débil mujer, sin energías para sacudir el yugo del Antecristo, en que ha nacido! Y también á estos mis pequeñuelos, Miguel y Oseas, Efraín y Rut, que todos llevan nombres de fieles siervos vuestros de la Antigua Ley, ¡dignaos colocarlos esta noche á vuestra diestra!

De este modo continuó dando suelta á un torrente de fervorosas plegarias, y retorciéndose postrado en el suelo con la vehemencia de su devoción, mientras nosotros, pobres criaturas, temblando de miedo, y acurrucados en las faldas de nuestra madre contemplábamos con terror las contorsiones de la figura que aparecía medio iluminada por el vacilante resplandor de una pobre lámpara de aceite. De pronto, una campanada del reloj de la nueva iglesia anunció que la hora había llegado. Levantóse mi padre del suelo en un instante y lanzándose á la ventana, clavó sus ojos con expresión de ansiosa esperanza en el cielo estrellado. Bien fuera porque en su excitado cerebro surgió alguna extraña visión, ó porque el choque del dolor que le causó ver defraudadas sus esperanzas le pusiera fuera de sí, lo cierto es que levantó sus brazos en alto, lanzó un grito ronco y cayó de espaldas sobre el piso, echando espumarajos por la boca, mientras un temblor general sacudía to-

(1) Dominio de la Iglesia por el Estado.

dos sus miembros. Por espacio de una hora ó más, mi pobre madre y yo hicimos cuanto estaba en nuestra mano para aliviarle, mientras los niños lloriqueaban en un rincón, hasta que al fin mi padre se puso lentamente de pie y, con palabras breves y entrecortadas, mandó que nos retirásemos á nuestras habitaciones. Desde entonces, nunca le oí aludir á este incidente, ni nos dió nunca las razones que tenía para haber esperado con tanta confianza la segunda venida, precisamente aquella misma noche. Después acá, sin embargo, he sabido que nuestro visitante, el predicador, pertenecía á la secta llamada en aquel tiempo «los hombres de la quinta monarquía», la cual estaba formada por puritanos, que esperaban el establecimiento de un nuevo reinado de Cristo en la tierra, después de las cuatro grandes monarquías del Antecristo, profetizadas por Daniel. No me cabe la menor duda de que algo de lo dicho por el predicador había metido á mi padre en la cabeza semejante pensamiento, y su violenta condición hizo lo demás.

Baste con lo dicho por lo que atañe á vuestro bisabuelo *José el Ironside*. Me ha parecido más conveniente narraros los anteriores episodios, porque si hemos de creer al principio de que las obras hablan mejor que las palabras, echo de ver que para pintar el genio y condición de cualquier hombre, lo mejor es presentar ejemplos en que se refleje su carácter, en lugar de emplear los términos corrientes y generales. Si yo hubiera dicho que era un hombre fanático por su religión y sujeto á padecer extraños arrebatos de piedad, las palabras tal vez os hubieran causado escasa impresión; pero al referiros, como lo he hecho, su arremetida contra los oficiales de la Armada en la tenería, y el modo cómo nos llamó en el silencio de la noche para aguardar la segunda venida, podéis juzgar por vosotros mismos de los excesos á que le llevaría su fe. Por lo demás, vuestro abuelo era un excelente negociante, honrado y

hasta generoso en sus tratos, respetado por todos y amado de muy contadas personas, porque su natural era tan poco expansivo, que no admitía muchas afecciones. Para nosotros fué un padre severo y rígido, que nos castigó duramente por todo lo que creyó que nuestro comportamiento dejaba que desear. Tenía gran caudal de proverbios por el estilo de los siguientes: «Llenad al niño ó al muchacho el papo, y no sabrán dar ni recibir un sopapo»; ó «los hijos son cuidados ciertos, y alivios inciertos», con los que intentaba moderar los impulsos excesivamente tiernos de mi madre. No podía sufrir que nos entretuviéramos en la pradera con juegos de trampas, ni que saltáramos con otros niños bailando, los sábados por la noche. Por lo que se refiere á mi madre, que era un alma de Dios—¡madre querida!—su pacífica y dulce influencia fué la que apartó á mi padre de sus excesos y suavizó el austero rigor de su gobierno. Raras veces, por cierto, dejaron de devolver la calma á su espíritu, cuando estuvo dominado por sus accesos más sombríos, el contacto cariñoso de su mano ó el blando acento de su voz. Descendía de una familia ligada á la Iglesia oficial y se mantuvo fiel á su religión con una firmeza serena, capaz de resistir todas las tentativas que se hicieron para moverla á que la abandonara. Supongo que en algún tiempo su marido había discutido mucho con ella sobre la doctrina del arminianismo, que negaba la predestinación absoluta, de Calvino, y la gracia irresistible, así como acerca del pecado de simonía; pero en vista de que sus exhortaciones de nada servían, debió de resolver no tratar más del asunto, á no ser en muy contadas ocasiones. A pesar de la firmeza con que profesaba mi madre el episcopismo, es decir, el gobierno de la Iglesia y su dirección por los obispos, permaneció fiel al partido de los *whigs* (1), y nunca consin-

(1) Liberales.

tió que su lealtad al trono la alucinara hasta el punto de no ver cómo se portaba el monarca que se sentaba en él.

Hace cincuenta años, casi todas las mujeres inglesas eran buenas amas de casa, pero mi madre sobresalía entre las mejores. Al ver sus immaculados puños y su bata blanca como la nieve, apenas se podría creer que trabajara tan rudamente en las faenas domésticas. Donde aparecía de relieve su constante laboriosidad era en el orden que reinaba en los muebles y en la limpieza esmeradísima de todas las habitaciones. Sabía hacer ungüentos y colirios, cosméticos y confituras, cordiales y bebidas tónicas, agua de azahar y aguardiente de cerezas, cada cosa en su tiempo, y todo de la mejor calidad. También era muy entendida en hierbas y simples. Los aldeanos y labriegos hubieran preferido sus recetas en muchas ocasiones á las del doctor Jaime de Purbrook, que nunca preparó una pócima sino mediante una pieza de plata de cinco chelines. En toda la región no hubo mujer más justamente respetada y estimada que mi madre, lo mismo por los grandes que por los pequeños, y tanto por los que gozaban de una posición más elevada como por los más pobres.

Tales fueron mis padres, conforme á los recuerdos de la niñez, que de ellos conservo. Por lo que á mi persona atañe, dejaré que el relato de mi vida explique el desenvolvimiento de mis condiciones naturales. Mis hermanos y mi hermana eran todos de color moreno, robustos aldeanitos, sin rasgos típicos, fuera de una afición desapoderada á las travesuras, reprimida por el temor que tenían á su padre. Ellos y Marta, la criada, formaron el círculo de nuestra familia durante los primeros años de la vida y el período en que el alma dócil del niño se transforma en el ánimo asentado del hombre. Reservaré para una futura sesión referiros de qué modo se dejaron sentir en mí sus influencias; y si os canso recordándolas,

no debéis olvidar que os refiero estas cosas, más bien para que os aprovechéis de ellas que para entreteneiros, y que deseo ayudaros en el camino de la vida, haciéndoos ver cómo lo ha seguido otro antes que vosotros.

II

DE CÓMO FUÍ AL COLEGIO Y SALÍ DE ÉL

Merced á las influencias domésticas de que os he hablado, fácilmente podréis concebir que mi tierno espíritu había de inclinarse á dar importancia al asunto de la religión, tanto más, cuanto á ello contribuían las diferentes opiniones de mi padre y de mi madre sobre el particular. El antiguo soldado puritano sostenía que la Biblia contiene por sí sola todas las cosas esenciales para salvarse; y que tal vez convenga que las personas dotadas de sabiduría y elocuencia expongan las escrituras á sus hermanos; pero que de ningún modo era necesario, sino más bien perjudicial y degradante admitir una corporación organizada de ministros ó de obispos que pretendieran gozar de especiales prerrogativas y se atribuyeran el papel de mediadores entre la criatura y el Criador. Porque mi padre sentía el más profundo desprecio á los ricos dignatarios de la Iglesia, que se hacían llevar en espléndidos carruajes á sus catedrales, para predicar las doctrinas de Jesús, que recorrió las regiones de Galilea á pie y sin otro vehículo ni regalo que el de sus sandalias. Y no trataba con mayor benignidad á los miembros más pobres del clero que hacían la vista gorda á los vicios de sus protectores, con la mira de obtener un asiento en su mesa; y que eran capaces de pasar una noche entera entre profanidades y regalos, á trueque de no marcharse sin haber saboreado las golosinas de última hora y los licores exquisitos. A mi padre se le hacía imposible creer

que tales hombres representaran la verdad religiosa, y ni siquiera hubiera dado su adhesión á la forma de gobierno de la Iglesia, preferida por los presbiterianos, y según la cual, los asuntos eclesiásticos habrían de estar dirigidos por un concilio general de los ministros. A su juicio, todos los hombres eran iguales ante Dios, y ninguno tenía derecho á reclamar preferencia alguna sobre su prójimo en materia de religión. La Biblia se había escrito para todos, y todos podían leerla igualmente, con tal que sus almas estuvieran ilustradas por el Espíritu Santo.

Mi madre, por otra parte, defendía que la verdadera esencia de la Iglesia consistía en tener una jerarquía y un gobierno compuesto de jurisdicciones subordinadas dentro de ella, con el rey en el puesto más alto, los arzobispos debajo del monarca, los obispos dirigidos por los anteriores, y así sucesivamente hasta los ministros y el pueblo ordinario. Tal era, en su sentir, la Iglesia establecida en un principio, y ninguna religión que careciera de tales caracteres podía pretender el derecho de ser la verdadera. Para ella, el ritual tenía tanta importancia como los mandamientos de la ley de Dios; y si se permitía á todo negociante ó cultivador inventar oraciones y modificar los ritos en la forma que su imaginación le sugiriera, sería imposible conservar la pureza del credo cristiano. Admitía que la religión se funda en la Biblia, pero también que ésta contenía muchos pasajes oscuros, y mientras esa obscuridad no fuera aclarada por un siervo de Dios debidamente elegido y consagrado, por un descendiente en línea recta de los discípulos del Salvador, toda la sabiduría humana sería inútil para interpretarla rectamente. Tal era el modo de ver de mi madre; y ni argumentos ni exhortaciones bastaban para disuadirla de sus opiniones. El único punto de fe en que mis padres estaban de acuerdo era en su ardiente aversión á las formas culturales del catolicismo romano; en lo cual la mu-

jer anglicana era en absoluto tan resuelta como el marido en su condición de independiente fanático.

Quizá os parezca extraño, en estos días de tolerancia, que los católicos fueran objeto de tan universal malevolencia durante sucesivas generaciones en Inglaterra. Hoy en día reconocemos que no hay entre nosotros ciudadanos más útiles y leales que nuestros hermanos adeptos á la Iglesia de Roma; y de tanta consideración goza Alejandro Pope ó cualquier otro católico ilustre como la disfrutó Guillermo Penn, con su cuaquerismo en el reinado de Jacobo. Apenas podemos creer que nobles como lord Strafford, eclesiásticos como el arzobispo Plunkett, y miembros de la Cámara de los Comunes como Langhorne y Pickering, fueran conducidos al suplicio acusados por hombres de los más viles instintos, sin que se levantara una voz en favor suyo; ni cómo pudo considerarse acto patriótico por parte de un protestante inglés llevar debajo de su manto una maza reforzada con plomo, como amenazador emblema contra sus inocentes prójimos que diferían de él en punto de doctrina. Todo eso fué una prolongada locura que al presente ha pasado para no volver, ó, al menos, se presenta en una forma más suave y menos frecuente.

Por más insensato que parezca semejante modo de proceder, hubo algunas razones sólidas que lo explican, cuando no lo disculpan. Sin duda habéis leído que un siglo antes de nacer yo, el gran reino de España campeaba sobre todos los otros por su incomparable prosperidad. Sus navíos cubrían todos los mares, sus tropas lograban victoria donde quiera que aparecían, y tanto en letras como en erudición, en las artes todas de la paz y en las de la guerra, España era la primera nación de Europa. También tenéis noticia de la enemiga y encono que existía entre esta gran nación y nosotros; y de cómo nuestros piratas asolaban sus posesiones del otro lado del Atlán-

tico, replicando ellos con quemar á todos los marinos ingleses que pudieron entregar á su diabólica Inquisición, y amenazando nuestras costas así desde Cádiz como desde sus provincias de los Países Bajos. Al fin, se encendió de tal modo el odio entre ambos países, que los demás Estados de Europa se mantuvieron á la expectativa, aunque ayudando secretamente á uno ú otro de los contendientes conforme lo pedían sus intereses particulares, mientras se peleaba la batalla entre España é Inglaterra. En toda esta campaña, Felipe II se ufano de representar el papel de emisario del Papa y vengador de la perseguida Iglesia de Roma. Verdad es que lord Howard y muchos otros grandes personajes que profesaban la antigua religión, pelearon denodadamente contra los españoles; pero el pueblo no pudo olvidar jamás que la fe reformada había sido la bandera que le había guiado en sus conquistas y que la bendición del Pontífice se había puesto de parte de sus adversarios. Vino luego la cruel é insensata tentativa de María, que se empeñó en imponer á Inglaterra un credo que no le era simpático por lo mismo que le invocaba otra gran potencia católica para amenazar nuestra libertad desde el Continente. El creciente poderío de Francia fomentó la desconfianza y recelo con que era mirado en Inglaterra el catolicismo; y ese poder llegó á su apogeo cuando, por la época á que me refiero, Luis XIV nos amenazó con una invasión precisamente al revocar el edicto de Nantes, dando prueba de su intolerante espíritu para con la fe que á nosotros nos era tan cara. El protestantismo de Inglaterra, de carácter tan peculiar y exclusivista, fué menos un sentimiento religioso que una respuesta patriótica al fanatismo agresivo de sus enemigos. Nuestros prohombres católicos de la campaña carecían de popularidad, no tanto porque creyeran en la transubstanciación, como por las injustas sospechas que respecto de ellos se tenían, suponiendo que simpatiza-

ban con el emperador ó con el rey de Francia. Ahora que nuestros triunfos militares nos han puesto en una situación inaccesible al temor de vernos acometidos, nos hemos despojado por fortuna de aquel enconado odio religioso, que en vano intentaron sostener Oates y Dangerfield con sus mentiras.

En los días de mi juventud, hubo causas especiales que contribuyeron á inflamar este odio, exacerbándolo tanto más, cuanto concurría la circunstancia de ir mezclado con una especie de miedo. Mientras los católicos estuvieron reducidos á la condición de un grupo faccioso obscuro, pudieron pasar inadvertidos; mas, cuando á fines del reinado de Carlos II, pareció absolutamente cierto que estaba á punto de subir al trono una dinastía católica y que el catolicismo había de ser la religión de la corte y el medio de escalar los primeros puestos, echóse de ver que tal vez se aproximaba un día de venganza para los que lo habían ultrajado en todas las formas, mientras lo vieron indefenso. Difundióse la inquietud y el sobresalto en todas las clases sociales. La Iglesia de Inglaterra, que depende del Monarca, á la manera que un arco depende de su clave; la nobleza, cuyas propiedades y cofres se habían enriquecido con el despojo de las abadías, y la plebe, cuyas ideas acerca del catolicismo andaban mezcladas con los instrumentos de tortura y el martirologio de Fox, se sintieron igualmente acometidas de honda turbación. Lo porvenir no se mostraba halagüeño á su causa. Carlos era un protestante poco fervoroso; y, á la verdad, en su lecho de muerte dió pruebas de no tener la menor fe en la religión reformada. Por otra parte, no quedaba ya probabilidad alguna de que tuviera legítima descendencia. El duque de York, su hermano más joven, era, por consiguiente, el heredero del trono, y se sabía que profesaba con gran rigor y austeridad la religión católica, mientras su esposa, María de Módena, era tan fanática como

aquél. Si llegaban á tener hijos, indudablemente habían de ser educados en la fe de sus padres, y el trono de Inglaterra estaría ocupado por una línea de monarcas católicos. La situación venidera se presentaba tan intolerable para la iglesia oficial, representada por mi madre, como para los noconformistas, de los que tenía un ejemplo en mi padre.

Os he referido con tanta extensión esta vieja historia porque veréis, al paso que voy adelantando en mi narración, que semejante estado de cosas originó al fin tal inquietud y agitación en todo el país, que hasta yo, sencillo aldeano de pocos años, me vi arrastrado á entrar en el torbellino de los acontecimientos, de tal modo, que toda mi vida se resintió de esas influencias. Si no os presentara con claridad la marcha de los sucesos, difícilmente comprenderíais las causas que tan profundamente influyeron en toda la historia de mi vida. Entretanto quiero recordaros que cuando subió al trono el rey Jacobo II, lo hizo en medio de un sombrío silencio por parte de gran número de sus súbditos; y que tanto mi padre como mi madre se contaban entre los que deseaban vivamente la sucesión protestante en el trono.

Mi niñez fué triste, como ya he dicho. De tiempo en tiempo, cuando había feria en Portsdown Hill, ó algún titiritero ambulante se detenía en la aldea, mi buena madre deslizaba en mi mano un penique ó dos, sustraídos del dinero que tenía para los gastos ordinarios de la casa, y me enviaba á ver el espectáculo mientras se ponía el dedo sobre los labios recomendándome cautela. Pero esos felices acaecimientos fueron tan raros y abrieron tan honda huella en mi espíritu, que cuando tenía diez y seis años hubiera podido contarlos por los dedos de la mano. Entonces vi á Guillermo Harker, el hombre de fuerzas hercúleas, que levantaba en peso la yegua ruana del cultivador Alcott; y á Tubby Lawson, el enano que podía acomodarse en un tarro de pepinillos; de

estos dos me acuerdo perfectamente por la impresión de asombro que causaron en mi ánimo juvenil. También vi entonces el teatro de muñecos, y el espectáculo de la isla encantada con el de Mynheer Munster de los Países Bajos, que podía atarse fuertemente con una maroma, mientras tocaba una melodía dulcísima en un clavicordio. Por último, y lo que á mi juicio superó á todo lo demás, por aquel tiempo presencié el gran espectáculo de la feria de Portsdown, intitulado «Verdadera y antigua historia de Maudlin, hija del mercader de Bristol, junto con la de su amante Antonio», donde aparecía cómo fueron arrojados á las costas de Berbería, y se veían las sirenas que flotaban en el mar y cantaban sobre las rocas, previniéndoles el peligro que corrían. Esta piececita me produjo un placer más vivo del que muchos años después disfruté con las mayores comedias de Congreve y Dryden, no obstante haberlas visto representadas por Kynaston, Betterton y por los mejores artistas de la compañía del Rey. En Chichester recuerdo haber pagado una vez un penique por ver el zapato izquierdo de la hermana menor de la mujer de Putifar; pero como ese zapato se parecía mucho á cualquier otro y tenía aproximadamente el tamaño que convenía á la dueña de los títeres, muchas veces me ha asaltado la sospecha de que mi penique fué á parar á manos de unos tunantes.

Pero había otros espectáculos que podía ver de balde, y que no obstante eran más reales, y por todos conceptos tan interesantes como cualquier otro de los que me habían costado mi dinero. De cuando en cuando, se me permitía en ciertos días de fiesta ir á Portsmouth, y hasta en una ocasión fuí llevado allá cabalgando con mi padre en su jaca, y cuando llegamos á la ciudad anduve recorriendo con él las calles mirando con ojos asombrados los extraños objetos que me rodeaban. Las murallas y los fosos,

las puertas y los centinelas, la magnífica avenida de High Street con los grandes edificios del gobierno y el constante redoblar de tambores y sonar de trompetas, espectáculo que hizo palpar mi corazón de adolescente bajo el jubón de lana que me servía de abrigo. Aquí estaba la casa en que, unos treinta años antes, el orgulloso duque de Buckingham cayó mortalmente herido bajo el puñal de un asesino. También se alzaba allí la residencia del gobernador, y recuerdo que mientras yo la estaba contemplando, llegó dicho funcionario á caballo, con el semblante rubicundo y hosco, en el que resaltaba una nariz prominente, como convenía á persona constituida en tal dignidad, y con el pecho cubierto de galones de oro.

—¿Verdad que es un gran hombre?—dije levantando los ojos para fijarlos en mi padre.

El interpelado se echó á reir y se caló el sombrero hasta las cejas.

—Esta es la primera vez que contemplo la cara de sir Rodolfo Lingard—replicó,—pero ya le había visto la espalda en la derrota de Preston. ¿Observas, muchacho, que parece tan arrogante? Pues si el gran Noll apareciera en la puerta, sir Rodolfo no se detendría á medir la distancia para tirarse por la ventana.

El resonar de las armas ó la vista de un colete de ante bastaban siempre para despertar en el corazón del autor de mis días el encono propio de los viejos cabezas redondas (1).

Pero otras cosas había que ver en Portsmouth además de las levitas rojas de los soldados y de la persona del gobernador. Su astillero era el segundo del reino, y había siempre en él algunos barcos de guerra nuevos, dispuestos á zarpar. También anclaba en el puerto una escuadra de los barcos del rey, y en ocasiones toda la flota de Spithead, apareciendo entonces

(1) Así se llamaba á los puritanos en tiempo de Carlos I.

las calles llenas de marineros, de rostros atezados cuyo color semejaba el de la caoba y con coletas tan rígidas y duras como los machetes que ceñían al cinto. Una de las diversiones que más me recreaban era contemplar su andar desgarbado, á modo de patos, y oír su extraño y curioso lenguaje y sus relatos de las guerras con Holanda ; y algunas veces, cuando estuve solo me pegué á un grupo de ellos y pasé el día vagando de taberna en taberna. Pero en una de esas excursiones ocurrió que uno de ellos mostró especial ahinco en que le ayudara á beber su vaso de vino de Canarias, y luego con picardía me persuadió á tomar un segundo vaso, resultando que fué preciso llevarme á casa enteramente ebrio y sin habla, en el carro del ordinario ; por lo que en lo sucesivo no se volvió á permitirme ir solo á Portsmouth. Mi padre se mostró menos asombrado del incidente de lo que yo esperaba, y recordó á mi madre que Noé se había embriagado de una manera análoga. También refirió cómo un cierto capellán de tropa del regimiento de Desborough, llamado Grant, habiendo bebido, después de un día caluroso y de una caminata entre polvo, algunas botellas de cerveza, rompió después á cantar ciertas tonadas indecentes y á bailar de una manera poco conforme con su sagrada profesión. Pero, añadió mi padre, que posteriormente había explicado el hecho diciendo que tales deslices no debían ser considerados como faltas individuales, sino como positivas obsesiones del espíritu del mal, que se valía de esos medios para escandalizar á los fieles, y que al efecto elegía á las personas de mayor piedad.

Esta ingeniosa defensa del capellán de tropa libró mis espaldas de una regular tunda, porque mi padre, que creía á pies juntillas en el refrán de que «á burro lerdo, arriero loco», tenía una fuerte vara de fresno y un brazo robusto para todo lo que creía que era salirse del verdadero camino.

Desde el día en que aprendí por primera vez las letras en la cartilla sentado sobre las rodillas de mi madre, tuve siempre vivos deseos de aumentar mis conocimientos y puse gran empeño en leer cuantos impresos me cayeron en las manos. Mi padre profesaba tal odio sectario á la erudición, que se oponía á tener en casa ninguna clase de libros profanos (1). Por tanto, yo me vi en la necesidad de obtenerlos por mediación de uno ó dos amigos de la aldea, que me prestaron á la vez algunos volúmenes de sus reducidas librerías. Pero tenía que llevarlos á casa ocultos debajo de la camisa, y sólo me atrevía á sacarlos cuando se me ofrecía ocasi3n de escurrirme á dar una vuelta por el campo, donde me tendía entre el follaje y la hierba, ó por la noche, cuando la candelá primitiva, con pábilo hecho de medula de junco, continuaba ardiendo, y los ronquidos de mi padre me aseguraban contra el riesgo de ser descubierto. De este modo leí enteramente *Don Belianis de Grecia* y los *Caballeros de la Tabla Redonda* con las «bufonadas» de Tarletón y otros libros semejantes, hasta que pude adquirir el gusto necesario para saborear las poesías de Waller y de Herrisk ó los dramas de Masinger y Shakespeare. ¡Qué dulcemente se pasaban las horas, cuando podía echar á un lado todas las cuestiones del libre albedrío y de la predestinación, tendiéndome al aire libre sobre el aromático trébol para oír al viejo Chaucer contar la dulce historia de Grisel el paciente, ó para llorar por la casta Desdémona y hacer duelo sobre el fin prematuro de su galante esposo. Hubo ocasiones, en que al levantarme con el ánimo lleno de los más elevados pensamientos poéticos y contemplar extasiado las hermosas laderas de la región, con el mar que se tendía brillante más allá de las mismas y el perfil escarlata de la isla de Wight en los confines del horizonte,

(1) Nota A, Apéndice.

este espectáculo me infundía el pensamiento de que el Ser que había creado tantas maravillas y dado al hombre el poder de concebir tan magníficas producciones no era patrimonio exclusivo de una secta ú otra ni de esta nación ó aquélla, sino el Padre amantísimo de todas las criaturas á quienes había permitido recrearse á su sabor en el gran campo de recreo de la Naturaleza. Causábame entonces gran pena, como me la causa ahora, que un hombre de tanta sinceridad y elevados propósitos como vuestro bisabuelo, viviera tan esclavizado por su férrea adhesión á las austeras doctrinas puritanas y concibiera á su Criador como un ser tan avaro de sus mercedes y tan implacable en sus rigores, que no había de perdonar á noventa y nueve entre ciento. Hay que tener en cuenta que los hombres son lo que de ellos hace la educación; y que, si mi padre llevaba sobre sus anchos hombros una cabeza que albergaba pensamientos tan estrechos, al menos, le cabía la honra de estar pronto á hacer y padecer todo lo que fuera necesario por lo que él creía ser la verdad. Si vosotros, queridos míos, llegáis á tener ideas más ilustradas, cuidad de que os hagan llevar una vida que responda á ellas.

Cuando tuve catorce años, y era un mozalbete de pelo rubio y atezado rostro, fuí enviado á un pequeño colegio particular de Petersfield, y allí permanecí durante un año, regresando á casa los últimos sábados de cada mes. Llevé conmigo una escasa colección de libros escolares, junto con la gramática latina de Lilly y la obra de Rosse intitulada: *Examen de todas las religiones que ha habido en el mundo, desde la creación hasta nuestros días*, que mi buena madre me puso en las manos como regalo en el momento de partir. Con este reducido número de autores lo hubiera pasado medianamente, á no haber tenido mi maestro, el señor Tomás Chillingfoot, una excelente librería, complaciéndose en prestar sus libros á todos

los discípulos que mostraran deseos de instruirse. Merced al cuidado de este buen viejo, no sólo aprendí algunos rudimentos de latín y griego, sino que hallé manera de leer buenas traducciones inglesas de muchos autores clásicos y de adquirir cierto conocimiento de la historia de mi nación y de varias otras. Crecía rápidamente, así en instrucción como en desarrollo físico, cuando mi carrera de escolar quedó interrumpida por un acontecimiento grave, y fué nada menos que mi expulsión sumaria é ignominiosa. Voy á exponer ahora cómo sobrevino este inesperado fin de mis estudios.

Petersfield había sido siempre uno de los grandes baluartes del anglicanismo, y dentro de sus confines apenas se encontraba un noconformista. La razón de ello era que la mayor parte de la propiedad urbana pertenecía á celosos anglicanos, los cuales se negaban á alquilar las casas á los que no aceptaran las doctrinas de la Iglesia oficial, impidiendo así que se estableciera en la población ninguno de ellos. El vicario, que se llamaba Pinfold gozaba, por esto, de gran ascendiente en la ciudad, y como era hombre de elevado y altivo continente y de modales aparatosos, inspiraba no escaso respeto á los tranquilos habitantes de aquélla. Paréceme verle ahora con su nariz aguileña, pecho redondeado y piernas estevadas, como si indicaran ceder al peso de sabiduría que se veían precisadas á llevar. Al pasear lentamente, con la mano derecha rígidamente extendida, y golpeando el pavimento á cada paso que daba con su bastón de empuñadura metálica, solía detenerse ante cada persona que pasaba á su lado, aguardando á ver si se le tributaba el saludo, que creía debido á su dignidad. Cortesía era ésta que jamás pensó en devolver, excepto en el caso de alguno de sus ricos feligreses; pero si por casualidad se omitía la mencionada demostración de respeto, apresurábase á seguir al culpable, y agitando el bastón delante



Cuantos más años estéis en el mundo tanto más os convenceréis de que el pecado y la desdicha no andan nunca muy apartados y distantes... (Pág. 42.)

SIG. 3.—CLARKE.—TOMO I

LÁMINA I

de él, insistía en hacerle quitar la gorra. Los muchachos, si tropezábamos con él en nuestros paseos, nos dispersábamos á toda prisa huyendo de su presencia como una nidada de pollos al ver á un viejo pavo; y hasta nuestro digno maestro mostraba inclinación á mudar de acera, cuando la arrogante figura del vicario aparecía renqueando hacia nosotros. Este orgulloso eclesiástico ponía especial empeño en conocer la historia de cada uno de sus feligreses, y habiendo sabido que yo era hijo de un *independiente*, reprendió severamente al señor Chillingfoot la indiscreción que había cometido admitiéndome en su escuela; y si no insistió en que se me arrojara de ella, fué tan sólo por la buena fama que tenía mi madre en materia de ortodoxia.

Al otro extremo de la ciudad había un colegio de externos; y entre sus alumnos y los que estudiábamos con el señor Chillingfoot prevaleció una rivalidad constante. Nadie supo decir cuál fué el origen de aquella guerra, pero el hecho fué que por espacio de muchos años vino subsistiendo un perpetuo antagonismo entre los dos centros docentes, que daba por resultado escaramuzas, asaltos, emboscadas, y de cuando en cuando una batalla campal. De esos encuentros no resultaban graves daños, porque las armas ordinariamente empleadas eran bolas de nieve en invierno, y piñas ó terrones duros en el verano. Aun en los casos en que la contienda se peleó más de cerca, poniéndose los combatientes al alcance de los puños, lo peor que pudo ocurrir eran algunos chichones y tal cual derramamiento de sangre de menor cuantía. Nuestros adversarios nos superaban en número; pero nosotros teníamos la ventaja de estar siempre juntos y de contar con un asilo seguro donde refugiarnos, mientras ellos, como vivían en casas dispersas en todo el ámbito de la parroquia, carecían de un lugar de reunión. Dividía en dos partes la ciudad una corriente, sobre la que se alzaban

dos puentes rústicos, y ese arroyo era el límite que separaba nuestros dominios de los del enemigo. El muchacho que pasara cualquiera de los puentes se encontraba al punto en terreno hostil.

Sucedió que en la primera refriega que sobrevino después de mi llegada á la escuela, me distinguí entre los demás, tomando aparte al más terrible de nuestros adversarios y administrándole tan vigorosa morrada, que vino á tierra sin poder valerse, y fué llevado por nuestro bando como prisionero de guerra. Este hecho de armas sirvió de base á mi fama de buen soldado, y de este modo llegué al fin á ser considerado como el jefe de nuestras fuerzas, á quien miraban con respeto otros muchachos de mayor edad. Semejante promoción excitó de tal modo mi fantasía que me dispuse á demostrar la justicia de la misma, ideando nuevos é ingeniosos planes para derrotar á nuestros enemigos.

Una tarde de invierno nos llegaron noticias de que aquéllos estaban á punto de emprender una operación contra nosotros á favor de las tinieblas de la noche y que se proponían venir por el acostumbrado puente de madera con la mira de evitar que nosotros los viéramos. Este puente estaba casi fuera de la ciudad y constaba de un simple tablón, sin parapeto; y se le había construído á fin de que sirviera de paso al escribiente y secretario del ayuntamiento de la ciudad que vivía precisamente al lado opuesto. Resolvimos ocultarnos entre los arbustos que crecían junto á la corriente al lado que á nosotros nos correspondía, y atacar inesperadamente á los invasores en el momento mismo de pasar por el puente á nuestros dominios. Mas, cuando ya comenzábamos á poner por obra esta resolución, me ocurrió una ingeniosa estratagema que, según mis lecturas, había sido aplicada en las guerras germánicas, y habiéndola expuesto á mis compañeros con no pequeña satisfacción de los mismos, tomé la sierra del

señor Chillingfoot y partí para el lugar de la acción.

Al llegar al puente todo estaba tranquilo y silencioso. Reinaba una obscuridad casi absoluta y se sentía mucho frío, porque estábamos en vísperas de Navidad. No había la menor señal de la presencia de nuestros adversarios. Cambiamos en voz baja algunas palabras para decidir quién había de encargarse de la atrevida faena, y como los demás se retrajeran de ejecutarla, yo, que no era capaz de proponer cosas que no supiera llevar á cabo, tomé la sierra y montando sobre el puente comencé á trabajar en su mismo centro.

Mi propósito era debilitarlo en tal forma, que si bien pudiera soportar el peso de un individuo, se hundiera en el momento de estar sobre él el grueso de nuestros enemigos precipitándolos en el seno helado de la corriente. En aquel sitio la profundidad del agua no pasaba de dos pies; de suerte que lo único que podía ocurrirles era llevar un susto y un chapuzón. Un recibimiento tan glacial no podía menos de retraerlos de volver á invadir nuestro campo, confirmando mi reputación de jefe audaz. Rubén Lockarby, mi teniente, hijo del viejo Juan Lockarby, del «Wheatsheaf», ponía en orden nuestras fuerzas detrás del seto, mientras yo serraba vigorosamente la tabla hasta dejarla casi partida por la mitad. No me asaltaba remordimiento alguno en cuanto á la destrucción del puente, porque mis conocimientos de carpintería eran bastante extensos para hacerme comprender que un hábil ensamblador no invertiría más de una hora en dejarlo más fuerte que nunca, poniendo un soporte debajo del punto en que yo lo había dividido. Cuando al cabo advertí, por el modo con que cedía la tabla, que había hecho lo bastante y que el menor esfuerzo lo derrumbaría, me escurrí tranquilamente, y ocupando mi

puesto entre los demás escolares, aguardé la llegada del enemigo.

No bien me había ocultado, cuando oí los pasos de alguien que se aproximaba por el sendero que conduce al puente. Nos agazapamos para evitar ser vistos, convencidos de que el ruido debía proceder de algún espía enviado por nuestros enemigos para explorar el campo, y evidentemente era un muchacho corpulento, porque sus pisadas eran fuertes y lentas, yendo mezcladas de un ruido metálico, respecto del que no sabíamos qué pensar. Los pasos sonaban cada vez más cerca, hasta que se destacó de la obscuridad en el lado opuesto al en que estábamos una figura confusa, y después de detenerse ésta y escudriñar el sitio por un momento, avanzó en derechura hacia el puente. Sólo cuando estaba poniendo el pie en la tabla y comenzando á caminar por ella cautelosamente pudimos distinguir el perfil de una persona conocida y comprendimos la terrible verdad de que el extraño á quien habíamos tomado por una avanzada del enemigo era ni más ni menos que el vicario Pinfold, y que el golpeteo rítmico de su bastón era el ruido particular que se mezclaba al de sus pisadas. Fascinados ante aquella visión, quedamos enteramente sin alientos para avisarle del peligro, hechos todos ojos que miraban espantados el advenimiento de la catástrofe. Un paso, dos, tres dió el arrogante clérigo, cuando de pronto rechinó la tabla, cediendo, y el hombre desapareció en un estruendoso chapuz bajo la rápida corriente. Debió de caer de espalda, porque pudimos observar el perfil curvo de su respetable figura que sobresalía por encima de la superficie, mientras luchaba desesperadamente para ponerse de pie. Al fin lo consiguió, y chapoteando se encaminó á la ribera, profiriendo tal serie de jaculatorias piadosas, mezcladas con juramentos, que á pesar de nuestro terror, no pudimos contener la risa. Escapando de él como una nidada de pollos salvajes,

desaparecimos por el campo y regresamos á la escuela, donde, como podéis imaginar, no dijimos á nuestro buen maestro nada de lo ocurrido.

El asunto era demasiado serio y no era fácil que pasara inadvertido. El repentino enfriamiento criginó cierto trastorno en el cuerpo del vicario, que precisamente había estado bebiendo una botella de cerveza con el secretario de la ciudad, y le sobrevino un ataque de gota que le tuvo en cama quince días. Entretanto un examen del puente había demostrado que alguien lo había aserrado de un lado á otro, y la investigación llevada á cabo sobre el asunto atribuyó el origen de todo á los pensionistas del señor Chillingfoot. Para evitar que todos los alumnos del colegio fueran expulsados de la ciudad, me vi precisado á confesarme culpable de la fechoría y á manifestar que yo había sido su inventor y ejecutor. Chillingfoot estaba enteramente sometido al vicario, por lo que no tuvo más remedio que leerme una larga homilía en público (contrarrestada por una cariñosa despedida en privado) y expulsarme solemnemente de la escuela. Nunca volví á ver á mi viejo maestro, porque murió pocos años después; pero supe que su segundo hijo Guillermo continuaba dirigiendo el colegio y que éste había adquirido mayor prosperidad y desenvolvimiento que los que tuvo en tiempos antiguos. Su hijo mayor se hizo cuáquero y marchó á colonizar Pensilvania, donde los salvajes le asesinaron, según noticias posteriores.

La aventura de mi expulsión impresionó profundamente á mi querida madre, pero le cayó en gracia á mi padre, quien rió el hecho hasta que toda la aldea resonó con sus estentóreas carcajadas. Mi hazaña, según dijo, le había hecho recordar una estratagema semejante empleada en Market Drayton por el valeroso guerrero y temeroso de Dios coronel Pride, y que fué causa de que se ahogaran un capitán y tres soldados de su regimiento de caballería

de Lunsford y á que muchos otros se precipitaran en el río, para mayor gloria de la verdadera Iglesia y satisfacción del pueblo escogido. Hasta no pocos anglicanos se alegraron secretamente de la desgracia que le había sobrevenido al vicario, porque su arrogancia y orgullo le habían hecho odioso en todo el distrito.

Por entonces había crecido lo bastante para convertirme en un mozo robusto de anchas espaldas, y cada mes que pasaba mi estatura se hacía más elevada. Cuando cumplí los diez y seis años podía llevar un costal de trigo ó una pipa de cerveza tan bien como cualquier otro hombre de la aldea, y era capaz de arrojar una piedra de quince libras á la distancia de treinta y seis pies, ó sea cuatro pies más que Tadeo Dawson, el herrero. Una vez que mi padre no tuvo fuerzas para transportar un fardo de pieles fuera de la tenería, lo tomé á pechos y me lo eché á la espalda. El anciano me miraba á menudo gravemente por debajo de sus peludas cejas, y moviendo su cabeza entrecana mientras sentado en su sillón fumaba la acostumbrada pipa decía :

—Te estás haciendo demasiado grande para el nido, muchacho. El día menos pensado caerás en la cuenta de que tienes alas y tomarás el portante.

Allá en el fondo de mi corazón ansiaba la llegada de ese tiempo, porque estaba cansado de la tranquila vida de la aldea y sentía el deseo de ver el gran mundo, del que había oído y leído tantas cosas. No podía volver mis ojos hacia el Sur sin sentir que mis entusiasmos se encendían al contemplar aquellas olas negruzcas, cuyas espumadas crestas parecen banderas de enganche que se agitan llamando á la juventud inglesa y estimulándola á emprender algún proyecto desconocido y glorioso.

III

EN QUE SE TRATA DE DOS AMIGOS DE MI JUVENTUD

Temo, hijos míos, que ha de pareceros el prólogo demasiado largo para la obra ; pero, antes de levantar el edificio, es preciso echar los cimientos, y un relato de esta índole es cosa aburrida y sin substancia, si no conocéis á los personajes que en él intervienen. Tened, pues, paciencia, mientras os hablo de los antiguos amigos de mi juventud, algunos de los cuales volverán á salir en mi relación más adelante, al paso que otros se quedarán olvidados en las aldeas de la campiña, á pesar de lo cual han dejado huellas de sus pasadas relaciones con vuestro abuelo en el carácter de éste, y tan duraderas que tal vez sean aún perceptibles.

Entre todos los que tuve la dicha de tratar sobresale en primer término Zacarías Palmer, el carpintero del lugar, hombre cuyo cuerpo, curtido por los años y los trabajos, albergaba un espíritu de extremada sencillez y pureza. Pero he de advertiros que esa gran sencillez no era, en modo alguno, resultado de la ignorancia, porque desde las enseñanzas de Platón á las de Hobbes había pocos sistemas filosóficos que Palmer no hubiera leído y ponderado. Cuando yo era muchacho, los libros eran más estimados que hoy, y si bien los carpinteros recibían menor paga que al presente, el viejo Palmer estaba contento con su jornal que le bastaba, á causa de vivir sin mujer ni hijos y gastar poco dinero en comer y vestir. Así se explica que en una repisa colocada sobre su cama pudiera tener una selecta colección de volúmenes, pocos en número, pero más valiosos quizá que los que figuraban en la librería de los ha-

cendados ricos ó en la del párroco ; y Palmer había leído estos libros con diligencia y perseverancia que le permitieron no solamente comprenderlos, sino comunicar á otros sus doctrinas.

Este venerable filósofo de aldea, de luenga barba blanca, gustaba de sentarse á la puerta de su miserable casucha en ciertas tardes de verano, y nunca estaba tan contento como cuando algunos de los jóvenes abandonaban furtivamente su juego de bolos ó sus tejos, para tenderse en la hierba á sus pies y hacerle preguntas sobre los grandes hombres de la antigüedad y sobre sus dichos y hechos. Pero entre todos los mozalbetes de la aldea sus favoritos éramos yo y Rubén Lockarby, el hijo del posadero, porque éramos los primeros en acudir á su puerta y los últimos en escuchar su conversación. Ningún padre amó á sus hijos con mayor ternura que la que él nos manifestó, y no se ahorró molestias para ilustrar nuestros inexpertos entendimientos y explicarnos todo lo que nos traía perplejos y turbados. Como todos los que comienzan á pensar, nos habíamos propuesto á la consideración el gran problema del Universo. Nuestros ojos adolescentes se habían asomado con curiosidad á los profundos abismos en que las inteligencias más penetrantes de la especie humana no habían alcanzado á ver fondo. Pero, cuando mirábamos á nuestro alrededor en el pequeño mundo formado por la aldea en que vivíamos, y echábamos de ver el encono y rencor que dominaban en todas las sectas, no podíamos menos de pensar que un árbol capaz de producir tales frutos encerraba necesariamente algún virus ponzoñoso. Este era uno de los pensamientos, no manifestados á nuestros padres, y que exponíamos al buen viejo Zacarías, hallando éste siempre mucho que decir para consolarnos y confortarnos.

«Estas riñas y altercados — decía — son cosas puramente superficiales, hijas de la vanidad infinita

del espíritu humano, que siempre ha tenido una propensión especial á adaptar las creencias religiosas á su peculiar idiosincrasia y modo de ver. Lo importante es el fondo sólido que se oculta debajo de todos los credos cristianos. Si os hubiera sido dado vivir entre los romanos ó los griegos, en la época anterior á la predicación del cristianismo, habríais podido apreciar el profundo cambio que esta nueva religión operó en el mundo. Que este ó aquel texto se interpreten de un modo ó de otro es cosa que no tiene importancia, por más recias y acaloradas que puedan ser las disputas sostenidas por hombres que piensan de distinto modo. Lo verdaderamente substancial y de altísima trascendencia es que todos los hombres tengan buenas y sólidas razones para observar una vida sencilla y pura; y éste es precisamente el gran bien que nos ha traído el credo cristiano.»

«No quisiera que fuerais virtuosos sólo por miedo — decía en otra ocasión, — pero la experiencia de una larga vida me ha enseñado que las transgresiones de la ley moral tienen siempre su sanción en este mundo, independientemente de lo que haya de suceder en el otro. Siempre hay algún castigo, que consiste en un quebranto de la salud, en la pérdida de algunas comodidades ó intereses ó en la intranquilidad del espíritu, cosas con que se expían en cierto modo todas las faltas. Con las naciones sucede lo mismo que con los individuos. Un libro de historia es un libro de sermones. Considerad cómo los lujuriosos babilonios fueron destruídos por los sobrios persas, y cómo estos mismos persas, cuando aprendieron los vicios que suele llevar consigo la prosperidad, cayeron bajo la espada de los griegos. Leed y observad cómo los sensuales griegos fueron sometidos por los romanos, más robustos y endurecidos en los trabajos, y finalmente cómo los últimos, habiendo perdido sus virtudes varoniles, vinieron á

ser destrozados por los pueblos del Norte. El vicio y la ruina van siempre agarrados de la mano. De esta suerte, la Providencia se ha valido sucesivamente de todos esos pueblos como de azote, para castigar con los unos los crímenes de los otros. Estas cosas no suceden por casualidad, sino que son parte de un gran sistema que funciona dirigiendo nuestras vidas. Cuantos más años estéis en el mundo tanto más os convenceréis de que el pecado y la desdicha no andan nunca muy apartados y distantes, y de que no puede existir verdadera prosperidad fuera de la virtud.»

De muy diferente estilo eran las enseñanzas del lobo marino Salomón Sprent, que vivía en la penúltima casa de la acera izquierda en la calle principal de la aldea. Era uno de los viejos marinos que bajo el pabellón de la cruz de color de sangre había peleado contra los franceses, españoles, holandeses y moros, hasta que una bala le llevó un pie, poniendo término para siempre á sus valentías. Tenía una complexión enjuta y recia, piel morena, una movilidad flexible como la de un gato y era corto de cuerpo y largo de brazos, cada uno de los cuales terminaba en una mano de dimensiones desproporcionadas, y siempre medio contraída, como si se agarrara á una cuerda. Desde la cabeza á los pies estaba cubierto del más admirable tatuaje que cabe imaginar, ejecutado en azul, rojo y verde, comenzando con la Creación en su garganta y terminando con la Ascensión en el tobillo izquierdo. En mi vida he visto una obra de arte ambulante de tal naturaleza. Hay que decir que si este hombre se hubiera ahogado y las olas le hubieran arrojado á un país salvaje, los naturales hubieran podido aprender el Evangelio entero contemplando su cadáver. Sin embargo, con pena debo decir que la religión de nuestro viejo marino parecía haberse fijado en la piel de tal manera, que fué muy poco lo que quedó para uso in-

terno. Se había esparcido por la superficie, como el tabardillo pintado; pero su sistema estaba enteramente limpio de ella. Sabía jurar en once lenguas y en veintitrés dialectos, y nunca dejó que sus grandes facultades sobre el particular se atrofiaran por falta de práctica. Juraba lo mismo cuando estaba contento que cuando estaba triste, cuando le dominaba el amor, como cuando le arrebatava la ira; pero tales juramentos venían á ser una especie de muletilla, sin malicia ni encono, de suerte que hasta mi padre apenas hubiera podido indignarse con sus blasfemias. Mas, al paso que pasaba el tiempo, el anciano se hizo más sobrio y reflexivo, hasta que en sus últimos días volvió á las sencillas creencias de su niñez y aprendió á pelear contra el diablo con el mismo valeroso denuedo que había mostrado frente á los enemigos de su nación.

El viejo Salomón era una fuente inagotable de recreo é interés para mi amigo Lockarby y para mí. En los días de gala tenía gusto en que comiéramos con él, porque podía regalarnos con un plato especial que era un picadillo de carne y hortalizas llamado *lobscouse*, ó un salpicón ó pisto que recibe el nombre de *salmagundi* ó tal vez algún plato exótico, como el *pillaw*, de origen puramente mahometano, compuesto de carne de gallina hervida con arroz y especias, ó la olla podrida española, ó bien pesca asada á la parrilla, al estilo de las Azores, porque nuestro Salomón casi justificaba su nombre en asuntos culinarios y sabía preparar los manjares más delicados de todas las naciones. Todo el tiempo que pasábamos en su compañía lo dedicaba á contarnos las historias más maravillosas de Rupert, á cuyas órdenes había servido, refiriéndonos cómo gritaba desde la popa á su escuadra que girara hacia la derecha, ó cargara contra el enemigo ó hiciera alto según lo pidiera el caso, ni más ni menos que si en lugar de mandar á marinos estuviera al frente de un

regimiento de caballería. También sabía muchas anécdotas referente á Blacke; pero ni siquiera el nombre de éste le era tan caro como el de sir Cristóbal Mings. Salomón había sido en algún tiempo su patrón, y podía hablar por espacio de largas horas de los valerosos hechos en que se había distinguido desde que entró en la Armada como grumete, hasta que cayó en su castillo de popa, siendo almirante de los del color rojo (1), y fué sepultado en el cementerio de Chatham por sus mismos marineros, que acompañaron el féretro llorando. «Si allá hubiera un mar—decía el viejo marino,—juraría que Cristóbal verá que la bandera inglesa es respetada y que los extranjeros no se burlan de nosotros. He servido á sus órdenes en este mundo, y no pido otra cosa que ser su patrono en el otro, en el supuesto de que ocurriera alguna vacante.» Estas reminiscencias solían terminar siempre bebiendo un cuenco de ponche y brindando solemnemente á la memoria del héroe.

Con ser tan interesantes las relaciones de Salomón, relativas á sus antiguos jefes, no nos causaban impresión tan honda como cuando, después de su segundo ó tercer vaso, se abrían las puertas de su memoria y nos hacía largas descripciones de los países que había visitado y de los pueblos que había visto. Echados hacia adelante en nuestros asientos, con la barba apoyada en la mano, los dos mozalbetes permanecíamos por espacio de horas con los ojos fijos en el viejo aventurero, bebiendo sus palabras, mientras él, complacido al ver el interés que despertaba en nosotros, fumaba lentamente su pipa y empalmaba historia tras historia sobre todo lo que había visto ó ejecutado. En aquel tiempo, queridos

(1) Una de las tres secciones en que entonces se subdividían los tres grados: Almirante, Vicealmirante y Contralmirante,

míos, no había autores como Defoe que nos describieran las maravillas del mundo ni publicaciones por el estilo del *Spectator*, que nos esperaran en la mesa á la hora del desayuno, ni escritores parecidos á Gulliver que satisficieran nuestro amor de aventuras, contándonos cosas que nunca sucedieron. Tampoco caía en nuestras manos en un mes una carta que contuviera noticias. Los variados sucesos de índole personal eran, por tanto, de más valor que lo son al presente, y la conversación de un hombre como el viejo marino Sprent, equivalía á toda una librería. Para nosotros era todo ello real. Su bronco acento y palabras mal aplicadas sonaban en nuestros oídos como la voz de un ángel, y nuestra imaginación excitada suplía los pormenores y lagunas de sus relatos. En una sola noche, acometimos á un pirata moro frente á las columnas de Hércules; costeamos las riberas del continente africano y vimos las grandes rompientes de la península española, que cubrían de blanca espuma la amarilla arena; pasamos junto á los *mercaderes de marfil* (1) con sus cargamentos humanos; arrostramos las terribles tempestades que se desencadenan alrededor del cabo de Buena Esperanza y por último continuamos nuestra navegación por el Gran Océano entre las islas de coral vestidas de palmeras, seguros de que los dominios del Preste Juan de las Indias estaban allá en la lejanía, detrás de la bruma de oro que rielaba en el horizonte. Luego de terminar una excursión de tal índole, caíamos en la cuenta de que estábamos en una aldea de Hampshire; y, al chocar con las toscas realidades de la vida del campo, no podíamos menos de sentirnos como aves salvajes encerradas en jaulas, después de haber caído en las redes del cazador. Las palabras de mi padre: «te han salido las alas y no tardarás en dejar el nido» volvían á mi

(1) Negreros.

memoria, llenándome de una inquietud que todas las sabias enseñanzas del carpintero Zacarías eran impotentes para calmar.

IV

DEL EXTRAÑO PEZ QUE SACAMOS EN SPITHEAD

Una tarde del mes de mayo de 1685, hacia fines de la primera semana del mes, mi amigo Rubén Lockarby y yo alquilamos el bote de recreo de Eduardo Marley y salimos á pescar frente á la bahía de Langston. Por entonces andaba yo cerca de cumplir los veintiún años, mientras mi compañero era algo más joven. Entre nosotros había nacido una gran intimidad, fundada en la estimación mutua porque él, que era un hombrecito de menguado desarrollo físico, estaba orgulloso de mi robustez y estatura, á la vez que mi melancolía y genio algo displicente se deleitaban con la jovialidad y viveza que nunca abandonaban á mi amigo y con el ingenio inofensivo que sazonaba todas sus palabras. Rubén era pequeño y cuadrado; tenía la cara redonda con rojas mejillas, y, á decir verdad, mostraba cierta propensión á engordar demasiado, si bien él nunca se avino á confesar que su crasitud pasara de una conveniente morbidez, que, á su juicio, era el colmo de la hermosura varonil entre los antiguos. Los peligros comunes y mutuas penalidades por que ambos hubimos de pasar me dan derecho á decir que no era posible desear un compañero más fiel y constante. Puesto que estaba destinado á no separarse de mí en lo futuro, nada más natural que le tuviera á mi lado en aquella tarde de mayo, en que comenzaron nuestras aventuras.

Navegamos mar adentro, hasta más allá del sitio denominado Warner Sands, á la distancia de me-

dio camino entre aquellas playas y el Nab, donde solíamos hallar lobinas en abundancia. Una vez allí, arrojamos por la borda la pesada piedra que nos servía de áncora, y comenzamos á preparar nuestros aparejos de pesca. El sol, al hundirse lentamente detrás de un plomizo estrato, teñía de franjas rojizas todo el Occidente y sobre ellas como sobre un fondo fantástico resaltaban las montañas de la isla de Wight, cubiertas de espesa vegetación, que aparecía medio velada por vapores de púrpura. Soplabá del Sudeste una fresca brisa, guarneciendo las prolongadas y verdes olas con flecos de blanca espuma, mientras llenaba nuestros ojos y labios de una especie de pátina salitrosa. Cerca de la punta de S. Helen un buque de la Armada avanzaba por el canal, mientras un gran bergantín solitario se movía sin dirección fija á la distancia de un cuarto de milla ó menos del lugar en que nosotros estábamos. La cercanía nos permitió percibir las figuras que se movían sobre cubierta, al escorar el bergantín impulsado por la brisa; y pudimos oír el crujido de sus vergas y la socollada de su casco, bastante maltratado por el temporal, en el momento en que se preparaba á tomar rumbo.

—Mira, Miguel—dijo mi compañero mientras dirigía la vista hacia la próxima nave, dejando de atender á su caña.—Ahí tienes el barco más loco que he visto en mi vida; ése me parece que no hará camino en el mundo. ¡Vaya una manera de bailar á merced del viento y de las olas! Ni vira, ni avanza. Se conoce que le gusta estar á todos los vientos: es el lord Halifax del Océano.

—¡Calla! Debe de haberle ocurrido alguna avería—repliqué mirando al bergantín de hito en hito al amparo de la sombra de mi mano.—Sus guiñadas indican que no hay nadie en el timón. ¡Vaya una facha la del palo mayor! ¡Anda! Ahora vuelve á poner la proa al viento. Por fuerza la tripulación

está de baile ó de riña. ¡ Arriba con el ancla, Rubén, y abordémoslo !

—Arriba el ancla y alejémonos de él—respondió mi amigo, sin quitar los ojos de la extraña embarcación.—¿Quién nos manda meternos sin necesidad en el peligro?... Verdad es que lleva el pabellón holandés; pero, ¿sabemos de dónde viene? ¡Sería bonito que fuéramos á caer en las garras de un filibustero para ser vendidos en las plantaciones!

—¿Un filibustero en el Solent?—pregunté á mi amigo en son de burla.—Cualquiera diría que el día menos pensado nos los vamos á encontrar en Emsworth Creek. Pero, ¡calla! ¿qué es eso?

En este momento sonó á bordo del bergantín un disparo de mosquete. Luego sucedió un instante de silencio y después un nuevo estampido, al que siguió un coro de aclamaciones y de gritos. Al mismo tiempo, las vergas recobraron su posición normal; la brisa hinchó nuevamente las velas, y el barco partió siguiendo un rumbo que parecía dirigirse á la punta de Bembridge, fuera del canal inglés. Mientras navegaba, su casco se estremeció con una sacudida; una repentina humareda salió de él y una bala de cañón pasó rozando las olas y botando sobre ellas á cien yardas de donde nosotros estábamos. Hecho este saludo de despedida, volvió á tomar viento y continuó navegando hacia el Sur.

—¡Santo Dios!—exclamó Rubén sobrecogido de asombro.—¡Villanos! ¡Asesinos!

—¡Lástima que no les dé caza nuestro barco de guerra ó los barra de un cañonazo!—grité yo furioso, porque aquel ataque inmotivado me había llenado de indignación.—¿Qué pretenderían los grandísimos bergantes? Seguramente están borrachos ó locos.

—Iza, hombre, iza y levemos el ancla—dijo con vehemencia mi compañero saltando del asiento.—Ahora lo entiendo todo. ¡Arriba el ancla!

—¿Qué es ello?—pregunté mientras le ayudaba á halar, elevando la gran piedra, hasta que logramos sacarla á flote.

—No es á nosotros á quien disparaban, sino á alguien que está en el mar entre ellos y nuestro bote. ¡Boga, Miguel! ¡Aprisa! Algún pobre hombre está tal vez ahogándose.

—Ya le veo—dije mirando por encima del hombro mientras remaba,—allí flota su cabeza sobre la cresta de una ola. Despacio ó chocaremos con él. Dos golpes más, y ya puedes echarle mano. ¡Animo, amigo! Vamos á socorrerte.

—Guardaos ese socorro para el que lo necesite—dijo una voz que salía del mar.—¡Eh! muchacho, ¡cuidado con el remo! Más temo una caricia suya que todas las olas del Océano.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal calma y sangre fría, que dejamos de intranquilizarnos por el peligro del nadador. Levantando nuestros remos, volvimos la cara para verle. La derivada del bote nos había llevado tan cerca de él, que pudo haberse asido á la borda, si lo hubiera deseado.

—¡Rayos y truenos!—exclamó en tono indignado;—¡y pensar que es mi hermano Nomus el que me juega esta mala pasada! ¿Qué hubiera dicho nuestra bendita madre si lo hubiera visto? Todo mi equipaje se lo llevó el diablo, para no decir nada del resultado de mi viaje. ¡Y haber tenido que tirar un par nuevo de botas de caña que me costaron diez y seis *rigsdalers* en la zapatería de Wanseddars, en Amsterdam! No puedo nadar con botas de caña, ni andar sin ellas.

—¿Queréis entrar en el bote, señor?—preguntó Rubén, que apenas podía contener la risa ante el aspecto y las palabras del desconocido. Salieron del agua dos brazos largos, y en un momento, con la agilidad de una culebra, el nadador saltó al bote y se acomodó en la cámara. Era un hombre alto y del-

gado, de rostro duro y anguloso, enteramente afeitado y curtido por el sol, con una infinidad de arrugas que se entrecruzaban en todas direcciones. Había perdido su sombrero, y el cabello rubio y corto de su cabeza, que comenzaba á ponerse entrecano, estaba erizado como las púas de un puerco espín. No era fácil calcular su edad, porque si bien parecía tener ya sus cincuenta años, la facilidad con que había entrado en nuestro bote indicaban un brío y agilidad extraordinarios. Pero entre todos sus rasgos fisonómicos, lo que más atrajo mi atención fueron sus ojos, casi enteramente ocultos por párpados medio caídos, que dejaban entrever un brillo y penetración notables en la escasa porción de esclerótica que asomaba por la estrecha abertura de los mismos. Una mirada superficial tal vez sugiriera la idea de un temperamento lánguido y adormecido; pero un examen más minucioso descubría en aquellas líneas de luz, móviles y brillantes, un indicio que aconsejaba prudencia y no fiarse demasiado de las primeras impresiones.

—Podría nadar hasta Portsmouth— observó, mientras registraba los bolsillos de su chaqueta, empapada en agua;—podría nadar hasta cualquier punto. En una ocasión nadé desde Gran en el Danubio hasta Budapest, mientras una infinidad de jenizaros danzaban con rabia en la ribera... Recuerdo que fué en la fiesta de San Pedro... Pandours de Wessenburg podría decirnos si Décimus Saxon sabe nadar ó no... Seguid mi consejo, jóvenes, y guardad siempre el tabaco en una caja de metal, cerrada herméticamente de modo que el agua no pueda penetrar en ella.

Mientras así hablaba, sacó un bote aplastado de su bolsillo y varios tubos de madera que atornilló sucesivamente hasta formar una larga pipa. Después la llenó de tabaco, y habiéndola encendido mediante un eslabón y un pedernal con un pedazo de yesca to-

mado del interior de su bote, cruzó las piernas; se sentó sobre ellas al estilo oriental y se puso á fumar muy tranquilo. Había en todo aquel incidente un fondo tan extraño, sobre todo al fijar la atención en el continente y acciones del desconocido, que mi amigo y yo prorrumpimos en estrepitosas carcajadas, hasta que nos faltaron las fuerzas. El náufrago no nos acompañó en nuestras joviales demostraciones, ni tampoco dió muestras de ofenderse por ellas, sino que continuó dando fuertes chupadas á su pipa, con semblante impasible y estólido, donde no se advertía otra particularidad que el rápido movimiento de los ojos al pasar de mi persona á la de mi amigo.

—Dispensad, señor—dije yo por fin.—Somos dos jóvenes no acostumbrados á semejantes aventuras, y celebramos la feliz terminación de la vuestra. ¿Podríamos saber á quién hemos recogido en nuestro bote?

—Me llamo Décimus Saxon—respondió el extranjero,—y soy el décimo descendiente de un padre honrado, como indica el mismo nombre latino. De modo que hay nueve hermanos antes que yo para heredar; pero... ¡quién sabe! la viruela ó la peste podrían resolverme el problema.

—Hemos oído sonar un tiro á bordo del bergantín—dijo Rubén.

—Era mi hermano Nonus que disparaba contra mí—observó el extranjero moviendo la cabeza tristemente.

Pero se oyó además un segundo tiro.

—¡Ah! ése era yo que disparaba contra mi hermano Nonus.

—¡Válgame Dios!—exclamé:—no le habréis herido, seguramente.

—A lo sumo, el proyectil ha debido causarle una rozadura—respondió.—Me pareció lo más conveniente huir, para que el asunto no trajera peores consecuencias... Tengo la seguridad de que ha sido

él quien ha disparado contra mí el cañón de nueve libras, cuando estaba en el agua, porque la bala pasó rozándome la cabeza. Siempre ha sido un buen tirador, lo mismo con falconete que con mortero... Si es que está herido, esa circunstancia no ha estorbado que bajara á tiempo desde popa á donde estaba la batería.

A estas palabras sucedió un breve silencio, y entretanto el extranjero sacó del cinto un largo cuchillo y limpió con él su pipa. Rubén y yo preparamos los remos, y después de halar nuestros cordeles de pescar, que venían arrastrando detrás del bote, nos pusimos á bogar hacia tierra.

—La cuestión ahora—dijo el extranjero—es saber á dónde vamos.

—A la bahía de Langston—respondí,—y allí hemos de llegar bien pronto.

—¡Hemos de llegar! ¡Hemos de llegar!—exclamó en tono de burla.—¿Estáis seguros de ello, eh? ¿Estáis seguros de que no vamos á Francia? Veo que tenemos á nuestra disposición un mástil y una vela, y no falta agua en el depósito. Únicamente necesitamos alguna pesca, y, según mis noticias, abunda en estas aguas, de modo que podemos hacer una excursión hasta Barfleur.

—Nosotros vamos á la bahía de Langston—repetí fríamente.

—Sí, pero habéis de notar que en el mar no hay más derecho que la fuerza—expuso él con una sonrisa que cubrió su cara de arrugas.—Yo soy soldado viejo y hombre endurecido en la pelea, y vosotros dos mozalbetes inexpertos. Yo tengo un cuchillo, mientras á vosotros os faltan las armas. ¿Comprendéis el valor de mi argumento? Queda, por tanto, en pie la cuestión sobre el final de nuestro viaje.

Al oír estas expresiones, me quedé mirándole cara á cara con el remo en la mano.

—Os habéis jactado de poder nadar hasta Portsmouth—repliqué,—y, en efecto, vais á hacerlo ahora mismo. ¡ Al agua, al instante, canalla, ó de otro modo os arrojaré yo mismo de cabeza, tan cierto como me llamo Miguel Clarke!

—¡ Tirad el cuchillo ú os atravieso con el biche-ro!—exclamó Rubén poniéndolo de punta á pocas pulgadas de la garganta del desconocido.

—¡ Voto á tal, si esto no ha de ser lo más conveniente!—dijo envainando su cuchillo y sonriéndose con dulzura.—Me gusta poner á prueba el ánimo de la gente joven. Soy como el acero, ¿sabéis? que hace saltar las chispas del pedernal... Es una comparación de mérito, y que el mismo Samuel Buttler, el hombre más ingenioso que jamás se ha conocido, no consideraría indigna de sí. Esto—continuó, palpando una protuberancia que yo había advertido en su pecho—no es una deformidad natural, sino un ejemplar de aquel inestimable *Hudibras* que sabe unir la ligera delicadeza de Horacio á la franca jovialidad de Cátulo. ¿Qué os parece la crítica, eh?

—¡ Venga ese cuchillo!—dije yo con acento firme.

—Ciertamente—repuso el náufrago, mientras me lo alargaba con una cortés inclinación.—¿ Hay algo más en que yo pueda serviros? Estoy dispuesto á entregaros cualquier cosa para complaceros, con tal que no se trate de mi buen nombre y reputación de soldado, ó de este mismo ejemplar de *Hudibras* que llevo siempre en mi seno, junto con un tratado latino sobre los usos de la guerra, compuesto por cierto autor que por razón de su nacionalidad se denomina Flamenco y está impreso en Lieja, en los Países Bajos.

Sentéme á su lado empuñando el cuchillo y dije á Rubén:

—Boga con los dos remos; yo me encargaré de tener cuidado de este perillán para evitar que nos

la pegue. Me parece que tienes razón y que el hombre es sencillamente un pirata. Pero yo le aseguro que ha de ir á parar á manos de la justicia tan luego como llegemos á Havant.

El extranjero se inmutó al oirme, y yo creí que su sangre fría le abandonaba por un momento, porque su semblante reflejaba profunda contrariedad.

—Aguardad un momento — repuso ; — me habéis dicho que os llamáis Clarke y que vivís en Havant. ¿Conocéis á José Clarke, el viejo *cabeza redonda* de aquella villa?

—¡ Ya lo creo que le conozco !—respondí.—¡ Como que es mi padre !

—¡ Hola ! ¿ Conque esas tenemos ? — repuso él dando una carcajada ; — pues habéis de saber entonces que cuento con un medio de haceros caer de rodillas á mis pies. ¡ Mirad, joven, mirad esto ! — Y mientras así hablaba, sacó de su bolsillo interior un paquete de cartas, envuelto en un trozo de paño alquitranado, y después de abrirlo, eligió una de entre ellas, la puso sobre mis rodillas y dijo señalando el sobre con su largo y delgado dedo : ¡ Leed !

Allí aparecía escrito en grandes y claros caracteres : « Para José Clarke, comerciante en cueros de Havant, por mano de Maestre Décimus Saxon, copropietario del barco *Providence*, que hace la navegación de Amsterdam á Portsmouth. » El sobre estaba sellado por ambos lados con placas macizas de lacre rojo, y además precintado con una ancha tira de seda.

—Veintitrés como ésta tengo que entregar en los alrededores de vuestro pueblo—observó.—Eso os demostrará qué clase de relaciones son las de Décimus Saxon. ¡ Veintitrés vidas y libertades están en mis manos ! Ya veis, joven, las facturas y conocimientos de embarque no suelen hacerse de ese modo. Lo que trae este viejo no tiene nada que ver con un cargamento de pieles flamencas. Se trata de otras pieles

en que están interesados los corazones de los buenos ingleses, ó por mejor decir, las espadas y el valor de los que estén dispuestos á pelear por su libertad y su religión. Yo arriesgo mi vida para llevar esta carta á vuestro padre, y en cambio vos, su hijo, me amenazáis con entregarme á la justicia. ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia! Perdonad que yo mismo me sonroje al ver vuestro comportamiento.

—No entiendo lo que queréis decir—respondí.—Hablad más claro si queréis que os comprenda.

—Y ese mozo, ¿es persona de fiar?—preguntó moviendo la cabeza en dirección á Rubén.

—Tanto como yo mismo.

—¡Magnífico!—dijo entre burlón y sonriente.—David y Jonatás, ó para decirlo en términos más clásicos y menos escriturarios, Damon y Pitias, ¿verdad?... Pues bien, estos papeles proceden de los leales que están en el extranjero, de los desterrados en Holanda, ¿comprendéis? que proyectan hacer una revolución y venir á ver al rey Jacobo en su mismo país con las espadas ceñidas al cinto. Las cartas son para aquellas personas de quienes esperan apoyo, y les participan cuándo y dónde piensan hacer el desembarco. Ahora bien, mi querido joven, no se os ocultará que en lugar de estar yo en vuestro poder, sois vos quien está en el mío tan completamente, que me basta pronunciar una palabra para arruinar á toda vuestra familia. Pero, tranquilizos: Décius Saxon es noble y fiel, y esa palabra no saldrá nunca de sus labios.

—Si todo eso es verdad—repuse,—y si vuestra misión es verdaderamente la que habéis dicho, ¿por qué hace un instante intentabais marchar á Francia?

—La pregunta está en su punto; pero la respuesta es bastante sencilla—replicó.—Por más ingenuos y bondadosos que parezcan vuestros rostros, no puedo leer en ellos que seáis *whigs* y amigos de

la antigua y buena causa. Vosotros podíais llevarme á presencia de los cobradores de tributos ó de otros funcionarios que hubieran querido registrar todos mis papeles, con lo cual correría grave peligro mi comisión. Antes que eso, prefería hacer el viaje hasta Francia en un sencillo bote abierto.

—Os llevaré á casa de mi padre—repuse después de meditar algunos momentos.—Allí podréis entregar vuestra carta y probar que vuestra historia es verdadera. Si realmente sois hombre de nobles sentimientos, encontraréis una calurosa acogida; pero si, como sospecho mucho, resulta que sois un pillo, no esperéis hallar misericordia.

—¡Bravo mozo! Habláis como el ministro de Justicia de Inglaterra. Ya lo decía el viejo poeta:

En su prudente labio
Siempre brillaba la dición del sabio.

Pero los versos citados no hablan de amenaza, que es la mercadería en que más os gusta tratar.

Osado y arrogante,
Soltaba unz amenaza á cada instante.

¿Qué tal, eh? El mismo Waller no hubiera redondeado tan bien el asunto en versos pareados.

Entretanto Rubén no había dejado de remar, y á la sazón penetrábamos en la bahía, deslizándonos rápidamente por la superficie tranquila de la misma. Sentado en las escotas, me puse á pensar en lo que había dicho el desconocido. Eché una ojeada por encima de su hombro á las señas de algunas cartas y leí:—«Steadman de Basingstoke», «Wintle de Alresford», «Fortescue de Bognor», todos los cuales eran jefes bien conocidos de los *Disidentes* (1). Si aquellas cartas contenían lo que decía el extraño men-

(1) Los que no estaban conformes con el protestantismo oficial.

sajero, era fácil comprender que se preciara de tener en sus manos la suerte de aquellos hombres. El gobierno se alegraría sobremanera de poder invocar una razón poderosa para castigar duramente á sus adversarios. Convenía, bien pensado todo, tratar cuidadosamente el asunto ; por lo que devolví el cuchillo á nuestro prisionero y le hablé con mayor consideración. Era ya casi de noche cuando amarramos el bote, y la obscuridad había cerrado enteramente antes que llegáramos á Havant. Esta circunstancia fué, por cierto, afortunada, porque el estado de nuestro compañero, descalzo, sin sombrero y chorreando agua, forzosamente hubiera dado que decir, y aun tal vez llamado la atención de las autoridades. En cambio, entonces, apenas tropezamos con alma viviente hasta llegar á la puerta de mi casa.

V

SOBRE EL HOMBRE DE LOS PÁRPADOS CAÍDOS

Mi madre y mi padre estaban sentados en sus sillones de alto respaldo, cada uno á un lado del fogón vacío, cuando nosotros llegamos : él fumando su pipa acostumbrada de primeras horas de la noche, y ella trabajando en su costura. Tan luego como abrí la puerta, el extranjero se coló rápidamente en la habitación, y haciendo corteses inclinaciones á los dos ancianos, comenzó á exponer excusas por la tardanza de su visita, y á referir la manera cómo le habíamos recogido. No pude menos de sonreír al observar el asombro de mi madre cuando fijó sus ojos en el desconocido, que á causa de la pérdida de sus botas de caña dejaba ver un par de zancas interminables, formando ridícula contraposición con los calzones de arpillera, tan poco estirados, que apenas cubrían las rodillas. La túnica de nues-

tro hombre estaba hecha de tosco cachemir de color sucio, y llevaba enormes botones nuevos de bronce dorado, dejando ver, debajo, un chaleco de una tela blanquecina con vivos plateados. Alrededor del cuello de su chaqueta resaltaba un ancho adorno blanco de estilo holandés, que servía de remate á la túnica interior y por el que salía su larga y descarnada garganta alzándose con la redonda cabeza de cerdoso cabello envainada en el remate, á modo de los monigotes formados con un nabo puesto en la punta de un bastón, que en las ferias suelen servir de blanco á los muchachos para ejercitarse en el tiro de piedra. En tal guisa, permaneció parpadeando con los ojos medio cerrados en pleno resplandor de la luz y barbotando sus excusas con tantas venias y embarazos como sir Pedro Witting en la comedia. Ya me disponía á penetrar con él en la pieza, cuando Rubén me tiró de la manga deteniéndome.

—No, Miguel—dijo,—yo no necesito entrar contigo; de todo esto va á salir algún disgusto grave... Mi padre, es verdad, gruñe y maldice, cuando se calienta un poco bebiendo; pero es fiel á la Iglesia anglicana y hombre tan pacífico, que huye de todos esos quebraderos de cabeza.

—Tienes razón—respondí;—tú no necesitas meterte en tales líos; pero haz el favor de no decir una palabra de lo que has visto.

—Puedes estar seguro de que callaré como un muerto—replicó, y apretándome la mano, salió, desapareciendo en la obscuridad.

Cuando volví á la sala, observé que mi madre se había retirado apresuradamente á la cocina, donde sonaban chasquidos de partir leña, indicio de que estaba preparando una buena fogata. Décimus Saxon se había sentado en un extremo del cofre de roble con guarniciones de hierro, y observaba atentamente con sus brillantes ojillos á mi anciano padre

ocupado en calarse las antiparras y romper los sellos del paquete que su extraño visitante acababa de entregarle.

Poco después vi que el anciano miraba la firma puesta al fin de la extensa y nutrida carta, lo cual le hizo dar un profundo suspiro de sorpresa y quedar inmóvil algunos momentos contemplándola. Evidentemente, las noticias no eran malas, porque sus ojos brillaron de alegría cuando suspendió la lectura y rió con fuerza varias veces. Al fin preguntó á Saxon cómo había caído en su poder aquella misiva y si tenía noticia de su contenido.

—En cuanto á lo primero—respondió el interrogado,—debo decir que me la dió el mismísimo Ricardo Rumbold en persona y en presencia de otros individuos que no me está bien nombrar. Y, por lo que atañe al contenido, vuestro simple buen sentido os dictará que difícilmente había de arriesgar mi vida para llevar un mensaje no sabiendo cuáles pudiesen ser su objeto y naturaleza... No soy tan nuevo en el oficio, señor. Por mis manos han pasado, sin extraviarse nunca, proclamas, carteles, misivas de guerra, peticiones de tregua, propuestas de armisticios y otros documentos de análoga importancia.

—Perfectamente—asintió mi padre.—Y vos mismo ¿sois del número de los verdaderos fieles?

—Al menos espero ser de los que están en el camino estrecho y difícil—replicó Décimus hablando por la nariz, como acostumbraban los sectarios de ideas extremosas.

—Camino es ése en que no hay prelado capaz de servirnos de guía—dijo mi padre.

—Y en el que el hombre es nada y el Señor lo es todo—añadió Saxon.

—¡ Bien ! ¡ Muy bien !—exclamó su interlocutor.—Miguel, lleva á este señor á mi cuarto y pon á su disposición ropa blanca que esté seca y el segundo de mis dos mejores vestidos de terciopelo de Utrecht.

Que se sirva de él hasta que los suyos estén en las debidas condiciones. Mis botas, también, quizás le sean útiles... me refiero á las botas de montar, de cuero crudo... Encima de ellas, en el armario, está colgado un sombrero con cinta y guarniciones de plata... Procura que no eche de menos nada de cuanto en casa podemos suministrarle. La cena estará pronta, cuando se haya mudado de vestido... Haced el favor de ir al punto, maese Saxon, no sea que pesquéis un resfriado.

—Una sola cosa falta—dijo nuestro visitante levantándose solemnemente de la silla y cruzando sus nervudas manos.—No dilatemos un momento más elevar una plegaria al Todopoderoso por sus múltiples beneficios, y especialmente por la gran merced que se ha dignado concedernos, librándome á mí y á mis cartas de la voracidad del piélagos profundo, lo mismo que libró á Jonás de los malvados que le arrojaron por la borda y aun quizá dispararon contra él falconetes, por más que las Sagradas Letras no den noticia de este pormenor. ¡Oremos, pues, amigos míos!

Entonces rezó una larga oración de acción de gracias en un canturreo chillón, y terminó pidiendo luz y gracia para la casa y sus moradores. Después de concluir con un sonoro amén, se dejó conducir á las habitaciones superiores, á donde mi madre, que le había escuchado con gran edificación, acudió presurosa á servirle un vaso de *whisky* verde, con diez gotas de elixir de Daffy, que era su soberano récipe contra los efectos de una mojadura. No había suceso alguno en la vida, desde un bautismo á un matrimonio, para el que no tuviera el recetario de mi madre alguna comida ó bebida adecuada; ni existía dolencia humana para la que no contuviera nuestro bien provisto aparador algún remedio agradable.

Maese Décimus Saxon, vestido con el traje de terciopelo negro de Utrecht usado por mi padre en los

días festivos y luciendo sus botas de montar de cuero crudo, parecía un personaje muy distinto del astroso perdulario que se nos había metido, como un congrio, en nuestro bote de pescar. Cualquiera diría que, con su nuevo vestido, Décimus había mudado enteramente de maneras, porque, durante la cena, trató á mi madre con ciertos humos de señoril galantería, que por cierto le sentaba mejor que el petulante y locuaz descarro que nos había demostrado á Rubén y á mí. A decir verdad, si ahora guardaba un comportamiento más reservado, había fundadas razones para ello, porque su boca, incesantemente ocupada en devorar, tenía poco tiempo para intervenir en la conversación. Al fin, después de haber hecho los honores á un plato fiambre de buey y á un pastel de gallina, seguido de una perca de dos libras, que los comensales pudimos rociar con repetidos tragos de cerveza, nuestro hombre nos miró á todos sonriente, para manifestarnos que sus necesidades corporales habían sido satisfechas por aquella vez.

—Tengo por regla—observó—obedecer el sabio precepto que recomienda levantarse de la mesa con apetito bastante para comer otro tanto como lo que se ha tomado.

—De lo que me habéis dicho, señor, colijo que habéis pasado por duros trances en la milicia—observó mi padre cuando estuvo quitada la mesa y mi madre se hubo retirado á dormir.

—Soy un veterano de la guerra—respondió nuestro visitante mientras atornillaba los tubos del mango de su pipa,—un viejo alano de antigua casta. Este mi cuerpo lleva las señales de muchos mandobles y rasgones recibidos peleando á favor de la fe protestante, aunque también algunos tengan su origen en las campañas contra los turcos en beneficio de toda la cristiandad. Todo el mapa de Europa, señor, está salpicado con mi sangre. Debo, no obstante, confesar que algunas veces la derramé no por

una causa pública, sino para defender mi propio honor en un duelo ó reyerta de índole privada como los que se estilan en las naciones del Norte. Es necesario que todo caballero de distinción, obligado á vivir como extraño en países extranjeros, se porte con alguna arrogancia en ciertos lances, porque representa, por decirlo así, á su país, cuyo buen nombre debe serle más querido que el suyo propio.

—En tales ocasiones el arma sería la espada, ¿no es verdad?—preguntó mi padre, moviéndose inquieto en su asiento, como solía hacer cuando se despertaban sus antiguos instintos.

—Para mí son iguales todas las armas, montante ó espadín, espada de Toledo ó espontón, hacha de batalla ó pica, media pica ó alabarda y hasta lo que los alemanes llaman *morgenstiern*. Sin faltar á la modestia, puedo decir que con chafarote, espada y daga, espada y rodela, sable curvo sencillo, ó compuesto, lo mismo que con otra arma me atrevo á sostener combate contra cualquier hombre, por más experto que sea, sin otra excepción que la de mi hermano mayor, Quartus.

—A fe mía—dijo mi padre con los ojos brillantes de entusiasmo,—si tuviera veinte años menos, habíamos de medir nuestras fuerzas, porque hombres valerosos y avezados al combate elogiaron siempre mi esgrima de montante. Dios me perdone si vuelvo todavía á tales vanidades.

—Hombres piadosos y santos han hablado de ellas delante de mí—observó Saxon.—El mismo maese Ricardo Rumbold hablaba de sus hazañas, refiriéndoselas al duque de Argyle. ¿No sonó por entonces el nombre de un escocés llamado Storr ó Stour?

—¡Ah! sí, ya caigo, Storr de Drumlithie. En vísperas de la batalla de Dunbar estuve á punto de alcanzarle con un tajo que dió en el arzón de su caballo en una escaramuza. ¿De manera que Ricardo Rumbold no lo había olvidado, ¿eh? Ricardo fué

siempre un bravo lo mismo en el campo de batalla que en el retiro de la oración. Hemos cabalgado juntos en los combates, y buscado la verdad unidos en el oratorio. ¡ Vaya ! ¿ Conque Ricardo piensa vestirse de nuevo la armadura ? Su genio no le permitiría estar tranquilo, si se da un golpe á favor de nuestra fe pisoteada... puede suceder que la ola de la guerra tome ese rumbo, y entonces también yo... ¡ Quién sabe ! ¡ quién sabe !

—Aquí tenéis un esforzado guerrero—dijo Saxon, pasando su mano por debajo de mi brazo.—No le faltan nervio y bravura, y sabe emplear palabras fuertes si se ofrece la ocasión, como he podido conocer por mí mismo en el escaso tiempo transcurrido desde nuestra primera entrevista. ¿ No sería conveniente que tuviera también parte en esta contienda ?

—Ya discutiremos ese asunto—respondió mi padre mirándome con aire pensativo, al amparo de sus cejas.—Al presente, amigo Saxon, he de rogaros que nos refráis con mayor detenimiento la historia de lo ocurrido esta tarde. Si no me engaño, mi hijo Miguel os sacó del mar. ¿ Cómo fuisteis á parar á él ?

Décimus Saxon guardó silencio algunos minutos mientras chupaba su pipa lanzando espesas bocanadas de humo, como quien recuerda los hechos y los dispone en el orden debido.

—El hecho ocurrió del modo siguiente—dijo por fin.—Cuando Juan de Polonia arrojó al turco de las puertas de Viena, la paz reinó en los principados, y muchos caballeros andantes como yo quedaron sin ocupación. No había guerra de importancia, reduciéndose todo á algunas escaramuzas en Italia, en las que difícilmente podía ningún soldado ganar dinero ni reputación ; por lo que me di á vagar por el continente, muy contrariado de ver que en todas partes dominaba una paz extraña. Llegué por fin á los Países Bajos, y allí supe que el *Providence*,

barco equipado y mandado por sus mismos propietarios, que eran mis dos hermanos, Nonus y Quartus, estaba á punto de zarpar de Amsterdam para un viaje de aventuras á la costa de Guinea. Propúseles entonces unirme á ellos, y se me admitió en el negocio como asociado con tal que pagara una tercera parte de los gastos de la expedición. Mientras permanecía en el puerto, me ocurrió tropezar con algunos desterrados de este país, y habiendo sabido mi adhesión á la causa protestante, me presentaron al duque de Argyle y al señor Rumbold, quienes me confiaron estas cartas. Ahí tenéis el modo cómo vinieron á mi poder.

—Resta que nos digáis ahora cómo fuisteis á parar al agua—sugirió mi padre.

—Cosa de la mismísima casualidad—respondió el aventurero un poco turbado.—Podría decir que el hecho ha sido uno de los azares de la guerra, ó más bien, de la paz. Había yo rogado á mis hermanos que tocáramos en Portsmouth á fin de entregar las cartas que llevaba; pero ellos replicaron con modales descompuestos y rudos que estaban aguardando todavía las mil guineas correspondientes á mi participación en la aventura. Díjeles en tono de fraternal confianza que, siendo una cantidad tan mezquina, se la pagaría con los beneficios ganados en la empresa. Su respuesta fué que yo había prometido entregar al punto el dinero, y que necesitaban tenerlo en su poder sin más dilación. Entonces intenté demostrarles, tanto por el método de Aristóteles como por el de Platón, esencialmente deductivo, que no teniendo guineas en mi poder, me era imposible entregarles, ni una ni mil, no sin indicarles al mismo tiempo que el hecho mismo de asociárseles en el negocio un hombre honrado como yo constituía una remuneración amplia del dinero que ellos ponían, puesto que sus reputaciones dejaban mucho que desear. No contento con esto, les ofrecí en el

mismo tono franco y amistoso batirme con cualquiera de ellos, en singular combate, á sable ó á pistola, proposición que hubiera agradado á cualquier caballero celoso de su honor. Mas ellos, que son hombres animados de bajos sentimientos mercantiles, tomaron, al oirme, dos mosquetes, uno de los cuales descargó contra mí Nonus; y Quartus hubiera seguido probablemente su ejemplo, á no arrancarle yo el arma de la mano y descargarla para evitar mayores males. En la operación mencionada, recelo que una de las postas debió de abrir algún orificio en la piel de mi hermano Nonus. Viendo que había probabilidades de que la contienda continuara á bordo del barco, resolví inmediatamente abandonarlo, y al efecto tuve que quitarme mis excelentes botas de caña, que, al decir del mismo Wanseddars, eran el mejor par salido de su tienda, con excelentes tacones cuadrados, doble suela y, ¡oh, desgracia irremediable! con un becerro de primera calidad.

—¡Extraña coincidencia la de que hayáis sido recogido por el hijo de la misma persona para quien teníais una carta!

—Disposición sabia y amorosa de la Providencia —respondió Saxon.— Pero conservo aún otras veintidós misivas que deben ser entregadas en mano. Si me permitís permanecer en vuestra casa algún tiempo, de buena gana establecería en ella mi cuartel general.

—Figuraos desde ahora que estáis en una morada que os pertenece, y no se hable más del asunto —repuso mi padre.

—Favor que os agradezco de todas veras, señor —añadió Décimus, poniéndose de pie y haciendo una reverencia con la mano puesta en el corazón.— Es, á la verdad, un excelente refugio en que descansar, después de la irreligiosa y profana compañía de mis hermanos. ¿Os parece conveniente que terminemos con un himno nuestras faenas del día?

Accedió á ello mi padre de buen grado, y todos juntos cantamos el *¡Patria feliz!* después de lo cual nuestro huésped me siguió á su cuarto, llevando consigo la botella de *whisky*, no terminada aún, y que mi madre había dejado sobre la mesa. Explicó el hecho de apropiarse lo que restaba del licor, diciendo que lo tomaba para evitar la reaparición de unas intermitentes persas, adquiridas en una batalla contra los otomanos. Dejóle en el mejor cuarto que teníamos de repuesto, y volví al lado de mi padre, que continuaba sentado todavía en su antiguo rincón profundamente pensativo.

—¿Qué pensáis de mi hallazgo, padre?— pregunté.

—Que es un hombre de prendas y de piedad— contestó;—y, á la verdad, me ha traído noticias tan gratas, que no hubiera podido menos de dispensarle en mi casa la acogida más amistosa, aunque hubiera sido el mismo Papa de Roma.

—¿Qué noticias son esas?

—¡Aquí, aquí!—exclamó arrebatado de gozo mientras sacaba nerviosamente del seno una carta,—hay cosas extraordinarias y voy á leértelas, muchacho. Pero no; tal vez sea mejor consultar el asunto con la almohada y darte á conocer mañana el contenido de esta carta, cuando estén más despejadas nuestras cabezas. ¡Plegue al Señor guiar mis pasos y confundir al tirano! Pide luz, muchacho, porque están en litigio mi vida y la tuya.

VI

DE LA CARTA QUE VINO DE LOS PAÍSES BAJOS

Al día siguiente por la mañana me levanté pronto, y conforme á la costumbre del país, enderecé mis pasos al cuarto de nuestro huésped para ver si

había algo en que pudiera servirle. Al empujar la puerta, eché de ver que estaba sujeta por dentro; lo que me admiró tanto más cuanto sabía que del lado interior de la habitación no había llave ni cerrojo. Redoblé, sin embargo, mis esfuerzos, y cuando comenzó á ceder, pude observar que se había colocado un pesado cofre, de ordinario puesto al lado de la ventana, á fin de impedir toda intrusión. Se mejante cautela, tomada en casa de mi padre, como si fuera una guarida de ladrones, me indignó de tal modo, que di un empujón con el hombro y arrastré el arca, dejando libre el camino para entrar en la pieza.

El buen Saxon estaba sentado en la cama, mirando con extrañeza á su alrededor como si quisiera cerciorarse del lugar donde se encontraba. Tenía atado alrededor de la cabeza un pañuelo blanco, á guisa de gorro de dormir, y su semblante afeitado y de expresión hosca, junto con su huesuda y angulosa figura, le daba cierto parecido á una vieja de elevada estatura. Al lado de su cama yacía la botella de *whisky* enteramente vacía. Evidentemente se habían realizado sus temores y le había asaltado un accidente de *fiebre persa*.

—¡ Ah, mi joven amigo!—dijo por fin.—¿ Es acaso costumbre en esta parte del país tomar las habitaciones de los huéspedes por asalto ó escalo en las primeras horas de la mañana?

—¿ Y es acaso costumbre de ninguna parte—pregunté á mi vez en tono serio—poner barricadas en la puerta del dormitorio, cuando se descansa bajo el techo de un hombre honrado? ¿ Qué temíais, para tomar semejante precaución?

—Está visto que sois inflamable como la pólvora—replicó dejándose caer sobre la almohada y componiendo las ropas del lecho;—una cabeza de fuego, ó para decirlo en alemán, *ein feuerkopf*, y en ocasiones, *ein tollkopf*, que significa literalmente ca-

beza de tonto. Vuestro padre, según mis noticias, fué un hombre valiente y recio, cuando corría por sus venas sangre joven; pero en cuanto á vos, me inclino á pensar que no sois como él. Sabed, por tanto, que el portador de papeles comprometedores, *documenta pretiosa sed periculosa*, necesita no dejar nada al acaso, tomando todas las precauciones necesarias para cumplir fielmente el encargo que se le ha confiado. Verdad es que estoy en la casa de un hombre honrado; pero ignoro quiénes pueden entrar ó salir durante las horas de la noche. Y baste por ahora con lo dicho. En breve me tendréis á vuestra disposición.

—Vuestros vestidos están secos y preparados—observé.

—¡Basta! ¡basta!—repuso.—No quiero discusiones sobre el traje que vuestro padre me ha prestado. Tal vez estoy acostumbrado á cosas mejores, pero los que ahora tengo me servirán perfectamente. Al fin y al cabo, el campo no es la corte.

Para mí era evidente que el vestido de mi padre superaba incomparablemente, así en la tela como en la calidad, al que nuestro visitante había traído. Pero, como éste hubiera sepultado su cabeza bajo las ropas de la cama, allí no había más que decir, y bajé á la sala del primer piso, donde hallé á mi padre ocupado en sujetar una hebilla nueva al cinturón de la espada, mientras mi madre y la sirvienta preparaban el almuerzo.

—Ven conmigo al cercado de las tenerías, Miguel—dijo mi padre;—tengo que decirte una cosa.

Los operarios no habían venido todavía á su trabajo; de modo que salimos á respirar el aire puro de la mañana y nos sentamos en el poyo formado por la piedra donde se adobaban las pieles.

—Antes de ahora he estado aquí—comenzó mi padre,—ejercitándome en el manejo del montante, y veo que no me falta la agilidad de otros días para

las estocadas, pero mis tajos son demasiado lentos y poco seguros. Tal vez pudiera servir de provecho en un apuro, pero, ¡ay! no soy el mismo espada-chín que cabalgó al frente de la división izquierda en el mejor regimiento de caballería del mundo. «El Señor lo había dado y El lo quitó», pero, si es verdad que estoy viejo y gastado, en cambio puede reemplazarme un descendiente mío, esgrimiendo la misma espada en defensa de una causa idéntica. Tú irás en mi lugar, Miguel.

—¡Yo iré en vuestro lugar! ¿Y adónde?

—Silencio, muchacho, y escucha. Que no se entere tu madre del asunto, porque las mujeres tienen el corazón demasiado tierno. Cuando Abraham se dispuso á hacer el sacrificio de su primogénito, se me figura que no debió de dar á Sara grandes noticias. Aquí está la carta. ¿Sabes quién es este Ricardo Rumbold?

—Recuerdo haberos oído hablar de él como de un antiguo compañero.

—El mismo: un hombre leal, constante y sincero. Tan leal se ha mostrado, hasta en combatir á sus enemigos, que cuando el ejército de los buenos se dispersó, no abandonó su celo al abandonar el colete de ante. Emprendió un negocio como fabricante de malta en Hoddesdon, y en su casa se fraguó el famoso complot llamado de la Casa del Centeno, (*Rye House*), en el que salieron comprometidos tantos inocentes.

—¿Pero, no es verdad que fué un complot de asesinos?—pregunté.

—¡Ea! ¡Ea! No nos dejemos extraviar por apasionadas denominaciones. Aquellos hombres no maquinaron ningún asesinato: eso es una vil calumnia de las malas lenguas. A la plena luz del día proyectaban dar el golpe, treinta de los conjurados contra cuarenta de la Guardia Real, cuando Carlos y Jacobo pasaran en dirección á Newmarket. Si los rea-

les hermanos habían de recibir un pistoletazo ó una cuchillada, sería en lucha franca y con riesgo de sus asaltantes. Aquello era cosa de dar y recibir, no de asesinar.

Detúvose y se quedó mirándome como si quisiera escudriñar mis más íntimos pensamientos y aguardando sin duda que yo le contestara; pero en realidad no podía decirle que estuviera conforme, porque un ataque dirigido contra las vidas de hombres desarmados y enteramente desprevenidos no era justificable en mi sentir, aunque esos hombres fueran escoltados por guardias de corps.

—Al fracasar el plan—continuó mi padre,—Rumbold tuvo que salvarse huyendo, y logró burlar la persecución de los agentes del gobierno y llegar á los Países Bajos. Allí se encontró con muchos otros fugitivos que también eran adversarios del régimen existente. Los repetidos mensajes que recibieron de Inglaterra, especialmente de los condados del Oeste y de Londres, les aseguraban que sólo con intentar una invasión podrían contar con la ayuda de hombres y dinero. Sin embargo, por algún tiempo echaron de menos la falta de representación de un jefe prestigioso, capaz de llevar á cabo tan gran proyecto. Al fin tienen uno, que es el mejor en que pudieron haber pensado, el protestante de alcurnia regia, muy amado del pueblo, Jacobo, duque de Monmouth, hijo de Carlos II.

—Pero hijo ilegítimo—observé yo.

—Eso será ó no será verdad. Hay quien dice que Lucía Walters estuvo casada con el rey; pero, bastardo ó no, sostiene los verdaderos principios religiosos y cuenta con el amor del pueblo. Deja que aparezca en el Oeste y verás cómo brotan por todas partes soldados, como brotan las flores en primavera.

Detúvose al llegar aquí y me condujo al extremo más lejano del cercado donde teníamos los curtidos,

porque los operarios habían comenzado á llegar y á formar corrillos á nuestro alrededor.

—Monmouth está ya en camino para Inglaterra —continuó,—y espera que se agrupen en torno de su bandera todos los protestantes de corazón. El duque de Argyle capitaneará una expedición separada á la que se unirán los montañeses de Escocia. Con el auxilio de ambos espero que ha de salir humillado el tirano perseguidor de los verdaderos fieles... pero estoy oyendo la voz de nuestro mensajero Saxon, y no quiero que diga que le he tratado de cualquier modo... Aquí está la carta, muchacho. Léela con cuidado y no olvides que cuando los valientes luchan en defensa de sus derechos, no debe faltar á su lado alguien que represente la antigua casa rebelde de Clarke.

Tomé la carta que mi padre me entregaba, y echándome á vagar por los campos, me acomodé bajo un árbol y me puse á leerla. Este pliego amarillo que veis en mi mano es el mismo de que fué portador Décimus Saxon, y el que leí en aquella hermosa mañana de mayo medio oculto entre las ramas de un oxicanto :

«A mi amigo y compañero en la causa del Señor, José Clarke.—Sabrás, amigo, que se acerca la liberación de Israel, y que el malvado rey, junto con todos sus partidarios, caerá vencido y enteramente derrotado, de modo que su memoria quedará borrada del país. Apresúrate, pues, á dar testimonio de tu fe, á fin de que no faltes en el día de la prueba.

»De cuando en cuando han venido reuniéndose en esta buena ciudad luterana de Amsterdam muchos miembros de la afligida Iglesia, procedentes no sólo de nuestro país, sino también de Escocia; y su número ha crecido de tal suerte, que creen estar en condiciones de acometer una gran empresa. Porque se encuentran entre nosotros milord Grey de Wark,

Wade, Dare de Tauton, Ayloffé, Holmes, Hollis, Goodenough y muchos otros que ya conocerás. Entre los escoceses se cuentan el duque de Argyle, que ha sufrido mucho por la causa del *Pacto Nacional* (1) (Covenant), hecho para asegurar la libertad civil y religiosa, sir Patricio Hune, Fletcher de Saltoun, sir Juan Cochrane, el doctor Ferguson, el mayor Elphinstone con varios más. A estos nos hubiéramos complacido en añadir á Locke y al viejo Hal Ludlow, pero de ellos podemos decir lo que la Escritura de la Iglesia de Laodicea: «que ni son calientes ni fríos».

»Pero ha ocurrido ahora que Monmouth, después de haber vivido por largo tiempo en íntimo trato con una mujer madianita, llamada Wentworth, al fin se ha resuelto á emprender cosas más altas, consintiendo en presentar su reclamación á la corona de Inglaterra. Se ha averiguado que los escoceses preferían seguir á un capitán de su país, por lo que Argyle-M^r Callum More—como le llaman los rudos salvajes de Inverary—mandará, conforme á lo convenido, una expedición separada que desembarcará en la costa occidental de Escocia. Allí hay esperanzas de levantar en armas á cinco mil Campbells, á los que se unirán todos los firmantes del Pacto y los *whigs* de Occidente, formando tropas aguerridas y valerosas, como lo hicieron en tiempos pasados, con tal que tengan jefes temerosos de Dios y experimentados en el conocimiento y usos de la guerra. Con estas fuerzas, el duque de Argyle podrá sostenerse en Glasgow, y arrojar hacia el Norte á las tropas del rey. Ayloffé y yo vamos con Argyle. Es probable que pisemos suelo escocés antes que tus ojos lean estas líneas.

(1) La *Solemne Liga y Pacto de 1643* fué un tratado internacional entre Escocia é Inglaterra estipulado en defensa de la libertad religiosa.

»La expedición principal saldrá con Monmouth y desembarcará en un punto adecuado del Oeste, donde estamos seguros de tener numerosos amigos. No puedo decirte el lugar, por temor de que esta carta se extravíe, pero lo sabrás en breve. He escrito á todos los buenos partidarios de nuestra causa, que moran á lo largo de la costa, pidiéndoles que se preparen para apoyar el levantamiento. El rey es débil y la mayoría de sus súbditos le odian; bastará, por tanto, un buen golpe para derribarle del trono. Monmouth partirá dentro de pocas semanas, cuando se hayan terminado todos los preparativos y el tiempo sea favorable. Si puedes acudir, sé bien, antiguo camarada mío, que no necesitarás de invitaciones por mi parte para reunirte con los que siguen nuestra bandera. Si, por casualidad, la flaqueza de los años y el hábito de una vida pacífica te impiden secundar nuestros esfuerzos, confío en que has de hacerlo por medio de la oración, á ejemplo del santo profeta del Antiguo Testamento; y puesto que, según me dicen, has prosperado en los bienes de este mundo, tal vez te sea dable equipar uno ó dos piqueros y enviar algún donativo para la caja de guerra, que no cuenta con sobrados recursos. Aunque no ponemos nuestra confianza en el oro, sino en el acero y en nuestra buena causa, no por eso dejamos de recibir de buen grado los auxilios pecuniarios. En el caso de sucumbir, caeremos como hombres y cristianos. Mas, si la victoria nos favorece, veremos con qué valor y grandeza de ánimo sabrá soportar la adversidad que se le vendrá encima el perjuro Jacobo, perseguidor de los santos, el hombre de corazón de roca, que sonreía viendo descoyuntar los pulgares en Edimburgo á los verdaderos fieles. ¡Dígnese el Todopoderoso prestarnos su ayuda!

»Mis noticias sobre el portador de esta carta son escasas, y no puedo decirte otra cosa sino que alardea de pertenecer al número de los elegidos. Supo-

niendo que te resolvieras á presentarte en el campamento de Monmouth, procura llevar en tu compañía al mensajero, porque me dicen que es guerrero de experiencia, adquirida en las campañas alemanas, suecas y turcas.—Tuyo en la fe de Cristo,

»RICARDO RUMBOLD.»

«Ofrece mis respetos á tu esposa, y recomiéndale que lea la carta á Timoteo, capítulo segundo, versículos noveno al quincuagésimo.»

Leí con gran atención esta larga misiva, y metiéndola luego en el bolsillo, regresé á casa á tomar el almuerzo. Mi padre me escudriñó, al entrar, con ojos curiosos; pero no pude decirle nada, porque mi espíritu estaba lleno de confusiones y perplejidades.

Aquel día partió Décimus Saxon, con el propósito de hacer una excursión por el país y entregar sus cartas, pero prometiendo volver poco después. Antes de marchar, tuvimos en casa un pequeño percance, y fué que, mientras mis padres y yo hablábamos del viaje de Décimus, Oseas se puso á jugar con el frasco de pólvora que teníamos para nuestras cárceles, y sin saber cómo estalló repentinamente, dejando cubiertos los muros de trozos de metal. Tan inesperado y estruendoso fué el estallido, que mi padre y yo saltamos de nuestros asientos; pero Saxon, que estaba vuelto de espaldas á mi padre, permaneció arrellanado en su silla sin volver la cabeza ni contraer su arrugado rostro con el menor gesto. Por fortuna, nadie salió herido, ni aun el autor de la fechoría; pero el incidente me hizo formar concepto más elevado de nuestro huésped. Al empezar su caminata pasando por la calle principal de la aldea, su seca y estirada figura, de semblante extraño y anguloso, adornada con el sombrero de guarniciones de plata perteneciente á mi padre, atrajo la aten-

ción más de lo que yo quisiera, considerando la importancia de los documentos que llevaba y la seguridad de que caerían en poder de las autoridades si á éstas les ocurría detenerle como á vagabundo. Por fortuna, la curiosidad de mis convecinos se redujo á salir á las puertas y ventanas y á contemplarle con ojos asombrados, mientras el viajero, satisfecho de la atención que excitaba, siguió su camino con la cabeza erguida y blandiendo en la mano un garrote de mi propiedad. Las impresiones que dejaba atrás, en el hogar de su patrón, no podían ser más halagüeñas. Su piedad y los sacrificios que pretendía haber hecho por la fe le habían conquistado la benevolencia de mi padre. A la dueña de casa le había hablado del modo cómo se llevan los tocados en Servia y del método usado en algunas partes de Lituania para conservar hierbas medicinales. En cuanto á mí, confieso que conservaba un vago recelo contra nuestro hombre, estando resuelto á no fiarme de él más de lo que fuera estrictamente necesario, aunque, al presente, por fuerza tenía que tratarle con todos los honores debidos á un embajador de amigos nuestros.

Volviendo á la proposición de mi padre, ¿qué resolución convendría tomar? ¿Seguiría los descos del anciano y desenvainaría mi espada, virgen aún, en defensa de los insurrectos, ó permanecería alejado de la lucha, contemplando cómo se desenvolvían por sí mismos los acontecimientos? Desde luego, era más conveniente mi participación en la contienda que la de mi padre. Mas, por otra parte, no sentía gran celo por la causa de la religión, y según mi entender todos tenían sus razones, lo mismo los papistas que los protestantes de la Iglesia oficial y los Disidentes, sin que hubiera motivo para derramar por su causa ni una gota de sangre humana. Jacobo podría ser muy bien un hombre perjuro y de sentimientos viles; pero, á lo que á mí se me alcanzaba,

no podía negarse su derecho al trono de Inglaterra ; y todas las historias referentes á matrimonios y diligencias secretas eran impotentes para desnaturalizar el hecho patente de la ilegitimidad de su rival, que por tal concepto estaba incapacitado para ceñir la corona. ¿Quién podría señalar el crimen cometido por el monarca, y que justificara la rebelión de un pueblo que deseaba repudiarle? ¿Quién era el juez en semejante causa? Sin embargo, bien mirado todo, el monarca había faltado públicamente á sus compromisos, y esta infidelidad seguramente eximiría á sus súbditos de los deberes de lealtad. La cuestión era ardua, y para un muchacho de aldea, difícil de resolver ; mas, á pesar de todo, había que buscar una solución, y esto lo antes posible. Tomé, pues, el sombrero y salí á dar una vuelta por el pueblo, revolviendo el asunto en mi cabeza.

Habéis de saber, empero, mis queridos niños, que no era fácil para mí la tarea de ir por la calle engolfado en un asunto serio, porque en cierto modo no había en mi lugar natal otro más mimado que yo por las familiaridades cariñosas de todos, fueran jóvenes ó viejos ; de suerte que no podía andar diez pasos sin tropezar con algún saludo ó forzosa entrevista. Por un lado no me dejaban á sol ni á sombra mis mismos hermanos, los cuales en esta ocasión se empeñaron en seguirme ; y poco después tropecé con los niños del panadero Mitford, que se asieron con fuerza á mis pantalones y las dos niñas del molinero, cada una de las cuales me asió de la mano. No bien había logrado persuadir á esta gentecilla retozona á que me dejaran continuar mi camino, cuando me salió y comenzó á referirme que se había desmontado la piedra de afilar, y ni ella ni la gente que tenía en casa podían restituirla nuevamente á su sitio. Arreglado este asunto, y cuando proseguía mi camino, no pude pasar frente á la posada, que se honraba con el rótulo de *The Wheatsheaf* sin que

el padre de Rubén, Juan Lockarby, me cortara el paso, insistiendo en que entrara á tomar una copa.

—Vas á probar—me dijo con orgullo—la mejor hidromiel de toda la comarca. ¡Bienvenido por aquí, maese Miguel! Un mozo de esa estampa necesita sostener la persona bebiendo de lo bueno.

—Y una malta de esa calidad está pidiendo también un hombre de pelo en pecho—añadió Rubén, que andaba ocupado con el arreglo de las botellas.

—¿Qué te parece, Miguel?—preguntó el patrón.—Ayer mañana estuvieron aquí el señor Milton con Juanito Ferneley, que es de la parte de la ribera, y se empeñaban en sostener que hay por allá un hombre, en el pueblo de Fareham, capaz de luchar contigo, y aun con otro más majo. No tenían inconveniente en apostar cualquier cosa á que su campeón te buscaría las vueltas y daría contigo en tierra.

—¡Ta, ta, ta!—respondí.—¿De modo que me tomáis por un perro de presa y os entretenéis en enseñar mis dientes á toda la comarca? Y bien, ¿qué importa que el hombre ese pueda derribarme á mí ó yo á él?

—¿Qué importa?—replicó.—¡Cómo! ¿La honra de Havant no importa nada?... Pero tienes razón—continuó, después de apurar el contenido de su vaso de cuerno:—¿qué significa esta pobre aldea ni sus miserables triunfos para un hombre como tú? Porque la verdad es que tú estás aquí tan fuera de tu sitio como el vino nuevo en una cena de coles. Inglaterra entera y no las calles de Havant es el campo que conviene á un hombre de tu temple. ¿Qué tienes tú que ver con la vulgar faena de tundir pieles y curtir cuero?

—A mi padre le gustaría que te echaras por esos mundos á correr aventuras como caballero andante, Miguel—dijo mi amigo riendo.—Y bien pudiera ocurrir que te molieran la piel y te curtieran el pellejo.

—¡ Oiga! ¿Dónde se ha visto lengua más larga en cuerpo tan corto?—dijo el posadero.—En Dios y en mi ánimo, amigo Miguel, hablo con toda seriedad cuando te digo que estás malgastando los años de tu juventud, en que la vida se muestra tan sonriente, y te has de arrepentir, cuando no te queden más que las heces insípidas de la vejez.

—Mi padre está hablando como quien es—repuso Rubén,—pero tiene razón en lo que dice, á pesar de su peculiar manera de expresarlo.

—Lo pensaré—respondí, y despidiéndome de ellos con una muda inclinación, reanudé mi camino.

Zacarías Palmer trabajaba en cepillar una tabla cuando pasé por su puerta. Levantó la vista y me dió los buenos días.

—Tengo un libro para ti, muchacho—añadió.

—Precisamente acabo de terminar el *Comus*—le respondí, porque me había prestado ese poema de Juan Milton.—Y, ¿qué nuevo libro es, abuelo?

—Uno debido á la pluma del docto Locke y trata de los Estados y de la ciencia del gobierno. Es pequeño, pero vale por toda una librería. Lo tendrás tan luego como lo haya terminado, mañana ó pasado... ¡ Una buena persona el amigo Locke! ¿No le tenemos ahora desterrado en los Países Bajos por no querer doblar la rodilla ante lo que su conciencia reprueba?

—Entre los proscritos hay muchos hombres de bien, ¿no es verdad?

—La flor y nata del país—contestó el carpintero.—¡ Desgraciada nación la que arroja de su suelo á los ciudadanos más honrados y valerosos! Temo que se acerca el día en que los hombres tendrán que elegir entre sus creencias y su libertad. Soy un viejo, Miguelillo, pero todavía puedo vivir bastante para ver cosas extrañas en este reino, antes protestante.

—Pero si esos desterrados salieran con su intento

—objeté,—pondrían en el trono á Monmouth, trastornando el derecho de sucesión.

—Nada de eso, hombre, nada de eso—replicó el viejo Zacarías, dejando el cepillo.—Si se valen del nombre de Monmouth, es sólo para mejor apoyar su causa haciendo ver que tienen un jefe de gran reputación. Pero, si Jacobo es arrojado del trono, la Cámara de los Comunes se reuniría para nombrarle sucesor. Entre los que están detrás de Monmouth, hay muchos que no conspirarían si así no fuera.

—Entonces, abuelo, ya que sois hombre de fiar y que me habéis de decir lealmente vuestro sentir, ¿haría yo bien en seguir la bandera de Monmouth, si llega á levantarse?

El carpintero se atusó la blanca barba y quedó unos momentos pensativo.

—He ahí una pregunta ardua—respondió al fin, —y para la que á mi juicio no hay más que una contestación, en especial por lo que al hijo de tu padre se refiere. Suponiendo que se ponga término al gobierno de Jacobo, no es tarde aún para conservar á la nación en su antigua fe; pero si se consiente la difusión de la enfermedad, puede suceder que la expulsión del tirano no impida que la mala semilla vuelva á brotar. Mi opinión es, por tanto, que si los desterrados se lanzan á la intentona, todo el que estime en algo la libertad de conciencia debe incorporarse á sus filas. Y tú, hijo mío, que eres el orgullo de la aldea, ¿qué otro uso mejor podrás hacer de tu fuerza que dedicarla á librar al país de tan insoportable yugo? El consejo es revolucionario y peligroso; podría dar lugar á una delación y á la muerte; pero Dios sabe bien que si fueras hijo mío había de decirte lo mismo.

Así habló el viejo carpintero con acento tembloroso y conmovido; después de lo cual volvió á cepillar su tabla, mientras yo le di las gracias en breves frases y proseguí mi camino, ponderando las ra-

zones que me había expuesto. Mas, apenas me había alejado un poco, cuando la voz bronca de Salomón Sprent vino á sacarme violentamente de mis meditaciones.

—¡Hola, camarada! ¡Cuánto bueno por aquí!—gritó á corta distancia de mi oído. —Pero, ¿qué? ¿Pensabas pasar por delante de mi proa sin echar el ancla? ¡Recoge trapo, muchacho! ¡Recoge trapo!

—¡Perdón, capitán! No os había visto. Iba enteramente distraído.

—Al garete y sin vigías, ¿eh?—continuó Sprent abriéndose paso por la cerca del jardín. ¡Maldita miseria, hombre! No abundan tanto los buenos amigos, que puedas pasar á su lado sin saludar con la bandera. Si llego á tener cañón á bordo, te hago fuego contra la proa.

—No he tenido ánimo de ofenderos, capitán—respondí, porque el veterano parecía irritado;—tengo muchas cosas en que pensar esta mañana.

—Lo mismo me sucede á mí, camarada—repuso con voz más suave.—¿Qué te parece de mi aparejo, eh?

Mientras así hablaba, giró sobre sí lentamente en plena luz del sol, y pude observar que estaba vestido con esmero inusitado. Llevaba un traje azul de paño fino adornado con ocho filas de botones, siendo el calzón del mismo paño que la chaqueta y mostrando en la rodilla una especie de fleco hecho de cinta. El chaleco se distinguía de las demás piezas por su azul más claro, esmaltado de áncoras de plata y guarnecido en la parte superior con un encaje de un dedo de ancho. Sus botas eran tan holgadas, que parecía tener metidos los pies en dos baldes, y lucía al lado un machete sujeto á una bandolera que le cruzaba el pecho pasando por el hombro.

—Me he dado una mano de pintura nueva en toda la persona — me dijo guiñando el ojo. — ¡Caramba! Aunque viejo, mi barco es todavía nave

estanca. Y, ¿qué dirías ahora si supieras que estoy á punto de echar un cabo á una vaquita para traérmela á bordo?

—¿Cómo una vaca?—pregunté con asombro.

—No entiendes, hombre. ¿Por quién me has tomado? Una moza, Miguel, una barquichuela tan apretada como jamás navegó con rumbo al puerto del matrimonio.

—¿Conque ésas tenemos?—pregunté.—No sabía que estuvierais desposado. Y, ¿cuándo es la boda?

—Despacio, amigo, despacio y ojo á la sonda, porque has salido del canal y entrado en aguas de poco fondo. No hay esponsales todavía. En este momento levo anclas para llegarme á ella é intimarle la rendición. Oye, muchacho—continuó quitándose el gorro y rascándose las hirsutas greñas,—he tenido muchas aventuras con mozas desde Oriente á las Antillas, pero con mozas de esas que encuentran los marineros, todo pintura y enfermedad de bolsillo. Si les arrojas una granada de mano, á la primera explosión arrian la bandera. Esta es una nave de otro aguante; y si no gobierno con cuidado, le puede dejar á uno á flor de agua antes de caer en la cuenta de haber dado principio el combate. Vamos á ver, ¿cuál es tu opinión? ¿deberé colocarme atrevidamente al costado y acosarla con la mosquetería, ó ponerme á distancia y romper contra ella fuego de cañón? Pero has de tener en cuenta que yo no soy como vosotros, los hombres de seco, habladores y veletas; y que si ella quiere un buen compañero, me tendrá á su lado aunque vengán temporales y arrecien los vientos, en tanto que aguante mi tablazón.

—En el caso que me proponéis, apenas sé qué consejo daros—repliqué,—porque tengo menos experiencia que vos. Pero me atrevería á deciros que lo mejor que podéis hacer es hablarle con sinceridad en el lenguaje franco de los marinos.

—¡Toma, toma!—Ahí está el escollo en que puedo embarrancar: porque falta que ella acepte ó no ese lenguaje. Es Lucía Dawson, la hermana del herrero. Volvamos á echar un trago de un vinillo superior antes de zarpar. Tengo una pipa recién llegada, que no ha pagado al rey una blanca.

—¡Oh! Lo mejor es dejar eso por ahora—respondí.

—¿Eso me dices? Bien, tal vez tengas razón. Suelta las amarras y tiende el velamen, porque vamos á navegar.

—Pero yo no tengo que ver nada en el asunto—le dije.

—¡Ah! ¿Conque no tienes que ver nada? ¿De veras?

El hombre estaba empeñado en que yo había de acompañarle, y se quedó mirándome con severa expresión de enojo.

—No te creía así, Miguel. ¿Serías capaz de consentir que este viejo carracón entrara en batalla sin estar tú al lado para disparar una andanada?

—Pero entonces, ¿qué queréis que haga?

—Pues sencillamente ayudarme, conforme lo pida la ocasión. Si me tiro al abordaje, querría que te pusieras á proa para inclinarla. Si la ataco por la parte de babor, tú debes mantenerte á estribor. Si salgo con averías, tú has de continuar el fuego hasta que me repare. ¡Vamos, hombre! Espero que no me has de abandonar.

Las metáforas y conceptos del viejo marino no siempre me eran inteligibles; pero era evidente que se le había metido en la cabeza llevarme en su compañía, cosa que yo estaba resuelto á evitar á todo trance. Al fin, después de largos razonamientos, logré hacerle comprender que mi presencia le serviría de estorbo más que de ayuda y que probablemente sería fatal para el buen resultado de su expedición.

—¡Bien! ¡Bien!—gruñó.—Hasta ahora no ha-

bía tenido que pensar en combates de esta índole, y puesto que la costumbre es que cada barco pelee solo, así lo haré. Tú vendrás conmigo dándome escolta, pero te quedarás á la mira en alta mar, dispuesto á echarme á pique si pierdo la serenidad.

Mi espíritu estaba enteramente ocupado con los planes de mi padre y las diversas perspectivas que se me abrían para lo futuro. Con todo, al parecer, era necesario, en vista del obstinado empeño de Salomón, dejar el otro asunto por el momento y seguir esta nueva aventura hasta su desenlace.

—Bueno, conformes, Salomón — repliqué,—pero ten en cuenta que yo no traspasaré los umbrales de la casa.

—Perfectamente, camarada. Puedes divertirte á tu sabor. Yo tengo que navegar contra viento y marea todo el camino. Ella está á la mira, porque la saludé anoche y le hice saber que me tendría allí á eso de las siete de la mañana.

Mientras nos encaminábamos á casa de Lucía, iba yo pensando en que ésta necesitaría aprender los términos de mar para entenderse con el viejo Salomón. De pronto se detuvo éste y metió las manos en su bolsillo.

—¡Rayos y truenos!—exclamó—se me ha olvidado traer una pistola.

—¡Santo Dios!—repuse asombrado.—¿Para qué queríais esa pistola?

—Pues para hacer señales con ella—respondió.—¡Malhaya mi cabeza! ¡Habermé olvidado de una cosa tan necesaria! ¿Cómo va á saber la nave compañera lo que pasa en vanguardia si el barco almirante no lleva artillería? En el caso de que la muchacha acceda á mis deseos, yo podría disparar un cañonazo para que tú lo supieras.

—¡Bah!—respondí—si os quedáis dentro, creeré que todo marcha á pedir de boca.

—Si salgo victorioso, izaré bandera blanca por la

parte de proa. Esa bandera significa que ha arriado la suya la nave enemiga. ¡Ira de Dios! Cuando servía en la santabárbara del viejo barco *Lyón*, el día que trabamos combate con la *Espiritu Santo*, que llevaba dos ringleras de cañones, con ser la primera vez que oía silbar las balas, no me palpitó el corazón tanto como ahora. ¿No será mejor que nos volvamos con viento en popa y espitemos la pipa de vino?

—No, hombre, no—repliqué cuando llegábamos á la casucha vestida de yedra, tras de la cual estaba la herrería del lugar.—¿Es posible, Salomón? Un marino inglés nunca temió al enemigo, usara faldas ó pantalones.

—¡Trágueme el infierno si tal hice!—contestó Salomón levantando sus hombros;—nunca temí ni á los españoles, ni á los holandeses, ni al mismo diablo, como ahora la temo á ella.

Así diciendo, entró en la casa, dejándome á mí en la puerta del huerto, entre complacido y contrariado con esta interrupción de mis meditaciones y planes.

A lo que resultó, el marinero no tropezó con grandes dificultades en su pleito y consiguió en breve capturar su presa, para decirlo en el lenguaje que él usaba. Desde el huerto oía yo el bronco murmullo de su voz, interrumpido á trechos por alegres carcajadas que acabaron por un grito débil, lo que á mi juicio significaba que Salomón estrechaba el ataque. Luego hubo un rato de silencio, y al fin vi un pañuelo blanco que ondeaba en la ventana y advertí además que la misma Lucía era quien lo agitaba. La muchacha tenía buen parecer y carácter afable, por lo que me alegré en el fondo de mi corazón de que el viejo marino hubiera hallado tan buena esposa que le atendiera.

Aquí dejé definitivamente establecido para el resto de su vida á un buen amigo. Entretanto el otro me advertía que malgastaba mis mejores años en la

aldea, y un tercero, que era el más respetable de todos, me aconsejaba sin rodeos ni ambages unirme á los insurrectos, si se ofrecía la ocasión. En el caso de que rehusara, pasaría por la vergüenza de ver á mi anciano padre partir para la guerra mientras yo permanecía tranquilamente en casa. Y, ¿por qué había de rehusar? ¿Por ventura no alimentaba secretamente en mi corazón el deseo de ver algo del gran mundo? ¿Qué mejor ocasión podía presentarse? Mis aspiraciones, el consejo de mi amigo y las esperanzas de mi padre, todo coincidía en señalar la misma dirección.

—Padre—le dije, cuando hube regresado á casa, —estoy dispuesto á ir donde queráis.

—¡El Señor sea bendito!—exclamó solemnemente.—Quiera El velar por vuestra vida y mantener vuestro corazón fiel á la causa que es suya indudablemente.

Y de este modo, mis queridos nietos, quedó tomada la gran resolución y me hallé comprometido en la contienda nacional, á favor de uno de los bandos beligerantes.

VII

DEL JINETE LLEGADO DEL OESTE

Inmediatamente mi padre se puso á disponer lo necesario para nuestro equipo, proveyéndonos ampliamente de lo que había de servirnos en la campaña tanto á Saxon como á mí, porque había resuelto que la riqueza adquirida en sus últimos años ayudara al triunfo de la buena causa de igual suerte que había cooperado á su triunfo el vigor de la juventud. Fué preciso hacer estos preparativos con la mayor cautela, porque en el pueblo había numerosos prelatistas, es decir, partidarios de la dignidad

episcopal; y dada la agitación del espíritu público, cualesquiera diligencias, llevadas á cabo por un hombre de antecedentes y sentimientos tan notorios como mi padre, hubieran atraído al punto la atención. El antiguo soldado arregló las cosas tan cuidadosamente, que pronto estuvimos en condiciones de partir al primer aviso, sin que ninguno de nuestros vecinos tuviera de ello la menor noticia.

Su primera determinación fué comprar por conducto de un agente dos buenas cábalgaduras en la feria de Chichester, las cuales fueron conducidas á los establos de un labrador *whig* de confianza que vivía cerca de Portchester, mandándole que las tuviera guardadas hasta que se le pidieran. Uno de estos animales era de color gris moteado y tenía ocho cuartas y media de alto, como convenía á mi peso, porque en aquellos días, queridos míos, no había perdido las carnes como hoy y pesaba cerca de nueve arrobas estando en la plenitud de mi desarrollo y fuerza. Algún crítico pudiera haber dicho que *Covenant*—pues tal era el nombre que puse á mi bridón,—era un poco pesado de cuello y cabeza; pero á mí me pareció un bruto noble, dócil y de gran poder y resistencia. Saxon, que con todos sus arreos apenas llegaba á las ocho arrobas, tenía una jaca baya española de mucha sangre y bríos. Dióle el nombre de *Cloe*; que era el de una piadosa doncella conocida suya; á pesar de que en semejante denominación había, según observó mi padre, cierto sabor impío y pagano. Estos caballos con sus arneses fueron comprados y provistos de todo lo necesario, sin que de ningún modo interviniera mi padre en el asunto.

Arreglado tan importante menester, quedó todavía por resolver la cuestión de las armas, la cual dió origen á una controversia reñidísima entre Décimus Saxon y mi padre, citando cada uno á su favor numerosos ejemplos que se les habían ofrecido, y en

los que la presencia ó ausencia de alguna pieza de la armadura había sido de capital importancia para el que la llevaba. Vuestro abuelo se había empeñado en que me pusiera el peto que conservaba todavía las abolladuras de las lanzas escocesas, recibidas en la batalla de Dunbar ; mas al tratar de acomodármelo, vimos que era demasiado pequeño para mí. Confieso que este incidente me causó gran sorpresa, porque cuando reflexioné en el respeto que me había inspirado la elevada estatura y gran corpulencia de mi padre, me parecía admirable tener aquella prueba convincente de haberlas yo superado. Al dar la última mano al cinturón y á los ojales por donde podía pasarse un cordón, mi madre dispuso las cosas de suerte que pudiera usarlo con toda comodidad. Un par de rodilleras y quijotes con los correspondientes brazales y guanteletes se tomaron de la armadura antigua de mi padre, junto con el gran montante y un par de pistolas de arzón que formaban las acostumbradas armas de un caballero. Habíame comprado mi padre un casco en Portsmouth, guarnecido exteriormente del terciopelo fino usado en los birretes y forrado por dentro de cuero flexible y suave, formando un todo muy ligero y de gran resistencia.

Cuando estuve enteramente equipado, tanto Saxon como mi padre convinieron en que no me faltaba nada de lo necesario á un soldado pronto á salir al campo. Saxon había comprado un colete de ante, un casco de acero y un par de botas altas, de suerte que con el espadín y pistolas que le había regalado mi padre, estuvo dispuesto á salir á campaña en cualquier tiempo.

Esperamos no tropezar con grandes dificultades para incorporarnos á las fuerzas de Monmouth cuando llegara la hora. En aquellos días de revuelta los caminos principales estaban infestados de bandoleros y salteadores, de tal modo que los viajeros

acostumbraban á llevar armas y hasta corazas para defenderse.

No había por tanto, motivo para que nuestra desaparición despertara sospechas.

Por si acaso se nos interrogaba, mi compañero tenía preparada una larga historia, según la cual nosotros viajábamos para unirnos á Enrique de Somerset, duque de Beaufort, á cuya servidumbre pertenecíamos. Me explicó detenidamente esta ficción con numerosos pormenores que habían de servir para corroborarla; mas cuando le dije resueltamente que antes me dejaría ahorcar como rebelde que decir una mentira, se quedó mirándome asombrado y movió la cabeza dando muestras de no comprender mi resolución.—Con algunas semanas de campaña—me dijo,—se te quitarán esos escrúpulos.—Por lo que á él se refería, en sus primeros años nadie le había aventajado en sinceridad y rectitud; pero había aprendido á mentir peleando en el Danubio, y consideraba esa cualidad como uno de los requisitos necesarios del soldado.

—Porque, si bien se mira—argüía él,—¿qué son todas las estratagemas emboscadas y engañosas acometidas sino mentiras en gran escala? ¿Qué viene á ser un buen general sino un hombre hábil para ocultar la verdad? Cuando en la batalla de Senlac, Guillermo de Normandía mandó á su gente fingir que se retiraban huyendo, á fin de desordenar á sus enemigos, artificio practicado por los escitas en tiempos antiguos y por los croatas en nuestros días; ¿qué es todo ello en realidad sino utilizar una mentira? Y, cuando Aníbal, después de atar teas encendidas á los cuernos de numerosas parejas de bueyes, hizo creer á los cónsules romanos que su ejército se retiraba, ¿no constituyó este hecho un engaño ó infracción de la verdad? Punto es éste dilucidado con abundancia de doctrina y razones por un soldado de gran reputación en la obra que lleva por título:

An in bello dolo uti liceat; an apud hostes falsiloquio uti liceat. (Si es lícito en la guerra valerse de engaños; y si puede usarse un lenguaje falso con los enemigos).

De modo que, según Saxon, yo debía, en conformidad con estos grandes modelos, manifestar para salir con mi intento, que pertenecíamos á la gente de Beaufort, aunque en realidad fuéramos en busca de Montmouth, porque estaba en conformidad con los usos de la guerra y las costumbres de los grandes generales. Por mi parte no intenté dar satisfactoria respuesta á este especioso argumento, limitándome á repetir que mi compañero podía aprovecharse de aquella costumbre, pero sin acudir á mí para corroborar sus asertos. Además, le prometí guardar mi lengua y no decir nada que pudiera comprometerle; y con esta promesa tuvo que contentarse.

Al fin, mis sufridos oyentes, vamos á salir ahora de la humilde vida de la aldea dejando mi relato referente á los hombres que eran viejos cuando yo estaba en la flor de la edad, y que al presente descansan desde hace años en el cementerio de Bedhampton. Habéis de acompañarme para que veais la Inglaterra de aquellos días y sepáis cómo emprendimos las guerras de religión y qué aventuras nos sucedieron. Y si, por caso, lo que yo os narro se diferenciara de lo que habéis leído en el libro del señor Coke ó del señor Oldmixon, ó de cualquier otro que haya puesto en letras de molde estos asuntos, debéis tener presente que os estoy refiriendo las cosas que he visto con estos mismos ojos que se ha de comer la tierra, y que yo he contribuído á hacer historia, lo cual es de mucho mayor mérito que escribirla.

Continuando, pues, mi relato os diré que al caer la noche del doce de junio de 1685, llegó á nuestra región la noticia de que Monmouth había desembarcado el día antes en Lyme, pequeño puerto situado

entre Dorsetshire y Devonshire. Una gran hoguera que brillaba en Portsdown Hill fué la primera noticia que tuvimos de ello y posteriormente oímos el redoble de tambores y rumor bélico que procedía de Portsmouth, donde las tropas se habían reunido dispuestas á combatir. Mensajeros á caballo cruzaron como flechas por la calle de la aldea, echados hacia adelante con la cabeza sobre el cuello de sus cabalgaduras para llevar la noticia á Londres á fin de que el gobernador de Portsmouth supiera lo que tenía que hacer. (1) Estábamos nosotros á la entrada de la casa en la obscuridad observando el ir y venir y la línea de señales luminosas que se extendía hacia el Este, cuando llegó á nuestros umbrales un hombrecillo galopando y detuvo allí su jadeante caballo.

—¿Está aquí José Clarke?—preguntó.

—Yo soy—respondió mi padre.

—¿Se puede tener confianza en estos hombres?—murmuró señalando con la fusta á Saxon y á mí.
—Entonces el punto de reunión es Taunton; comunicadlo á todos vuestros conocidos. Haced el favor de dar á mi caballo un pienso y agua, porque necesito continuar mi camino.

Mi hermano más joven, Oseas, miraba con gran curiosidad al fatigado viajero, mientras nosotros llevábamos al establo su cabalgadura y le sacábamos al hombre una copa de cerveza. El recién llegado era enjuto de rostro y cuerpo y tenía en la mejilla una señal notable que se conocía ser de nacimiento. Su rostro y vestidos aparecían llenos de polvo y mostraba tal entumecimiento y cansancio de estar en la silla, que apenas podía andar.

—He reventado ya un caballo—dijo,—y el que llevo difícilmente podrá resistir otras veinte millas. Necesito estar en Londres mañana por la mañana, porque esperamos que Danvers y Wildman logren le-

(1) Nota B, Apéndice.

vantar á la población. Ayer tarde partí del campamento de Monmouth, cuya bandera azul flota sobre Lyme.

—¿Qué fuerzas tiene con él?—preguntó mi padre con ansiedad.

—Hasta ahora sólo le acompañan los jefes. La fuerza acudirá del pueblo que al presente espera en sus casas el aviso. Está con él lord Grey de Wark, con Wade, el alemán Buyse y unos ochenta ó ciento más. Por desgracia hemos perdido á dos de los que acudieron. Es un augurio fatal, pésimo.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Que el platero de Taunton, Dare, ha muerto de una cuchillada que le dió Fletcher de Saltoun en una pendencia de poca monta, con motivo de un caballo. Los campesinos comenzaron á pedir á gritos que se castigara al matador, y éste se vió forzado á huir refugiándose en un barco. Es un contratiempo desgraciado, porque nos priva de un jefe entendido y de un soldado veterano.

—¡Ea! ¡No exageremos!—exclamó Saxon con impaciencia,—no faltarán jefes más expertos y soldados más curtidos en achaques de la guerra que puedan tomar su puesto inmediatamente en el Oeste. Pero, si conocía los usos de la guerra, ¿cómo se explica que se atreviera á entrar en una contienda de índole privada en semejante ocasión?

Sacó, mientras esto decía, un libro grueso y par-do de su seno, y recorrió con la punta de su largo y seco índice los títulos del contenido.

—Aquí está—continuó—el caso mismo de que estábamos hablando. *Subsectio nona: «An in bello publico provocatus ad duellum privatae amicitiae causa declinare possit»* (Subsección nona: Si en el caso de una guerra pública pueda rehusar un duelo el que ha sido provocado á él por causa de una amistad particular), en el cual el docto Flamenco demuestra que el honor privado del hombre debe pos-

ponerse al bien público. ¿No me sucedió á mí mismo que la víspera de levantarse el sitio de Viena, habiendo sido invitados los oficiales extranjeros á la tienda del general, un irlandés rubio, llamado O'Daffy, que era un veterano del regimiento de Pappenheimer pretendía colocarse antes que yo, fundándose en que era de sangre más noble? A lo cual repliqué cruzándole mi guante en la cara, no en un arrebato de indignación, sino para indicar que no estaba conforme con su opinión. Ofreció él entonces sostener su derecho, pero habiéndole yo leído la subsección que acabo de citar, se convenció de que no podíamos dirimir la contienda, conforme á los cánones del honor, mientras los turcos no hubieran sido arrojados de la ciudad. Y en efecto, después del ataque...

—Bien, bien, señor, ya oiremos ese relato otro día—dijo el mensajero, vacilando al ponerse de pie.

—Tengo que llegar á tiempo á Chichester y no puedo detenerme. Defended ahora la buena causa ó seréis esclavos para siempre. ¡Adiós!

Dicho esto, saltó á la silla de su cabalgadura, y poco después oíamos el ruido que hacía al galopar, perdiéndose por el camino de Londres.

—Ha llegado el momento de que partas, Miguel—dijo mi padre solemnemente.

—¡Basta de lloros, mujer! El muchacho necesita alientos para emprender el camino y conviene dárselos con palabras animosas y cara alegre. No necesito recomendarte que te portes viril é intrépidamente en esta lucha. Si la guerra se extiende hacia esta región, tal vez veas á tu padre cabalgando al lado tuyo... Postrémonos ahora é imploraremos los auxilios del Todopoderoso para esta expedición.

Pusímonos todos de rodillas en aquel cuarto de techo bajo cruzado de gruesas vigas, mientras el anciano rezaba con gran fervor una plegaria para que las cosas nos salieran bien. Aquella escena surge

aún ahora mismo en mi ánimo al hablaros de ella. Vuelvo á ver el semblante severo y rugoso de vuestro abuelo, arrodillado con las nervudas manos cruzadas y recitando fervorosas plegarias. Mi madre aparece á su lado con el rostro afable, surcado por gruesas lágrimas, ahogando sus sollozos para no amargarme con ellos la despedida. Los niños están en las habitaciones interiores, correteando por el dormitorio; y el ruido de sus pisadas llegaba hasta nosotros. Saxon yace tendido sobre una de las sillas de roble, medio de rodillas, medio reclinado, con sus largas piernas estiradas por detrás y el rostro sepultado entre las manos. En derredor, y á la vacilante luz de la lámpara colgada en la pared, veo los objetos que me fueron tan familiares desde mi niñez: el hueco del fogón, los sillones de alto respaldo y rígidos brazos, el zorro disecado puesto encima de la puerta, y el cuadro que representaba al pueblo de Dios contemplando la tierra prometida desde la cima de la montaña deleitable; cosas todas pequeñas en sí mismas, pero que contribuyen á formar esa cosa admirable que llamamos hogar, imán irresistible que atrae el corazón del peregrino desde el extremo más apartado de la tierra. ¿Volvería yo á verle otra vez, como no fuera en mis sueños, después de dejar su abrigo para sepultarme en el corazón de la tormenta?

Terminada la oración, nos pusimos todos de pie, excepto Saxon, que permaneció con el rostro cubierto por las manos durante un minuto poco más ó menos. Asaltóme la maliciosa sospecha de que había estado enteramente dormido, á pesar de habernos explicado que se había quedado rezando otra oración. Mi padre me puso sus manos sobre la cabeza é invocó para mí la bendición del Cielo. Entonces tomó aparte á mi compañero y pude oír el retiñido de monedas, del que colijo que le estaba entregando alguna cantidad, con que atender á los gastos del viaje. Mi madre

me estrechó contra su corazón, entregándome furtivamente un pequeño manuscrito, mientras me recomendaba que procurara leerlo en mis ratos de ocio, considerando que la haría feliz con sólo cumplir las instrucciones que se contenían en el papel. Prometí hacerlo así, y separándome de mis progenitores, partí por la obscura calle de la aldea con mi seco y estirado compañero que iba á mi lado dando grandes zancadas.

Era cerca de la una de la madrugada y hacía tiempo que toda la gente de la región estaba en la cama. Al pasar por el mesón de *The Wheatsheaf* y por la casa del viejo Salomón, no pude menos de preguntarme qué le habría parecido mi garbo y continente marcial si hubiera estado despierto. Apenas había tenido tiempo de formular el mismo pensamiento al llegar frente á la casucha de Zacarías Palmer, cuando se abrió la puerta de su vivienda y el carpintero salió corriendo con el blanco cabello agitado por la fresca brisa de la noche.

—Te estaba esperando, Miguel—exclamó.—He sabido que Monmouth se ha levantado en armas, y estaba cierto de que no dejarías pasar una noche sin partir para la guerra. ¡ Dios te bendiga, muchacho ! ¡ Dios te bendiga ! Por la fuerza de tu brazo y la blandura de tu corazón, por tu piedad con los débiles y rigor con los tiranos, mereces que te acompañen las oraciones y el amor de todos tus conocidos.

Estreché las manos que me tendía, y su figura envuelta en las sombras de la noche y que se agitaba deseándome una feliz excursión fué lo último que vi de mi aldea natal.

A campo traviesa nos encaminamos á la casa de Whittier, el labrador *whig*, donde Saxon se vistió sus armas. Hallamos nuestros caballos preparados ya con silla y brida, porque mi padre había enviado, á la primera señal de alarma, un aviso de que los necesitábamos. A eso de las dos de la madrugada

avanzábamos hacia Portsdown Hill con nuestras armas y monturas, dando feliz principio á nuestro viaje al campo rebelde.

VIII

EN QUE SE RELATA CÓMO PARTIMOS PARA LA GUERRA

Mientras seguíamos nuestro camino á lo largo de las lomas de Portsdown Hill, tuvimos constantemente debajo de nosotros las luces de Portsmouth y las de los barcos del puerto hacia la izquierda, mientras á la derecha brillaban las hogueras de alarma que anunciaban el desembarco del invasor. Un gran resplandor llameaba sobre la cima de Butser, y más allá, hasta donde alcanzaba la vista, una multitud de puntos luminosos que oscilaban con intermitencias mostraban que la noticia se iba extendiendo en la dirección Norte hasta el interior de Berkshire y por el Este hasta Sussex. Estas hogueras estaban formadas unas por montones de leña y otras por barriles de brea sujetos al extremo de un palo largo. Precisamente cuando llegábamos frente á Portchester, pasamos junto á uno de los últimos; y los centinelas que había alrededor de él, al oír el galopar de nuestros caballos y el sonido metálico de nuestras armas, prorrumpieron en clamorosos hurras, creyendo sin duda que éramos oficiales del rey pertenecientes á las tropas del Oeste.

Maese Décimus mostraba en plena campiña el mismo buen humor de que había dado pruebas en presencia de mi padre, y se despachó á su gusto con numerosos chistes y versos sueltos ó canciones, mientras galopábamos en la obscuridad.

—¡Voto al diablo!—dijo en tono franco,—me gusta poder hablar libremente, sin tener que ribetear cada sentencia con una aleluya ó un amén.

—Y, no obstante, vos erais el que llevaba la voz cantante en estos piadosos ejercicios—observé con acento duro.

—Muy bien y á tiempo : habéis dado en el clavo. Pero cuando haya que hacer alguna cosa, tomad la dirección, trátese de lo que se quiera. Ahí tenéis una buena máxima que me ha prestado excelentes servicios antes de ahora. No recuerdo si os he contado cómo en otro tiempo caí prisionero de los turcos y fui conducido á Estambul. Allí éramos un centenar ó más, pero los demás ó sucumbieron á las palizas que les dieron ó continúan hasta hoy amarrados al remo en las galeras imperiales otomanas, donde probablemente permanecerán hasta morir bajo el látigo, ó hasta que alguna bala veneciana ó genovesa pase de parte á parte sus escuálidos cuerpos. Yo soy el único que logré recobrar la libertad.

—Y ¿querríais decirme cómo escapasteis?—pregunté.

—Gracias al ingenio de que plugo á la Providencia dotarme—respondió con aire satisfecho ;—porque, viendo que la maldita religión era el punto flaco de aquellos perros infieles, procuré imponerme en ella. Al efecto, observé el modo con que nuestros guardias practicaban sus ejercicios piadosos de la mañana y de la noche, y después de convertir la manta con que me abrigaba en traje de oración, me puse á imitarlos, procurando distinguirme de ellos únicamente en orar por más tiempo y con mayor fervor.

—¡Cómo!—exclamé horrorizado.—¿De manera que fingisteis creer en el Corán?

—¡Ca, hombre ! Allí no hubo fingimiento de ningún género, sino que me hice musulmán, así como suena. Pero esto quédese entre nosotros, porque no me pondría en buen predicamento con algún Reverendo Aminadab de esos que se apellidan Fuente de Gracia, que hallaremos en el campo rebelde y no pueden ser admiradores de Mahoma.

Causóme tal asombro la impudencia de esta confesión, salida de los labios del mismo que había dirigido los ejercicios piadosos de una familia cristiana, que por un momento me quedé cortado sin saber qué decir. Mi acompañante comenzó á silbar algunos compases de una tonada alegre, y después continuó :

—Mi perseverancia en esos ejercicios fué en breve causa de que me apartaran de los demás prisioneros, hasta que adquirí tal ascendiente cerca de mis guardianes, que se me abrieron las puertas de la cárcel, permitiéndome salir de ella, á condición de presentarme una vez al día. Y ¿en qué os parece que empleé mi libertad?

—¡Bah! En cualquier cosa, porque de todo sois capaz—respondí.

—Pues me fuí inmediatamente á la principal mezquita, que era la de Santa Sofía ; y cuando se abrían sus puertas y el muecín llamaba á la oración, yo era el primero en comenzarla y el último en terminarla. Si veía que un musulmán tocaba con su cabeza el pavimento alguna vez, yo hacía lo mismo dos veces. Si le veía doblar la cabeza ó inclinarse profundamente, yo me postraba en tierra sin más dilación. De este modo, no tardó en andar de boca en boca por toda la ciudad el devoto fervor del *giaour* convertido ; con lo que se me dió una choza para que pudiera entregarme á mis piadosas meditaciones. En este nuevo estado podía pasarlo muy bien ; y, ciertamente, casi me había resuelto á seguir la carrera de profeta y añadir un nuevo capítulo al Corán, cuando una minucia de escasa importancia hizo que los creyentes entraran en sospechas de la honradez de mi conversión. La causa de todo fué la tontería de cierto individuo que, habiendo venido á consultarme sobre un punto de fe, halló en mi choza una muchacha ; pero esto bastó para que se desataran en paganas murmuraciones contra mí. En vista de ello,

creí lo más prudente tomar las de Villadiego en un barco levantino de cabotaje y dejar el Corán incompleto. Y tal vez estuve acertado, porque habría sido cosa insoportable tener que despedirme para siempre de las mujeres cristianas y del jamón, á cambio de sus huríes que apestan á ajo y de sus sarnosas piltrafas de carnero.

Durante esta charla, habíamos pasado por Fareham y Botley y atravesábamos en dirección al camino que conduce á Bishopstoke. El terreno se muda aquí convirtiéndose de calizo que era antes en arenoso; de modo que los cascos de nuestros caballos no producían más que un ruido sordo, insuficiente para ahogar ó confundir nuestras palabras, ó más bien las de mi compañero, porque yo apenas hacía otra cosa que escuchar. En realidad, mi espíritu estaba tan preocupado con la empresa en que nos habíamos metido y con el recuerdo de mi hogar y familia, que me faltaba humor para intervenir secundando el jovial palique de mi compañero. El cielo aparecía un poco nublado, pero de cuando en cuando asomaba la luna iluminando el largo camino que se tendía á nuestra vista. A uno y otro lado se veían casas aisladas con huertos que llegaban hasta el camino. El aire dejaba percibir el aroma pesado y enfermizo de las fresas.

—Y decid, joven, ¿no habéis dado nunca muerte á un hombre en un momento de arrebato?—preguntó Saxon, mientras avanzábamos á galope.

—Nunca—respondí.

—¡Ah! Pues entonces ya veréis que al oír el choque de acero contra acero y tener ante vos á vuestro enemigo que os clava los ojos con expresión siniestra se olvidan sin querer todas las reglas, máximas y preceptos de la esgrima que vuestro padre ú otros puedan haberos enseñado.

—He aprendido poco de ese arte—respondí.—Mi padre no me ha enseñado más que á tirar honrados

tajos de frente ; pero esta espada puede cortar una barra de hierro de una pulgada cuadrada.

—La espada de Scanderbeg debe ser esgrimida por el brazo de Scanderbeg—observó.—Ya había reparado en que era una excelente hoja de acero por el estilo de aquellos antiguos y poderosos instrumentos de que los creyentes se valieron antaño para inculcar textos y exponer salmos, cuando se gozaban en

Demostrar su ortodoxia de católicos
A porrazos y golpes apostólicos.

¿De modo que no os habéis ejercitado mucho en la esgrima?

—Casi nada—respondí.

—Lo mismo da. En el caso de un espadachín viejo y experimentado como yo, el conocimiento del arma lo es todo ; pero en el de vos, que sois un joven impetuoso, lo principal es la fuerza y el denuedo. Muchas veces he tenido ocasión de observar que los más hábiles en el tiro del picamaderos, en el hender la cabeza del turco y en otros deportes semejantes valen poco en el campo de batalla. Si el picamaderos poseyera á su vez una ballesta con la flecha á punto de ser disparada, ó el maniquí turco tuviera puños como tiene cabeza, difícilmente habrían de conservarse inalterables los nervios de esos valientes... No dudo, maese Clarke, que hemos de ser buenos y leales camaradas. ¿Qué es lo que decía el viejo Butler? :

Jamás se conoció en el mundo entero
Para escudero tal, tal caballero.

Durante las pasadas semanas, apenas me atreví á citar á mi *Hudibras*, por temor de que se subleva el temperamento pactista de nuestro viejo.

—Sí, en efecto, hemos de ser camaradas—dije yo en tono serio,—debéis aprender á hablar con mayor reverencia y menos petulancia de mi padre, que se-

guramente no os hubiera recibido en casa á tener noticia de la historia que acabáis de referirme.

—Tal vez no—respondió el aventurero, riéndose para sí.—Hay gran distancia de una mezquita á un conventículo. Pero no seais tan delicado, amigo mío. Os falta aquella calma y reposo que indudablemente poseeréis en edad más madura. ¡Caramba, hombre! A los cinco minutos de verme, quisísteis partirme la cabeza con un remo, y desde entonces me habéis seguido la pista como un sabueso, dispuesto á ladrarme tan luego como me desvío un paso de lo que vos considerarís la línea recta. No olvidéis que al presente vais á tratar con hombres que se lanzan á un duelo por la cosa más insignificante. Una frase de mal humor puede significar una estocada.

—Pues tenedlo vos también presente—repuse en tono acalorado;—mi temperamento es pacífico, pero no tolera desplantes ni amenazas veladas.

—¡Por San Jorge!—exclamó.—Veo que queréis comenzar abriéndome en canal, para llevarme hecho piezas al campamento de Monmouth. No, hombre, no; bastantes ocasiones tendremos de pelear con otros sin buscarlas nosotros mismos... ¿Qué casas son aquéllas que se ven á la izquierda?

—La aldea de Swathling—repliqué.—Las luces de Bishopstoke están á la derecha, en aquel gran hueco que se descubre.

—Entonces hemos andado quince millas, y me parece que apunta ya en el Oriente el tinte rojo de la aurora... ¡Hola!... ¿Qué es esto? Se conoce que andan escasas las camas en esta parte del país; porque la gente se viene á dormir á los caminos.

Un bulto negro que yo había divisado en nuestra ruta, frente á nosotros, se había convertido, al aproximarnos, en la figura de un hombre, que yacía tendido cuan largo era, boca abajo, y con la cabeza descansando sobre los brazos cruzados.

—Quizá sea algún trasnochador que ha venido

aquí á dormir la mona tomada en la posada—observé.

—Huele á sangre—dijo Saxon olfateando con su corva nariz como el buitrc cuando percibe el olor de la carne muerta.—Barrunto que duerme el sueño del que no se despierta.

Al decir esto saltó de la silla y puso boca arriba al cuerpo que yacía inmóvil. La fría y pálida luz de los primeros destellos de la alborada cayó sobre los ojos vidriosos y descolorido rostro del hombre, mostrando que el viejo soldado tenía un instinto certero, y que habíamos dado con un cadáver.

—¡Ya cayó qué hacer!—dijo Saxon, arrodillándose junto al muerto y registrándole los bolsillos.—Salteadores, sin duda. No hay ni una blanca en sus bolsillos ni el menor objeto de valor que ayude á pagar los gastos del entierro.

—¿Cómo le han matado?—pregunté con horror, fijando la mirada en el semblante del desgraciado, que me pareció como la fachada de una casa desierta y abandonada por sus moradores.

—Una cuchillada por la espalda y un pistoletazo á quema ropa... no puede hacer mucho que ha muerto; y sin embargo no le queda un ardite. Debía ser hombre de posición á juzgar por sus vestidos: abrigo de paño fino de gran marca como se descubre por el tacto, calzones de raso y hebillas de plata en los zapatos. Los ladrones han debido llevarse alguna cantidad de importancia. Emprendamos su persecución, Clarke; sería una gran cosa si lográramos darles alcance.

—Ciertamente que sí—repliqué con calor.—¿Hay nada mejor que ejecutar justicia en tan cobardes asesinos?

—¡Bah! ¡bah!—exclamó.—La justicia es una dama voluble y tiene en la mano una espada de dos filos que por un lado hiere al delincuente y por otro al perseguidor. Bastante justicia tendremos en nuestra condición de rebeldes para hartarnos de ella, tal



vez aunque no queramos. Si me gustaría dar caza á esos ladrones, es para despojarlos de sus *spolia opima* (rico botín) junto con cualquier otra riqueza que pudieran haber acumulado ilegalmente. Mi docto amigo Fleming demuestra de un modo satisfactorio que no es robo robar á un ladrón. Pero ¿dónde ocultaremos este cuerpo?

—Eso mismo pregunto yo—repliqué.—Pero, bien mirado, ¿para qué hemos de ocultarlo?

—Muy sencillo, hombre. Como no estáis avezado á los percances de la guerra ni conocéis las precauciones que necesita tomar el guerrero, no echáis de ver que, si llegan á encontrar aquí este cadáver, cundirá la alarma por toda la comarca y se nos arrestará por sospechas, dada la circunstancia de ser forasteros. Suponiendo que llegáramos á sincerarnos, cosa no muy fácil, la justicia querría por lo menos saber de dónde venimos y adónde vamos; y una indagación de tal índole no había de traernos nada bueno... me tomaré, por tanto, la libertad, mi silencioso y desconocido amigo, de arrastraros detrás de estos arbustos, donde por espacio de un día ó dos siquiera permanezcáis sin ser visto, y no perjudiquéis á hombres honrados.

—¡Por Dios, Saxon! No le tratéis de esa manera—exclamé, saltando del caballo y tomando del brazo á mi compañero.—No hay necesidad de arrastrarlo tan inconsideradamente. Si ha de ser trasladado de aquí, yo lo haré con toda la reverencia debida.—Y así diciendo, tomé en brazos el cadáver y, llevándole junto á un montón de argomas, le coloqué respetuosamente en tierra y tendí sobre él las ramas para cubrirle.

—Sois fuerte como un toro y blando como una mujer—murmuró mi compañero.—¡Voto á Cristo! ¡y qué razón tenía aquel viejo y canoso cantor de salmos al decir que cuatro puñados de tierra bastan para tapar cualesquiera crímenes! Ahora podemos

continuar con calma nuestro camino, sin temor de que nos llamen á responder por pecados ajenos. Aguardad un poco que apriete la cincha de mi montura y no tardaremos en estar fuera del peligro.

Mientras avanzábamos, Saxón añadió :

—No es la primera vez que he tenido que habérmelas con gente por el estilo de estos bandoleros, salteadores albaneses, bandidos del Piamonte, lansquenets y «caballeros libres» del Rhin, pícaros argelinos y otros perillanes de la misma laya. Con todo, no puedo recordar uno solo que se haya enriquecido suficientemente para retirarse á bien vivir al llegar á viejo. Es un oficio miserable, que más tarde ó más temprano suele acabar en una danza acrobática con el dogal al cuello y algún amigo piadoso que tire de las piernas para ayudar al ahorcado á que suelte el último aliento.

—Y lo peor es que no acaban ahí todos los males —observé.

—No. Queda todavía Satanás y las llamas del infierno. Así nos lo cuentan nuestros buenos amigos los curas... Bien ; si un hombre, además de no hacer dinero en este mundo, acaba muriendo en la horca para después arder eternamente, no cabe duda de que ha seguido un camino trabajoso y desgraciado. Pero, por otra parte, si se pudiera echar siempre el guante á una bolsa bien provista, como lo han hecho estos ladrones hace pocas horas, podría uno resignarse con arriesgar algo de lo tocante al mundo venidero.

—Y ¿de qué les serviría esa bolsa tan repleta?— objeté.—¿De qué les valdrán á esos malhechores desgraciados las monedas que hayan podido robar á ese pobre hombre, cuando les llegue la última hora?

—Cierto—dijo Saxon secamente ;—pero entretanto pudieran muy bien serles útiles... ¿Decís que aquéllo es Bishopstoke? ¿Y las luces que se vislumbran más allá?

—Me parece que ese resplandor procede de Waltham del Obispo—respondí.

—Necesitamos apretar el paso, porque me gustaría estar en Salisbury antes que sea enteramente de día. Allí daremos descanso á nuestros caballos hasta la noche y dormiremos algo, porque no gana nada un hombre ni una bestia con llegar á la guerra sin alientos. Además, todo el día de hoy estos caminos de Occidente han de estar llenos de correos, y aun quizá patrullados por caballería, de modo que no podemos dar la cara sin peligro de ser detenidos y registrados. En cambio, si dormimos durante el día y recomenzamos el viaje al obscurecer dejando el camino real y atravesando la llanura de Salisbury y los bajos de Somersetshire, estaremos menos expuestos á sufrir un percance.

—Y ¿qué ocurrirá si Monmouth ha entrado en batalla antes de llegar nosotros?—pregunté.

—En ese caso, habremos perdido la ocasión de que nos corten el cuello... ¡Qué ocurrencia, hombre! Suponiendo que Monmouth hubiera sido puesto en fuga y dispersado enteramente, ¿no ganaríamos gran crédito presentándonos en la escena como dos leales caballeros de la campiña, que han cabalgado todo el camino que hay desde Hampshire para combatir contra los enemigos del rey? Y aun pudiera cabernos la fortuna de obtener alguna recompensa en dinero ó en tierras por nuestro celo... No arruguéis el ceño, porque estoy hablando en broma... Llevemos al paso á nuestros caballos hasta la próxima colina. Mi jaca está tan animosa como cuando salió; pero vuestro enorme caballazo da muestras de gran cansancio.

La franja de luz que aparecía en Oriente había crecido, y el cielo aparecía salpicado de rosadas nubes. Mientras pasábamos frente á las pequeñas colinas junto á Chandler's Ford y Romsey, pudimos ver el humo de Southampton al Sudeste, y la ancha sombra del Bosque Nuevo envuelto en la neblina

matinal. Tropezamos con algunos jinetes que pasaron de largo, tan preocupados en sus propios asuntos, que no se detuvieron á averiguar los nuestros. Un par de carros y una larga ristra de bestias de carga, cargados principalmente con fardos de algodón, avanzaban lentamente por un camino inmediato; y los conductores y arrieros se descubrieron al vernos, deseándonos buen viaje. En Dunbridge la gente se estaba levantando de la cama, y nos contempló desde las ventanas durante un momento, para bajar después á las empalizadas de los huertos y vernos pasar. Al entrar en Dean, asomó por el borde del horizonte el gran disco rojo del sol, mientras el aire se llenaba de zumbidos de insectos y de los suaves aromas de la mañana. Apeámonos en la villa últimamente citada á tomar una copa de cerveza, mientras descansaban y bebían nuestras cabalgaduras. El patrón no supo decirnos nada acerca de los insurrectos, y parecía importarle muy poco el asunto á favor de una parte ó de otra.

—Mientras el aguardiente pague por derechos de aduana seis chelines y ocho peniques por galón, y ascienda además á media corona el coste del porte y las mermas, teniendo yo que venderlo á doce chelines, no se me da nada de que sea quienquiera el rey de Inglaterra. Dadme un monarca que asegure la cosecha de lúpulo y seré el primero en defenderle.

A eso se reducía la política del patrón; y me atrevo á decir que otros muchos pensaban del mismo modo.

Desde Dean á Salisbury el camino avanza, recto, por un páramo entre pantanos y marjales, sin que rompa la monotonía del paisaje más que la aldea aislada de Aldersbury, precisamente en los límites de Wiltshire. Nuestros caballos, después de cobrar fuerzas con el breve descanso que les dimos, partieron briosamente; y el movimiento del galopar unido á la luz del día y á la hermosura de aquella mañana contribuyeron á reanimarnos, haciendo desaparecer

la depresión causada por el largo viaje de la noche y el incidente del viajero asesinado. De ambos lados del camino levantaron el vuelo algunos patos salvajes, cercetas y agachadizas al oír el ruido que hacíamos al caminar; y en una ocasión vimos salir de entre los helechales un rebaño de ciervos que huyó en dirección al bosque. En otra ocasión, al pasar junto á un espeso grupo de árboles, divisamos entre las sombras un animal blanco medio oculto por los troncos, que, según imaginé, debía ser alguna res salvaje, de las que he oído hablar á los campesinos, y que se encuentran en los lugares más apartados de los bosques del Mediodía, mostrando tal ferocidad, que no hay quien se atreva á acercarse á ellas. La grandeza del paisaje, junto con la suavidad del ambiente y la conciencia de la gran empresa que habíamos acometido, influyó para hacer circular por mis venas una corriente de vida nueva que la tranquila aldea nunca había podido infundirme. Hasta mi compañero, que era más experimentado en aventuras, participó también de aquella impresión vivificadora, porque su voz cascada entonó un monótono canto que, según me aseguró, era una oda oriental y se la había enseñado la hija segunda del hospodar de Valaquia.

—Por lo que atañe á Monmouth—observó Saxon volviendo de pronto á la realidad de nuestra situación,—no es verosímil que pueda emprender la campaña hasta después de algunos días; aunque el resultado dependa en gran parte de un golpe repentino capaz de dar ánimo á sus partidarios antes que caigan sobre él las tropas reales. Habéis de observar, amigo, que no solamente necesita soldados sino también armas; cosa esta última no tan fácil de conseguir. Supongamos que logra levantar cinco mil hombres (é indudablemente no podrá comenzar con menos); pues de cada cinco sólo uno se hallará que tenga mosquete, de suerte que los demás han de

valerse de picas, hocinos ú otros instrumentos rudos que puedan haber á la mano. Todo esto lleva tiempo ; y aunque acaso haya algunas escaramuzas, difícilmente se dará un combate serio antes que nosotros lleguemos.

—Pero cuando esto último suceda, hará ya tres ó cuatro días que Monmouth ha desembarcado—repuse.

—Precisamente el tiempo que necesita para recoger su gente y dividirla en regimientos con ayuda de su escasa oficialidad. Apenas tengo esperanza de hallarle en Taunton, aunque nos encamináramos allá derechamente. ¿No habéis oído hablar nunca de si hay por esta región algunos papistas ricos?

—No tengo la menor noticia—repliqué.

—Si así fuera, acaso pudiéramos hallar armarios provistos de vajilla preciosa y azafates de plata, sin contar las joyas de las señoras y otras menudencias que siempre vienen bien para recompensar á un soldado leal. ¿Qué sería de la guerra sin sus despojos? Una botella sin vino ; unas valvas sin ostra... mirad aquella casa que asoma por entre los árboles. Apostaría cualquier cosa á que encierra todas las cosas buenas que vos y yo pudiéramos desear, con sólo que las pidamos con la espada en la mano... Y á propósito : vos sois testigo de que vuestro padre me dió su caballo y no me le prestó.

—¿Y á qué viene eso ahora?

—Porque no sea que reclame la mitad del botín que yo pueda ganar. ¿Qué dice mi docto Fleming en el capítulo intitulado : *An qui militi equum prae-buit, praedae, ab eo captae, particeps esse debeat?*, que significa : «Si el que prestó un caballo tiene derecho á participar en el botín del que le tomó prestado.» En esta disertación cita el caso de un general español que prestó un caballo á uno de sus capitanes ; y como éste hubiera hecho prisionero al general enemigo, el jefe español le puso pleito, reclamando

la mitad de las veinte mil coronas que constituían el rescate del prisionero. Un caso análogo se cita en el famoso Petrinus Bellus en su libro *De Re Militari*, muy conocido de los capitanes de gran reputación (1).

—Puedo prometeros—respondí—que mi padre no ha de haceros una reclamación de tal índole. Mirad allá lejos, por encima de la cresta de la colina, cómo reverbera el sol en la torre de la catedral, que con su gigante dedo de piedra parece señalar el camino que debemos seguir todos los hombres.

—En alguna de esas iglesias—observó mi compañero—suele haber ricos tesoros de plata y alhajas. Recuerdo que en Leipzig, cuando yo servía en mi primera campaña, logré adquirir un candelabro que me vi precisado á vender á un chamarilero judío por la cuarta parte de su valor ; y aun así y todo bastó para llenarme la mochila de buenas piezas de oro.

En esto avino que la jaca de Saxon se había adelantado á mi caballo un corto trecho, mientras él hablaba ; de modo que pude contemplarle á mi sabor sin necesidad de volver la cabeza. Durante nuestro viaje, apenas había tenido ocasión de ver cómo le sentaba la armadura á causa de la falta de luz, pero ahora quedé asombrado al observar la mudanza tan señalada que los nuevos arreos habían operado en el hombre. En traje de paisano, su delgadez y extremada altura le daban un aspecto desfavorable ; pero á caballo, con su delgado y anguloso rostro protegido por el casco de acero, su peto y chaqueta de ante redondeándole el busto, y sus altas botas de cuero crudo que llegaban hasta la mitad de los muslos, representaba al hombre de armas veterano que hacía profesión de ser. La desenvoltura con que cabalgaba, la altanera y audaz expresión de su rostro, y la gran longitud de sus brazos, todo indicaba en él al soldado que puede dar buena cuenta de sí

(1) Nota C, Apéndice.

en una refriega. Al juzgarle sólo por sus palabras, no había podido depositar en él gran confianza; pero, al observar ahora su continente, descubrí algo que, aun á quien como yo no era más que un novicio en el arte de la guerra, le daba plena seguridad de que aquel hombre era un militar experimentado.

—Eso que brilla entre los árboles—observé—es la iglesia de Avon. Estamos á unas tres millas de la ciudad de Salisbury.

—¡Magnífica aguja!—dijo, echando una ojeada á la gran flecha de piedra que se alzaba delante de nosotros.—Los hombres de antaño parecen haberse pasado el tiempo en poner unas piedras sobre otras. Y sin embargo, la historia nos habla de reñidas batallas y hábiles estratagemas, las cuales demuestran que les quedaba algún tiempo para dedicarse á la noble profesión de las armas, y que no todo era trabajar como albañiles y picapedreros.

—La iglesia era rica en aquella época—respondí sofrenando á Covenant, que comenzaba á dar signos de cansancio.—Pero aquí viene alguien que quizá pueda darnos algunas noticias de la guerra.

En efecto, se acercaba rápidamente á nosotros un jinete que tenía trazas de haber cabalgado por largo tiempo y con gran celeridad; porque tanto el caballero como el caballo estaban cubiertos de polvo y salpicados de fango; á pesar de lo cual, seguía galopando á rienda suelta y con el cuerpo inclinado hacia adelante como quien tiene conciencia de que cada paso que da es de gran valor.

—¿Qué hay, amigo?—gritó Saxon, atravesando su jaca en el camino, como para cortar su paso al hombre.—¿Qué noticias hay del Oeste?

—No puedo detenerme—replicó el mensajero, moderando la velocidad por un instante.—Llevo papeles de importancia de Gregorio Alford, alcalde corregidor de Lyme para el Consejo de Su Majestad.

Los rebeldes adquieren á cada instante mayor importancia y se reúnen como abejas en época de enjamberrar. Hay ya algunos millares en armas, y todo Devonshire está en movimiento. La caballería rebelde, mandada por lord Grey, ha sido rechazada de Bridport por la milicia roja de Dorset; pero todos los *whigs* avispados que hay desde el canal hasta Severn acuden á reforzar las huestes de Monmouth.

Después de darnos este breve resumen de las noticias más importantes, siguió su camino pasando junto á nosotros y desapareció entre una nube de polvo encaminándose á cumplir su cometido.

—Ya ha comenzado la función—dijo Décimus Saxon mientras proseguíamos nuestro viaje.—Ahora que ya se han roto las hostilidades, los rebeldes no tienen más remedio que sacar la espada y arrojar la vaina, porque ó triunfan, ó tendrán horca en todas las plazas de sus ciudades. ¿Qué os parece, joven? Vamos á tener parte en una brava contienda.

—Reparad en que lord Grey ha sufrido un descalabro—dije.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. A lo sumo se trata de una escaramuza de caballería, porque es imposible que Monmouth haya llevado el grueso de sus fuerzas á Bridport; ni le hubiera ocurrido hacerlo, aunque hubiera podido, porque no entra eso en sus planes. El combate de que nos ha hablado el mensajero es una de esas refriegas de tres disparos y un galope, donde cada parte beligerante huye y pretende haber alcanzado la victoria. Pero hemos aquí en las calles de Salisbury. Ahora vais á dejarme á mí el encargo de hablar, no sea que vuestra mal entendida veracidad nos ponga en un aprieto antes de tiempo.

Penetramos en la ancha calle principal y nos apeamos frente al *Mesón del Jabalí Azul*, entregando nuestras fatigadas cabalgaduras al mozo de paja y cebada, á quien Saxon, en voz alta y con abun-

dante copia de juramentos militares, dió instrucciones estrictas respecto al modo cómo debía tratarlas. Después entró haciendo resonar las armas en el recibidor; se dejó caer en una silla, poniendo los pies sobre otra; hizo venir al patrón á su presencia, y le explicó lo que necesitábamos en el tono y con los modales que pudieran darle la debida idea de nuestra categoría.

—Lo mejor que tengáis y sin dilación—dijo.—Preparad la pieza más espaciosa de dos camas, con las sábanas más finas de vuestro ropero y bien perfumadas con lavanda; porque hemos hecho una jornada fatigosa y necesitamos descansar. Y ¡cuidado, patrón! no adulterarnos los vinos; los queremos de dos clases, rancios y nuevos; á ver si no nos dais aguados vinos franceses en lugar de los legítimos vidueños de Henao. Querría que os persuadiérais de que mi amigo y yo somos hombres de distinción en el mundo, aunque no tengamos á bien dar nuestros nombres al primero que se presenta. Procurad, por tanto, complacernos, si no queréis salir peor librado.

Estas razones, unidas á los altivos gestos y semblante feroz de mi compañero, causaron tal efecto en el dueño de la posada, que sin más tardanza nos brindó á que tomáramos el almuerzo que había sido preparado para tres oficiales de la Guardia Real, que estaban aguardando en la habitación inmediata. Tuvieron, pues, que continuar en ayunas por espacio de otra media hora; y pudimos oír al través del tabique, sus quejas y juramentos, mientras devorábamos nuestro capón y pastel de venado. Habiendo comido con excelente apetito y rociado los manjares con una botella de Borgoña, nos retiramos á nuestro cuarto, y arrojando en la cama nuestros cansados miembros, caímos pronto en un sueño profundo.

IX

DE UN PASO DE ARMAS EN EL «JABALÍ AZUL»

Había dormido varias horas, cuando súbitamente me despertó un alboroto extraordinario, seguido de crujir de armas y voces acaloradas que salían de la planta baja. Salté de la cama y vi que estaba vacante la de mi compañero, y de par en par la puerta de la habitación. Como el ruido continuara todavía, y me pareciera distinguir su voz entre él, cogí mi espada, y sin aguardar á ponerme el casco, el peto ni los brazales, corrí al lugar de la escena.

El recibidor y el pasillo estaban llenos de toscas sirvientas y curiosos, atraídos como yo por la batahola. Me abrí paso por entre ellos para entrar en la pieza donde había almorzado por la mañana, y allí se me ofreció una escena del más espantoso desorden. La mesa redonda del centro yacía derribada, mientras el piso estaba cubierto de botellas rotas de vino, con manzanas, peras, nueces y fragmentos de los platos que las contenían. Entre estos objetos había un par de barajas y una caja de dados. Cerca de la puerta estaba en pie Décimus Saxon, con la espada desenvainada en la mano y otra arma blanca á sus pies, y frente á él había un joven oficial de uniforme azul, cuyo semblante aparecía rojo de vergüenza é indignación, y que miraba furioso por los distintos rincones del cuarto, como si buscara algún arma con que reemplazar la que había perdido. Gibber ó Gibbons hubieran podido tomarle por modelo para esculpir la estatua del furor impotente. Otros dos oficiales que lucían idéntico uniforme estaban al lado de su camarada, y como observara que tenían

puesta la mano en la empuñadura de sus espadas, ocupé mi puesto al lado de Saxon y me apresté á atacar, si la ocasión se ofrecía.

—¿Qué diría á esto el maestro de armas, el profesor de esgrima?—preguntó mi compañero.—A mi juicio debería perder su puesto por no haberos enseñado otra posición más correcta. ¡Fuera con él! ¿Es ése el modo de enseñar á los oficiales de la guardia de Su Majestad cómo han de servirse de sus armas?

—Esas burlas, señor—dijo el más viejo de los tres, que era un hombre rechoncho, moreno y de rostro abultado,—no son justas; y, sin embargo, acaso debamos dispensáros las. No tengo inconveniente en decir que nuestro amigo os ha atacado con alguna irreflexión, y que un militar de tan pocos años debiera haber mostrado mayor deferencia con un caballero de vuestra edad y conocimientos.

El otro oficial, que era persona de aspecto fino y semblante noble, se expresó casi de igual modo.

—Si esa disculpa sirve—dijo,—estoy dispuesto á asociarme á ella. Pero si se desea otra cosa, me alegraré de encargarme de la contienda.

—¡Nada de eso! ¡Tomad vuestra arma!—dijo Saxon de buen humor, empujando la espada hacia su joven adversario.—Pero ¡tenedlo bien presente! al tiraros á fondo debéis dirigir la punta hacia arriba más bien que hacia abajo, porque de otro modo dejaréis expuesto el puño á los golpes de vuestro antagonista, que seguramente no dejará de desarmaros. En cuarta, tercera ó en cualquier otra posición os servirá igualmente la misma advertencia.

El joven envainó su espada, enteramente abochornado por la facilidad de su derrota y la forma despreciativa en que su adversario le había despedido; por lo que dió media vuelta y salió apresuradamente del cuarto. Entretanto, Décimus Saxon y los dos oficiales se pusieron á levantar la mesa y

á poner nuevamente en orden la habitación ; tarea en que hice lo que pude para ayudarles.

—Era la primera vez que había tomado tres reinas en lo que llevamos de juego—gruñó el soldado aventurero.—Estaba á punto de anunciarlas, cuando ese majadero se me arrojó al cuello. También él ha tenido la culpa de que hayamos perdido tres botellas de la mejor muscadina (1). Si hubiera envasado tanto vino malo como yo me he visto forzado á tomar, no habría mostrado la misma precipitación en echar á perder el bueno.

—Es un mozalbete de genio arrebatado—replicó el oficial más viejo,—y alguna reflexión solitaria, añadida á la lección que le habéis dado, podría servirle de no poco provecho. Por lo que se refiere al vino perdido, pronto quedará subsanada esa deficiencia, con tanto más gusto, cuanto vuestro amigo, que está presente, nos ayudará á beberlo.

—Me despertó el crujir de las armas y el ruido —dije,—y apenas sé qué es lo que ha ocurrido.

—Sencillamente una bronca de taberna, que la prudencia y juicio de vuestro amigo han sabido apaciguar, impidiendo que pasara á mayores. Toma la silla de asiento de enea ; y tú, Juan, manda que sirvan vino. Si nuestro compañero ha derramado lo último que nos habían servido, á nosotros nos corresponde reemplazarlo con otro nuevo ; y al efecto danos lo mejor que haya en la bodega. Hemos estado jugando una partida de pinta, en la que Mr. Saxon ha demostrado tanta habilidad como para esgrimir el espadín. Ocurrió que la suerte le fué adversa al joven Horsford ; y esta circunstancia, á no dudarlo, le predispuso á tomar la ofensiva. Conversando vuestro amigo sobre los incidentes que le han ocurrido en diversos países extranjeros, observaba que las tropas francesas de la Real Casa eran á su juicio más

(1) Variedad de vid de Norte América.

disciplinadas que ninguno de nuestros regimientos ; y con este motivo Horsford se encolerizó, y después de algunas palabras acaloradas, salieron á relucir las espadas y llegaron las cosas al extremo que habéis visto. El muchacho no está acostumbrado á los lancees del servicio ; y, como es natural, se muestra excesivamente ansioso de dar pruebas de su valor.

—En lo cual—dijo el oficial más alto—no me ha guardado la debida consideración ; porque, en todo caso, las palabras hubieran sido ofensivas para mí, que soy capitán más antiguo con grado de comandante, mientras él es un pobre alférez, que apenas sabe lo necesario para enseñar á sus tropas el ejercicio.

—Tienes razón, Ogilvy—replicó el otro, volviendo á ocupar su asiento junto á la mesa, y limpiando los naipes que estaban sucios de vino.—Si la comparación se hubiera hecho por un oficial de la Guardia de Luis, con ánimo de ofender ó de echárselas de guapo, entonces habríamos tenido motivo para concertar un duelo. Pero, al haber salido de labios de un inglés de madura experiencia, más debe ser para nosotros una observación instructiva que una ocasión de enojo.

--Así es, Ambrosio—añadió el otro.—Sin una crítica de esa índole, un ejército se estancaría, y no podría tener la esperanza de ponerse al nivel de las tropas continentales, que constantemente rivalizan entre sí por aumentar su eficiencia.

Tan complacido quedé de estas juiciosas observaciones expresadas por aquellos desconocidos, que me alegré de estrechar las buenas relaciones con ellos apurando una botella de excelente vino. Los prejuicios de mi padre me habían hecho creer que un oficial del rey era un hombre medio valentón, medio camorrista ; pero vi por experiencia que esa idea, como tantas otras que se aceptan sin previo examen, carecen de sólido fundamento. Como es de suponer,

si hubieran estado vestidos con uniforme menos vistoso y sin sus espadas y botas de montar, habrían pasado por personas particulares de modales afectuosos y suaves, porque su conversación versó sobre temas corrientes y asuntos de erudición, discutiendo las investigaciones de Boyle sobre química y el peso del aire con gran seriedad y copia de doctrina. Al mismo tiempo, su porte animado y aspecto varonil demostraban que al cultivar las ciencias no habían sacrificado el espíritu militar.

—¿Podría preguntaros, señor—dijo uno de ellos dirigiéndose á Saxon,—si durante vuestra larga carrera habéis tropezado alguna vez con alguno de esos sabios ó filósofos que tanta honra y fama han dado á Francia y á Alemania?

Mi compañero dió muestras de alguna inquietud, como el que siente que le han metido en terreno extraño y desconocido.

—Allá en Nuremberg había, en efecto, uno de esos hombres—contestó ;—un tal Gervino ó Gervano, que, al decir de las gentes, podía convertir un lingote de hierro en otro de oro con tanta facilidad como yo convierto en cenizas este tabaco. El viejo Pappenheimer le tomó por la palabra, y le entregó una tonelada de metal, amenazándole con ponerle las empulgueras si no la convertía en monedas de oro. Puedo certificar que allí no había una sola pieza de ese metal, porque yo era el capitán de la guardia y registré cuidadosamente todo el calabozo. Tengo que decirlo con pena, porque me habría gustado añadir alguna barrita de hierro al montón, con la esperanza de que, si verdaderamente se verificaba el cambio, me hubiera tocado alguna participación en el experimento.

—La alquimia, la transmutación de los metales y otras cosas semejantes han sido desterradas por la verdadera ciencia—observó el oficial más alto.—Hasta el viejo sir Tomás Browne de Norwich, que está

siempre dispuesto á defender la causa de los antiguos, no puede decir nada en favor de esas experiencias. Desde Trismegisto acá, pasando por Alberto *el Magno*, Tomás de Aquino, Raimundo Lulio, Basilio Valentino, hasta Paracelso y los demás, no hay uno que haya dejado más que un fárrago de palabras, como fruto de sus investigaciones.

—Ni más ni menos que el charlatán citado por mí—dijo Saxon.—Hubo además un cierto van Helstatt, que fué hombre de gran saber, y hacía horóscopos mediante una pequeña remuneración ú honorario. Nunca he tropezado con hombre tan sabio, porque hablaba de los planetas y de las constelaciones como si las tuviera en el corral de su casa. Los cometas le eran tan conocidos como las naranjas chinas de corteza rugosa, y nos explicaba su naturaleza, diciendo que no eran más que estrellas ordinarias, pero con un gran boquete ó agujero por el que echaban las entrañas ó lo que tuvieran dentro. ¡Este sí que era un gran filósofo!

—¿Y no pusisteis alguna vez á prueba su habilidad?—preguntó uno de los oficiales con una sonrisa.

—No, ciertamente, porque siempre he procurado huir de la magia negra y de otras diabluras del mismo jaez. Mi camarada, Pierce Scotton, que fué coronel en la brigada de la Caballería imperial, le dió en una ocasión un *noble rosa* (1) para que le vaticinara lo porvenir. Si no recuerdo mal, las estrellas decían que era muy aficionado al vino y las mujeres; cosa que el agorero debió colegir de sus miradas lascivas y de su nariz que la tenía morada como un carbunco. Anunciaron también que obtendría el bastón de mariscal y moriría en edad madura; y seguramente la predicción hubiera resultado

(1) Antigua moneda inglesa que valía 6 chelines y 8 peniques.

cierta, si no se hubiera caído del caballo un mes después en Ober-Graustock y no le hubiera pasado por encima parte de su tropa de caballería destrozándole completamente. Ni los planetas, ni siquiera el experto veterinario del regimiento pudieron prever que el caballo de mi amigo había de desplomársele con resultados tan fatales.

Los oficiales celebraron con grandes carcajadas el relato de mi compañero y se levantaron de las sillas porque la botella estaba vacía y la tarde comenzaba á declinar.

—Tenemos que despachar aquí algunas diligencias—dijo uno de ellos después de ponerse en pie á ejemplo de Ogilvy.—Además, necesitamos buscar á ese loco de muchacho, y darle á entender que no es ninguna desgracia ser desarmado por un espadachín tan hábil como Mr. Saxon. También nos falta preparar alojamiento para la caballería que llegará, á fin de unirse á las fuerzas de Churchill, esta noche lo más tarde. Vosotros tendréis que presentaros en el Oeste; ¿no es verdad?

—Pertenece á la servidumbre del duque de Beaufort—dijo Saxon.

—¿De veras? Creí que pertenecíais á la milicia del regimiento amarillo de Portman. Sin duda el Duque quiere recoger todos los hombres que pueda y operar con sus tropas, hasta que lleguen las fuerzas reales.

—¿Cuántos hombres podrá traer Churchill?—preguntó mi compañero como al descuido.

—A lo sumo ochocientos caballos; pero le seguirá milord Feversham con cerca de cuatro mil infantes.

—Tal vez nos encontremos en el campo de batalla, cuando no antes—dije yo, y á continuación nos despedimos cordialmente de nuestros corteses enemigos.

—¡Ingenioso equívoco el que acabáis de emplear,

maese Miguel! — repuso Décimus Saxon, — aunque no deje de traslucirse su doble significación en un hombre tan amante de la verdad como vos. Si nos encontramos con ellos en el campo de batalla, me parece que necesitaremos tener delante de nosotros algunos piqueros montados en caballos de frisa y otros armados de *morgenstierns* con los correspondientes abrojos (1), cerrándoles el paso, porque Monmouth no tiene caballería que oponer á los Guardias Reales.

—¿Cómo habéis llegado á entablar relaciones con ellos?—pregunté.

—Había dormido algunas horas; y estoy acostumbrado á pasarme con menos tiempo de descanso en época de campaña. Viendo que vos dormitabais tranquilamente, mientras abajo sonaba el choque de dados, descendí sin hacer ruido y hallé manera de entrar en la partida; con lo cual mi haber ha aumentado en quince guineas y tal vez hubiera ganado algo más si aquel insensato joven no me hubiera provocado, ó si la conversación no hubiera versado posteriormente sobre asuntos tan extraños como las leyes de la química y otras cosas parecidas. Yo os ruego que me digáis qué tiene que ver la Guardia Real de caballería con semejantes ciencias. Wessenburg de los Pandours (2) era un hombre que, aun estando á la mesa, permitía hablar con toda libertad, tal vez más de lo que convenía á la dignidad de un jefe; pero, si sus oficiales se hubieran aventurado á tratar de semejantes asuntos, habrían sido sometidos á un consejo de guerra sumarísimo ó al menos á la degradación.

Sin detenerme á discutir la opinión de maese Saxon ni la de Wessenburg de los Pandours, pro-

(1) Piezas de hierro semejantes á los abrojos, empleadas contra la caballería.

(2) Infantería húngara al servicio de Austria.

puse que mandáramos preparar la cena y gastáramos el tiempo que nos quedaba en dar una vuelta por la ciudad. Lo principal que hay que ver en ella es la magnífica catedral, construída con tan exactas proporciones, que se equivocaría cualquiera al apreciar sus enormes dimensiones si no entra dentro y recorre sus largas y sombrías naves laterales. El trazado de su arquería causa tal impresión de magnificencia y es tan fantástico el efecto de las prolongadas ráfagas de diversos matices que penetran por las vidrieras de colores y proyectan extrañas sombras entre las columnas, que hasta mi compañero, con no tener nada de impresionable, se mostró silencioso y subyugado. Aquel templo era una grandiosa plegaria de piedra.

Al regresar á la posada, pasamos por el calabozo de la ciudad, que presenta frente á él un espacio cercado, en el que correteaban tres enormes sabuesos de hocico negro, mirando á todos lados con ojos fieros y encendidos, mientras sus rojas lenguas colgaban de la boca. Un curioso que allí había nos dijo que se los empleaba para cazar criminales en la Llanura de Salisbury, antiguo refugio de ladrones y gente maleante, hasta que hubo necesidad de adoptar este arbitrio á fin de perseguirlos en sus mismas guaridas. Casi había obscurecido antes que volviéramos al mesón; y era enteramente de noche á la hora en que habíamos tomado nuestra cena, pagado la cuenta y dispuesto lo necesario para reanudar el viaje.

Antes de partir, me acordé del papel que mi madre me había deslizado en la mano en el momento de la despedida, y sacándole de mi bolsillo lo leí á la luz de la candela en nuestro cuarto. Conservaba todavía las manchas de las lágrimas que la bienaventurada había derramado sobre él, y decía así:

«Instrucciones de la señora Maria Clarke á su hijo Miguel el doce de junio del año del Señor mil seiscientos ochenta y cinco :

»Con ocasión de salir, como David en tiempos antiguos, á dar batalla contra el Goliat del papismo, que ha manchado y desacreditado aquella consideración legítima y reverente al ritual que debería existir en la Iglesia de Inglaterra, según ordenan las leyes, deberá observar los puntos siguientes, es á saber :

»1.º Múdate las medias cuando se te ofrezca ocasión. Llevas dos pares en la alforja y puedes comprar algunos otros, porque los artículos de lana son buenos en el Oeste.

»2.º Una pata de liebre colgada del cuello es seguro remedio contra el cólico.

»3.º Reza las oraciones de la noche y la mañana. Lee también las Sagradas Escrituras, especialmente el libro de Job, los Salmos y el Evangelio según San Mateo.

»4.º El elixir de Daffy posee virtudes extraordinarias para purificar la sangre y expeler las flemas, humores, malos vapores y reumas. La dosis es cinco gotas. Hallarás un frasquito del mismo en el cañón de tu pistola izquierda, envuelto en algodones para que no se rompa.

»5.º Diez piezas de oro van cosidas en el dobladillo de la manta que te sirve de mullido. No las toques sino en caso de necesidad extrema.

»6.º Pelea valerosamente por la causa del Señor ; pero te ruego, Miguel, que no avances demasiado en la batalla, sino que dejes á otros que cumplan también con su deber. No te lances al corazón de la refriega ; pero tampoco vaciles en seguir la bandera de la fe protestante.

»Y sobre todo, Miguel, hijo mío, vuelve sano y salvo á los brazos de tu madre, porque de otro modo no habrá para mí consuelo.

»La que escribe estas líneas no cesará un momento de orar por ti.»

Este inesperado rasgo de ternura al final de aquellas cortas líneas hizo afluir las lágrimas á mis ojos; y, no obstante, apenas pude dejar de sonreirme al echar de ver el carácter de todo el escrito, porque mi querida madre no disponía de tiempo para cultivar las gracias del estilo; y su intento había sido evidentemente expresar las anteriores instrucciones en cierta forma legal para más obligarme á observarlas. No pude detenerme á meditar sus advertencias; pues no bien había terminado la lectura, cuando se oyó la voz de Décimus Saxon y el chocar de los cascos de los caballos contra los guijarros del patio, avisándome de que todo estaba dispuesto para nuestra partida.

X

DE NUESTRA PELIGROSA AVENTURA EN LOS LLANOS

No nos habríamos alejado de la ciudad media milla, cuando el estruendo de timbales y el sonido de trompetas nos anunció la llegada del regimiento de caballería, que estaban esperando nuestros amigos de la posada.

—Así como así—dijo Saxon,—tal vez nos ha venido de perlas quitarnoslos de encima, porque ese joven perdiguero podía haber olfateado el rastro y jugarnos una mala pasada. ¿Habéis visto por casualidad mi pañuelo de seda?

—No—respondí.

—Pues entonces es indudable que se me cayó

del bolso durante la pelea. Difícilmente puedo pasarme sin él, porque no ando muy provisto de tales artículos de viaje... Ochocientos hombres, según dijo el mayor, y tres mil más que vendrán después... Si me encontrara con ese Oglethorpe ó con Ogilvy, cuando haya terminado el negocio, yo le daría una leccioncilla para que pensara menos en asuntos de química y algo más acerca de la necesidad de guardar precauciones militares. Bien está siempre tratar con cortesía á los extraños y darles las noticias que piden; pero no está mal tampoco que esas noticias sean falsas.

—Como, en efecto, podrían serlo—sugerí.

—No, no, de ninguna manera; las palabras fueron pronunciadas irreflexivamente... ¡Quieta, Cloe, quieta!... Como está repleta de pienso, le gustaría galopar. ¡Mala peste para esta obscuridad que apenas nos permite ver por donde vamos!

Continuamos trotando por el ancho camino real, que blanqueaba débilmente en las tinieblas, entre sombrías masas de árboles que parecían danzar á nuestro paso esfumándose en el fondo obscuro del cielo. A la sazón llegábamos al borde oriental de la gran llanura que se extiende cuarenta millas por una parte y veinte por la otra, abarcando la mayor parte del territorio de Wiltshire. El camino principal que conduce al Oeste bordea este yermo páramo; pero habíamos convenido en seguir una ruta menos importante, capaz de conducirnos al punto de nuestro destino, aunque con mayores molestias. Esperábamos que la escasa importancia de aquella vereda contribuyera á que la caballería del rey no se cuidara de ella; y al fin avanzamos hasta el punto en que el camino principal se bifurca en otros dos, cuando oímos galopar de caballos á nuestra espalda.

—Aquí viene alguno que no teme correr á rienda suelta, á pesar de las tinieblas—observé.

—Hagamos alto aquí en la sombra—exclamó Sa-

xon con voz apagada.—Requerid la espada por lo que pueda ocurrir. Debe ser algún extraviado para cabalgar con tanta prisa, estando la noche como está.

Al tender la vista por el camino pudimos descubrir en la obscuridad un bulto sombrío que se resolvió pronto en un hombre á caballo. El jinete estuvo casi encima de nosotros antes de darse cuenta de nuestra presencia, y de pronto refrenó su caballo de un modo torpe y extraño y se puso frente á la dirección que llevábamos.

—¿Va ahí Miguel Clarke?—preguntó una voz que sonó en un tono extraordinariamente familiar para mis oídos.

—Ese es mi nombre—respondí.

—Pues aquí tienes á Rubén Lockarby—dijo nuestro perseguidor con un acento burlescamente heroico.—¡Ah, querido Miguel! Te daría un abrazo si no estuviera seguro de caer de la silla al intentarlo, arrastrándote tal vez á ti conmigo. Esta parada en seco ha estado á punto de hacerme salir por la cabeza de mi montura. Desde que salí de Havant no he cesado de dar tumbos y resbalones. Seguramente nadie ha montado jamás un caballo tan á propósito para resbalar en la silla.

—¡Santo Dios, Rubén!—exclamé asombrado.—¿Qué te trae de casa por estos caminos?

—La misma causa que á ti y á don Décimus Saxon, procedente del Solent, á quien me parece ver en la sombra detrás de ti. ¿Cómo va, ilustre?

—¡Hola! ¿Con que sois vos, tierno faisán de los bosques?—gruñó Saxon en un tono de voz que no dejaba traslucir excesiva alegría.

—El mismo en cuerpo y alma—replicó Rubén.—Y ahora, mis galantes caballeros, volved los bridones y seguid vuestro camino, porque no hay tiempo que perder. Necesitamos estar todos en Taunton mañana.

—Pero, mi querido Rubén—dije ;—no es posible que vengas con nosotros á incorporarte á las fuerzas de Monmouth. ¿Qué diría tu padre? Esto no es una gira de recreo, sino una expedición que puede tener un fin triste y grave. En el caso más favorable, sólo á fuerza de derramar sangre y correr peligros podrá obtenerse la victoria ; y en el más desfavorable, lo mismo puede ocurrirte tener que danzar en la cuerda en el patíbulo como el que salgas libre y salvo.

—¡ Adelante, adelante !—exclamó, espoleando su caballo ;—he pasado el Rubicón, y ahora me encuentro á punto de ofrecer mi augusta persona, con una espada que me han prestado y un caballo que he substraído, á su Protestantísima Majestad Jacobo duque de Monmouth.

—Pero, ¿ cómo se explica esto ?—pregunté, mientras cabalgábamos juntos.—Tenía vivísimos deseos de verte ; pero como nunca has mostrado gran interés en asuntos de religión ó de política... ¿ De dónde viene ahora esta repentina resolución ?

—Bien ; si he de decir la verdad, no soy del Rey ni del Duque ; ni me importa un bledo que se siente quienquiera en el trono ; porque supongo que ninguno de los dos ha de aumentar la parroquia de nuestra posada del *Wheatsheaf*, ni nombrar consejero de Estado á Rubén Lockarby. Soy sencillamente del partido de Miguel Clarke desde la planta de los pies á la coronilla de la cabeza, y si él va á la guerra, ¡ que me mate un rayo ó me ataque la peste, si no le sigo en sus aventuras como la sombra al cuerpo !

Al decir esto, gesticulaba con viveza ; y, como consecuencia de ello, perdió al punto el equilibrio y cayó en un espeso grupo de arbustos al lado del camino, donde sus piernas se agitaron desesperadamente en las tinieblas.

—Con esta van diez—dijo, trepando apresurada-

mente y á fuerza de repetidos saltos á la silla de su cabalgadura.—Mi padre solía decirme que no se ha de montar un caballo echándose sobre él; y que el buen jinete lo hace alzándose gallardamente sobre el estribo y cayendo luego sobre la silla. «Dos tiempos sólo: elevarse y caer», era la frase empleada por el viejo. Pero ¡Dios me valga! que en mi sistema de montar entra por más el caer que el levantarse; y por cierto que ninguna de las dos cosas me salen con gallardía.

—¡Me gusta la frescura!—exclamó Saxon.—Y entonces, decidme por todos los santos del calendario, ¿cómo esperáis sosteneros en presencia de un enemigo, si perdéis la silla en un pacífico camino de carros?

—Lo intentaré, al menos, ilustre—respondió, componiéndose sus arrugados vestidos.—Bien pudiera ocurrir que la índole inesperada y repentina de mis evoluciones dejara desconcertado al enemigo más valeroso.

—Pues aunque habléis en broma, quizá haya en vuestras palabras mayor verdad de lo que creéis—replicó Saxon, cabalgando al lado izquierdo de Lockarby, de modo que apenas quedaba espacio para que pudiera caer entre nosotros.—Por mi parte, mejor pelearía con un hombre que tuviera algún conocimiento de la esgrima, que con uno como Miguel ó como vos mismo que la ignoráis en absoluto. Porque, en el primer caso, sabe uno lo que ha de hacer el adversario; pero, en el segundo, tropezáis á lo mejor con quien sigue un sistema de su propia cosecha, que le sale admirablemente por aquella vez. El coronel Muller estaba reconocido como el mejor espadachín del ejército del Emperador, y en un asalto podía quitar al adversario uno por uno todos los botones del chaleco sin cortar el paño. Y, sin embargo, cayó muertó en un encuentro con Fahnführer Zollner, que era un simple alférez de nuestro cuerpo

de infantería húngara, y que sabía tanto del manejo del espadín como vos de equitación. Sabido es que nadie usa el espadín para dar tajos, sino solamente para estocadas; y por eso á los que le manejan no se les ocurre ponerse en guardia contra un mandoble. Pero Zollner, que tenía los brazos largos, cruzó la cara al coronel con su arma, como si se tratara de un bastón; y antes que tuviera tiempo de reponerse le atravesó bonitamente de parte á parte. Indudablemente, si el lance se hubiera repetido, el coronel hubiera sido el primero en dar una estocada á su adversario; pero tal como las cosas ocurrieron, no hubo lugar á explicaciones ni excusas; y el famoso espadachín se quedó tan muerto como mi abuelo.

—Si la falta de conocimiento y pericia hace temible á cualquiera que maneje la espada—observó Rubén,—entonces yo os aseguro que he de ser más peligroso que ese caballero cuyo impronunciable nombre acabáis de citar. Continuando mi historia, que interrumpí para *apearme* del caballo, eché de ver en las primeras horas de la mañana que habíais partido; y Zacarías Palmer pudo decirme para dónde. Me resolví, por tanto, á lanzarme yo también al mundo; y al efecto tomé prestada una espada á Salomón Sprent; y como mi padre se había marchado á Gosport me proveí de la mejor jaca que había en la cuadra, porque hago constar que yo tengo gran respeto al anciano y no permito que su carne y sangre vaya á la guerra sin el equipo necesario. He cabalgado todo el día desde las primeras horas de la mañana y se me ha detenido dos veces por sospechas de no ser afecto á la causa del monarca; pero con la buena suerte de haber salido bien de ambos apuros. Sabía que no andabais muy lejos, porque vi que preguntaban por vosotros en el mesón de Salisbury.

—¿Con que preguntaban por nosotros?—repetió Décimus, después de silbar significativamente.

—Sí. Parece que tenían alguna noticia de que no érais lo que indicaban las apariencias; de modo que habían cercado la posada cuando yo pasé, pero nadie supo decir el camino que habíais tomado.

—¿No lo decía yo?—preguntó Saxon.—Aquella víbora de alférez ha movido el regimiento entero contra nosotros. Conviene apretar el paso, porque podrían enviar un destacamento en persecución nuestra.

—Al presente—observé yo,—caminamos ya fuera del camino real; y aunque nos persigan, no parece probable que acierten con esta vereda.

—Sin embargo, no estaría de más que no puedan echarnos la vista encima—dijo Saxon espoleando á su jaca y poniéndola al galope.

Lockarby y yo seguimos su ejemplo, y todos juntos emprendimos con gran velocidad la marcha por el páramo.

Atravesamos algunas zonas cubiertas de pinos, donde se oía el maullar del gato salvaje y el graznido de los mochuelos, prosiguiendo por extensiones pantanosas, donde el silencio sólo era interrumpido por el agudo grito del alcaraván ó el rumoroso aleteo de los patos salvajes que cruzaban por encima de nuestras cabezas. El camino estaba cubierto á trechos por espesos zarzales y los carros habían abierto en él tan profundas roderas y eran tan numerosos los hoyos, que más de una vez nuestros caballos cayeron sobre las patas delanteras. En cierto sitio el puente de madera tendido sobre un arroyo se había venido abajo sin que nadie hubiera intentado repararlo, de modo que nos vimos compelidos á meter los caballos en el torrente. En un principio, algunas luces que brillaban aquí y allá nos hicieron creer que estábamos cerca de algún lugar habitado; pero al paso que avanzábamos, aquellas halagüeñas señales fueron desapareciendo, hasta que por fin se extinguió la última que quedaba y nos encontramos en el deso-



...le recibí con un terrible tajo de mi montante que le cercenó el hocico... (Pág. 138.)

SIG. 9.—CLARKE.—TOMO I

LÁMINA II



lado páramo, que se extendía en una soledad no interrumpida hasta los últimos confines del horizonte. La luna había roto la cerrazón de las nubes y resplandecía débilmente por entre la espesa niebla arrojando una débil claridad sobre aquel extraño paisaje y permitiéndonos seguir el camino carretero, que ahora apenas podía distinguirse de la llanura en que estaba por haber desaparecido la vegetación de sus orillas.

Aflojamos el paso creyendo que no había motivo para temer por más tiempo la persecución; y Rubén nos entretenía describiéndonos la conmoción causada en Havant al tener noticia de nuestra partida, cuando rompiendo el silencio de la noche llegó á mis oídos un sordo y monótono ruido que se repetía acompasadamente. En el mismo instante, Saxon saltó de su caballo y escuchó atentamente aquel extraño *rat-tat-tat*.

—¡Botasillas!—exclamó, volviendo á montar apresuradamente.—Nos persiguen tan cierto como soy Décimus Saxon. Lo menos deben ser doce por el ruido. Tenemos que librarnos de ellos ó despedirnos de Monmouth.

—¡Dios los confunda!—respondí, y poniendo espuelas á nuestras cabalgaduras, nos precipitamos como una tromba á través de las tinieblas.

Covenant y Cloe estaban tan descansados como podía desearse y no tardaron en lanzarse á todo galope. Pero el caballo de nuestro amigo había caminado durante el día entero y su prolongada y fatigosa respiración demostraba que no podría resistir mucho tiempo. Entre el ruido producido por los cascos de nuestras cabalgaduras podía percibir aún de cuando en cuando el siniestro rumor que sonaba á nuestra espalda.

—Así no haremos nada, Rubén—dije con ansiedad, al ver que su cansada jaca tropezaba lanzando al jinete á tierra en una caída peligrosa.

—Mi viejo caballo está casi enteramente despeado—dijo en tono lastimero ;—ahora hemos salido del camino y el terreno inculto es demasiado áspero para mi pobre jaca.

—En efecto, hemos dejado el camino—confirmó Saxon volviendo la cabeza, porque sólo nos aventajaba algunos pasos.—Tened presente que la Guardia azul ha estado de marcha todo el día, de modo que sus caballos no deben poder tenerse en pie. Pero, ¿cómo diablos han podido saber el camino que hemos tomado?

A modo de respuesta á la anterior pregunta, se alzó en el silencio de la noche detrás de nosotros el sonido claro y vibrante de una nota prolongada que se ensanchó hasta llenar en apariencia el aire con su armonía.

—¡ Uno de los perros de presa !—exclamó Saxon.

En aquel instante resonó una segunda nota más aguda y alta que terminó en un aullido indescriptible, confirmando la impresión que nos había causado la primera.

—¡ Otro sabueso !—aseguró Saxon.—Han soltado los perros que vimos cerca de la catedral. ¡ Por el Cielo ! ¡ Qué poco nos figuramos cuando estuvimos contemplándolos por encima de la verja hace algunas horas, que habíamos de tenerlos tan pronto en persecución nuestra ! Apretad las rodillas y sosteneos con firmeza, porque una caída en estas circunstancias equivaldría á la muerte.

—¡ Madre de mi alma !—exclamó Rubén.—Me había resignado á morir en el campo de batalla ; pero ser devorado por los perros... ¡ qué horror !... eso de ningún modo entraba en mis conjeturas.

—Se conoce que los tienen sujetos con la trailla—dijo Saxon entre dientes,—porque de otro modo dejarían atrás á los caballos y se perderían en las tinieblas. Si pudiéramos tropezar con agua corriente, lograríamos hacerles perder la pista.

—Mi caballo no puede continuar á este paso más que algunos minutos—gritó Rubén.—Si me vengo abajo, vosotros continuad, teniendo presente que sois los perseguidos, pues conmigo nada tienen que ver. Han hallado motivo para sospechar de los dos forasteros que estuvieron en la posada, pero no de mí.

—Eso ni pensarlo siquiera, Rubén; juntos nos salvaremos ó juntos pereceremos—repuse tristemente, porque á cada paso su cabalgadura se debilitaba más y más.—Fuera de que, en la obscuridad en que estamos, difícilmente han de distinguir de personas.

—¡ No desmayéis !—gritó el viejo soldado, que nos había sacado la ventaja de unas veinte yardas.—Podemos oírlos perfectamente, porque el viento sopla en esta dirección ; pero sería un milagro que ellos nos hubieran oído á nosotros. Me parece que desisten de perseguirnos.

—Verdaderamente, el ruido de sus caballos apenas se advierte—añadí con tono regocijado.

—Tan débil es, que yo he dejado de percibirlo—repuso mi compañero.

Detuvimos nuestras fatigadas cabalgaduras y aguzamos el oído para escuchar ; pero á nosotros no llegó otro sonido que el del suave murmullo de la brisa entre las aliagas interrumpido á trechos por el melancólico grito de la corneja. Detrás de nosotros se tendía la ancha y ondulada llanura, medio iluminada, medio envuelta en sombras, perdiéndose en la lejana y borrosa línea del horizonte, sin la menor señal de vida ni movimiento.

—Deben haberse quedado tan atrás, que habrán perdido las esperanzas de alcanzarnos—dije yo.—Pero, ¿qué les pasa á los caballos para temblar y resoplar de este modo?

—Mi pobre bestia está enteramente extenuada—observó Rubén, inclinándose hacia adelante y acariciando con la mano el cuello de su jaca.

—A pesar de todo, no podemos detenernos—dijo

Saxon.—El peligro no ha pasado todavía. Cuando hayamos andado una ó dos millas más, podremos considerarnos libres de ellos. Pero no me gusta nada...

—¿Qué es lo que no os gusta?

—El espanto de esos caballos. Los animales ven y oyen en ocasiones mejor que nosotros, como podría comprobarlo con diversos ejemplos que yo mismo he presenciado en el Danubio y en el Palatinado, si el tiempo y la ocasión se prestaran á ello. Prosigamos, pues, y luego descansaremos.

Los caballos respondieron briosamente á nuestros esfuerzos por seguir adelante, y yo galopé por terreno quebrado durante un tiempo considerable. Al fin, estábamos pensando en hacer alto definitivamente y en celebrar la buena fortuna de haber burlado la persecución, cuando de pronto resonó en nuestros oídos el aullido vibrante percibido anteriormente, pero tan fuerte y claro ahora, que sin duda teníamos los perros muy cerca.

—¡Malditos sabuesos!—exclamó Saxon metiendo espuelas á su cabalgadura y saliendo disparado delante de nosotros;—me lo estaba temiendo. Los han soltado de la trailla. No hay manera de escapar de esos demonios; pero podemos elegir el sitio más á propósito para hacerles frente.

—¡Vamos, Rubén!—grité.—Al presente sólo tenemos que habérnoslas con los perros. Sus dueños los han dejado en libertad, y regresado á Salisbury.

—¡Permita Dios que revienten antes de llegar allá!—imprecó mi amigo.—Nos echan perros como si fuéramos ratas en la tarima de un sollado. ¡Y luego dicen que Inglaterra es un país de cristianos! Es inútil, Miguel. La pobre Dido no puede dar un paso más.

Mientras hablaba, resonó de nuevo el agudo y feroz aullido de los sabuesos vibrando claro y sostenido en la reposada atmósfera de la noche y aumen-

tando en intensidad y tono desde un gruñido sordo y profundo hasta un grito agudo y rabioso. Parecía notarse un dejo de alegría en aquel grito salvaje, como si conocieran que la presa que olfateaban estaba á punto de caer en sus fauces.

—¡ Ni un paso más !—dijo Rubén Lockarby, deteniendo su cabalgadura y desenvainando la espada. —Si es preciso pelear, me defenderé aquí mismo.

—No puede haber sitio mejor—repliqué.

Frente á nosotros se alzaban dos escarpadas rocas, brotando abruptamente del terreno y dejando entre ambas un espacio de doce ó quince pies. Penetramos por aquel hueco, y gritamos á Saxon que se nos incorporara. Pero su caballo nos había sacado gran ventaja ; y al renovarse la alarma, se arrancó nuevamente á todo galope ; de suerte que se hallaba á la distancia de algunos centenares de yardas. De nada servía llamarle, aun cuando pudiera oír las voces que le dábamos ; porque seguramente tendríamos á los perros encima antes que él tuviera tiempo de regresar.

—No nos cuidemos de él—dije apresuradamente. —Guía tu cabalgadura detrás de aquella roca, mientras yo me coloco detrás de ésta. Ellas han de servirnos para quebrantar el ímpetu del primer ataque. No te apees, suceda lo que quiera ; y cuando llegue el momento, hiere, y hiere con toda tu alma.

Medio ocultos en la sombra de la roca, aguardamos en silencio la llegada de nuestros perseguidores. Cuando recuerdo aquella escena, mis queridos nietos, no puedo menos de reconocer que aquel trance fué una prueba terrible para soldados tan jóvenes como Rubén y yo, concurriendo la circunstancia de ser la primera vez que desenvainábamos nuestras espadas y teniendo que hacerlo en una situación tan desventajosa. Porque tengo por averiguado, y varias personas me han confirmado en mi opinión, que de todos los peligros que un hombre puede verse preci-

sado á arrostrar, el más espantoso es el procedente de animales salvajes y feroces. Cuando se pelea contra hombres, hay siempre la probabilidad de que alguna flaqueza ó vacilación de vuestros adversarios puedan daros alguna ventaja sobre ellos ; mas cuando hay que combatir con fieras no existe semejante esperanza. Tenemos la certeza de que las bestias que nos acometen no nos dejarán de sus garras ó dientes mientras les quede algún aliento. Además, siente uno en el fondo de su corazón que el combate es desigual, porque la vida de un hombre es preciosa, al menos para vuestros padres y amigos ; pero las vidas de las fieras, ¿qué valor tienen? Todo esto y mucho más nos pasó rápidamente por el pensamiento, mientras aguardábamos con las espadas desnudas, aquietando como mejor podíamos á nuestros temblorosos caballos y aguardando de un instante á otro la llegada de los perros.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Junto á nosotros resonó otro aullido estruendoso y prolongado, después del cual reinó un profundo silencio, interrumpido sólo por el agitado y tembloroso respirar de los caballos. En aquel momento apareció de pronto, y sin hacer ruido alguno, un enorme sabueso pardo con el negro hocico pegado á la tierra y la piel de debajo de los ojos colgando á ambos lados de la boca ; y después de entrar en el espacio iluminado por la luna entre las rocas, se sepultó en la sombra que éstas proyectaban. No se detuvo ni abandonó un instante la dirección que traía, sino que siguió su curso avanzando en derechura sin mirar á la izquierda ni á la derecha. Momentos después llegó un segundo podenco y detrás de él un tercero, todos de enorme tamaño, que parecía mayor y más terrible á la indecisa y escasa luz que bañaba la escena. A ejemplo del primero, no se enteraron de nuestra presencia, y siguieron el rastro que había dejado Décimus Saxon.

Dejé pasar al primero y segundo sabueso, porque apenas podía comprender que no hicieran el menor caso de nosotros. Pero, cuando se presentó el tercero en el claro que teníamos delante, saqué la pistola de la derecha del arzón y apoyándola en el antebrazo izquierdo, le disparé en el momento de pasar. La bala dió en el blanco, porque el animal lanzó un fiero alarido de rabia y dolor, pero continuó en su rastro sin volverse ni mudar de dirección. Lockarby hizo fuego también cuando el perro desaparecía entre los arbustos, aunque al parecer sin resultado alguno. Con tal rapidez y silencio atravesaron por delante de nosotros aquellas bestias feroces, que hubiéramos podido tomarlos por espantables y mudos espíritus de la noche ó por los perros fantasmas del cazador Herne, á no ser por el fiero aullido que siguió á mi disparo.

—¡Qué fieras, Santo Dios!—exclamó mi compañero;—¿qué haremos, Miguel?

—No cabe la menor duda de que los han puesto sobre la pista de Saxon—repliqué.—Sigámoslos, porque nuestro compañero difícilmente podrá defenderse de sus ataques. ¿Percibes algún rumor que dé indicios de nuestros perseguidores?

—No oigo nada.

—Se conoce que han abandonado la tarea de seguirnos, soltando los perros como último recurso. Indudablemente los tienen enseñados á volver á la ciudad. Pero no debemos vacilar un momento, Rubén, y hemos de acudir en auxilio de nuestro compañero.

—Un esfuerzo más, pobre Dido—dijo Rubén, hablando con su cabalgadura;—¿no podrás dar todavía otra nueva carrera?... No, no te desgarraré más los ijares. Si puedes, sé que lo harás.

La jaca dió un resoplido, como si comprendiera las palabras de su dueño, y sobreponiéndose al cansancio se lanzó al galope. Tan vigoroso fué su arran-

qué, que aunque yo apliqué las espuelas á Covenant, nunca pudo colocarse más que á poca distancia de la jaca.

—Me parece que ha debido de tomar esta dirección—dije, escudriñando ansiosamente la obscuridad.—Seguramente no habrá ido muy lejos, porque hablaba de hacer un descanso. Aunque bien pudiera suceder que, no estando nosotros con él, lo fíe todo á la velocidad de su caballo.

—¿Y qué probabilidades puede tener de escapar de la boca de esas fieras?—observó Rubén.—No pueden menos de alcanzarle; y él seguramente no lo ignora. Pero ¡calle! ¿qué es esto?

Un bulto oscuro yacía tendido frente á nosotros á la luz de la luna; y era el cuerpo muerto de uno de los sabuesos, evidentemente el que había recibido mi disparo.

—¡Un enemigo menos!—exclamé lleno de gozo; —ya sólo tendremos que habérnoslas con dos.

Mientras hablaba, oí dos pistoletazos á poca distancia y en la dirección de nuestra izquierda. Volviendo los caballos hacia aquella parte, avanzamos á todo correr. De allí á poco salió de la densa sombra que se extendía frente á nosotros un estruendoso rumor de ladridos que nos llenó de grandísimo sobresalto. Aquello no era un sencillo lamento como el que los sabuesos habían lanzado mientras seguían su pista, sino un estrépito constante formado por rugidos tan persistentes y feroces, que indicaban evidentemente la llegada de los sabuesos al término de su carrera.

—¡Quiera Dios que no le hayan derribado!—imprecó Rubén con voz desmayada.

El mismo pensamiento había cruzado por mi espíritu, porque recordaba haber oído una confusión semejante de rugidos furiosos, aunque menos alborotada que la presente, en ocasión de haber caído una muta de perros sobre su presa y estar desga-

rrándola. Con el corazón oprimido de angustia, desenvainé mi espada resuelto á vengar á nuestro compañero si por desgracia era demasiado tarde para salvarle. Saltando por espesos matorrales, salimos á un escampado, donde se nos ofreció una escena tan extraña é inesperada, que hicimos alto mudos de asombro.

Frente á nosotros se abría un espacio circular, brillantemente iluminado por la plateada luz de la reina de la noche. En el centro de aquel lugar se alzaba una piedra gigante, una de esas elevadas y negruzcas columnas que suelen hallarse en las llanuras y especialmente en los parajes situados alrededor de Stonehenge. Lo menos tenía quince pies de altura, y, á no dudarlo, antiguamente había estado del todo derecha; pero el viento y los temporales junto con el arrastre de tierras la habían empujado poco á poco, inclinándola de tal suerte, que un hombre hábil podía con facilidad encaramarse á la parte superior.

Sobre el vértice de esta antigua piedra estaba sentado Décimus Saxon, inmóvil y con las piernas cruzadas, semejante á un extraño ídolo de época remota, fumando tranquilamente la luenga pipa que solía ser su alivio en momentos de apuro. Debajo de él, y en la base del monolito, como llaman nuestros sabios á esa clase de piedras, saltaban los dos enormes sabuesos, chocando uno con otro en su furor é inútiles esfuerzos por alcanzar la impasible figura colocada encima, desahogando su rabia y desesperación en los horribles ladridos, que tan terribles pensamientos nos habían sugerido.

Sin embargo, no dispusimos de mucho tiempo para contemplar aquella extraña escena, porque al aparecer nosotros, los perros desistieron de sus inútiles tentativas para alcanzar á Saxon, y lanzando un feroz gruñido de satisfacción se abalanzaron á Rubén y á mí. Uno de ellos, con los ojos encendidos y la

boca horriblemente abierta, donde á la luz de la luna blanqueaban sus formidables colmillos, saltó al cuello de Covenant; pero le recibí con un terrible tajo de mi montante que le cercenó el hocico, dejándole pataleando entre alaridos en un charco de sangre. Entretanto, Rubén había espoleado su caballo para salir al encuentro de su enemigo; mas la fatigada cabalgadura vaciló al ver al perro y se quedó repentinamente inmóvil, siendo causa de que el jinete saliera despedido por la cabeza y cayera en las fauces mismas del animal. No lo habría pasado muy bien mi amigo, á no contar con otros recursos que los propios. A lo sumo, sólo por breves instantes hubiera podido librar su garganta de los crueles colmillos del sabueso; pero, al advertir yo el peligro, saqué la pistola que me quedaba y después de arrojarla del caballo, la disparé á quema ropa sobre el costado del animal que luchaba con mi amigo. Lanzó la bestia un último aullido de rabia y de dolor, abriendo las fauces con un impotente y salvaje ímpetu, para caer después lentamente en tierra mientras Rubén se arrastraba huyendo de su enemigo, con algunos desgarrones y rozaduras, que era lo menos que podía sacar de su peligrosa aventura.

—Te estaré eternamente agradecido por este favor, Miguel—dijo con acento alterado por la emoción.—¡Ojalá que se me ofrezca en la vida ocasión de hacer otro tanto por ti!

—Y yo os quedo igualmente obligado á los dos—añadió Saxon, que se había deslizado por la columna abajo abandonando su lugar de refugio.—Soy hombre que sabe pagar sus deudas, lo mismo las buenas que las malas. Allá arriba hubiera podido permanecer hasta tener que comerme las botas de montar, porque pocas probabilidades tenía de librar con vida semejante lance... ¡Santa María! ¡Qué espantoso fendiente habéis dado aquí, amigo Clarke! La cabeza del animal yace partida en dos mitades como una

calabaza podrida... No extraño que los sabuesos me hayan seguido la pista, porque me dejé olvidado un cinturón que traía de repuesto y mi pañuelo; y esos objetos han sido utilizados para ponerlos en el rastro de Cloe y en el mío.

—Pero ¿dónde tenéis vuestra montura?—pregunté, limpiando la espada.

—Cloe ha tenido que mirar por sí misma. Al ver que los perros me sacaban ventaja, les disparé mis pistolas; pero ¿quién que cabalgue con una velocidad de veinte millas por hora puede tener la probabilidad de poner en el blanco una simple posta? En aquellas circunstancias, me hice cargo de la gravedad de la situación, porque no me quedaba tiempo para cargar de nuevo las pistolas; y el espadín, aunque sea el rey de las armas en un duelo, apenas ofrece seguridad alguna en trances como el presente. Quiso mi buena estrella que, precisamente cuando estaba perplejo sin saber qué hacer, me viera junto á esta elevada columna, que los buenos sacerdotes de tiempos remotos debieron erigir, á lo que se me alcanza, con el único fin de suministrar á los caballeros valerosos un medio de librarse de tan innobles enemigos. No me fué dado demorar un instante eñ encaramarme á ella, porque tuve que arrancar mi talón de la boca del primer sabueso, que tal vez me hubiera derribado, á no haber sido mis espuelas un bocado demasiado duro para sus mandíbulas... Pero juraría que les ha alcanzado alguna de mis balas.

Así diciendo, encendió un trozo de yesca sacada de su petaca y soplando sobre ella para dar más fuerza á la luz que despedía, recorrió el cuerpo del sabueso que me había atacado, y después el del otro.

—¡Qué cosa más extraña! Este animal tiene perforada la piel como si fuera una criba—exclamó.—¿Con qué cargáis los pistolones, buen maese Clarke?

—Con dos postas de plomo.

—¿Y cómo es que dos solos balines han hecho tantos agujeros?... ¡Cosa más rara!... El animal tiene hundido en el costado el cuello de un frasco.

—¡Cielos!—exclamé.—Ahora caigo en ello. Mi buena madre había colocado un botellín de elixir Daffy en el cañón de mi pistola.

—De modo que se lo has disparado al sabueso—vociferó Rubén.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Cuando lo oigan contar junto á las barricadas de cerveza del *Wheatsheaf*, más de cuatro han de sentir la boca seca de tanto reír. ¡Al demonio le ocurre haberme salvado la vida disparando á un perro con un frasco de elixir Daffy!

—Y también con una bala, Rubén, aunque juraría que los murmuradores no tardarán en omitir este pormenor. Fortuna no pequeña ha sido no reventar la pistola... pero bien, ¿qué pensáis hacer ahora, maese Saxon?

—¡Toma! Recobrar mi jaca, si hay modo de hacerlo—dijo el aventurero.—Porque en esta vasta soledad y entre tinieblas, va á ser tan difícil dar con ella como hallar en «Hudibras» unos calzones escoceses ó un verso insípido.

—Pues la cabalgadura de Rubén Lockarby no puede dar un paso más—observé.—Si la vista no me engaña, allá lejos me parece divisar un débil resplandor, ¿no es verdad?

—Un fuego fatuo—dijo Saxon.

Cuyo brillo fascina á los humanos
Llevándolos por fosos y pantanos;

y, no obstante, confieso que aquél fulgor parece fijo y claro, como si saliera de alguna lámpara, candela, antorcha, linterna ú otro artefacto semejante.

—Donde hay candela, hay quien vela—comentó Rubén.—Acerquémonos y veamos qué probabilidad hay de encontrar allí albergue.

—Seguramente no daremos con nuestros amigos los del uniforme azul—repuso Décimus.—¡Mala pes-

te para ellos! ¿Cómo han podido sospechar quiénes éramos? ¿No será más bien que aquel joven Fahnführer ó Fanfarria les ha inducido á perseguirnos por los insultos inferidos al regimiento? Como vuelva á ponerse al alcance de mi espada, yo le aseguro que no han de quedarle ganas de volver á meternos en otros apuros. Bien, proseguid con vuestros caballos; y vamos á explorar aquella luz, ya que no nos queda que hacer cosa mejor.

Rompiendo la marcha por el páramo, nos encaminamos en dirección al punto brillante que titilaba en la lejanía; y, mientras avanzábamos, cada cual comenzó á exponer mil conjeturas sobre el origen del resplandor misterioso. Si aquello fuera una vivienda humana, ¿qué clase de persona podía haber tenido la idea de venir á morar á este desierto eligiendo un sitio tan apartado de las veredas que le cruzan? El camino carretero quedaba á nuestra espalda; y probablemente sólo aquellos á quienes empujara una necesidad como la en que nosotros estábamos, habían de visitar una región tan desolada. Ningún ermitaño podía desear un retiro más enteramente aislado de todo comercio con sus semejantes.

Al paso que nos aproximábamos, vimos que la luz procedía en efecto, de una miserable casucha, edificada en un hueco, de modo que únicamente podía divisársela desde el lugar en que nosotros caminábamos. Frente á la humilde vivienda se tendía una faja de terreno limpia de arbustos y cubierta de césped; y en el centro de ella estaba pastando la yegua que nos faltaba. La misma luz que había atraído nuestra atención, hirió, á no dudarlo, sus ojos, y se encaminó hacia ella esperando hallar agua y avena. Saxon entró nuevamente en posesión de su perdida Cloe con un suspiro de satisfacción, y tomándola de la brida se acercó á la puerta de la casa solitaria.

XI

QUE TRATA DEL SOLITARIO Y DEL COFRE DE ORO

El vivo resplandor amarillento que nos había servido de norte al través del páramo se abría paso por una sola y estrecha hendidura á lo largo de la puerta, que más bien parecía hacer las veces de tosca ventana. Al avanzar hacia ella, la luz se tornó de pronto roja, y luego verde, bañando de fantástica palidez nuestros rostros, y realzando de un modo especial sus tonos cadavéricos en las austeras facciones de Saxon. Al mismo tiempo percibimos un sutilísimo y naseabundo olor, que empozoñaba el aire alrededor de la casa. Este conjunto de prodigiosas circunstancias en sitio tan aislado despertó en el viejo soldado sentimientos supersticiosos en grado tal, que se detuvo, y volviendo el rostro clavó en nosotros una mirada interrogativa. Tanto Rubén como yo, estábamos decididos á llevar hasta el fin aquella aventura ; por lo que Saxon hubo de contentarse con dejarnos ocupar la delantera, mascullando algún exorcismo acomodado á la ocasión. Lleguéme á la puerta, y la golpeé con el puño de mi montante, anunciando que éramos viajeros fatigados y buscábamos un albergue donde pasar la noche.

El primer efecto causado por mi llamamiento fué un ruido procedente de alguien que andaba de un sitio á otro apresuradamente, junto con cierto sonido metálico y crujir de cerraduras. Extinguióse poco después ; y ya me disponía á llamar nuevamente, cuando una voz temblorosa resonó del otro lado de la puerta.

—Escaso albergue hallaréis aquí, caballeros, y más escasas provisiones todavía—dijo.—No hay más

que seis millas hasta Amesbury, donde encontraréis el *Mesón de Cecilio*, que seguramente puede suministrar cuanto necesitéis vosotros y vuestras caballerías.

—No, no, amigo invisible—repuso Saxon que se reanimó al oír una voz humana,—ésa no es manera de recibirnos. Uno de nuestros caballos está despeado, y los otros en condiciones análogas; de suerte que nos es tan imposible llegar hasta el *Mesón de Cecilio* de Amesbury como lo sería el ir á la posada Gruner Mann de Lubeck. Ruégoos, por tanto, que nos permitáis pasar el resto de la noche en el asilo de vuestro hogar.

Dichas estas razones, se oyó gran crujir de cerraduras y rechinar de cerrojos, terminando el ruido con abrirse lentamente la puerta y presentarse á ella la persona que nos había hablado.

A la luz clara que brilló detrás de ella, pudimos ver que era un hombre de venerable presencia, con cabellos blancos como la nieve, y aspecto que indicaba un temperamento dado á la meditación y al mismo tiempo altivo. Las cejas prominentes y cogitabundas, así como la luenga barba denunciaban un filósofo; pero los ojos vivos y brillantes, la curva aguileña de la nariz y la pequeña talla, erguida á pesar de los años, sugerían la idea de la vida militar. Su altivo continente, y rico aunque severo traje de terciopelo negro, formaban una extraña contraposición con la humildad de la morada que había elegido para residencia.

—¡Hola!—dijo clavando en nosotros una mirada penetrante;—de manera que dos de vosotros ajenos todavía á los azares de la guerra, y el otro un viejo soldado. Ya veo que os han perseguido.

—Y ¿cómo lo habéis averiguado?—preguntó Décimus Saxon.

—¡Ay, amigo mío! Yo también he servido en mis tiempos. Mis ojos no son tan viejos que no sepan

advertir cuándo los caballos han sido espoleados hasta agotar sus fuerzas; y, por otra parte, no es difícil descubrir que la espada de este joven mozarrón se ha empleado en algo menos inocente que en degollar corderos. Podéis guardaros, no obstante, vuestra historia... Todo buen soldado piensa primero en su caballo; y, por tanto, me permito rogaros que atéis los vuestros ahí fuera, porque no tengo palafrenero ni criado que se encargue de ello.

La extraña vivienda en que penetramos inmediatamente se extendía por la parte de la colina á que estaba adosada, de suerte que formaba un larguísimo y estrecho salón. Las extremidades de esta gran pieza aparecieron envueltas en la sombra, al entrar nosotros más en el centro de la misma brillaba un refulgente resplandor que salía de un brasero lleno de carbón, sobre el que estaba colgada una vasija de bronce. Junto al fuego había una larga mesa de madera repleta de frascos de cristal con el cuello encorvado, jofainas, tubos y otros instrumentos, cuyo nombre y destino me eran desconocidos. A lo largo de un anaquel veíase una larga hilera de botellas que contenían varios líquidos coloreados y diversas substancias en polvo; y encima de ellos aparecía una segunda tabla con una excelente colección de volúmenes forrados de pardo pergamino. El resto del mobiliario estaba formado por una segunda mesa toscamente labrada, un par de armarios, tres ó cuatro banquillos de madera y varios biombos sujetos á los muros y cubiertos en toda su extensión de figuras y símbolos para mí ininteligibles. El hedor que habíamos percibido antes de entrar, era más intolerable en el interior de la pieza, y, al parecer, procedía de los vapores exhalados por el líquido que hervía y burbujeaba en la cacerola de bronce.

—Ahora, aquí tenéis á vuestro servidor—dijo nuestro patrón inclinándose cortésmente,—al último

vástago de una antigua familia. Soy sir Jacobo Clancing de Snellaby Hall.

—Smellaby será, me parece—murmuró Rubén en un tono de voz tan débil, que no llegó á los oídos del antiguo caballero.

—Ruégooos que os sentéis—continuó y que os quitéis los petos, cascos y botas de montar. Figuraos que estáis en vuestra posada y portaos con igual libertad... Habéis de perdonarme que por un momento deje de atenderos para continuar la operación en que estoy ocupado y que no admite demora.

Saxon comenzó al punto á soltar sus hebillas y desnudarse el arnés mientras Rubén, dejándose caer en una silla, dió muestras de estar tan fatigado, que sólo se aflojó el cinto de la espada. Por mi parte, me alegré de echar á un lado mi armadura, pero seguí con atención, entretanto, todos los movimientos de nuestro huésped, cuyas afables maneras y aspecto de sabio habían despertado mi curiosidad y admiración.

Acercóse al pote mal oliente y le agitó con semblante que indicaba tanta mayor ansiedad, cuanto era claro que había llevado su cortesía con nosotros al extremo de arriesgar el resultado de algún experimento importante. Hundió un cucharón en el contenido del hediondo recipiente; lo revolvió y sacó fuera una parte, vertiéndolo después lentamente en la vasija, y dejando ver un líquido turbio y amarillento.

El aspecto de éste le tranquilizó evidentemente, porque desapareció de su rostro la mirada de ansiedad y lanzó una exclamación de júbilo. Tomó luego una cucharada de un polvo blanquecino de cierto bote que tenía al lado y la echó en la cacerola, cuyo contenido comenzó al punto á bullir y espumar sobre el fuego, haciendo que las llamas tomaran el color verdoso que habíamos observado á nuestra llegada. Esta operación causó el efecto de aclarar el

líquido ; y el químico pudo envasarlo en una botella donde apareció tan transparente como el agua, quedando en la cacerola un sedimento pardo que fué vaciado en una hoja de papel. Hecho esto, sir Jacobo Clancing puso á un lado todos sus cachivaches y se volvió hacia nosotros con semblante risueño y expresión más animada.

—Veremos—dijo—lo que mi pobre despensa puede suministrar. Entretanto este olor podría molestar vuestras narices no acostumbradas á él, y, por consiguiente, voy á hacerlo desaparecer.

Echó en el brasero algunos granos de resina balsámica y la habitación se llenó de un agradabilísimo aroma. Tendió después sobre la mesa un blanco mantel, y, tomando de un armario un plato que contenía trucha fría y un enorme pastel de carne, lo colocó en la mesa y nos invitó á acercarnos á ella nuestros bancos y servirnos lo que creyéramos conveniente.

—Si tuviera otros manjares más apetitosos que ofreceros—dijo—los habría puesto á vuestra disposición. En Snellaby Hall no se os hubiera tratado de una manera tan mezquina ; tenedlo por cierto. Con todo, esos alimentos podrán satisfacer el hambre, y aun me quedan algunas botellas de rancio de Alicante.

Así diciendo, sacó de una alacena un par de ellas, y después de ver que cada uno de nosotros había tomado su ración y de habernos llenado los vasos, se sentó en un sillón de roble de alto respaldo, y presidió nuestro banquete con la cortesía propia de otros tiempos. Mientras cenábamos, le expliqué la índole y condiciones de nuestro viaje y le referí las aventuras de la noche, aunque sin hacer mención de nuestro destino.

—Vosotros pertenecéis á las huestes de Monmouth—dijo tranquilamente, cuando hube acabado, clavando en mi rostro sus penetrantes ojos.—Lo sé ;

pero no tenéis que temer que os haga traición, aun cuando pudiera. Y ¿qué probabilidades de triunfar contra las fuerzas del rey, á vuestro juicio, tiene el duque?

—Tantas como un gallo de corral contra otro de pelea, provisto de acerados espolones, si se fía de su gente—respondió Saxon.—Pero tiene motivos para creer que toda Inglaterra está hecha un depósito de pólvora, y espera ser la chispa que la haga estallar.

El anciano movió su cabeza tristemente.

—El rey dispone de grandes medios—observó.—¿De dónde va á sacar Monmouth tropas instruídas?

—Cuenta con la milicia—sugerí.

—Y además abundan los soldados del antiguo ejército parlamentario (1), que no andan muy distantes de lanzarse al campo en defensa de su fe—añadió Saxon.

Con sólo que comenzaran á hacer propaganda una docena de predicadores de gran facundia y ascendiente, todos los presbiterianos (2) acudirían en pos de ellos, como moscas á la miel. Jamás los sargentos encargados de la recluta levantarán un ejército tan formidable como el que reunieron los predicadores de Cromwell en los condados del Este, donde la promesa de tener un asiento junto al trono de Dios, fué de más valor que una prima de diez libras. ¡Pluguiera al Cielo que pudiera pagar mis deudas con promesas análogas!

—Casi me atrevería á pensar—observó nuestro anfitrión,—juzgándoos por vuestras palabras, que no pertenecéis á ninguna secta. Y entonces, ¿cómo es que echáis el peso de vuestra espada y experiencia en el platillo más ligero?

—Por la misma razón de ser el platillo más débil—respondió el soldado aventurero.—De buena gana

(1) El formado contra Carlos I.

(2) Opuestos á la supremacía de los obispos.

hubiera ido con mi hermano á la costa de Guinea, absteniéndome de intervenir á favor de unos ó de otros, fuera de entregar algunas cartas y de otras diligencias por el estilo. Pero, puesto que ahora necesito hacer algo, elijo pelear á favor del protestantismo y de Monmouth. A mí no se me da nada de que sea el que ocupe el trono Jacobo Estuardo ó Jacobo Walters; pero la corte y ejército del rey tienen ya cubiertos todos sus puestos; y, como Monmouth necesita cortesanos y soldados, puede suceder que le agraden mis servicios y los remunere con un puesto honroso.

—No discurrís mal—dijo nuestro huésped,—sólo que habéis pasado por alto la gran probabilidad de perder la cabeza, si el partido del duque sale derrotado en la contienda.

—El que algo quiere algo le cuesta; y el que no se aventura no pasa la mar—replicó el veterano.

—Y á vos, joven—continuó el anciano,—¿qué os ha movido á meteros en juego tan peligroso?

—Desciendo de una familia de independientes—respondí y mis allegados, que han figurado siempre entre los más leales *cabezas redondas*, acuden al campo cuantas veces haya que pelear por la libertad del pueblo y la destrucción de los tiranos. Yo voy en lugar de mi padre.

—¿Y vos, señor?—siguió preguntando nuestro huésped mirando á Rubén.

—Yo he venido para ver algo del mundo y por acompañar á mi amigo y condiscípulo que está presente—replicó.

—Pues yo tengo razones más poderosas que cualquiera de vosotros—afirmó sir Jacobo—para tomar las armas contra quien se apellide Estuardo, sea quien fuere. Si no tuviera que desempeñar aquí una misión imposible de abandonar, tal vez me sintiera tentado á acudir al Oeste con vosotros, calándome una vez más sobre estos cabellos grises el rudo casco

de acero. Porque ¿dónde está ahora el noble castillo de Snellaby, y dónde los territorios y bosques en que vivieron y murieron los ilustres Clancings, desde los tiempos en que puso el pie en Inglaterra Guillermo el Conquistador? Todas esas posesiones pertenecen al presente á un mero negociante, á un hombre que á fuerza de explotar á sus operarios hambrientos ha dejado una riqueza mal ganada. Si yo, que soy el último de los Clancings, me atreviera á poner el pie en esas fincas puede que fuera entregado al juez de la aldea como un delincuente, ó azotado tal vez por los látigos de insolentes monteros.

—Y ¿cómo se ha verificado ese trastorno tan repentino de vuestra fortuna?—pregunté.

—¡Llenad los vasos!—exclamó el viejo acompañando la palabra con la acción.—He aquí el brindis que os propongo : «¡ Maldición y ruina para todos los príncipes desleales!» ¿Que cómo ha ocurrido, me preguntáis? Pues oíd. Cuando sobrevinieron las revueltas contra el primer Carlos, yo estuve á su lado ; y otro tanto hizo mi hermano. En Fdgehill, en Naseby, y en muchas otras escaramuzas y batallas, peleé con denuedo á favor de su causa, manteniendo á mis expensas una tropa de caballería, formada por mis jardineros, lacayos y sirvientes. Entonces andaban escasos los fondos de guerra, y se necesitaba dinero para proseguir la campaña. Mis bandejas y candelabros de plata fueron á parar al crisol, como los de tantos otros caballeros, para convertirse en moneda y después en soldados y piqueros. Resistimos de este modo algunos meses hasta que se vació la bolsa, y nuevamente volvimos á llenarla entre nosotros. Ahora les tocó el turno á las alquerías y los robledales. Luego vino la batalla de Marston Moor, con lo que se necesitaron el último hombre y el último penique para reparar tan gran desastre. No vacilé un instante y entregué cuanto tenía. Cierta villano, cansado de llenar el estómago de sopas de

ajo, hombre astuto y precavido, con facha de patán, se había mantenido alejado de las luchas civiles mirando con ojos avaros el castillo de mi familia. Miserable gusano, acostumbrado á vivir bajo un techo lleno de goteras y una casucha agrietada, sólo su ambición pudo llevarle á soñar en adquirir el espléndido castillo de mi familia. Dejéle salir con su intento y entregué la suma recibida, guinea por guinea, para engrosar el tesoro del Rey. Y de esta suerte me sostuve hasta la derrota definitiva de Worcester, en que cubrí la retirada del joven príncipe y puedo decir con toda verdad que, excepto en la isla de Man, fuí el último realista que defendió la autoridad de la Corona. La República había puesto á precio mi cabeza, considerándome como un malhechor peligroso. Vine, pues, obligado á tomar el portante en un queche (1) de Harwich, y en él llegué á los Países Bajos sin otro haber que mi espada y algunas piezas de escaso valor en el bolsillo.

—Aun en esas circunstancias—observó Saxon,—un caballero lo hubiera pasado bien. Siempre hay guerras en Alemania donde un hombre puede ganarse la vida. Cuando los alemanes del Norte no están en armas contra los suecos ó franceses, es seguro que los del Sur han de andar á la greña con los genízaros.

—Tomé, de hecho, las armas y milité durante algún tiempo al servicio de las Provincias Unidas; y de ese modo me encontré frente á frente con mis antiguos enemigos los puritanos. Oliverio había prestado á los franceses la brigada de Raynaldo, y por cierto que Luis pudo considerarse afortunado de tener á su servicio tropas tan avezadas á las faenas de la guerra. Dios me es testigo de que me tocó estar en la contraescarpa de Dunquerque; de suerte que en lugar de pelear con los defensores, de hecho sumé

(1) Embarcación holandesa.

mis esfuerzos á los de los asaltantes. Sentí mi corazón palpar de entusiasmo, al ver cómo aquellos valientes trepaban por la brecha con sus picas arras-trando, sin vacilar un momento mientras cantaban su tonada religiosa, á pesar de llover sobre ellos las balas tan espesas como una granizada. Y cuando llegaron á las manos con los flamencos, puedo decir que lanzaron tal gritería bronca de militar regocijo, que me enorgullecí de mis compatriotas, sobreponiéndose este sentimiento al odio que les tenía como enemigos. Sin embargo, mi vida de soldado no duró mucho, porque la paz se concertó poco después; y entonces emprendí el estudio de la química, á la que sentía poderosa inclinación, primero con Worhaager de Leiden y posteriormente con Hugo de Estrasburgo, si bien recelo que estos ilustres nombres no signifiquen nada en vuestros oídos.

—Así es la verdad—dijo Saxon;—pero debe de haber cierto fatal hechizo en este asunto de la química, porque hemos encontrado á dos oficiales de la Guardia Real en Salisbury que, á pesar de ser bizarros militares y personas dignísimas por otros conceptos, tenían también su debilidad en ese particular.

—¿De veras?—preguntó con interés sir Jacobo. —Y ¿á qué escuela pertenecían?

—No sé, porque soy enteramente profano en estos asuntos—respondió Saxon;—lo único que puedo decir es que no creían en la habilidad de Gervino de Nuremberg, á quien yo tuve prisionero, ni tampoco en la de otro hombre alguno para efectuar la transmutación de los metales.

—Por lo que se refiere á Gervino, no puedo asegurar nada—dijo nuestro huésped;—mas por lo que toca á la posibilidad del hecho, no tengo inconveniente en empeñar á favor de la misma mi palabra de caballero. Pero hablaremos de ello poco después. Llegó, por fin, el tiempo en que Carlos II fué invi-

tado á ocupar de nuevo el trono, y todos nosotros, desde Jeffrey Hudson, el bufón y enano de la corte, hasta milord Clarendon, cobramos grandes esperanzas de volver á conquistar nuestros antiguos puestos. Por espacio de algún tiempo me abstuve de presentar ninguna reclamación, creyendo que el Rey se complacería en mostrar su magnanimidad tendiendo la mano á un pobre caballero que se había arruinado por defender á su familia, sin necesidad de excitaciones de ningún género. Esperé días y meses, pero no recibí el menor aviso; de modo que, al fin, hube de acudir á la corte solicitando una recepción que se me otorgó oportunamente. «¡ Ah!—dijo, saludándome con la cordialidad que tan bien sabía fingir;—vos sois, si no me equivoco, sir Gaspar Killigrew, ¿no es así?—No, Majestad—respondí,—soy sir Jacobo Clancings, de la antigua casa de Snellaby Hall en Staffordshire»; y al punto le hablé del combate de Worcester y de muchos lances que nos habían ocurrido estando juntos. «¡ Cáspita!—exclamó.—¿Cómo puedo haberme olvidado tan pronto? Y ¿qué tal por Snellaby?» Entonces le expliqué cómo ya no era dueño del castillo, exponiéndole en pocas palabras la situación á que había quedado reducido. Nublóse su semblante al oirme; y de pronto advertí en su trato una gran frialdad. «Todo el mundo acude á mí en busca de empleo ó de dinero—dijo,—y la verdad es que los Comunes me escatiman, aun á mí mismo, lo necesario de tal modo, que difícilmente puedo ser generoso con los demás. Sin embargo, sir Jacobo, veré qué es lo que puedo hacer por ti», y con estas palabras me despidió. Aquella misma noche me buscó el secretario de milord Clarendon y me notificó con gran formalidad y aparato, que en consideración á mi antigua lealtad y á las pérdidas que había sufrido, el Rey se había dignado graciosamente nombrarme *caballero de lotería*. «Y bien, señor, ¿qué es eso de caballero de lotería?—pregunté.—Pues

sencillamente una persona que tiene permiso para abrir una casa de juego.» Esta era la remuneración que merecían mis servicios. Se me autorizaba para establecer un garito en la plaza de Covent Garden para atraer allí á los galancetes de la ciudad y desplumarlos secretamente. De suerte que para restaurar mi fortuna tenía que arruinar las de otros. Nada debían importarme mi honor, mi familia ni mi reputación, mientras tuviera modo de engatusar algunos tontos y sacarles las guineas.

—Tengo entendido que algunos de esos caballeros de lotería lo pasaban en grande—observó Saxon con aire pensativo.

—Pasáranlo como quisieran, ese empleo no era digno de mí. Solicité, por tanto, una audiencia del Rey, y le supliqué que diera otra forma á la merced que me dispensaba. Su única respuesta fué que mi extremada pobreza me había hecho extremadamente importuno. Durante semanas y semanas anduve rondando la corte con otros pobres caballeros como yo, y entonces tuve ocasión de observar cómo los príncipes derrochaban en juegos y mancebas enormes cantidades, que habrían sido bastantes para restaurar nuestros patrimonios. En cierta ocasión vi á Carlos poner á una carta el dinero que hubiera dejado satisfecho al más exigente de nosotros. En los parques de San Jacobo, ó en la galería de Whitehall, procuré todavía que me viera el monarca, esperando que se dignara hacerme alguna gracia. Al fin, recibí de él un segundo mensaje, participándome que, si no podía vestir con mayor decencia, me dispensaba de asistir á la corte. Ese era el modo de corresponder á los servicios de un antiguo soldado, que había sacrificado su salud, riqueza, posición y en una palabra todo cuanto tenía en servicio de su padre y de él mismo.

—¡Qué vergüenza!—exclamamos los tres á un tiempo.

—¿Podéis extrañar ahora que maldijera la raza toda de los Estuardos, hombres falsos, lascivos y crueles? Por lo que hace al palacio de mi familia, podría comprarle de nuevo mañana mismo, si lo creyera conveniente; pero ¿de qué me serviría sin la herencia?

—¡Hola! ¿conque tanto habéis prosperado?—dijo Décimus Saxon, clavando en nuestro patrón una de sus peculiares miradas de soslayo.—Puede que hayáis descubierto el modo de convertir la batería de cocina en oro por el procedimiento de que habéis hablado... Pero no parece que sea así, porque estoy viendo en la habitación objetos de hierro y bronce que difícilmente continuarían como están si hubiérais podido convertirlos en oro.

—El oro tiene sus usos especiales como los tiene el hierro—dijo sir Jacobo hablando en tono dogmático;—y el uno no puede suplantarse al otro.

—Sin embargo, los oficiales de la Guardia—observé—nos dijeron que la alquimia se reducía á una superstición del vulgo.

—Pues entonces, esos oficiales demostraron que su ciencia era inferior á los prejuicios que alimentaban. El escocés Alejandro Seton fué el primero que logró efectuar la mencionada transmutación en los tiempos modernos. En el mes de marzo de 1602 transformó una barra de plomo en oro en casa de un tal Hansen, en Rotterdam, quien dió testimonio de ello. Con posterioridad, no solamente repitió la experiencia ante tres sabios enviados por el emperador Rodolfo, sino que enseñó el procedimiento á Juan Wolfgang, á Dienhein de Friburgo y á Gustenhofer de Estrasburgo, el cual se lo comunicó más tarde á mi ilustre maestro...

—Quien á su vez os lo enseñaría á vos—exclamó Saxon con aire de triunfo.—Por ahora, mi señor y amigo, no tengo á mano otra cantidad de metal que la que traigo conmigo: peto, espaldar, rodilleras y

quijotes junto con la espada, espuelas y las hebillas del arnés. Ruégoos, pues, que apliquéis á estos objetos vuestro arte tan excelente como laudable; y yo os prometo que dentro de pocos días habré puesto á vuestra disposición una cantidad de metal más digna de vuestra pericia.

—¡ Oh! no es necesario—dijo el alquimista sonriendo y haciendo signos negativos con la cabeza.—La referida conversión puede, sin duda, efectuarse, pero sólo de una manera lenta y ordenada; pocas piezas cada vez, y con gran dispendio de trabajo y paciencia. El hombre que pretenda enriquecerse por ese medio, necesitará trabajar con gran ahinco muchos años; pero no negaré que al fin pueda lograrlo, y ahora, puesto que las botellas están vacías y vuestro joven compañero comienza á quedarse traspuesto en su silla, quizá os convenga dormir durante el resto de la noche.

Después de esto, sacó de un rincón varias mantas y petates y los tendió sobre el piso.

—Esta es la cama del soldado—añadió;—pero bien podría ocurrirnos dormir en peores condiciones antes de restablecer á Monmouth en el trono de Inglaterra. Por lo que á mí respecta, tengo la costumbre de dormir en una cámara situada en el interior y debajo de la colina.

Dijo algunas otras palabras acompañándolas de varias menudas diligencias encaminadas á procurarnos alguna comodidad, y se retiró con la lámpara, penetrando por una puerta en que nosotros no habíamos fijado la atención y que se abría en el extremo más lejano de la sala.

Como Rubén no había descansado desde que partió de Havant, se tendió al punto sobre las ropas que le correspondían y se quedó dormido apoyando la cabeza en uno de los arzones. Saxon y yo permanecimos sentados durante algunos minutos más, á la luz del brasero encendido.

—Otra ocupación habría peor que la de dedicarse á este negocio de la química—observó mi compañero sacudiendo las cenizas de su pipa.—¿Veis allí aquel cofre con guarniciones y abrazaderas de hierro, que está medio oculto en el rincón?

—¿Y qué hay de particular en él?

—Que está lleno de oro hasta más de la mitad, con lo fabricado por este respetable caballero.

—¿Y cómo lo sabéis?—pregunté en tono de incredulidad.

—Cuando golpeasteis la puerta con el puño de vuestra espada, lo mismo que cuando la empujasteis, sin duda llegaría á vuestros oídos un rumor especial producido por el cerrar de un arca y el girar de una llave. Bien, gracias á mi sagacidad, he podido atisbar por aquella hendidura del muro, y he visto á nuestro amigo meter en el cofre algo que sonó, y cerrar después. No pude más que echar una ojeada al contenido, pero juraría que aquella luz amarillenta era reflejada por un metal que debe ser oro. Veamos si verdaderamente está cerrado.

Y levantándose de su asiento, se encaminó adonde estaba el cofre y tiró con fuerza de la tapa.

—¡Dejad eso al punto, Saxon!—exclamé indignado.—¿Qué diría nuestro huésped si os sorprendiera en semejante maniobra?

—¡Que diga lo que quiera! Lo mejor sería que no guardara tales tesoros en su casa. Seguramente lo abriría, si tuviera un escoplo ó una daga.

—¡Vive Dios!—murmuré.—Si llegáis á intentarlo, os romperé la cabeza.

—Bien, bien, joven integérrimo; no era más que el capricho de ver otra vez el tesoro. Pero, además, si por acaso el Rey tuviera en el viejo un partidario merecedor de sus favores, este cofre con el oro que contiene no sería más que nuestro legítimo botín de guerra. ¿No reparasteis en que se jactaba de haber sido el último realista que peleó en Inglaterra, con-

fesando que se le había condenado á proscripción como á un malhechor? Tened por cierto que vuestro padre, con ser un santo, no hubiera tenido escrúpulo alguno en despojar á un amalacita de este jaez. Además, tened presente que este hombre puede fabricar el oro con tanta facilidad como vuestra madre hace pudines de arándano.

—¡Basta ya de eso!—respondí en tono serio.—No admito discusiones. Id á acostaros, porque si no llamaré al patrón para decirle qué clase de hombre sois.

Saxon consintió, al fin, no sin reiteradas murmuraciones, en tender sus largos miembros en la estera; mientras yo me acostaba á su lado permaneciendo despierto hasta que la suave luz de la mañana penetró por las hendiduras del techo. Si he de decir la verdad, recelaba quedarme dormido por temor de que las filibusteras mañas del soldado aventurero le arrastraran á cometer una mala acción, desacreditándonos á los ojos de nuestro huésped. Sin embargo, al cabo, su respiración tranquila y profunda me dió la seguridad de que se había quedado dormido, y pude gozar algunas horas de grato descargo.

XII

DE ALGUNOS LANCES QUE NOS OCURRIERON EN EL PÁRAMO

A la mañana siguiente, después de desayunarnos con los restos de la cena, buscamos nuestros caballos y nos dispusimos á partir. Antes que hubiéramos tenido tiempo de montar, se llegó á nosotros apresuradamente nuestro bondadoso anfitrión, cargado con las piezas de una armadura.

—Venid acá—dijo señalando á Rubén.—No es conveniente, joven, que salgáis á pecho descubierto

contra el enemigo, mientras vuestros camaradas van vestidos de acero. Aquí tengo mi antiguo peto y casco, que, á lo que entiendo, han de veniros bien; porque aun que seáis más grueso que yo, no me aventajáis en corpulencia... Nada, lo que he dicho... Si el armero de la corte, Silas Thomson, los hubiera fabricado á vuestra medida, seguramente no podrían sentaros mejor... ¡Ea! Ahora el casco. También os cae á maravilla... Ahora sois todo un caballero de quien puede sentirse orgulloso Monmouth ó cualquier otro general.

Tanto el yelmo como el peto y el espaldar eran de finísimo acero milanés, espléndidamente guarnecidos con adornos de oro y plata y con dibujos raros y curiosos. El aspecto de aquellos arreos era tan severo y marcial, que daban origen á una extraña y algún tanto burlesca contraposición con el semblante coloradote y bonachón de nuestro amigo.

—¡Nada, nada!—prosiguió el anciano al observar que sonreíamos:—una joya tan preciosa como la de un corazón leal debe tener una digna envoltura que la proteja.

—Os quedo sinceramente agradecidísimo, señor—dijo Rubén;—y apenas hallo palabras con que expresaros mi reconocimiento... ¡Cielo bendito! me dan ganas de volver sin pérdida de tiempo á Havant, para que vean mis paisanos qué gran hombre de armas se ha criado entre ellos.

—Es acero de prueba—observó sir Jacobo;—y la bala de una pistola quizá no lo atravesase. Y vos—continuó volviéndose hacia mí,—aquí tenéis un pequeño regalo, como recuerdo de nuestra entrevista. He observado que mi pequeña librería os inspiraba interés. El volumen que os ofrezco contiene las vidas de los grandes hombres de la antigüedad, escritas por Plutarco y traducidas al inglés por el ingenioso Latimer. Lleváoslo y procurad amoldar vuestra vida al ejemplo de los héroes cuyos grandes hechos ahí

se relatan. En la bolsa de vuestra silla de montar he colocado un paquete pequeño, pero importante, que deseo entreguéis á Monmouth el día que lleguéis á su campamento. En cuanto á vos, señor—dijo hablando con Décimus Saxon,—os regalo una esferita de oro puro, que podrá tomar la forma de un alfiler ú otro adorno semejante. Podéis usarlo con la conciencia tranquila, porque se os da de buen grado y no es un objeto substraído á vuestro huésped mientras dormía.

Saxon y yo cambiamos una rápida mirada de asombro al colegir de aquellas palabras que no le era desconocida nuestra conversación de la noche pasada. Con todo eso, sir Jacobo no dió la menor muestra de enojo, sino que pasó á indicarnos el camino y darnos algunos avisos referentes al viaje.

—Debéis seguir esta vereda hasta encontrar un camino más ancho que conduce al Oeste—dijo.—Apenas transita gente por él, y hay escasa probabilidad de que topéis con ninguno de vuestros enemigos. Esta ruta os llevará por entre las aldeas de Fovant y Hindon, y después á Mere, que dista poco de Brutón en los límites de Somersetshire.

Después de dar gracias á nuestro venerable huésped por sus señaladas bondades, rompimos la marcha, dejándole entregado á la extraña y solitaria vida que allí llevaba. El sitio en que estaba construída su casita había sido elegido tan hábilmente, que cuando volvimos el rostro para enviarle una última despedida, tanto él como su morada habían desaparecido de nuestra vista, sin que nos fuera posible discernir entre los numerosos montículós y hondonadas, cuál era el lugar donde estaba la vivienda que nos había dado albergue. Frente á nosotros se extendía la gran llanura ondulada, con sus tonos grises, abarcando todo el horizonte, y sin el menor vallado ó desigualdad que rompiera la monotonía de su superficie cubierta de raquíta aliaga. No se descubría el menor

signo de vida en toda su extensión, fuera del ruido ocasionado de cuando en cuando por algún conejo que escapaba á refugiarse en su madriguera al acercarnos nosotros, ó alguna que otra oveja hambrienta que pastaba la escasa y pobre hierba de aquel suelo infecundo.

El camino era tan estrecho, que necesitábamos avanzar uno tras otro; pero, poco después lo abandonamos todos, sirviéndonos únicamente de él como de guía y galopando á uno y otro lado del mismo sobre la ondulada llanura. Todos íbamos silenciosos: Rubén contemplando su nuevo coselete al que no dejaba de dirigir la vista; Saxon con los ojos medio cerrados debía de ir meditando algún asunto especial suyo; y yo revolviendo en mi imaginación los ignominiosos proyectos del viejo soldado referentes al cofre de oro y la vergüenza afrentosa que se nos seguía de haber adivinado nuestro huésped el intento del ladrón. Nada bueno podía esperarse de la compañía de un hombre tan desprovisto de todo sentimiento de honor y gratitud. Estas reflexiones me pusieron de tan mal talante, que al fin rompí el silencio para señalar un camino que atravesaba el nuestro alejándose de él, y recomendar á Saxon que le siguiera, puesto que había dado pruebas de no poder vivir con gente honrada.

—¡Por los clavos de Cristo!—exclamó echando mano á la empuñadura de su espada.—¿Estáis en vuestro juicio? Esas palabras son tales, que ningún caballero digno de tal nombre puede tolerarlas.

—Pero no por eso dejan de ser la pura verdad—respondí.

La hoja de su acero brilló un momento en el aire, mientras su jaca saltaba dos veces al sentir el rudo aguijón de sus espuelas.

—Aquí tenemos—dijo haciendo girar á su cabalgadura, con semblante lleno de ira,—un excelente lugar perfectamente llano donde discutir el asunto.

Desenvainad vuestro acero y mantened las palabras que acabáis de pronunciar.

—No haré el menor movimiento para atacaros—repliqué.—¿Por qué había de hacerlo, si no os tengo mala voluntad? Pero os advierto que, si avanzáis contra mí, os botaré de la silla, á pesar de todas las tretas de vuestra esgrima.

Desnudé mi chafarote, mientras hablaba, y me puse en guardia, porque sospechaba que peleando con un soldado tan veterano, la acometida había de ser rápida y violenta.

—¡Por todos los santos del Cielo!—gritó Rubén.—Al primero de vosotros que trate de herir, le disparo mi pistola á la cabeza. ¡Cuidado con vuestras bromas, señor Décimus; pues, por Dios, que os levantaré la tapa de los sesos, aunque fuerais hijo de mi madre! Envainad la espada, porque el gatillo cae fácilmente, y mi dedo tiembla sobre el disparador.

—¡Así revientes, mala pécora!—gruñó Saxon volviendo la espada á la vaina.—Bien, Clarke—añadió después de algunos momentos de reflexión;—es una chiquillada que dos compañeros empeñados en una empresa de importancia vengan á las manos por una minucia como ésta. Tengo edad bastante para ser vuestro padre y debo desistir de tomar en serio el asunto, porque la lengua de los jóvenes se mueve á veces de una manera impulsiva y sin la debida consideración. Me contento con que declaréis haberos excedido en vuestro lenguaje.

—Tal vez mi manera de decir las cosas haya pecado esta vez de demasiado franca y ruda—respondí viendo que el hombre sólo pedía un poco de bálsamo para la herida que le habían inferido mis palabras.—Al mismo tiempo debo deciros que nuestras ideas y costumbres difieren enteramente de las vuestras y que es preciso remediar en lo posible este incon-

veniente, porque de otro modo no os tendremos por verdadero compañero nuestro.

—Perfectamente, ilustre Catón — repuso.—Tendré que olvidar algunas de las habilidades de mi oficio... ¡Cuerpo de Dios! hombre, si tales reparos encontráis en mi persona, ¿qué diablos de opinión puede mereceros alguien que yo me sé? Pero dejémoslo pasar. Ahora es tiempo de ir á la guerra, porque nuestras espadas no se resignan á estar por más tiempo en la vaina ;

Que de Toledo la tajante espada,
Si ociosa está, de orín queda tomada ;
Cuando no corta y raja, destructora,
Con su diente á sí misma se devora.

¡Nada! Está visto que no se puede pensar en cosa alguna, sin tropezar con el viejo poeta.

—¡Gracias á Dios que se acaba, por fin, esta árida llanura!—exclamó Rubén. Su insípida monotonía es capaz de sacar de quicio al mismísimo Job. Mejor nos fuera estar en los desiertos de Libia, y no en este condado de Wiltshire, perteneciente á los dominios de Su Graciosísima Majestad.

—Allá lejos, al lado de aquella colina se percibe humo—dijo Saxon, apuntando hacia el Sur.

—Me parece que veo una línea de casas—observé mirando al amparo de mi mano.

—Pero, como están tan lejos, el reverbero del sol no permite distinguirlos con claridad.

—Debe de ser la aldea de Hindon—dijo Rubén, —pero ¡qué calor da este vestido de acero! estoy pensando en que acaso no sea muy contrario á las leyes de la milicia quitármelo y colgarlo sobre el cuello de Dido. Me voy á cocer vivo dentro de mi armadura, como un cangrejo en su caparazón. Decidme, ilustre, ¿hay alguno de esos treinta y nueve artículos citados por el autor que lleváis en el bolsillo que prohiba desnudarme estos arreos?

—Uno de los ejercicios de la guerra—respondió Saxon gravemente—consiste, joven, en que os acostumbéis á soportar el peso de vuestro arnés; cosa que sólo podréis conseguir con una práctica como la que al presente estáis soportando. Necesitáis aprender muchas cosas, y entre ellas la de no apuntar con las pistolas á la cabeza de nadie cuando estéis á caballo. Las sacudidas de vuestra montura pudieron muy bien, hace un instante, ocasionar la caída del gatillo, con lo que hubiérais privado á Monmouth de un soldado veterano y experto.

—Sin duda—replicó mi amigo,—habría gran fundamento en lo que decís, á no ser que, conforme recuerdo ahora, no me hubiera olvidado de volver á cargar mi pistola, desde que la disparé anoche contra aquella maldita bestia que estuvo á punto de devorarme.

Décimus Saxon movió la cabeza tristemente.

—Dudo mucho que lleguéis nunca á ser un buen soldado—observó.—Os caéis del caballo con sólo que éste cambie de paso, dando pruebas de un ligereza que no se compadece bien con la gravedad propia del verdadero jinete; como si esto fuera poco, os atrevéis á amenazar, apuntando con pistolas descargadas; y, por último, pedís permiso para quitaros una armadura, de que podría envanecerse el mismo Cid Campeador, para colgarla al cuello de vuestra jaca... Con todo eso, me parece que tenéis corazón y bríos; porque, de otro modo, no estaríais aquí.

—¡Gracias, señor!—exclamó Rubén, haciendo una venia que casi le precipitó de su cabalgadura;—vuestra última observación subsana todas las demás; á no ser así, me hubiera visto precisado á cruzar mi acero con el vuestro para mantener mi reputación de soldado.

—Con respecto al incidente de la noche pasada—dijo Saxon,—es decir, el asunto del cofre que yo suponía lleno de oro, mostrándome inclinado á con-

siderarlo legítimo botín de guerra, no tengo inconveniente ahora en admitir que me porté con demasiada precipitación y ligereza, pues reconozco que el anciano nos trató generosamente.

—No volváis á decir una palabra sobre el particular—repuse ;—y más bien guardaos de seguir tales impulsos en lo futuro.

—No son cosa que salga de mí—repuso ;—sino de Guillermo Spotterbridge, que fué un hombre de lo más perdido que hubo en el mundo.

—Y ¿cómo diablos puede ese señor tener que ver nada en el asunto?—pregunté con curiosidad.

—¿Cómo? pues de la manera siguiente. Mi padre se casó con la hija de ese mismo Spotterbridge, echando á perder así una buena y antigua familia mediante el cruce con una raza de mala ley. Guillermo fué un perdulario de Fleet Street en tiempo de Jacobo, un verdadero gallito de Alsacia, patria de rufianes y matasietes. Su sangre se nos transmitió por medio de la hija á diez de nosotros, aunque me complazco en decir que, siendo yo el décimo, ha perdido una gran parte de su virulencia, reduciéndose ésta á poco más que cierto orgullo y un laudable deseo de prosperar.

—Pero ¿puede saberse de qué manera inficionó la raza?—pregunté.

—Pues es muy sencillo—respondió el veterano ; —los Saxon antiguos eran gente carirredonda y pacífica que vivió tan contenta hojeando sus libros comerciales durante seis días de la semana, y la Biblia el séptimo. Si mi padre se extralimitaba alguna vez, bebiendo una copa de cerveza más de las justas, ó prorrumpiendo en alguna exclamación por el estilo de : ¡ Voto á Sanes ! ó ¡ por vida del chápiro !, se arrepentía de ello como si hubiera cometido los siete pecados capitales. ¿ Es posible que un hombre de tal pasta, siguiendo el curso ordinario de la Naturaleza, engendrara diez hijos secos y larguiruchos, nue-

ve de los cuales podrían ser primos carnales de Satanás y hermanastros de Belcebú?

—¡Desgracia bien grande fué la suya!—observó Rubén.

—¿La suya? no: la nuestra debéis decir. Si él con todos sus ojos abiertos, eligió por mujer la hija de un diablo encarnado como el tal Guillermo, porque sin duda se prendó de ella viéndola tan empolvada y compuesta, ¿qué derecho tiene á quejarse? Nosotros somos los que llevamos la sangre de aquel Héctor de las tabernas, mezclada con la sana de los Saxon; y por tanto, á nosotros nos asiste la verdadera razón de protestar.

—Pues si así es—dijo Rubén,—por ese mismo sistema de razonar, colijo que alguno de mis antepasados debió casarse con una mujer que padecía una calamitosa sequedad de garganta, acompañada de insaciable sed de envasar cerveza, porque tanto mi padre como yo padecemos del mismo achaque.

—Lo que seguramente habéis heredado—gruñó Saxon—es una lengua de lo más desatado y liviano que jamás se conoció... Por lo que os he referido vendréis en conocimiento de que mi vida entera es una lucha entre la virtud natural de la línea paterna y los impulsos aviesos de la materna. El hecho de que con razón os quejabais la noche anterior, no es más que un ejemplo de la desdicha á que vivo sujeto.

—¿Y qué me decís de vuestros hermanos y hermanas?—pregunté;—¿de qué modo los afectó esa circunstancia?

El camino era yermo y largo; de suerte que la charla del viejo soldado contribuía á disminuir el tedio de la marcha.

—Todos han sucumbido—dijo Saxon en tono lastimero.—¡Qué gran desgracia! Habrían formado una excelente familia si hubieran dedicado sus facultades á fines más laudables. Prima fué nuestra hermana

mayor, y gozó de buena salud hasta que llegó á ser moza ; pero no pasó de ahí. Secundus nació con inclinación al mar, y poseía un barco de su propiedad, cuando aun era joven. Llamó, no obstante, la atención el hecho de haber partido para un viaje en una goleta y regresado con un bergantín ; novedad que dió motivo á algunas investigaciones. Tal vez fuera cierto, como él dijo, que le había encontrado navegando á la derivada en el mar del Norte, y que abandonó su barco por acudir en su socorro ; pero le ahorcaron antes que pudiera probarlo. Tercia se escapó con un ganadero de la región septentrional y hasta la fecha no se ha tenido más noticia de ella. Quartus y Nonus se han ocupado por largo tiempo en la tarea de sacar á los negros de su atrasado y salvaje país para conducirlos como lastre á los ingenios de América, donde puedan aprender las bellezas del cristianismo. Pero debo reconocer que son hombres de condición violenta y lenguaje impío, enteramente despojados de todo afecto á su hermano menor. Quintus era un muchacho de esperanzas, pero tuvo la desgracia de hallar una barrica de ginebra, que había sido arrojada al mar por un barco naufrago ; y adquirió la costumbre de empalmar las borracheras, hasta que murió no mucho después. Sextus pudo haber hecho fortuna, porque entró de escribiente en casa del procurador Juanito Trauter ; pero, como era mozo de genio emprendedor, de la noche á la mañana se escapó llevándose los negocios, papeles, caja y cuanto pudo haber á la mano, á los Países Bajos, con no escasa contrariedad de su amo que desde entonces no ha podido volver á verlos por ninguna parte. Séptimus murió joven. Por lo que atañe á Octavus desde luego se manifestó en él la índole de Guillermo Spotterbridge, y murió acuchillado en una riña con motivo de un dado que, al decir de sus enemigos, tenía un contrapeso dispuesto de tal modo que siempre salía el número seis. Sir-

vaos, jóvenes, esta conmovedora relación para que procuréis, en el caso de que vuestra necesidad os induzca á unciros al yugo del matrimonio, examinar cuidadosamente que vuestra costilla no sea de mala raza, porque un rostro hermoso suele ser el disfraz de un alma viciada.

Rubén y yo no pudimos menos de celebrar con sendas risotadas aquella franca confesión de familia, hecha por nuestro compañero sin la menor señal de vergüenza ni cortedad.

—A buen precio habéis pagado la falta de discreción de vuestro padre—observé.—Pero ¿qué diablos es esto que aparece á nuestra izquierda?

—Parece una horca—dijo Saxon irguiéndose para ver por entre el escaso ramaje que cubría la loma de un pequeño otero.—Pasemos junto á ella, ya que no dista mucho de nuestro camino. La verdad es que se ven cosas raras en Inglaterra, aunque en el Palatinado, si he de decir verdad, había más horcas que piedras miliarias, cuando Turena estuvo en él. Entre los espías y traidores que trajo consigo la guerra, los bandoleros y lansquenets, bohemios vagabundos, y tal cual campesino que fué necesario quitar de en medio para que no hiciera alguna fechoría, abundaban de tal modo las ejecuciones, que jamás se conoció una cosecha más abundante de frutos patibularios.

Al paso que nos acercábamos á esta horca solitaria, divisamos los áridos despojos de algo que difícilmente podía ser reconocido como objeto que hubiera tenido jamás forma humana, y que estaba oscilando en el centro del espantoso patíbulo. Esta desgraciada reliquia de muerte estaba sujeta al travesaño superior por una cadena de hierro, y se balanceaba al impulso de la brisa. No bien habíamos detenido nuestros caballos para contemplar en silencio aquel andamiaje fúnebre, cuando un bulto que nos había parecido un montón de leña seca, arrojado

al pie de la horca, empezó de pronto á moverse y nos presentó el rostro marchito de una vieja, surcado por arrugas denunciadoras de criminales pasiones y de expresión tan maligna, que nos inspiró más horror que el repugnante objeto suspendido sobre su cabeza.

—¡Dios del Cielo!—exclamó Saxon.—¡Siempre lo mismo! Una horca atrae á las brujas como un imán el acero. Todas las hechiceras de la región se reunirán en torno de este patíbulo como las moscas alrededor de un panal de miel. ¡Libraos de ella porque tiene mal mirar!

—¡Pobre infeliz! Lo que tiene es mal de hambre—dijo Rubén guiando hacia ella su cabalgadura.—¿Quién vió jamás tal saco de huesos? Apostaría á que se está desmayando por falta de una corteza de pan.

La vieja exhaló un gemido y alargó sus enflaquecidas manos para tomar la pieza de plata que nuestro amigo había arrojado. Sus brillantes ojos negros y nariz aguileña, unidos á los descarnados miembros cubiertos con una piel amarilla y apergaminaada le daban un aspecto temeroso, semejante al de alguna siniestra ave de rapiña ó al de esos vampiros de que nos hablan las historias fantásticas.

—¿Para qué quiere el dinero en esta soledad?—observé;—seguramente no se comerá esa moneda de plata.

Envólvola apresuradamente entre sus andrajos, como si temiera que yo tratara de arrebátársela.

—Con ella compraré pan—refunfuñó.

—¿Pero hay aquí quien lo vende, señora?—pregunté.

—Lo venden en Fovant, y lo venden en Hindon—repuso.—Yo me recojo aquí por el día y viajo por la noche.

—Apostaría cualquier cosa á que lo hace sobre el palo de una escoba—observó Saxon;—pero díganos,

madre, ¿de quién es el cadáver que está colgado ahí encima?

—Del asesino de mi hijo más pequeño—respondió la vieja, clavando una mirada de odio en la momia, y alargando hacia ella una mano huesuda, tan seca como los despojos del ahorcado.—Ese es el que arrebató la vida á mi hijo. Se encontró con él allá fuera en el desierto páramo, y le dió muerte, cuando no había una mano que pudiera detener el golpe. En ese lugar fué derramada la sangre de mi pobre hijo; y de ese riego brotó este árbol de la horca que lleva tan magnífico fruto. Y aquí vendrá su madre á sentarse, en tiempo de sol ó de lluvia, mientras permanezcan unidos dos solos huesos del hombre que asesinó al amado de mi alma.

Sentóse sobre sus harapos, mientras así hablaba y apoyando la barba en las manos, se quedó mirando de hito en hito los repugnantes restos del ajusticiado con una expresión de odio insaciable.

—¡Vámonos de aquí, Rubén!—exclamé, porque aquel espectáculo era capaz de hacerle á uno aborrecer su mismo linaje.—Eso es un vampiro y no una mujer.

—¡Puf! Esto produce náuseas—observó Saxon.—¿Quién quiere dar un galope hasta las hondonadas? ¡Huyamos de la peste y la carroña!

Por el duque á guerrear salió sir Juan (1)

En su negro bridón la, la,

Nuevo colete de ante luce al pecho,

Y al cinto un espadón la, la.

¡Ja! ¡ja!, muchacho, somos los rebeldes

De bravo corazón la, la,

Que pueden derribar al rey Jacobo,

E infligir á su orgullo humillación.

¡Largo de aquí, mozos, á rienda suelta y picando espuelas!

(1) El duque de Monmouth.

Aplicamos las nuestras á las cabalgaduras y huimos á todo galope de aquel siniestro lugar, pareciéndonos más puro el ambiente y más delicados sus aromas por el contraste que formaban con la fúnebre pareja que habíamos dejado á nuestra espalda... ¡Qué mundo tan hermoso sería éste, queridos míos, si no fuera por los crímenes y vilezas de los hombres!

Cuando, al fin, hicimos alto en nuestra carrera, habíamos interpuesto tres ó cuatro millas entre nosotros y la horrible horca. A la derecha teníamos entonces una bonita aldea recostada sobre el lomo de un ribazo, con su iglesia, cuya roja techumbre se alzaba entre sombrías masas de arbolado. Deleitábanse nuestros ojos, fatigados por la aridez del paramal, en contemplar el verdor del ramaje y la zona de huertos que ceñía el pueblecito. Durante la mañana entera no habíamos visto rastro alguno de seres humanos, fuera de la vieja bruja del marjal y de algunos operarios que recogían turba, á gran distancia. Nuestros cinturones comenzaban á aflojarse y á desaparecer el recuerdo de haber tomado el desayuno.

—Esta—dije yo—debe de ser la aldea de Mere, por la que habíamos de pasar antes de llegar á Brutón... No tardaremos en hallarnos en los límites de Somersetshire.

—Donde quisiera estar ya—dijo Rubén en tono lastimero—es delante de un buen plato de biftecs, porque siento un apetito que se parece mucho al hambre. Una aldea tan linda no puede menos de poseer una regular posada, aunque, á decir verdad, todavía no he visto en mis viajes ninguna que pueda compararse al *Wheatsheaf*.

—Ni comida ni posada por ahora—replicó Saxon.—mirad allá lejos hacia el Norte, y decidme qué alcanzáis á ver.

En los últimos límites del horizonte se divisaba una prolongada línea de puntos luminosos y refulgentes que despedían vivos destellos, remedando una

gigantesca sarta de brillantes. Aquel conjunto de manchas resplandecientes se movía con rapidez, pero conservando la posición relativa que las luces guardaban entre sí.

—¿Qué puede ser aquello?—preguntamos mi amigo y yo.

—Caballería en marcha—respondió Saxon.—Tal vez nuestros amigos de Salisbury que han caminado todo el día sin descansar; ó lo que es más probable algún regimiento del Rey. Están muy lejos y lo que desde aquí percibimos es el sol que reverbera en sus cascos; pero, si no me equivoco, se encaminan á esta aldea. Creo lo más prudente abstenernos de entrar en ella, no sea que los labriegos nos los pongan sobre la pista. Sigamos hasta Brutón, donde nos sobrará tiempo para merendar y cenar.

—¡Adiós mi comida, pobre de mí!—exclamó Rubén en acento dolorido.—Me estoy quedando tan seco, que mi cuerpo hace ruido dentro de la armadura como un guisante en su vaina. Pero no importa, muchachos, porque todo se lo merece nuestra fe protestante.

—Otra caminata hasta Brutón, y después descansaremos en paz—dijo Saxon.—No me gusta la comida en que puedan servirle á uno á los postres un jinete del Rey, como plato de gracia. Nuestros caballos están todavía descansados y llegaremos allá en cosa de una hora.

Proseguimos, pues, nuestro camino, pasando á respetuosa distancia de Mere, que es precisamente la aldea donde Carlos II se ocultó después de la batalla de Worcester. Desde ese punto el camino estuvo más frecuentado por labriegos que salían de Somersetshire y por carros de agricultores que llevaban víveres al Oeste, con ánimo de sacar algunas guineas, bien fuera de las tropas del Rey, bien de los rebeldes. Pedimos á varios de ellos noticias de la guerra; pero, aunque estábamos en las cercanías del

país levantado en armas, no pudimos obtener informes claros acerca de la situación; únicamente convinieron todos en afirmar que la insurrección iba en aumento. El terreno que atravesábamos era hermoso y estaba cubierto de bajas y convexas colinas, bien cultivadas y regadas por numerosos arroyuelos. Después de pasar el río Brue por un buen puente de piedra, llegamos, por fin, á la ciudad adonde nos encaminábamos, la cual yace medio oculta entre árboles y emparrados en medio de amplias y fértiles praderas, huertas y cañadas. Desde una eminencia inmediata á la ciudad, volvimos la vista para explorar la llanura, y no descubrimos en ella los menores indicios de tropa. Además, supimos por una anciana del lugar que, si bien el día antes había pasado por allí una división de los guardias del Rey de Whiltshire, al presente no quedaba ningún soldado en las cercanías. Tranquilizados por tales informes, penetramos sin reparo alguno en la ciudad, encaminándonos inmediatamente á la posada principal. Todavía conservo una vaga reminiscencia de la antigua iglesia que se levantaba en un alto y de la extraña cruz de piedra colocada en la plaza del mercado; pero de todos los recuerdos que conservo de Brutón, ninguno tan agradable como el de la rolliza patrona de la posada y el de los humeantes platos que nos presentó sin pérdida de tiempo.

XIII

DE SIR GERVASIO JERÓNIMO, CABALLERO CON BANDERA,
DEL CONDADO DE SURREY

La posada estaba concurridísima, á causa de la afluencia de agentes del gobierno y correos numerosos que iban y venían del lugar del levantamiento, á los que se agregaban los desocupados del lugar que se reunían allí para cambiar noticias y saborear la

cerveza casera de la señora Hobson que era la dueña de la posada. Sin embargo, á pesar de la excesiva aglomeración de parroquianos y de la batahola consiguiente, la hostelera nos condujo á sus habitaciones particulares donde en paz y gracia de Dios pudimos tomar la refacción excelente que nos sirvió. Esta merced singular se debió, en mi concepto, á la buena maña de Saxon y á ciertas palabras pronunciadas en voz baja, porque es de saber que entre otras habilidades, adquiridas por nuestro compañero en su borrascosa carrera, se contaba la de un don especial para establecer relaciones amistosas con el bello sexo, independientemente de las condiciones de edad, figura ó genio. Bien fueran mujeres educadas, ó bien rústicas, ora pertenecieran á la iglesia oficial ó alguna secta disidente, y figuraran en el partido *whig* ó en el *tory*, por el mero hecho de llevar faldas, nuestro camarada lograba siempre, á pesar de sus cincuenta años, atraerse sus simpatías con la volubilidad de su charla y desembarazo de sus modales.

—Nos complacemos, señora, en reconocernos agradecidos servidores—dijo cuando estuvieron sobre la mesa el humeante plato de ave y el pudín batido.—Os hemos privado de vuestro cuarto... ¿No tendríais á bien honrarnos sentándoos á nuestro lado y acompañándonos en la comida?

—¡ Oh! De ningún modo, señor—respondió muy oronda la rolliza dama, halagada por la proposición;—no me corresponde alternar con caballeros tan distinguidos.

—La belleza tiene privilegios que las personas de calidad y sobre todo los caballeros que ciñen espada son los primeros en reconocer—repuso Saxon con los ojillos encandilados que se fijaban ávidos en el frescote semblante de la patrona.—No, por mi vida, no saldréis de aquí. Cerraré la puerta primero. Si no queréis tomar nada, al menos beberéis conmigo un vaso de Alicante.

—¡ Por Dios, caballero ! Eso sería demasiado honor—repuso la señora Hobson con una sonrisa simpóna.—Tengo que bajar á los sótanos para traer una botella de lo mejor.

—Por quien soy, no puedo consentir tal cosa—objetó Saxon levantándose rápidamente.—¿ Para qué queréis toda esa infernal caterva de gandules, si habéis de descender vos misma á menesteres tan bajos ?

Dicho esto, hizo tomar asiento á la viuda ; salió, disparado, al almacén donde estaban las pipas, y momentos después le oímos increpar á los criados, llamándolos cuadrilla de haraganes y de granujas que abusaban de la bondad angelical de la dueña y de su incomparable mansedumbre

—Aquí está el vino, hermosa señora—dijo volviendo al punto con una botella en cada mano.—Permitidme que os sirva... ¡ Magnífico ! Este color de oro y esta transparencia indican un vino de primera calidad... Ya veis cómo esos galopines saben moverse cuando tropiezan con un hombre que se les impone.

—¡ Ojalá pudiera ocurrir siempre lo mismo !—dijo la viuda con intención, mirando lánguidamente á nuestro compañero.—Mi casa está á vuestra disposición, señor... Y á la vuestra también, señoritos—añadió libando remilgadamente su vino.—Quiera Dios que acabe pronto ese levantamiento porque, juzgando por vuestro lujoso equipo, debéis ser soldados del Rey.

—Por su causa vamos al Oeste—contestó Rubén,—y todo nos induce á creer que no ha de tardar en quedar sofocada la insurrección.

—Sí, sí, después de derramarse mucha sangre—repuso la dueña moviendo la cabeza.—Cuentan que los rebeldes son más de siete mil y que han jurado no dar ni admitir cuartel... ¡ Infames ! ¡ Asesinos !... ¡ Pobre de mí !... No acierto á comprender cómo hay

caballeros capaces de meterse en tan peligrosas contiendas, pudiendo tener una ocupación decente y honrada, como la de poner una casa de huéspedes ú otra cosa semejante. Porque hay mucha diferencia entre dormir en el duro suelo, sin saber cuándo han de sepultarle á uno en él y pasar las noches en una cama mullida y calentita, con el aditamento de una buena bodega provista de vinos como los que estamos bebiendo.

La patrona clavó nuevamente los ojos en Saxon, mientras exponía las anteriores razones ; y Rubén y yo nos dimos de codo al observarlo.

—Indudablemente esta contingencia de la guerra habrá favorecido bastante vuestro negocio—observó Saxon.

—Sí, por cierto—dijo ella,—porque se ofrecen mejores ocasiones de ganar algunas guineas. Las pocas barricas de cerveza que consume la gente ordinaria ni quitan ni ponen rey. Pero ahora que á cada paso tenemos por aquí gobernadores, oficiales, comandantes y caballeros de todas clases que vagan por estos andurriales, en tres días he vendido más botellas de vinos rancios y exquisitos que antes en todo un mes. Porque á esos señores no les déis cerveza ni aguardiente ú otros licores parecidos, sino Jerez, Priniac, Languedoc, Málaga, Muscadina, Sorento y otras marcas que no valen menos de media guinea por botella.

—¡ Así es !—dijo Saxon con aire distraído.—Esto es lo que se llama una casa bien arreglada, y una renta abundante y saneada.

—¡ Lástima que no viva mi pobre Pedro para disfrutarla en su compañía ! ¡ Ay, si Dios me hubiera conservado aquel hombre !—dijo la señora Hobson, dejando el vaso encima de la mesa y enjugándose los ojos con la punta del pañuelo.—¡ Pobrecillo ! Era un alma de Dios, aunque hablando en puridad y aquí entre nosotros, se había puesto tan pesado y grueso

como un tonel... Pero no importa; el corazón es lo principal... ¡Andaos si no con remilgos!... Si una mujer hubiera de estar esperando siempre á que le saliera la proporción que ella sueña, habría en el mundo más doncellas que casadas.

—Y decidnos, si os place, amable señora, ¿qué rumbos suelen preferir vuestros sueños?—preguntó Rubén maliciosamente.

—Pues ninguno de los que llevan á gente moza y metida en carnes—respondió agudamente la dueña, echando una mirada burlona á nuestro gordinflón compañero.

—¡Vuelve por otra, Rubén!—dije yo.

—No me gustan los jóvenes lenguaraces y fachendosos—continuó la patrona.—A mí dadme un hombre que sepa lo que es mundo y tenga experiencia de la vida. Le quiero alto y de fibra, que no se muerda la lengua y sepa alegrar las horas de fastidio y hacer pasar un rato agradable á las personas que vengan á tomar una botella de lo bueno. Además ha de entender el negocio, porque ésta es una casa de mucho movimiento y han de pasar por sus dedos más de doscientas libras al año. Si Juana Hobson ha de ir otra vez al altar á recibir la bendición del cura, será con un hombre así.

Con gran atención había seguido Saxon el razonamiento de la viuda, y á punto estaba de abrir los labios para contestar, cuando resonó fuera de la pieza un ruido y ajeteo que indicaban la llegada de algún viajero. Nuestra patrona apuró su vaso de vino y aplicó el oído para escuchar la respuesta de Saxon; pero al percibir en el pasillo las voces altas é imperativas con que el recién llegado pedía una habitación particular y un vaso de tinto, el sentimiento del deber se sobrepuso á sus intereses particulares, y salió después de pronunciar breves palabras de excusa para atender al nuevo huésped.

—¿Qué os parece, muchachos?—preguntó Dé-

cius tan luego como desapareció,—ya podéis ver cómo están las cosas. Me vienen tentaciones de dejar á Monmouth que se las componga como Dios le dé á entender, mientras yo planto mi tienda en esta pacífica ciudad inglesa.

—¿Cómo es eso de plantar vuestra tienda?—preguntó Rubén.—¡Valiente tienda de campaña, la que está provista de bodegas con vino como el que estamos bebiendo! Y por lo que atañe á la tranquilidad, ilustre veterano, si fijáis aquí vuestra residencia, apostaré que va á duraros muy poco.

—Vosotros habéis visto bien á la viuda—repuso Saxon con el ceño fruncido en señal de honda meditación.—No es una proporción vulgar, y un hombre tiene que mirar por sí mismo. Doscientas libras al año no se encuentran al revolver de cada esquina... Sin duda no es una cantidad para vivir á lo príncipe, pero significa mucho para un viejo soldado aventurero que lleva ya pasados cincuenta y tres años de campaña, y siente que los huesos se le ponen tan duros como el arnés... ¿Qué dice á este propósito nuestro docto Fleming?... *An mulier*... Pero ¿qué diablos está pasando aquí?

La anterior pregunta fué motivada por el ruido de una lucha no lejos de la puerta, y que fué seguida de las siguientes palabras de la patrona: «¡Por Dios, señor! ¿Qué van á pensar las muchachas?» El al-tercado terminó abriéndose la puerta y volviendo á entrar en el cuarto la señora Hobson con el rostro encendido, seguida de un joven delgaducho, que vestía con la mayor elegancia.

—Tengo la seguridad, mis buenos señores—dijo la dueña,—que no habéis de molestaros porque este noble joven tome una botella de vino en vuestra habitación, puesto que todas las demás están ocupadas por gente de la ciudad y de la campiña.

—Está visto que tendré que hacer yo mismo la presentación—dijo el forastero poniéndose debajo del

brazo izquierdo su gorro galoneado de oro y apoyando la mano sobre el corazón, mientras se inclinaba hasta tocar casi con su frente el borde de la mesa.— Señores, vuestro humilde servidor, sir Gervasio Jerónimo, Caballero con bandera del condado de Surrey de Su Majestad, y en otro tiempo *custos rotulorum* del distrito de Beacham Ford.

—Bien venido, caballero—respondió Rubén mirándole con burlona jovialidad.—Aquí tenéis al señor Décimus Saxon, persona de noble alcurnia, descendiente legítimo en línea recta de los tatarabuelos de Guillermo el Conquistador, y á su lado se complacen en ofreceros sus respetos Miguel Clarke y sir Rubén Lockarby, ambos del condado de Hampshire de Su Majestad.

—Me honro y congratulo de saludaros, señores—replicó el recién llegado con cierto jactancioso retintín.—Pero, ¿qué vino es éste? ¿Alicante? ¡Bah! ¡bah!... Bebida buena para muchachos. ¡Venga el tinto de más cuerpo que haya en la bodega! Yo soy de los que sostienen que el clarete para la juventud, el tinto para la edad madura y los licores fuertes para la vejez. ¡Vuela al instante, prenda! ¡Mueve tus delicados pies, porque, vive Dios, que tengo la garganta como la suela de un zapato! ¡Caramba! Me parecía haber bebido bastante la noche pasada y ahora veo que me quedé corto, porque he despertado con el cuerpo seco como un pergamino.

Saxon continuó sentado á la mesa silenciosamente, mirando con expresión tan siniestra al forastero con sus ojillos brillantes y medio cerrados, que temí la repetición de la pendencia ocurrida en Salisbury, con resultados quizá menos satisfactorios. Pero, al fin, el mal humor despertado en nuestro camarada por las desenvueltas finezas con que el galante caballero obsequiaba á la patrona, se desahogó en algunos juramentos ahogados y terminó por la operación de encender su larga pipa, remedio infalible para

todas sus contrariedades. Por lo que se refiere á Rubén y á mi persona, nos limitamos á contemplar á nuestro nuevo compañero con un sentimiento, mezcla de regocijo y admiración, porque su aspecto y modales ofrecían bastante novedad para interesar á mozos tan inexpertos como nosotros.

Ya he dicho que vestía conforme á la última moda de la gente elegante ; y tal fué en realidad la impresión que me causó á primera vista. Su rostro era fino y aristocrático, con nariz saliente y bien perfilada, delicadas facciones y expresión alegre y franca. La ligera palidez de las mejillas y los círculos oscuros que se notaban alrededor de sus ojos, indicando penalidades de viaje ó efectos de la disipación, sólo servían para realzar la distinción de su persona. El blanco peluquín que adornaba su cabeza, el gabán de terciopelo con guarniciones de plata, el chaleco fino y perfumado y los rojos calzones de satín eran prendas del mejor estilo y corte ; pero al mirarlas de cerca mostraban señales de haber alcanzado mejores días. Además del polvo y manchas del viaje advertíase en algunos puntos cierto lustre y desvaidura que no se avenían bien con el coste de la tela ni con el porte del que las usaba. Una de sus largas botas de montar dejaba ver una hendidura en el lado, mientras la puntera de la otra aparecía desgastada y rota. Llevaba además ceñido al cinto un hermoso espadín con empuñadura de plata, y lucía camisa de batista escarolada, casi nueva y abierta de frente conforme á la moda de los galanes de aquel tiempo. Mientras hablaba, tenía en la boca un mondadientes que masticaba sin cesar ; y esta circunstancia, unida al hábito de pronunciar constantemente las *oes* como *aes*, hacía que su conversación sonara en nuestros oídos de una manera extraña (1).

(1) Nota D, Apéndice.

Mientras tomábamos nota de estas particularidades, nuestro galán permanecía recostado sobre el mejor canapé de la señora Hobson, forrado de tafetán, ocupándose tranquilamente en peinar su peluca con un delicado instrumento de marfil que había sacado de la bolsita de satín, sujeta al lado derecho del cinturón.

—¡ El Señor nos guarde de posadas de campiña ! —exclamó.—Esta cáfila de patanes que patulla por todos los cuartos, la falta de espejos, de agua perfumada y otros menesteres se me hacen insoportables. Y, ¡ gracias que no tenga uno que aliñarse el traje y componerse un poco en el recibidor !... ¡ Caramba ! Preferiría viajar por los dominios del Gran Mogol.

—Cuando lleguéis á mi edad, joven señor—respondió Saxon,—habréis aprendido á no quejaros de una cómoda posada de la campiña.

—¡ Muy probable, caballero, muy probable ! —respondió el galán con un sonrisa negligente.—Pero hoy por hoy y en estas circunstancias no puedo menos de sentir la enorme diferencia que hay entre los salvajes campos de Wiltshire con sus posadas como ésta de Bruton y las espléndidas habitaciones de Pontack ó de *Coca Tree*. ¡ Vaya ! Aquí está ya el vino. Destapad la botella, mi linda Hebe, y envidad un sirviente con vasos limpios para que estos caballeros me honren bebiendo en mi compañía... ¿ Os gusta el rapé, señores?... Sí... Podéis contemplar á vuestro gusto la caja... Es un bonito regalo, caballeros, de cierta señora de título, que no quiero nombrar ; aunque, si dijera que ese título comienza con una D y su nombre con una C, todo caballero de la corte podría adivinar quién era.

Nuestra patrona, después de haber traído vasos limpios, se retiró ; y Décimus Saxon no tardó en hallar ocasión favorable para salir tras ella. Sir Gervasio Jerónimo continuó en franca charla con Rubén y conmigo mientras tomábamos el vino, despachán-

dose á su gusto con tanta jovialidad y desenfado, como si fuéramos antiguos amigos.

—¡ Desdichada sea mi suerte, si no he espantado de aquí á vuestro camarada! — observó. — Aunque bien puede ser que se haya ido al olorcillo de la rolliza viuda. Paréceme que no le hizo mucha gracia el que yo la besara á la puerta. Pero es una cortesía que rara vez niego á quienquiera que vista faldas. El aspecto de vuestro amigo habla más de Marte que de Venus; y no obstante, los que adoren al dios necesitan estar en buenas relaciones con la diosa. Si he de juzgarle por su facha y fisonomía, parece un soldado veterano.

—Que ha servido largos años en el extranjero— respondí.

—¡ Hola! Así, os cabe la buena fortuna de ir á la guerra en compañía de tan cumplido caballero, porque presumo que vais en realidad á la campaña, pues tales armas y arreos lleváis.

—Tenemos nuestro puesto en el Oeste—repliqué con alguna reserva, porque en ausencia de Saxon procuraba no ser demasiado explícito.

—Y, ¿con qué destino?—insistió.—¿Vais á arriesgar vuestro dinero en defensa del rey Jacobo, ó á pelear, salga lo que saliere, con esos bandidos de Devon y Somerset? Que Dios me mate, si yo no estoy lo mismo á favor del rey que al de su bufón, con todo el respeto debido á vuestros principios.

—Sois hombre despreocupado—repuse—y veo que no tenéis inconveniente en manifestar vuestras opiniones en el recibidor de cualquier posada. ¿Ignoráis que las palabras que habéis pronunciado, comunicadas al juez de paz más próximo, podrían costaros la libertad, cuando no la vida?

—A mí la vida y la libertad me importan un comino—repuso nuestro caballero dando una castañeta.—Que me quemen vivo, si no había de experimentar una nueva sensación teniendo una pelotera

con algún juez cabezudo que tenga metido en las entretelas el espíritu del complot papista y me sepultara en un calabozo, como al héroe de la última pieza de Juan Dryden. Más de una vez he tenido la casa rondada por centinelas en los antiguos tiempos del rey Jacobo; pero, al presente, el asunto revestiría mayor interés dramático, con los incidentes de alta traición, cepo, tajo y hacha.

—Y potro además con sus correspondientes pinzas para prólogo—dijo Rubén.—Por mi parte me parece esa ambición la más extraña de cuantas han llegado á mis oídos.

—Cualquier cosa, á trueque de cambiar de situación—replicó sir Gervasio llenando su copa.—¡Brindo por la dama que más cerca esté de nuestro corazón y por el corazón que más ame á las damas!... Guerra, vino y mujeres, ¿qué sería del mundo sin estas tres cosas?... Pero todavía no habéis respondido á mi pregunta.

—Tenéis razón, señor—dije;—pero aun habiendo sido tan franco con nosotros, difícilmente podemos pagaros en la misma moneda, porque no contamos para ello con el permiso del caballero que acaba de salir del cuarto y es nuestro jefe. Con habernos sido tan grata esta breve entrevista, no puedo menos de confesar que las confidencias irreflexivas en los tiempos que corren, pueden ser causa de estériles arrepentimientos.

—¡Sois todo un Daniel en prudencia y sabiduría!—exclamó sir Gervasio.—Las palabras que habéis dicho parecen más dignas de un anciano que de un muchacho como vos. Seguramente contáis cinco años menos que el cabeza de chorlito que os habla en este momento; y, no obstante, habláis como los siete sabios de Grecia. ¿Queréis tomarme por vuestro *valet*?

—¿Cómo *valet*?—exclamé.

—Sí, *valet*, criado ó lacayo. Llevo tantos años

acostumbrado á ser servido, que ahora me toca á mí servir; y no podría desear un amo más de mi gusto que vos. Pero, ¡vive Dios! que, al solicitar el puesto, debo explicaros quién soy y cuáles son mis habilidades. Así lo hicieron conmigo siempre los pícaros que tuve á mi servicio, aunque, á decir verdad, rara vez di oídos á tales informes. Si se trata de honradez... aquí hay un hombre capaz de dar quince y raya al galopín más redomado; si de sobriedad... el mismo Ananías apenas podría decir que poseo esa virtud; si de lealtad... me suele acometer la indiferencia; si de constancia... ¡hum! allá andaré con la veleta más movediza de las agujas de nuestros templos. Que me cuelguen si no soy hombre lleno de excelentes propósitos; pero un vaso de vino rancio ó una mirada picaresca me arrastran sin poder remediarlo, como el imán al acero. Todo eso por lo que mira á mis debilidades. Ahora veamos qué prendas y dotes puedo apuntar á mi favor. Gran sangre fría y serenidad de ánimo, excepto cuando me acometen los escrúpulos y se me alegra excesivamente el corazón. De todos modos, me apunto dos en esta materia. Sé bailar la zarabanda, el minué y lanceros; conozco la esgrima y la equitación y canto algunas canciones francesas... ¡Pardiez! ¿dónde se vió jamás un criado que reuniera tantas habilidades? No hay nadie que me gane en Londres á jugar al *picquet*. Por lo menos así lo reconoció sir Jorge Etherege el día que le saqué dos mil puntos en el *Groom Parter*. Pero todo eso no me favorece gran cosa. ¿Qué otras buenas condiciones puedo citar?... ¡Ah, caramba! Se me olvidaba decir que puedo preparar un ponche y asar un endiablado pollo. No es mucho; pero lo hago bien.

—Perfectamente, señor—dije sonriendo,—ninguna de esas habilidades nos sería de gran utilidad en la empresa que ahora traemos entre manos. Pero evi-

dentamente habláis en broma al tratar de descender á posición tan humilde.

—¡De ningún modo!—replicó con gran seriedad.—«A tan bajos servicios tenemos que descender», como dijo Guillermo Shakespeare. De vos depende el poder decir que tenéis á vuestro servicio á sir Gervasio Jerónimo, Caballero con bandera y único dueño del parque de Beacham Ford, con una renta de cuatro mil libras corridas al año, porque el buen señor se saca ahora á pública subasta y va á ser adjudicado al postor que más guste de él. Dad vuestro consentimiento y pediremos otra botella de tinto para echar la robra.

—Pero—repuse yo,—si verdaderamente sois tan rico, ¿cómo os rebajáis á tan ruin ocupación?

—¡Ay, sagacísimo y al mismo tiempo lerdísimo amo mío! ¡Qué poco sabéis lo que son los judíos! Las diez tribus han caído sobre mí, y me han acosado, saqueado, esclavizado, asolado y despojado. El mismo Agag, rey de los amalecitas, no estuvo nunca tan enteramente á merced del pueblo escogido como lo está, al presente, sir Gervasio; y la única diferencia es que han despedazado todas mis posesiones, en lugar de hacerme trizas á mí mismo.

—¿De modo que lo habéis perdido todo?—preguntó Rubén con expresión de asombro.

—¡Oh, no... no todo... de ninguna manera todo!—respondió riendo jovialmente;—me quedan todavía en la bolsa un Jacobo de oro y una guinea ó dos. Con ellas habrá aún para tomar alguna botella. Tengo también mi espadín con empuñadura de plata, mis anillos, mi caja de oro para el rapé y mi reloj que es un cronómetro excelente de la marca de las tres coronas. Juraría que ha debido costar lo menos cien libras. Fuera de eso, hay, además, algunos restos de pasada grandeza en mi persona, si bien comienzan á dar muestras de tanta fragilidad y poca frescura, como la virtud de una criada de servicio.

En este saquito conservo los utensilios necesarios para conservar la limpieza y elegancia que, aunque me esté mal el decirlo, hacen de mí el hombre más pulcro que puso jamás los pies en el parque de San Jacobo. Aquí hay tijeras francesas, cepillito para las cejas, estuche de mondadientes, caja de parches, polvera, peine, mota de empolvarse y un par de zapatos de tacón rojo. ¿Qué más puede desear un hombre? Todo eso unido á una garganta seca, ávida siempre de mojarse con vino de las mejores marcas y un corazón alegre y una mano dispuesta á todo constituyen al presente todos los fondos de que dispongo.

Rubén y yo no pudimos menos de celebrar con grandes risotadas el curioso inventario de artículos que sir Gervasio había salvado del naufragio de su fortuna. Al observar nuestro regocijo, se sintió tan tentado á burlarse de su propia desgracia, que al fin prorrumpió en carcajadas de tono agudísimo, que resonaron en toda la casa.

—Por el Dios que nos oye—dijo al fin,—confieso que nunca me había divertido tan honradamente en mi época de prosperidad, como lo he hecho hoy á expensas de mi ruina.—¡Llenad vuestros vasos, muchachos!

—Tenemos que recorrer todavía alguna distancia esta noche y no nos conviene beber más—observé porque la prudencia me decía que era peligroso para dos jóvenes de la campiña no acostumbrados á vinos generosos alternar con un borrachín de larga historia.

—¿Cómo es eso?—exclamó maravillado.—Yo hubiera creído que la razón por voz expuesta valdría para lo contrario, ó sería una *raison de plus*, como dicen los franceses. Pero desearía que vuestro zancudo amigo regresara, aunque fuera con ánimo de cortarme el pasapán por la obsequiosa manera con que he tratado á la viuda. Apuesto cualquier cosa á

que no es hombre que retroceda ante un vaso de vino... ¡ Maldito polvo de Wiltshire, y cómo se pega á mi peluca !

—Si no lo habéis á mal, sir Gervasio—dije yo,—podríais, mientras mi camarada regresa, contarnos cómo os han sobrevenido esos calamitosos tiempos que soportáis con tanta filosofía.

—¡ Oh ! ¡ la vieja historia !—respondió sacudiendo el polvo de rapé que le había caído en el encaje, con su pañuelo de batista.—¡ La viejísima historia ! Mi padre que era un hacendado rico de la campiña, provisto de un título hereditario (baronet), viendo bastante repleta la bolsa de la familia, creyó del caso llevarme á la capital para hacerme hombre. Una vez allí, no faltó quien me presentara en la corte ; y como era un muchacho de genio vivo y despierto, lengua fácil y modales descocados, llamé la atención de la reina, que me nombró su paje de honor. Conservé ese puesto hasta que me cansé de él y me retiré de la capital ; pero no tardé en persuadirme de que necesitaba volver á ella, porque el Parque de Beacham Ford me parecía tan insoportable como un monasterio, después de la vida que había llevado anteriormente. De regreso en Londres tuve por compañeros á personajes tan empingorotados como Tomasito Lawson, milord Halifax, sir Gaspar Lemarck, el Jorgito Chichester y al anciano Sidney Godolphin de la Tesorería ; porque este último, á pesar de su gravedad y mamotretos, sabía acompañarnos á echar una copa y era tan bondadoso entre un corro de jóvenes lechuguinos como en una comisión donde se tratara de medios y arbitrios. Bien : el tiempo se pasó agradablemente, y que me ahorquen si no volvería á las andadas, á encontrarme en circunstancias favorables. Aquello era como el dulce resbalar por una pendiente, porque en un principio se va despacio, y se tiene la creencia de poder suspender la marcha ; pero, poco después, la velocidad aumenta

más y más, hasta que al fin llega uno á estrellarse en las rocas de la ruina.

—Y ¿es posible que hayáis derrochado cuatro mil libras de renta al año?—pregunté con extrañeza.

—¡Caramba, hombre! Habláis de esa miserable suma como si fuera la riqueza de las Indias. ¿Qué os habéis figurado? Desde Ormonde ó Buckingham, con sus veinte mil, hasta el fantoche de Ricardito Talbot, no había uno del grupo á que yo pertenecía que no gastara mucho más. Sin embargo, necesitaba tener mi coche y tiro de cuatro caballos, mi palacio en la capital, mis criados de librea y mis caballerizas bien surtidas. Para estar á la moda hube de procurarme un poeta y darle un puñado de guineas por cada composición que me dedicaba. ¡Pobre infeliz! Seguramente es uno de los que me echarán de menos. Puedo asegurar que su humor era tan desdichado como sus versos, al ver que yo abandonaba la capital, aunque tal vez haya ganado en aquella época algunas guineas escribiendo contra mí una sátira. Hubiera podido venderla fácilmente entre mis amigos. ¡Pardiez! ¿Cómo lo pasarán ahora mis visitantes que solían acudir á mi mesa, y á quién se habrán pegado todos los pretendientes y pedigüeños que me acosaban? Allí estaban una mañana y otra el alcahuete francés, el matón de oficio, el literato hambriento, el inventor desvalido... y llegué á creer que nunca me vería libre de ellos, pero á la verdad al presente los tengo muy lejos de mí. Cuando desaparece el tarro de miel, no vuelven á verse más moscas á su alrededor.

—¿Y vuestros nobles amigos?—pregunté:—¿no hubo ninguno que permaneciera á vuestro lado en la adversidad?

—Bien, bien; no tengo motivo para quejarme de ellos—repuso sir Gervasio.—La mayor parte se portó con generosidad. Pudiera haber continuado honrándome con su correspondencia, mientras sus dedos

fueran capaces de sostener la pluma; pero, ¡mala peste sobre mí, si me gusta molestar á mis compañeros! Quizá me hubieran procurado un empleo, á estar yo dispuesto á ocupar un lugar secundario allí donde había figurado en primer término. Porque, á decir verdad, no me importa cuando estoy entre extraños dedicarme á cualquier cosa; pero me hubiera sido difícil resignarme á vivir en la capital sin el boato y comodidades de otros días.

—Pues en cuanto á lo que proponíais de servirnos de criado—dije,—no hay que pensar en ello. Nosotros, á pesar de la presentación hecha por mi amigo en son de broma, no somos más que dos simples y rudos aldeanos y no tenemos más necesidad de criado alguno que de cualquiera de esos poetas de que habéis hablado. Por otra parte, si os agrada incorporaros á nosotros, os llevaremos á donde halléis servicio más acomodado á vuestro gusto que la ocupación de rizar pelucas ó cepillar cejas.

—¡Oh, amigo mío! No habléis con ligereza tan inverosímil de los misterios del tocador—exclamó—No perderíais nada con usar mi peine de marfil y lavaros á menudo con la famosa agua de Murphy para limpiar la piel; cosmético de que yo me sirvo habitualmente.

—¡Mil gracias, señor!—repuso Rubén—pero la famosa agua de manantial que la divina Providencia nos ofrece de balde, basta y sobra para tal propósito.

—Y, además, la señora Naturaleza me ha regalado á mí una magnífica peluca de su propia invención y que sentiría mucho tener que cambiar por otra cualquiera—añadí yo.

—¡Nada! ¡Lo que yo me había figurado! ¡Bárbaros! ¡Verdaderos bárbaros!—exclamó el exquisito levantando en alto sus blancas manos.—Pero se oyen pisadas fuertes y sonar de una armadura en el pasi-

llo. Debe de ser, si no me equivoco, nuestro amigo, el caballero de furibundo aspecto.

Y, en realidad, el que venía era Saxon, que entró en el cuarto á decirnos que nuestros caballos aguardaban á la puerta, y que todas las cosas estaban preparadas para la partida. Llevándole aparte, le expliqué en voz baja lo que había pasado entre el forastero y nosotros, con la circunstancia que me había sugerido la idea de invitarle á que nos acompañara. El viejo soldado frunció el ceño al oír aquellas noticias.

—¿Para qué va á servirnos semejante monigote? —preguntó. — Nos esperan duros azares y contratiempos penosos. Ese caballero no sirve para las rudas faenas de la guerra.

—Sin embargo, habéis dicho que Monmouth había de estar falto de caballería — repliqué. — Pues bien, aquí tenemos un jinete con todo el equipo y que, según todas las apariencias, es un hombre desesperado y dispuesto á cualquier cosa. ¿Por qué no habremos de sumarle á nuestras filas?

—Temo mucho — dijo Saxon — que, no estando acostumbrado á las fatigas, ha de resentirse muy luego del nuevo género de vida... A pesar de todo, quizá pudiéramos sacar algún provecho de esa misma circunstancia. El título mismo con que se honra pudiera caer bien en el campamento, porque, según mis noticias, la clase media y alta se mantiene aislada de la insurrección.

—Había recelado — observé hablando todavía en voz baja — que íbamos á perder un compañero en esta posada de Bruton, en lugar de ganar otro.

—Lo he pensado mejor — replicó Saxon sonriendo. — Ya os lo referiré dentro de breves instantes... Bien, sir Gervasio Jerónimo — añadió en voz alta, volviéndose hacia nuestro nuevo socio, — me dicen que queréis venir con nosotros. Por un día habéis de contentaros con seguirnos, sin entrar en pre-

guntas ni hacer observaciones de ningún género. ¿Estamos de acuerdo?

—Con mil amores—exclamó sir Gervasio.

—Entonces, bebamos un vaso por la consolidación de nuestras buenas relaciones—dijo Saxon tomando su copa y levantándola en alto.

—¡Brindo por todos vosotros!—exclamó el galante caballero.—¡Que venga luego una buena batalla donde obtengan la victoria los hombres de más corazón!

—¡Rayos y truenos!—exclamó Saxon.—Veo que sois hombre de pelo en pecho á pesar de vuestro afeitado traje. Comenzáis á serme simpático. ¡Venga esa mano!

El soldado aventurero estrechó la delicada mano de nuestro nuevo amigo en prenda de compañerismo. Luego, pagamos nuestra cuenta y nos despedimos cordialmente de la señora Hobson que, á lo que entonces me pareció, clavaba los ojos en Saxon con expresión de protesta ó de esperanza; después de lo cual, continuamos nuestro viaje entre una multitud de curiosos aldeanos que nos aplaudía con fuertes hurras al pasar junto á ellos.

XIV

DEL PATITIESO PÁRROCO Y DE SU GREY

Nuestro camino pasaba por Castle Carey y Somerton, pequeñas ciudades situadas en el centro de una hermosísima región, abundante en pastos, vestida de bosques y regada por numerosas corrientes. Los valles, por cuyo fondo culebrea el camino, son fértiles y ostentan una vegetación lujuriosa, que crece protegida contra los vientos por largas y ondulantes lomas esmeradamente cultivadas. De cuando en cuando, divisábamos, no lejos de nosotros, la

torrecita vestida de yedra de algún viejo castillo ó los puntiagudos gabletes de alguna casa señorial, que descollaba sobre el arbolado, indicándonos la residencia campesina de alguna familia rica é influyente de la localidad. Más de una vez, cuando tales mansiones no distaban mucho de nuestra ruta, pudimos percibir las brechas y estragos sufridos por los muros durante el tempestuoso período de los trastornos civiles. Según parece, Fairfax había operado en aquella parte, dejando abundantes recuerdos de su visita. Si mi padre hubiera venido con nosotros, podría habernos contado muchas historias, referentes á estas señales de la cólera puritana.

El camino estaba muy frecuentado por aldeanos, que viajaban en dos principales corrientes, una de las cuales se dirigía de Este á Oeste y la otra en dirección contraria. Componíase esta última, principalmente, de ancianos y niños que huían del peligro, retirándose á condados más tranquilos, hasta que terminaran los disturbios. Muchos individuos de entre esta pobre gente llevaban á la cabeza parihuelas cargadas con algunas ropas de cama y trastos viejos, que representaban toda su riqueza. Otros, mejor acomodados, iban en carritos, tirados por peludos potros cerriles, de los que se crían en los margales de Somerset. La condición de estos animales, á medio domar, y la impericia de los conductores daban lugar á frecuentes contratiempos; y así nos ocurrió tropezar con varios grupos que habían volcado en un pantano con su ajuar ó que trabajaban ansiosamente por componer ó reforzar alguna viga rajada ó algún eje roto.

Al contrario, la gente de la campiña que caminaba en dirección al Oeste eran hombres en la flor de la vida, y con escaso ó ningún bagaje. Sus rostros curtidos por la intemperie, botas de caña y blusas indicaban que en su mayoría pertenecían á la clase de mozos de labor, si bien no dejábamos de

tropezar aquí y allá con algunos otros que usaban botas de campana y traje de una tela parecida al terciopelo, los cuales debían ser arrendatarios ó hacendados ricos. Viajaban éstos en pelotones é iban generalmente armados de fuertes garrotes de roble, que en apariencia servían de bastón de viaje, pero que en realidad podían resultar armas terribles en manos de hombres vigorosos. De cuando en cuando, uno de estos viajeros entonaba un salmo que coreaban al punto todos los que podían oírle y el canto continuaba debilitándose hasta perderse enteramente por efecto de la distancia. Al pasar nosotros, nos miraban algunos con mal disimulado furor, mientras otros murmuraban en voz baja y movían sus cabezas, dando evidentes muestras de dudar de nuestro carácter y propósitos. Una vez y otra, advertimos entre los caminantes el sombrero de ancha ala y el manteo ginebrino que eran los distintivos de los clérigos puritanos.

—Al fin hemos llegado al territorio de Monmouth —me dijo Saxon, porque Rubén y sir Gervasio Jerónimo se nos habían adelantado.—Esa gente es la materia prima que tendremos que desbastar convirtiéndola en soldados.

—No parece mala—repliqué fijando la atención en el robusto continente y atrevidos semblantes de los hombres.—¿De modo que creéis que van destinados al campamento del duque?

—¡ No cabe la menor duda! ¿ Veis allá aquel párroco larguirucho, á la izquierda... el del enorme sombrero? ¿ No advertís la rigidez especial con que mueve la pierna izquierda?

—Sí, perfectamente se conoce que la caminata le tiene medio despeado.

—¡ Ja! ; ja! ; ja! —rió mi compañero.—No es la primera vez que observo ese síntoma. El buen clérigo lleva una espada dentro de la pernera de sus pantalones. Apostaría cualquier cosa á que es un

veterano del ejército parlamentario. Cuando pise terreno firme, sacaré á relucir su arma... ¡vaya!... y la esgrimirá seguramente; pero, mientras corra peligro de caer en manos de la caballería del rey, se guardará mucho de ponerse al cinto el chafarote. Juzgándole por el porte, es de la mena de aquellos que

Llaman reformatión santa y divina
Al degüello, el incendio y la ruina,

como dice mi viejo poeta describiéndolos de una plumada. Allí hay otro, delante de él, que lleva debajo de la blusa la hoja de una guadaña. ¿No alcanzáis á divisar el perfil? Juraría que ninguno de estos perillanes deja de llevar oculta alguna hoz ó el hierro de una pica. Comienzo á sentir los primeros anuncios de la guerra y vuelve otra vez á bullir dentro de mí el espíritu de otros tiempos... ¡Ea, ea, muchacho! ¡Dichosa la hora en que resolví no quedarme en la posada!

—Pero entonces parecíais vacilar—repuse.

—¡Toma! el caso no era para menos. Se trataba de una real moza y el albergue brindaba comodidades nada despreciables. Estos son hechos que no puedo negar. Con todo, el matrimonio, amigo mío, es una ciudadela, cuya entrada se presenta excesivamente fácil; mas no sucede lo mismo con la salida, y el mismo Tilly con toda su experiencia y pericia no sabría escapar con honra. Un ejemplo de ello he visto en el Danubio, donde á la primera acometida, los mamelucos abandonaron la brecha con el propósito de atraer á las tropas imperiales, á las estrechas calles del interior, de donde fueron muy contados los que salieron. Pero á mí no ha de ocurrirme ese percance... «á perro viejo no hay tus tus». Conseguí ganarme la confianza de una persona bien enterada y sonsacarle lo que sabía respecto de la buena viuda

MIGUEL 13.—TOMO I

y de su posada. Parece que la mujer tiene algo de arpía cuando llega la ocasión; y que su lengua tuvo más parte en la muerte del infeliz marido que la hidropesía de que sucumbió. Además de eso, se ha abierto en la aldea una nueva posada, mejor dirigida y que probablemente le irá robando poco á poco la clientela. Y, luego, como vos decíais muy bien, el lugar es triste y enervante. Todas estas razones me decidieron á salir de allí dejando en paz á la viuda y efectuando la retirada, mientras pudiera hacerlo con honra y con todos los honores militares.

—Mejor es así—dije yo;—porque no podríais haberos acostumbrado á una vida de comodidades y constante copeo. Y, ¿qué pensáis de nuestro nuevo camarada?

—A fe mía—respondió Saxon,—no tardaríamos en convertirnos en una turba indisciplinada de bergantes, si fuéramos á recibir en nuestra compañía á todos los galanes desocupados. Con todo eso, por lo que se refiere á sir Gervasio, me parece, como dije en la posada, que tiene más bríos de los que yo le atribuí á primera vista. Estos jóvenes, que descienden de hacendados ricos están siempre dispuestos á pelear; pero dudo mucho que tengan la resistencia y constancia que se necesitan para una campaña como la que vamos á emprender. Por otra parte, su aspecto ha de abonarle poco á los ojos de los puritanos, y aunque Monmouth es hombre de pocos escrúpulos, en sus Consejos han de llevar la voz cantante los prohombres de aquella fracción... Mirad la facha que hace, al refrenar su montura y volver el rostro hacia nosotros; observad cómo lleva el sombrero ladeado sobre el ojo, el pecho descubierto, la fusta colgando del ojal, la mano en la cadera, y con más juramentos en su boca que cintas tiene el jubón. Fijad sobre todo la atención en su modo de mirar á los campesinos que tiene al lado... Como no mude bastante de condición, no podrá pelear al lado de

los fanáticos. Pero, ¡ calle! ó mucho me equivoco, ó allí ocurre algo grave.

Nuestros amigos han hecho alto aguardando nuestra llegada. No bien se habían detenido, cuando la procesión de labriegos que venía por el camino frente á ellos, se alborotó formando un nutrido grupo alrededor de los dos jinetes y amenazándoles con gestos y palabras injuriosas. Otros campesinos, viendo que se preparaba alguna reyerta, acudieron presurosos á prestar socorro á sus compañeros. Saxon y yo picamos espuelas, y arremetiendo por entre el montón de gente, á cada instante más nutrido y amenazador, nos abrimos paso para ayudar á nuestros amigos, que estaban sitiados por aquella canalla. Rubén había puesto mano á la espada, mientras sir Gervasio masticaba tranquilamente el palillo que tenía en la boca y contemplaba el furor de aquel populacho con aire de regocijado desprecio.

—Esta gente apesta—observó;— no les vendría mal un frasco ó dos de esencia. Lástima que no tenga á mano una botella de agua de lavanda para rociarlos un poco.

—Manteneos en guardia, pero no desenvainéis— exclamó Saxon.—¿Qué diablos les pasa á estos destripaterrones, repletos de tocino? Parece que quieren hacer alguna barbaridad... Pero, vamos á ver, amigos, ¿á qué viene este alboroto?

La pregunta anterior, en lugar de apaciguar el tumulto, exacerbó extraordinariamente los ánimos. En todo el corro formado por veinte filas de campesinos no se veían más que rostros salvajes y ojos indignados, junto con el intermitente brillar de algún arma que asomaba por debajo de la ropa. La batahola que en un principio era un confuso é inmenso relincho, tomó forma al fin en los siguientes gritos: «¡ Abajo los papistas! ¡ Abajo los prelatistas! ¡ Muevan estos perros erastianos! ¡ Cortad la cabeza á los filisteos! ¡ Abajo con ellos!»

Poco después silbaron junto á nuestros oídos algunas piedras ; y ya nos habíamos visto precisados á desenvainar las espadas para defendernos, cuando el altarción ministro, de quien ya he hablado, se abrió paso por entre la multitud, y merced á su elevada estatura y tonante voz, consiguió imponer silencio.

—Vais á contestar en el acto—dijo volviéndose hacia nosotros :—¿ peleáis por Baal ó por el Señor? El que no está con nosotros está contra nosotros.

—¿Cuál es el bando de Baal, reverendísimo ministro, y cuál el del Señor?—preguntó sir Gervasio Jerónimo.—Si hablarais inglés corriente, en lugar de hebreo, tal vez llegaríamos á entendernos más pronto.

—Ahora no estamos para bromas—exclamó el ministro con el rostro enrojecido por la cólera.—Si queréis salvar la piel, decidme : ¿ Sois partidarios del usurpador y criminal Jacobo Estuardo, ó defendéis la bandera de su protestantísima Majestad, el rey Monmouth?

—¡ Vaya ! ¡ Ya salió á relucir el título !—exclamó Saxon.—Šabed, pues, que somos cuatro humildes caballeros, que vamos á ofrecer nuestros servicios á la causa protestante.

—Miente, buen maese Pettigrue, mente á boca llena—barbotó un corpulento aldeanote de la última fila.—¿ Quién vió jamás á un buen protestante en el traje de polichinela que usa ese jinete de más allá? ¿ No están indicando sus vestidos que es un verdadero amalecita? ¿ No son esos adornos los usados por los esclavos de la prostituída Roma? ¿ Por qué no le cortamos el cuello ahora mismo?

—¡ Gracias, mi digno amigo !—dijo sir Gervasio cuyo vestido había despertado la cólera de aquel valiente.—Sí estuvierais más cerca, os daría la propina por los informes que os merece mi persona.

—¿ Qué prueba nos dais de que no sois merce-

narios del usurpador, ni vais á pelear contra los verdaderos fieles?—preguntó el clérigo puritano.

—Os repito— dijo Saxon con impaciencia,—que hemos viajado desde Hampshire para pelear contra Jacobo Estuardo; y que cabalgaremos con vosotros hasta el campamento de Monmouth. ¿Qué mejor prueba podéis desear?

—Lo que buscáis, sin duda, es la ocasión de escapar de nuestras manos—observó el ministro después de consultar á uno ó dos de los principales labriegos.—Por tanto, opinamos que antes de incorporaros á nosotros nos habéis de entregar las espadas, pistolas y todas las armas carnales que llevéis.

—Eso no puede ser de ningún modo, buen señor—replicó nuestro jefe.—Ningún caballero que estime en algo su honor puede entregar su espada ni su libertad en la forma que pedís. Mantente á mi izquierda, Clarke, y abre en canal al primer galopín que trate de pñerte la mano.

Un terrible murmullo salió de la multitud, y al instante siguiente se alzaron contra nosotros numerosos garrotos y hojas de guadaña; pero el ministro se interpuso de nuevo y mandó callar á su alborotada grey.

—¿Habré oído bien?—preguntó.—¿Os apellidáis Clarke?

—Sí, señor—respondí.

—¿Y vuestro nombre de pila?

—Miguel.

—¿Dónde vivís?

—En Havant.

El clérigo conferenció, durante algunos momentos, con un hombre de barba castaña y semblante hosco que estaba á su lado.

—Si verdaderamente sois Miguel Clarke de Havant—continuó,—podréis decirnos el nombre de un viejo soldado, que ha adquirido larga experiencia en las guerras de Alemania y había de venir en vuestra

compañía al campamento de los leales de Monmouth.

—Perfectamente—respondí,—es el señor que me acompaña y se llama Décimus Saxon.

—Sí, sí, maese Pettigrue—exclamó el anciano.—Ese es el mismo nombre, dado por Ricardo Rumbold, que prometió traerle él mismo ó enviarle con su hijo. ¿Y quiénes son esos otros?

—El uno, maese Rubén Lockarby, también de Havant, y el otro sir Gervasio Jerónimo, de Surrey—repliqué.—Ambos están aquí como voluntarios que desean servir á las órdenes del duque de Monmouth.

—Me alegro mucho de veros—dijo entonces el ministro en tono afectuoso.—Amigos, yo respondo de estos caballeros y garantizo que están á favor de la gente honrada y de la antigua causa.

Al oír estas palabras, la rabia de la muchedumbre se trocó al punto en la más extravagante adulación y alegría. Rodeáronnos, se asieron á nuestras botas de montar y comenzaron á curiosearnos, á estrecharnos la mano y á pedir al cielo que hiciera descender sobre nosotros sus bendiciones, hasta que el pastor logró por fin librarnos de sus obsequios y persuadirnos á que continuaran el viaje. Avanzamos con nuestros caballos en medio de ellos, y el clérigo se colocó entre Saxon y yo. Era, según observó Rubén, muy á propósito para servirnos de intermediario, porque me aventajaba á mí en estatura, aunque no en corpulencia y no igualaba á Saxon en la talla, pero le excedía en el grosor. En su rostro largo y delgado se veían dos melancólicos ojos, iluminados á veces por un repentino brillo de feroz entusiasmo, y sepultados en hondas cuencas guarnecidas de cejas hirsutas.

—Mi nombre, señores, es Josué Pettigrue—dijo,—y aunque indigno operario de la viña del Señor, quiero pelear y dar testimonio de palabra y de hecho á favor de su santo pacto. Estos que me acompañan

son mis feligreses, la grey que me ha sido confiada, y la conduzco hacia Occidente, para disponerla á merecer del Todopoderoso la recoja en su seno cuando plegue á su soberana voluntad.

—Y, ¿por qué no la habéis dispuesto en algún orden ó formación?—preguntó Saxon.—Andan chocando unos con otros por el camino, como manada de pavos en vísperas de Navidad. Se conoce que no tenéis ningún temor, porque no usáis de las debidas precauciones; pero, ¿no está escrito que «la calamidad sobreviene de pronto, y que repentinamente seréis confundidos sin remedio»?

—Verdad es, amigo; mas, ¿no dice también la Escritura: «confía en el Señor con todo tu corazón y no te estribes en tu propio sentir y entender»? Debéis advertir que si yo hubiera de ordenar mi gente á la usanza militar, llamaría la atención y podría ser atacada por alguno de los destacamentos de caballería de Jacobo Estuardo que suelen andar por estos caminos. Mi deseo es conducirla al campo y proveerla de armas antes de exponerla á un combate tan desigual.

—Verdaderamente, señor, es una prudente resolución—dijo Saxon con semblante torvo;—porque si sobre esta buena gente cayeran algunos escuadrones de caballería, el pastor se hallaría muy pronto sin su grey.

—¡Oh! Eso no puede ser—exclamó maese Pettigrue con ardiente fervor;—decid más bien que el pastor, la grey y todas sus cosas entrarían en la nueva Jerusalén siguiendo el áspero camino del martirio. Sabed, amigo, que después de haber estado con Monmouth, he recibido de él la orden de conducir á estos hombres á su campo, con instrucciones del mismo, ó más bien de maese Ferguson para vigilar y mirar por vosotros y por los demás fieles que esperamos de la parte de Oriente. ¿Qué camino habéis traído?

—Hemos atravesado la llanura de Salisbury por la parte de Bruton.

—¿Y no habéis visto ni encontrado á otros amigos en el camino?

—No—respondió Saxon.—Sin embargo, en Salisbury dejamos á los guardias azules, y hemos vuelto á ver á algunos de ellos ó de otro regimiento por esta parte de la llanura en la aldea de Mere.

—¡ Ah! «Las águilas comienzan á reunirse»—exclamó maese Josué Pettigrue moviendo la cabeza.—Esa gente trae lujosos vestidos, caballos de guerra, carrozas y suntuosos arreos, como los antiguos asirios; pero el ángel del Señor caerá sobre ellos en el silencio de la noche, y el Altísimo los dispersará en su indignación y serán destruídos.

—¡ Amén! ¡ Amén!—respondieron todos los campesinos que pudieron oír las palabras de su pastor.

—Han levantado con arrogancia las astas de su orgullo, maese Pettigrue—dijo el puritano de cabello castaño.—Han puesto en alto su candelero, el candelero de su ritual perverso y de su culto idólatra. ¿No serán quebrantados por la mano del Todopoderoso?

—Y he aquí, que ese mismo candelero con su vela se irguió con gran soberbia y ardió con luz fuliginosa y pestífera en los días de nuestros padres—añadió un labrador fornido y coloradote, cuyos vestidos le presentaban como á uno de los más ricos hacendados de su comarca.—Así acaeció cuando el gran Cromwell tomó las despabiladeras para atizarle. También al presente la luz arde con un pábilo negruzco que sólo las espadas de los fieles han de cercenar.

Una feroz carcajada del grupo entero aplaudió la piadosa chocarrería de su camarada.

—¡ Ah, hermano Sandcroft!—exclamó el pastor;—¡ cuánta dulzura y celestial maná se oculta en tus palabras! Pero el camino es largo y árido. ¿No será

mejor suavizar sus asperezas cantando un himno?
¿Dónde está el hermano Thislethawaite, cuya voz es
á un tiempo címbalo, tambor y chirimía?

—Oíd un momento, piadosísimo maestro Pettigrue—dijo Saxon,—yo también, en ciertas ocasiones, me he atrevido á levantar mi voz pecadora delante del Señor.

Y sin hacerse de rogar, ni extenderse en más explicaciones, rompió á cantar con voz estentórea el siguiente himno, cuyo estribillo repitió al punto el pastor y su congregación.

El Señor es el yelmo y la celada
Que me ha de preservar de toda herida ;
El Señor es la cota de acerada
Malla que en derredor llevo ceñida.
¿Quién no desnudará con gran valor
Su espada en las batallas del Señor?

El Señor es mi escudo, el adorable
Broquel que de mi brazo izquierdo pende ;
El Señor es el peto impenetrable
Que de mis enemigos me defiende.
¿Quién no desnudará con gran valor

Su espada en las batallas del Señor ?
En vano el violento sus furores
Desplegará, de orgullo arrebatado ;
Lucharé contra fuerzas superiores,
Que el Dios de fortaleza está á mi lado.
¿Quién no desnudará con gran valor
Su espada en las batallas del Señor ?

Mi fe es inexpugnable fortaleza
Con sus murallas, fosos y aspilleras :
No humillarán su indómita fiereza
minas, brechas, portillos ni trincheras.
¿Quién no desnudará con gran valor
Su espada en las batallas del Señor ?

Saxon dejó de cantar, pero el reverendo Josué Pettigrue agitó sus largos brazos y repitió el estribillo, que fué coreado una vez y otra por la prolongada columna de campesinos en marcha.



—Es un himno devoto—dijo nuestro compañero, que con gran disgusto mío y evidente asombro de Rubén y sir Gervasio, volvió á tomar el tono de voz gangoso y nasal que había empleado en presencia de mi padre.—Y ha servido de mucho en el campo de batalla.

—Verdaderamente—repuso el clérigo,—si vuestros compañeros están dotados de la dulce unción que á vos os distingue, seréis para los fieles de tanta importancia como una brigada de picas (frase que despertó un murmullo de asentimiento en los puritanos que estaban cerca). Puesto que—continuó maese Pettigrue—habéis adquirido gran experiencia en los ardides de la guerra, me alegraré de entregaros el mando de este destacamento de fieles, hasta que lleguemos á incorporarnos con el ejército.

—Ya es hora, á decir verdad—respondió Saxon tranquilamente,—que tengáis al frente de vosotros un soldado... O mi vista me engaña, ó veo resplandecer espadas y corazas en las lomas de aquella montaña. Me parece que nuestros piadosos ejercicios nos han atraído al enemigo.

XV

DE NUESTRA REFRIEGA CON LOS DRAGONES DEL REY

A poca distancia nuestra desembocaba un camino en el que nosotros y nuestra abigarrada compañía llevábamos. Esta nueva ruta daba la vuelta por la falda de una colina cubierta de bosque, y seguía á la misma altura por espacio de un cuarto de milla poco más ó menos antes de unirse al nuestro. Precisamente en lo más alto de aquella ondulación del terreno se alzaba un grupo espeso de árboles, y por entre sus troncos brillaba con intermitencias un vivo centelleo de armaduras y cascos que denunciaba

la presencia de tropas. Algo más allá, en el punto en que el camino torcía de pronto, y avanzaba á lo largo de la pendiente de la colina, podían verse con toda claridad algunos jinetes, cuyas siluetas se proyectaban sobre el cielo de la tarde. Sin embargo, tan pacífico era el paisaje de la campiña, dulcificado por los dorados matices del sol poniente, y tal aspecto de serena tranquilidad le daban las agujas de las iglesias rurales y algunas casas de grandes propietarios medio ocultas entre el ramaje, que costaba trabajo creer en la posibilidad de que el espectro de la guerra se cerniera realmente sobre aquel hermoso valle, y que de un momento á otro pudiera aparecer con todos sus horrores.

Los campesinos, sin embargo, no tuvieron dificultad alguna en comprender el peligro que les amenazaba. Los que huían del Oeste prorrumpieron en un grito de consternación, y echaron á correr por el camino ó arrearon sus bestias de carga á fin de alejarse cuanto fuera posible del temido ataque. El coro de gritos agudos y voces alborotadas que se mezclaban con el chasquido de los látigos, el crujir de las ruedas y el estrépito de los carros cargados de ropas y muebles formaba un ruido ensordecedor, sobre el que descollaba la voz de nuestro jefe dictando órdenes y tranquilizando á los asustados labriegos. Pero, cuando resonó por la parte del bosque el agudo y metálico clamor de una trompeta y comenzaron á bajar por la loma las avanzadas de una división de caballería, el pánico aumentó todavía más, y nos fué difícil mantener ningún orden en los revueltos grupos de los aterrados fugitivos.

—¡Detened ese carro, Clarke!—gritó Saxon con vehemencia mientras su espada apuntaba á una vieja carreta, abarrotada de colchones y ropas de cama y que avanzaba pesadamente, tirada por dos potros medio bravíos. En el mismo momento le vi dirigir su caballo al centro de la multitud y tomar los ra-

males de otro vehículo semejante. No tardé en poner á *Covenant* delante del carro que me había indicado y, después de algunos esfuerzos, conseguí detener por un momento á los furiosos potros.

—¡Desenganchad! —ordenó nuestro jefe con el tono de imperiosa serenidad que sólo podía salir de un hombre avezado á los azares de la guerra.—¡Cortad inmediatamente las correas y cuerdas! En un momento obedecieron el mandato una docena de navajas y las inquietas bestias que no cesaban de luchar y tirar coces rompieron á correr por el campo dejando detrás sus cargas. Saxon saltó de su caballo y dió el ejemplo de echar una mano al vehículo para atravesarle en el camino, mientras algunos labriegos, dirigidos por Rubén Lockarby y maese Josué Pettigrue, hicieron lo mismo con otras dos carretas para interceptar el camino cincuenta yardas más allá, con una segunda barricada. Esta determinación obedecía al propósito de prevenir la probable contingencia de que la caballería del rey diera la vuelta por los campos y nos atacara por la espalda. El plan fué concebido y ejecutado con tanta rapidez, que á los pocos minutos de la primera alarma, nuestro frente y retaguardia habían quedado protegidos por un elevado parapeto, formando una improvisada fortaleza guarnecida por ciento cincuenta hombres.

—¿Con cuántos tiradores podemos contar?—preguntó Saxon apresuradamente.

—A lo sumo con una docena de hombres que llevan pistola—respondió el puritano más viejo, á quien sus compañeros designaban con el nombre de Guillermete Re-Hope.—Juan Rodway, el cochero, tiene su trabuco. Aquí están también dos piadosos guardabosques, que proceden de Hungerford y han traído sus armas.

—Helos aquí, señor—dijo un tercero apuntando á dos individuos robustos y barbados que estaban

atacando los largos cañones de sus mosquetes.—Se llaman Wat y Nat Millman.

—Dos hombres capaces de dar en el blanco con todos sus tiros, valen por un batallón entero que dispare al aire—observó nuestro jefe.—Poneos al abrigo del carro, amigos míos, y apoyad vuestras armas en la retranca. No disparéis hasta que esos hijos de Belial estén á la distancia de tres picas.

—Mi hermano y yo—dijo uno de ellos—podemos meter una posta en el ojo de un gamo en plena carrera, á doscientos pasos. Nuestras vidas están en las manos del Señor ; pero dos, por lo menos, de esos asesinos mercenarios han de ir al otro mundo delante de nosotros.

—Para nosotros es una delicia la caza del armiño ó del gato salvaje—añadió el otro colándose debajo del vehículo.—Al presente, nos toca guardar la grey del Señor, hermano Wat, y la verdad es que los enemigos con quienes vamos á vernos son una parte de las alimañas que la infestan.

—¡ Que se pongan en línea junto al carro todos los que tienen pistolas!—intimó Saxon, mientras ataba su jaca al borde del seto ; ejemplo que seguimos nosotros.—Vos, Clarke, encargaos de la derecha con sir Gervasio, mientras Lockarby ayuda á maese Pettigrue á dirigir la izquierda. Los restantes que se coloquen detrás con piedras. Si tratan de saltar por encima de nuestras barricadas, herid á los caballos con vuestras guadañas. Los jinetes que derribéis no podrán luchar con vosotros.

De entre los campesinos salió un murmullo sordo y confuso de enérgica resolución, mezclado con piadosas jaculatorias y breves trozos de himnos y oraciones. Todos ellos habían sacado de debajo de sus blusas armas rústicas de diversas clases. Unos diez ó doce tenían pistolones que, á juzgar por su aspecto de antigüedad y por el óxido de que estaban cubiertos, prometían ser más peligrosos para sus dueños

que para el enemigo. Otros, que estaban armados de hoces, hojas de guadaña, mazos, chuzos ó martillos y los restantes empuñaban largos cuchillos y enormes porras de roble. Con ser tan sencillas estas armas, la historia ha demostrado que en manos de hombres dominados por el fanatismo religioso pueden ocasionar estragos considerables. No había más que fijar la atención en los semblantes torvos de nuestros compañeros y en el entusiasmo y esperanza que brillaban en sus ojos, para persuadirse de que aquellos hombres no habían de acobardarse ni retroceder ante fuerzas superiores y mejor equipadas.

—¡ Por Cristo !—murmuró sir Gervasio :—¡ Esto es magnífico ! Una hora aquí vale por un año entero pasado en el mejor círculo de Londres. Ya está en el redondel el bravo toro puritano de otros días. Veremos qué tal les sale la lidia á los fantoches del uniforme azul. ¡ Apuesto cinco contra cuatro á favor de los destripaterrones !

—Ahora no estamos para necias apuestas—repuse en tono seco, porque la ligereza de su charla me causaba fastidio en aquel momento tan solemne.

—Bueno, pues entonces, cinco contra cuatro á favor de los soldados—insistió.—La partida va á ser superior ; y es lástima no arriesgar alguna cantidad á favor de unos ó de otros.

Nuestras vidas son las que van en la apuesta—repuse yo.

—Como hay Dios, que no había reparado en ello—replicó masticando su mondadientes.—O ser ó no ser, como decía Guillermo de Stratford. El actor Kynaston estaba admirable al recitar esas palabras ; pero estos sucios gañanes no lo están menos en esa actitud que parece decir : « ¡ Semos ó no somos ?... » ¡ Ea ! ya suena la campanilla y va á levantarse el telón.

Mientras habíamos estado ocupados en los ante-

riores preparativos, la división de caballería, que resultó ser única, había trotado por el atajo y descendido al camino real. A lo que pude juzgar, eran unos noventa jinetes, y de sus sombreros de tres picos, petos de acero, mangas rojas y bandoleras se deducía evidentemente que eran dragones del ejército regular. El grupo principal hizo alto, á un cuarto de milla de nosotros, y al mismo tiempo se pusieron al frente tres oficiales, que conferenciaron breve rato. La entrevista terminó picando uno de ellos espuelas á su caballo y galopando hacia nosotros. Algunos pasos detrás de él venía un corneta, agitando en la mano un pañuelo blanco y dando de tiempo en tiempo un toque de atención.

—Aquí tenemos un emisario— exclamó Saxon encaramado en la carreta.—Nosotros, hermanos míos, no tenemos timbales ni cornetas, pero poseemos el instrumento de que la Providencia nos ha dotado. Demostremos á esos de la chaquetilla roja que sabemos usarlo.

En vano el violento sus furores
Desplegará, de orgullo arrebatado;
Lucharé contra fuerzas superiores,
Que el Dios de fortaleza está á mi lado.

Siete voces, formando un ronco coro, cantaron á continuación :

¿Quién no desnudará con gran valor
Su espada en las batallas del Señor?

En aquel momento pude forjarme la ilusión de que los espartanos habían hallado en el cojo Tirteo al más afortunado de sus generales, porque el sonido de aquellas voces acrecentó la confianza de los campesinos, mientras la letra marcial del viejo himno robustecía la obstinación en sus corazones. Tan grande fué su entusiasmo, que interrumpieron el

cántico con una gritería guerrera, blandiendo sus armas en el aire, dispuestos, según todas las probabilidades, á saltar por encima de sus barricadas y atacar de frente á los jinetes. En medio de aquel clamoreo y tumulto, el joven oficial de dragones, que era un muchacho arrogante y de rostro hermoso y color aceitunado, se acercó intrépidamente á la barrera y deteniendo su magnífico caballo ruano, levantó la mano con un gesto imperioso que pedía silencio.

—¿Quién es el jefe de este conventículo? — preguntó.

—Comunicadme vuestro mensaje, señor—dijo nuestro jefe desde lo alto de la carreta; —pero tened entendido que vuestra bandera blanca sólo os protegerá, en tanto que empleéis el lenguaje que corresponde á un cortés adversario al conferenciar con otro. Exponed lo que tenéis que decir ó retiraos.

—¡Cortesía!—replicó el oficial en tono despreciativo; —ese honor no se extiende á rebeldes que están en armas contra su legítimo soberano... Suponiendo que seáis el jefe de esta gentuza, debo intimaros que si en el término de cinco minutos, contados por este reloj (y al decir esto sacó un elegante cronómetro de oro) no se dispersan, caeremos sobre ellos y los destrozaremos enteramente.

—El Señor puede muy bien proteger á los suyos —respondió Saxon en medio de un feroz murmullo de aprobación que salió de la multitud.—¿Es eso todo lo que tenéis que decir?

—Eso es todo y debe pareceros bastante, traidor presbiteriano—repuso con voz airada el alférez de dragones.—Y vosotros, idiotas engañados, oídme bien—continuó levantándose sobre los estribos para hablar á los labriegos que estaban del otro lado de la carreta.—¿Qué es lo que pensáis hacer con esos cuchillos y rallos de queso? Si queréis salvar el pellejo, entregadnos inmediatamente á vuestros jefes,



...tomó cortésmente su sombrero y, saludando con él, galopó hacia nosotros... (Pág. 214.)

SIG. 14.—CLARKE.—TOMO I

LÁMINA III

—¡ A tierra todo el mundo y pegarse bien al suelo!—ordenó Saxon ;—van á hacer fuego.

El estruendo de una descarga cerrada y la lluvia de proyectiles que se clavaban en la tierra ó llevaban hojas y ramas del seto á ambos lados de nosotros, hicieron resaltar la oportunidad de la orden dada por nuestro jefe. Muchos labriegos se agazaparon detrás de los colchones y mesas sacadas del carro. Otros se tendieron al abrigo de éste y algunos se refugiaron detrás ó debajo del mismo. No faltaron quienes se metieran en las zanjas de ambos lados del camino ó se tendieran á la larga sobre el mismo, mientras unos cuantos mostraban su fe en la Providencia, continuando de pie sin huir de las balas. Entre estos últimos se contaban Saxon y sir Gervasio : el primero para dar ejemplo á sus tropas bisoñas, y el segundo por pura indiferencia y dejadez. Rubén y yo nos sentamos juntos en la cuneta, y puedo aseguráros, mis queridos nietos, que nos sentíamos extraordinariamente inclinados á doblar la cabeza cada vez que oímos silbar las balas cerca de nuestros oídos. Si algún soldado os dijere que no ha hecho lo mismo al entrar en fuego por primera vez, no es hombre digno de crédito. Pero, después de haber permanecido sentados, rígidos y silenciosos como dos maniqués por espacio de algunos minutos, desapareció enteramente aquella impresión y no he vuelto á experimentarla desde entonces. Como veis, la familiaridad engendra desprecio á las balas, lo mismo que á otras muchas cosas ; y aunque ofrezca sus dificultades llegar á cobrarles afición y gusto, como el rey de Suecia ó milord Cutts, no cuesta mucho el mirarlas con indiferencia.

La muerte del alférez no quedó impune por mucho tiempo. Un viejecito, armado de una hoz que había permanecido de pie cerca de sir Gervasio, dió un grito agudo y repentino, seguido de un salto y de la exclamación : ¡ Gloria á Dios ! para caer muerto

de bruces. Una bala le había entrado por el ojo derecho. Casi en el mismo instante uno de los labriegos del carro recibió un tiro que le atravesó el pecho. El infeliz se incorporó tosiendo y vomitando sangre sobre la rueda, y maese Josué Pettigrue le tomó en sus largos brazos y puso algún mullido bajo su cabeza, de modo que el herido quedó respirando anhelosamente y balbuciendo oraciones. El ministro dió pruebas de gran valor aquel día, porque en medio del espantoso fuego enemigo iba y venía intrépidamente de un punto á otro, con un espadín en la mano izquierda, pues era zurdo, y una Biblia en la derecha.

—Por ésta dais la vida, mis queridos hermanos—clamaba sin cesar, agitando el volumen ;—¿no estáis dispuestos á morir por ella?

Y cada vez que hacía esta pregunta, salía de las cunetas, del carro y del camino un sordo y vehemente murmullo de asentimiento.

—Apuntan lo mismo que los aldeanos que se ensayan en el tiro—dijo Saxon sentándose junto al carro.—Como todos los soldados nuevos hacen la puntería demasiado alta. Cuando fui ayudante, tenía la costumbre de bajar á mis soldados los cañones de los mosquetes, hasta que mi ojo me decía que estaban al verdadero nivel. Esos vagos creen haber cumplido con su deber con sólo echarse el arma á la cara, y de ese modo tienen tanta probabilidad de dar á las calandrias que vuelan allá arriba como á nosotros.

—Nos han herido ya á cinco hombres—dijo Guillermon Re-Hope.—¿No haremos una salida para pelear con esos hijos del Antecristo? ¿Vamos á permanecer aquí hechos unos monigotes de feria, para que los soldados se ejerciten con nosotros en tirar al blanco?

—Allá lejos por el lado de la colina se ve un granero de piedra—observé.—Si nosotros, los que tenemos caballos, con algunos más, pudiéramos entre-

tener á los dragones, nuestra gente podría buscar refugio en él y librarse así del fuego.

—Al menos permitid que mi hermano y yo les hagamos algunas descargas—dijo uno de los guardabosques apostados detrás de la rueda.

Pero á todas las indicaciones y ruegos, nuestro jefe contestaba moviendo negativamente la cabeza, y permaneció columpiando sus largas piernas encima del carro, con los ojos clavados en los jinetes, muchos de los cuales habían echado pie á tierra y estaban colgando sus carabinas á las grupas de los caballos.

—Esto no puede continuar, señor—dijo el pastor protestante con voz sorda y angustiada;—acaban de caer otros dos hombres.

—Pues aunque caigan otros cincuenta más, no tenemos otro remedio que aguardar á que carguen—respondió Saxon.—¿Qué queréis que hagamos? Si la gente abandona esta defensa, el enemigo nos dispersará y pereceremos todos. Cuando hayáis pasado por tantos trances de guerra como yo, aprenderéis á sobrellevar con sosiego lo que no se puede remediar. Ahora me acuerdo de otro caso análogo en que la retaguardia de las tropas imperiales fué perseguida por los croatas, que prestaban servicio al Gran Turco por su correspondiente salario. La mitad de mi compañía quedó destrozada, antes que aquellos mercenarios renegados se acercaran bastante para pelear con ellos al arma blanca... ¡Animo, valientes, que comienzan á montar! No tendremos que esperar mucho tiempo.

Los dragones estaban en realidad con el pie en el estribo preparándose á subir sobre sus caballos, y poco después formaban en el camino con la intención manifiesta de cargar sobre nosotros. Al mismo tiempo, unos treinta soldados se destacaron del grupo principal y emprendieron el trote por el campo

para atacar nuestro flanco derecho. Saxon gruñó una sorda imprecación al observarlo.

—Se ve que entienden algo de guerrear, al fin y al cabo—dijo.—Quieren cargarnos de frente y por el flanco. Maese Josué, procurad que vuestra línea de guadañiles se sostenga firme en la derecha al abrigo del seto de zarzas. ¡No ceder un pie de tierra, hermanos míos, ni tengáis miedo á los caballos! Los que llevan hoces que se coloquen en la zanja y procuren cortar las patas de la caballería enemiga. Detrás de éstos que se pongan en línea los que saben arrojar piedras... A corta distancia una buena pedrada equivale á un tiro. Si queréis volver á ver á vuestras mujeres é hijos, defended el seto vivo sin dejar penetrar en él á uno solo de los dragones... Ahora vamos al ataque de frente. ¡Que se coloquen dentro del carro todos los que tienen pistolas! Vos, Clarke, tenéis dos, y vos, Lockarby, otras dos. Yo puedo prestar una también. Con ésta tenemos cinco... Que se pongan aquí ahora los otros diez que tienen la misma arma y los tres mosquetes. Veinte tiros en total. ¡No tenéis, vos, pistolas, sir Gervasio!

—No, pero puedo adquirir un par de ellas—dijo nuestro compañero, y poniéndose de un salto á caballo, saltó la zanja, pasó la barrera y se lanzó á todo correr hacia los dragones.

Aquel movimiento fué tan repentino é inesperado, que por algunos segundos reinó un silencio de muerte, interrumpido al fin por un rugido de odio y execración que salía de los campesinos. «¡Fuego sobre él! ¡Pegad un tiro á ese falso amalecita!»—gritaban.—«¡Se escapa con los suyos entregándonos en manos del enemigo! ¡Judas! ¡Judas!»—Por lo que hace á los dragones, que estaban todavía formando para la carga y esperando que el destacamento encargado de flanquearnos se colocara en la debida posición, contemplaron el hecho mudos é in-

móviles, sin saber qué hacer del caballero elegantemente vestido que corría hacia ellos á todo galope.

Nuestra duda, sin embargo, no duró mucho tiempo. Apenas sir Gervasio hubo llegado al sitio en que yacía el alferez, saltó del caballo y se apoderó de las pistolas del cadáver y del cinto que contenía la pólvora y balas. Terminada esta operación, montó con gran calma, entre una lluvia de balas que levantaban una blanca polvareda á su alrededor, y volviéndose contra los dragones, les disparó una de sus pistolas. Girando luego en redondo, tomó cortésmente su sombrero y, saludando con él, galopó hacia nosotros, sin otros percances que una leve herida de su caballo en el menudillo y un agujero en el faldón de su redingote. Los campesinos lanzaron un grito de júbilo, al verle volver, y desde aquel día se permitió á nuestro amigo usar sus pintorescos vestidos y hacer lo que quisiera, sin sospechar nuevamente cosa alguna de aquella librea de Satanás, ni recelar que á su dueño le faltara celo por la causa de los santos.

—Ya vienen—gritó Saxon.—¡ Que nadie dispare hasta que no lo haga yo! Si alguno se me anticipa, le enviaré una bala, aunque sea mi último tiro y tengamos á los dragones encima.

Mientras nuestro jefe profería esta amenaza y paseaba la vista por nosotros con expresión amenazadora, reflejando su propósito de ejecutarla, resonó un agudo toque de corneta entre los jinetes que estaban frente á nosotros, al que respondió otro precedente de nuestro flanco. Al oír aquella señal, ambos escuadrones picaron espuelas y se lanzaron contra nosotros á todo galope. Los que avanzaban por el campo se retrasaron algunos momentos, cayendo en algún desorden á causa de ser blando y pantanoso el terreno por donde caminaban; pero, habiendo logrado abrirse paso por él, recobraron la formación y se lanzaron con bizarría contra el seto. En tanto que nuestros adversarios hallaron el camino

expedito no aflojaron un instante, sino que avanzaron unidos contra nuestras toscas barricadas, con gran estrépito de arneses y una tempestad de juramentos.

¡ Ah, hijos míos ! Cuando un hombre, al llegar á viejo, trata de describir sucesos como éste, y de hacer ver á otros las cosas por que él mismo ha pasado echa de ver cuán escaso es el caudal de palabras que la generalidad de los hombres usa en la vida ordinaria y cuán insuficiente es para satisfacer á las diversas necesidades. Porque, aunque en este momento me represento aquel blanco camino de Somersetshire, con la desenfrenada carrera de la caballería, los semblantes enrojecidos y airados de los jinetes y las dilatadas narices de los bridones, todo ello envuelto en una nube de polvo, no puedo lisonjearme de pintarlo con bastante viveza ante vuestros ojos, que nunca contemplaron escenas análogas, y que ojalá no las contemplen jamás. Al pensar en el murmullo sordo y débil que resonó en un principio y que fué aumentando en intensidad y extensión á cada instante, hasta que cayó sobre nosotros con un estruendoso y ensordecedor estrépito que producía la impresión de un poder irresistible, hallo que mis débiles palabras son impotentes para expresarlo. A soldados inexpertos como nosotros les parecía imposible que nuestras frágiles defensas y débiles armas pudieran detener por un instante el ímpetu arrollador de los dragones. Entonces vi á derecha é izquierda rostros cubiertos de palidez cadavérica con los ojos abiertos y fijos, mostrando una tenacidad y obstinación que provenía de una actitud desesperada, más bien que de la confianza en la victoria. Por todas partes se oían exclamaciones y jaculatorias piadosas : « ¡ Señor, salva á tu pueblo ! ¡ Misericordia, Señor, misericordia ! ¡ No nos abandones en este trance ! ¡ Recibe nuestras almas, oh, Padre misericordioso ! » Saxon yacía sobre el carro con los

ojos despidiendo fuego y apuntando su pistola al enemigo con el brazo rígido y enteramente extendido. Siguiendo su ejemplo, todos afinamos la puntería, cuanto nos fué posible, contra la primera fila del enemigo. Toda nuestra esperanza de salvación estribaba en que aquella descarga fuera tan mortífera, que el enemigo quedase quebrantado en términos de no poder continuar el ataque.

Pero, ¿cuándo llegaba el momento de hacer fuego? Había que esperar que los jinetes estuvieran á diez pasos de nosotros. Pude distinguir las hebillas en los pechos de los dragones y los frascos de pólvora colgando de sus bandoleras. Un nuevo avance, y al fin la pistola de nuestro jefe hizo fuego, siguiendo su ejemplo nosotros con una descarga cerrada, que apoyaron los forzudos campesinos que estaban detrás con una lluvia de pesados guijarros. Pude oírlos chocar contra los cascos y las corazas, como el pedrisco al caer sobre las techumbres. La nube de humo que veló por un instante la línea de caballos que avanzaban al galope con sus bizarros jinetes, se desvaneció lentamente, dejando ver una escena muy distinta. Una docena de hombres y de caballos rodaban en confuso y sangriento montón, y sobre ellos caían los que venían detrás, á quienes no habían derribado nuestras balas y piedras. Caballos sueltos que lanzaban fuertes resoplidos, botas provistas de espuelas, figuras vacilantes que se levantaban y caían, hombres con la cabeza desnuda y expresión de furor y asombro, medio aturcidos por la caída, sin saber qué resolución tomar, tal era el conjunto que aparecía en el cuadro en primer término, mientras detrás y en el fondo veíase el resto de la tropa huyendo á todo correr, lo mismo los heridos que los sanos, movidos todos por el único deseo de llegar á un paraje seguro, donde pudieran renovar su deshecha formación. Los campesinos, alborozados, lanzaron una gritería de alabanzas y acción de gracias al To-

dopoderoso ; y, saltando por encima de la barricada, dieron muerte ó hicieron prisioneros á los pocos soldados indemnes que no habían podido ó querido unirse á sus compañeros en la fuga. Los vencedores se apoderaron con avidez de las carabinas, espadas y bandoleras ; y como algunos de ellos habían servido en la milicia y conocían bien el manejo de las armas que habían ganado, contamos para lo sucesivo con una ventaja nada despreciable.

La victoria, empero, no había sido completa. El escuadrón enemigo encargado de atacarnos por el flanco, había llegado atrevidamente hasta el seto, y una docena ó más de dragones se habían abierto paso por el mismo, á pesar de la lluvia de piedras y esfuerzos desesperados de los piqueros y guadañiles. Cuando los dragones estuvieron entre los campesinos, tuvieron sobre éstos gran ventaja merced á los chafarotes y armaduras de que disponían ; y aunque las guadañas derribaron á varios caballos, los soldados continuaron junto á ellos, rechazando y obligando á retroceder á sus feroces, pero mal armados enemigos. Un sargento de dragones, hombre de gran resolución y de fuerza prodigiosa, parecía ser el jefe del grupo y alentaba á sus soldados con la palabra y con el ejemplo. Una terrible picada de un chuzo hizo venir á tierra su caballo, pero el sargento saltó de la silla en el momento de caer y vengó la muerte de su corcel barriendo de un mandoble al piquero. Agitando en el aire el sombrero que tenía en su mano izquierda continuó animando á su gente y combatiendo á todos los puritaños que se le oponían, hasta que un hachazo le hizo caer de rodillas y el golpe de un mazo le rompió la espada cerca de la empuñadura. Al ver caer á su jefe, los soldados volvieron la espalda y huyeron por el seto. Pero el bizarro sargento, á pesar de estar desangrándose, continuó peleando, y seguramente le habrían dado el golpe de gracia si yo no le hubiera sacado de entre sus ene-

migos para transportarle á lá carreta, donde tuvo el buen acuerdo de permanecer tranquilo hasta que terminó la escaramuza. De los doce que habían saltado el seto sólo cuatro escaparon, y varios otros quedaron muertos ó heridos del otro lado de las zarzas, atravesados por las guadañas ó derribados de sus caballos por las piedras. En resumen nueve dragones quedaron muertos y catorce heridos, teniendo además nosotros siete prisioneros que no habían recibido daño alguno, diez caballos aptos para el servicio y una veintena ó más de carabinas, con abundante provisión de pólvora y balas. El resto de la tropa hizo una descarga irregular y luego huyó galopando por la encrucijada para desaparecer por entre los árboles de donde habían salido.

Sin embargo, todos estos resultados no se habían conseguido sin graves pérdidas por nuestra parte. El fuego de la mosquetería nos había hecho tres muertos y seis heridos, uno de ellos gravísimo. Además, cayeron heridos otros cinco en el ataque de nuestro flanco, y de ellos sólo uno daba esperanzas de vida. Un pistolón antiguo había reventado, ocasionando la muerte á su mismo dueño; y otro campesino tenía el brazo roto por la cox de un caballo. En total, nuestras pérdidas eran ocho muertos y otros tantos heridos; número que no podía menos de considerarse como excesivamente moderado, dada la violencia de la acometida y la superioridad del enemigo en disciplina y armamento.

Tan orgullosos se pusieron los labriegos con su victoria, que los que habían apresado caballos del enemigo pedían á gritos permiso para perseguir á los dragones á las órdenes de sir Gervasio y Rubén que lo deseaban dignamente. Pero Décimus Saxon no quiso dar oídos á semejante demanda, así como tampoco accedió al deseo del reverendo Josué Pettigrue que proponía subir inmediatamente á la carreta, y

como pastor aprovechar la ocasión para pronunciar una plática sentida de acción de gracias.

—Verdad es, buen maese Pettigrue, que debemos al Señor grandes alabanzas y vivas efusiones de agradecimiento, rivalizando en dulcísimas y santas demostraciones por la bendición que se ha dignado hacer descender sobre Israel—dijo,—pero la hora no ha llegado todavía. Hay tiempo de orar y tiempo de trabajar... Y, vamos á ver, amigo—continuó hablando con uno de los prisioneros :—¿á qué regimiento pertenecéis?

—Esa es una pregunta á la que no debo responder—dijo el interrogado en tono brusco.

—¡Hola! ¿Conque ésas tenemos? Pues habrá que ver si una cuerda atada alrededor de tu cabeza y algunas vueltas de un palo de tambor sirven para buscarte la lengua—replicó Saxon arrimando su cara á la del prisionero y mirándole en el fondo de los ojos con expresión tan feroz, que el hombre retrocedió asustado.

—Esa división de caballería—dijo—pertenece al segundo regimiento de dragones.

—Y, ¿dónde está ahora el regimiento?

—Le hemos dejado en el camino de Ilchester y Landport.

—Ya lo oís—exclamó nuestro jefe.—No tenemos un momento que perder, si no queremos que se nos eche encima la fuerza entera del enemigo. Colocad los muertos y heridos en los carros; y, si es preciso, uncid á ellos dos de esos caballos. No estaremos seguros hasta que hayamos llegado á la ciudad de Taunton.

En vista de eso, el mismo maese Josué se convenció de que las circunstancias no permitían ningún género de ejercicios espirituales. Los heridos fueron trasladados á la carreta y acostados sobre colchones, y los muertos tuvieron su puesto en el carro que había servido para defender nuestra retaguar-

dia. Los dueños del vehículo anduvieron tan lejos de oponer dificultades á que de esta manera se empleara un objeto de su propiedad, que nos ayudaron en todas las formas posibles á poner los arreos y enjaezar. A la hora de haber terminado la escaramuza, nos hallábamnos de nuevo prosiguiendo nuestro camino; y al volver la vista al lugar de la pelea, descubrimos á la luz del crepúsculo varias manchas, negruzcas, esparcidas aquí y allá en el camino blanco, y eran los cadáveres de los dragones que señalaban la escena donde habíamos obtenido la victoria.

XVI

DE NUESTRA LLEGADA Á TAUNTON

Las purpurinas tintas del crepúsculo teñían ya el paisaje con sus matices, y el sol se había hundido detrás de las lejanas colinas de Quantock y Brendon, cuando nuestra columna de rústica infantería avanzaba penosamente por entre Curry Rivel, Wrantage y Henlade. Cada vez que pasábamos por alguna de las viviendas situadas cerca del camino ó por alguna casa de labranza cubierta de encarnadas tejas, los moradores de las mismas salían á nuestro encuentro con jarros llenos de leche ó cerveza y, después de estrechar la mano á los labriegos, les instaban á que comieran y bebieran. En las pequeñas aldeas, jóvenes y viejos salían á saludarnos con gran regocijo, y vitoreaban con voces estruendosas al rey Monmouth y á la causa protestante. Los que en esos puntos habían permanecido en casa, eran en su mayor parte ancianos y niños; pero, de cuando en cuando, tropezábamos con algún labrador joven, á quien los deberes de su posición ó la duda del triunfo habían retenido en el lugar de su residencia; y, al ver éstos el aparato marcial con que marchábamos y

los trofeos de nuestra victoria, se proveyeron de un arma y se unieron á nuestras filas.

La pasada refriega había mermado el número de combatientes, pero al mismo tiempo contribuyó no poco á convertir aquella turba de campesinos en una verdadera fuerza militar. La dirección de Saxon y sus breves y severas frases de alabanza ó censura aumentaron esos mismos resultados. La gente guardaba cierta formación, marchando junta en un cuerpo compacto que se movía con cierto aire marcial. A la cabeza de la columna cabalgábamos el soldado veterano y yo, llevando en el medio á maese Pettigrue que continuaba á pie. Después venía el carro de nuestros muertos, á los que llevábamos en nuestra compañía á fin de darles decente sepultura. Detrás seguían dos veintenas de guadañiles y segadores precediendo al segundo carro que conducía á los heridos con sus rústicas armas al hombro. A continuación venía el grueso del contingente de campesinos; y finalmente cerraba la marcha la retaguardia, formada por diez ó doce hombres que, á las órdenes de Lockarby y sir Gervasio, cabalgaban en los caballos capturados y llevaban los petos, espadas y carabinas de los dragones.

Pude observar que Saxon caminaba volviendo la cabeza á nuestra espalda, echando frecuentes miradas á la campiña que dejábamos detrás y haciendo alto cada vez que el terreno presentaba alguna eminencia, para asegurarse de que no nos perseguían. Hasta después de haber recorrido muchas millas, no logramos percibir las luces de Taunton que titilaban á lo lejos en el valle de la hondonada hacia la que avanzamos; y entonces el viejo soldado exhaló un profundo suspiro de satisfacción y manifestó su creencia de que había pasado el peligro.

—No soy hombre—dijo—que se acobarda por pocas cosas; pero, como llevamos esta impedimenta de heridos y prisioneros, quisiera saber qué hubiera he-

cho el mismo Petrinus en el caso de habernos dado alcance la caballería enemiga. Ahora, maese Pettigrue, puedo fumar tranquilamente mi pipa sin sobresaltarme á cada chasquido de las ruedas de nuestros carros ó á cada grito de cualquier vociferador de aldea.

—Aun cuando nos hubieran perseguido—respondió el ministro con acento de firme convicción,—mientras nos escude la protección del Todopoderoso, ¿por qué habíamos de temerlos?

—¡Sí, sí!—repuso Saxon con impaciencia,—pero el diablo prevalece en ciertas ocasiones. Pues, ¿qué? ¿el mismo pueblo escogido no fué derrotado y sometido á cautividad? ¿Qué decís, vos, Clarke?

—Que una refriega como la que hemos tenido es faena bastante para un día—observé.—¡Pardiez! Si en lugar de dar la carga, hubieran continuado haciendo fuego con sus carabinas, no hubiéramos tenido más remedio que salir de detrás de nuestros parapetos, so pena de haber perecido allí todos.

—Precisamente por esa razón prohibí á nuestros amigos, los guardabosques, contestar con sus mosquetes—repuso Saxon.—Nuestro silencio les indujo á creer que no tendríamos más que una ó dos pistolas, y por eso se resolvieron á caer sobre nosotros. La descarga cerrada con que los recibimos fué tanto más terrible cuanto menos la esperaban. Apostaría cualquier cosa á que no hubo entre ellos un solo hombre que no temiera haber caído en una emboscada. Reparad bien en cómo volvieron grupas los grandísimos canallas y huyeron todos á una como si fuera una evolución convenida de antemano.

—Sin embargo, es preciso reconocer que los campesinos se han portado como hombres—añadí.

—¡Oh! No hay nada como una tintura de calvinismo para robustecer una línea de batalla—dijo Saxon.—Y si no, ahí tenéis á los suecos. Mientras están en sus casas, ¿qué gente más honrada y sen-

cilla podéis hallar? En ellos no encontraréis ni una sola de las virtudes militares, como no sea la de que pueden despachar más cerveza de pruche de la que vos podríais pagarles. Pero, calentadles un poco la cabeza con algunos pasajes belicosos de la Biblia, dadles una pica y poned á su frente un Gustavo y veréis que no hay en el mundo infantería capaz de resistir su empuje. Y, hablando de otra gente, ¿no he visto yo á jóvenes turcos, enteramente ajenos á la instrucción militar, combatir en defensa del Corán con tanto denuedo como esos valientes patanes lo han hecho por la Biblia, que maese Pettigrue levantaba en la mano delante de ellos?

—Paréceme, señor—observó el ministro gravemente—que no intentaréis con las palabras que acabáis de pronunciar, establecer comparación entre nuestras Sagradas Escrituras y los preceptos del impostor Mahoma, ni inferir tampoco que exista la menor semejanza entre la furia demoníaca de los infieles sarracenos y la fortaleza cristiana de los que pelean por la verdadera fe.

—Nada menos que eso—replicó Saxon guiñándome el ojo por encima de la cabeza del ministro.—Únicamente trataba de hacer ver con cuánta perfección puede imitar el espíritu de las tinieblas las obras del Espíritu Santo.

—Demasiado cierto, por desgracia, maese Saxon, demasiado cierto—respondió el clérigo en tono triste.—En medio del conflicto y de la discordia perenne entre el bien y el mal es difícil seguir el verdadero camino... Pero una de las cosas que más me maravillan es cómo entre las asechanzas y tentaciones que acompañan á la vida del soldado, habéis podido, vos, conservaros íntegro y sin mancha, con el corazón adherido á la verdadera fe.

—Seguramente ese privilegio no se debe á mi menguado valer y esfuerzo—respondió Saxon con acento fervoroso.

—En hecho de verdad, hombres como vos son los que se necesitan en el ejército de Monmouth—afirmó maese Josué.—Según mis noticias, hay en el campamento varios soldados procedentes de Holanda, Branderburgo y Escocia, los cuales poseen gran experiencia de las cosas de la guerra, pero tienen tan poco respeto á nuestra causa, que con sus lamentos y maldiciones aterrorizan á los campesinos y atraen sobre nuestras armas la cólera del Cielo. Otros, al contrario, permanecen fieles á la verdadera fe y se han criado entre los justos; pero, ¡ay! carecen de la instrucción militar necesaria. Nuestro celestial Señor puede obrar grandes cosas con instrumentos mezquinos; mas no por eso deja de ser cierto que hombres capaces de brillar como lumbres en el púlpito, sirven de poco en un combate parecido al de hoy... Aquí me tenéis á mí que puedo componer un discurso á gusto de mis feligreses, los cuales fruncen el ceño al ver que ha caído toda la arena de la clepsidra; (1) y no obstante, estoy convencido de que esa habilidad vale muy poco, cuando llega el momento de levantar barricadas y esgrimir las armas carnales. De esta suerte, ocurre en el ejército de los fieles una cosa particular, y es que los que son aptos para dirigir en la guerra, no gozan de la estimación del pueblo; mientras los que merecen el amor y reverencia de éste, apenas entienden nada de asuntos militares. Ahora bien, hoy hemos visto que vos sois tan inteligente como activo, experimentado en la pelea, y no obstante, de costumbres sobrias y moderadas, lleno de santos anhelos conforme á la palabra de Dios y dispuesto siempre á la lucha contra Lucifer. Por eso repito que habéis de ser entre nosotros un verdadero Josué ó un Sansón destinado á derribar las columnas gemelas de la Pre-

(1) Nota E, Apéndice.—Los relojes de arena en los púlpitos.

lacia y el Papado, sepultando en la ruina á este gobierno corrompido.

Décimus Saxon no respondió al anterior panegírico más que con uno de aquellos suspiros profundos que entre los fanáticos más ardientes eran el símbolo de una intensa emoción y lucha interior. Tan austera y devota era la expresión del semblante de Décimus, tan solemne su continente y tan frecuentes las elevaciones de sus ojos al cielo, el cruzar las manos y hacer otros signos característicos de los sectarios más extremos, que no pude menos de admirar la perfección y recónditos senos de la hipocresía que de manera tan completa servía de disfraz á los rapaces instintos de aquel veterano. Dejándome llevar de un maligno impulso, me complací en pensar que al menos yo sabía bien á qué atenerme respecto del valor de su religiosidad, y así le dije :

—¿No habéis referido al reverendo ministro la historia de vuestra cautividad entre los musulmanes y la noble defensa que hicisteis de la fe cristiana en Estambul?

—No me ha dicho nada de eso—repuso maese Josué,—y gustaría de conocer ese episodio de su vida. Me asombra mucho que una persona tan creyente é inflexible como vos, maese Saxon, pudiera escapar del furor de los sanguinarios secuaces de Mahoma.

—No me corresponde á mí hablar de esas cosas—respondió Saxon con gran calma y dominio de sí mismo, clavando al mismo tiempo en mí de soslayo una mirada venenosa.—Mis compañeros de desgracia son los que podrían describir los horrores que sufrí por la fe. No me cabe la menor duda, maese Pettigrué, de que vos hubierais hecho lo mismo en mi lugar. La ciudad de Taunton parece enteramente tranquila allá abajo, y se divisan pocas luces para la hora que es, pues todavía no han dado las diez. Evidentemente no han llegado aún las fuerzas de Mon-

mouth ; porque, á ser así, veríamos algunas hogueras del campamento en el fondo del valle. Verdad es que la temperatura permite dormir al aire libre ; mas los soldados necesitan fuego para preparar el rancho.

—El ejército apenas ha tenido tiempo de avanzar tanto—dijo el pastor.—He oído que la falta de armas y de disciplina ha sido causa de un gran retraso. Además, habéis de tener presente que Monmouth desembarcó en Lyme el día once de este mes, y que ahora estamos en la noche del catorce. En ese tiempo ha sido necesario hacer muchas cosas.

—¡ Cuatro días enteros y verdaderos !—gruñó el veterano.—Aunque, á decir verdad, no podía esperarse otra cosa, puesto que, según mis informes, carece de soldados expertos. Por la santa cruz de mi espada aseguro que Tilly ó Wallenstein no hubieran empleado cuatro días en llegar desde Lyme á Taunton, aunque hubieran tropezado en el camino con toda la caballería de Jacobo Estuardo. Las grandes empresas no se llevan á cabo con tantas dilaciones. El golpe debería ser vigoroso y repentino. Pero decidme, venerable señor, todo lo que sabéis sobre el particular, porque nosotros sólo hemos recogido en el camino rumores y conjeturas. ¿ No ha habido cierto encuentro en Bridport ?

—Ciertamente, allí se ha derramado alguna sangre. Los dos primeros días se pasaron, según creo, en alistar á los leales y buscar armas con que equiparlos. Tenéis razón para lamentaros, porque las horas son preciosas... Al cabo, se logró reunir quinientos hombres y, dispuestos en algún orden, emprendieron la marcha á lo largo de la costa, á las órdenes de lord Grey de Wark y de Wade el abogado. En Bridport le salieron al encuentro la milicia roja de Dorset y una parte de los amarillos de Portman. A ser cierto lo que se dice, ninguna de ambas partes

tiene motivo para ufanarse de la victoria. Grey y su caballería no descansaron hasta haber regresado nuevamente á Lyme; aunque algunos aseguran que su fuga obedeció más bien á ser los caballos duros de boca, que á la cobardía de los jinetes. Wade y sus infantes se portaron con gran valor y derrotaron á las tropas del rey. En el campamento se oyeron graves quejas contra Grey; pero Monmouth, difícilmente podía mostrarse severo con el único noble que tiene bajo su bandera.

—¡Bah!—exclamó Saxon en tono despreciativo. —No sé que fueran numerosos los nobles en el ejército de Cromwell, á pesar de lo cual se sostuvo contra el rey que tenía con él más lores que espinas hay en un zarzal. Teniendo al pueblo de nuestra parte, ¿para qué queremos á esos empelucados señores, cuyas blancas manos y finos espadines sirven de tanto en la guerra como los alfileres de muchas señoritas?

—¡Por vida mía!—exclamé yo,—si todos los pisaverdes desprecian su vida como nuestro amigo sir Gervasio, no quiero otros camaradas en el campamento.

—Cierto que sí—exclamó maese Pettigrué.—¿Qué importa que vaya vestido como José con una túnica de tantos colores y que emplee un lenguaje tan extraño? Todo eso no le ha impedido pelear con denuedo y bizarría contra los enemigos de Israel. Seguramente nuestra juventud es sana en el fondo, y merecerá que el Espíritu derrame sobre ella sus dones, aunque al presente esté enredada en las locuras del mundo y en las vanidades de la carne.

—Así tenemos que esperarlo—repuso Saxon devotamente.—Y, ¿qué más podéis decirnos del levantamiento, respetable señor?

—Poca cosa, fuera de que los campesinos habían acudido en tanto número, que fué preciso despedir á muchos por falta de armas. Todos los principales

vecinos de Somersetshire andan buscando hachas y guadañas. No hay herrero alguno que no tenga que trabajar en la fragua durante el día entero en forja de hierros de picas. Hay en el campo seis mil hombres pero no tienen mosquete la quinta parte. Según mis noticias, han avanzado sobre Axminster, á donde deben encontrar al duque de Albemarle, que ha salido de Exeter con cuatro mil hombres, de los que saben la instrucción.

—Entonces por fin llegaremos demasiado tarde—observé.

—Tendréis batallas de sobra, antes que Monmouth cambie su sombrero de viaje por la corona y el capote corto por la púrpura real—observó Saxon.

—Si nuestro respetable amigo está correctamente informado y se verifica el encuentro de que habla no será más que el prólogo del drama. Cuando Faversham y Churchill lleguen con las tropas del rey entonces será cuando Monmouth se jugará la última carta, yendo á parar al trono ó al cadalso.

Mientras esta conversación había seguido su curso, nuestras cabalgaduras avanzaron por el tortuoso camino que se tiende á lo largo de la vertiente oriental de Taunton Deane. Algún tiempo antes, habíamos podido percibir en el fondo del valle las luces de la ciudad y la prolongada corriente del río Tone. La luna brillaba en un cielo sin nubes, derramando su tranquila y silenciosa luz sobre los valles más hermosos de Inglaterra. Residencias de lores y casas señoriales, torres coronadas por agudos pináculos, grupos de casas con techos cubiertos de bardas, arboledas é inmóviles zonas sembradas de trigo, sombríos grupos de árboles por entre cuyas ramas salía con intermitencias la luz de las viviendas; todos estos objetos nos rodeaban formando el sombrío y mud paisaje que se extendía ante nosotros sirviendo de marco á nuestros sueños. Tan tranquila y deliciosa era la escena, que detuvimos nuestros caballos en l

curva que ofrecía la vereda; y los campesinos, fatigados, hicieron también alto, mientras los heridos se incorporaban en la carreta para recrear la vista con el espectáculo de aquella tierra de promisión. De pronto resonó en el silencio de la noche una voz potente y fervorosa que impetraba el favor y auxilio de la Fuente de todo Bien, pidiéndole que guardara y conservara á sus criaturas. Era Josué Pettigrue que, hincado de rodillas, impetraba las luces de lo alto y daba gracias por haber librado á su grey de sucumbir en los numerosos peligros que le habían asaltado durante el viaje. Quisiera, hijos míos, tener uno de esos mágicos cristales de que os hablan los cuentos de hadas para poder presentaros la escena en toda su viva realidad. Las sombrías figuras de los jinetes, el grave y severo continente de los rústicos, al orar de rodillas ó apoyados en sus toscas armas, la expresión medio burlesca, medio cobarde de los dragones cautivos, la línea de rostros pálidos contraídos por el dolor que asomaba por encima de los tableros del carro, y el coro de gemidos, gritos y jaculatorias que se formó al oirse la voz solemne y augusta del pastor: ahí tenéis los elementos principales del cuadro. Encima de nosotros se tendía el brillante cielo, y debajo el valle cuyas hermosas laderas aparecían iluminadas por la blanca luz de la luna y avanzaban hasta perderse en la lejanía. Si me fuera dado pintar semejante escena con la habilidad que lo hubieran hecho Verrio ó Laguerre, no tendría necesidad de describirla con estas pobres y descoloridas palabras.

Maese Pettigrue había concluído su acción de gracias, disponiéndose á dejar la humilde postura que tenía, cuando el timbre musical de una campana salió de la adormecida ciudad. Por espacio de algunos minutos continuó regalando nuestro oído con su dulce y pura cadencia. Luego siguió otra nota más profunda y bronca á la que se unió después otra tercera,

hasta que al fin el aire se llenó de alegres melodías. Al mismo tiempo llegaron á nosotros los rumores de vítores y hurras, creciendo poco á poco y convirtiéndose en breve en atronador estruendo. Aparecieron innumerables luces en las ventanas; oyóse el redoblar de tambores y la ciudad entera hervía en demostraciones de alborozo. Tales signos de regocijo, á raíz de haber terminado su plegaria el ministro, fueron acogidos como augurio feliz por los supersticiosos labriegos, que lanzaron gritos de alegría y apresuraron su marcha, no tardando en llegar á las afueras de la ciudad.

Las diversas avenidas y calzadas negreaban, cubiertas de gente, hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales llevaban antorchas y faroles acudiendo todos al mismo punto. Detrás de ellos, seguimos nosotros hasta la plaza del mercado, donde grupos de muchachos apilaban leña para hacer una hoguera, mientras otros espitaban algunos barriles de cerveza. La causa de esta repentina explosión de júbilo, según se nos dijo, eran las noticias recibidas de que la milicia de Devonshire, mandada por Albemarle, había desertado en parte, y en parte sido derrotada en Axminster, aquella misma mañana. Cuando se tuvo noticia de nuestra victoriosa escaramuza, la alegría del pueblo subió de punto. Amontonáronse en torno nuestro vitoreándonos en el extraño y áspero lenguaje del Oeste y se precipitaron á abrazar á los caballos y á nosotros. No tardó en disponerse lo necesario para alojar á los campesinos victoriosos. Un amplio y desocupado almacén de lanas, cuyo piso estaba cubierto de una espesa capa de paja, fué el lugar que se nos ofreció junto con un tonel de cerveza y abundantes provisiones de fiambres y pan de trigo. Por nuestra parte, emprendimos la marcha por la calle del Este entre una multitud que nos aclamaba y aplaudía palmoteando, en dirección á la *Posada del Ciervo Blanco*, donde, después de to-

mar algo apresuradamente, nos fuimos á buscar nuestras camas. Bastante avanzada ya la noche, nuestro sueño fué interrumpido por los repetidos clamores de la multitud, que después de quemar las efigies de lord Sunderland y de Gregorio Alford, alcalde de Lyme, continuó entonando canciones del país é himnos puritanos hasta las primeras horas de la mañana.

XVII

DE LA PARADA Y REUNIÓN CELEBRADAS EN LA PLAZA

La hermosa ciudad en que al presente estábamos, constituía el verdadero centro de la insurrección, á pesar de no haber llegado á ella Monmouth. Era una población próspera, con gran tráfico de lanas y paños bastos, que daba trabajo á unos siete mil habitantes. Ocupaba, por tanto, un lugar preeminente entre las villas inglesas que tenían derecho de representación en el Parlamento, y sólo era inferior en importancia á Bristol, Norwich, Bath, Exeter, York, Worcester y Nottingham. Taunton gozaba gran fama, hacía mucho tiempo, no sólo por su riqueza y por el genio industrial de sus habitantes, sino también por la hermosura y excelente cultivo del terreno que la rodea, siendo la cuna de una raza valiente de ricos hacendados. Desde tiempo inmemorial, Taunton había sido el punto de reunión de los partidarios de la libertad, y por espacio de muchos años se había inclinado á favor de la república en política y del puritanismo en religión. Ningún otro lugar del reino había peleado más valerosamente á favor del Parlamento; y aunque había sido sitiada dos veces por Goring, sus habitantes, capitaneados por el invicto Roberto Blake, habían luchado con tal desesperación, que los realistas se vieron siempre compelidos

á retirarse desconcertados. En otra ocasión los defensores de la ciudad mencionada tuvieron que alimentarse con carne de perro y caballo, pero su heroico jefe, que era el mismo Blake, á cuyas órdenes había peleado el viejo marino Salomón Sprent contra los holandeses, no quiso oír hablar de rendición. El Consejo privado del rey, después de haber sido restaurado Carlos en el trono, había dado muestras de tener presente el importante papel desempeñado por la capital de Somersetshire, dictando una orden especial para que fueran derribadas las murallas que cercaban la fortaleza principal. Así, pues, en la época á que me refiero, sólo una línea de ruinas y algunos baluartes que apenas tenían aspecto de tales, representaban el círculo macizo de espesos muros que tan valerosamente habían sido defendidos por la última generación de tauntoneses. Sin embargo, no faltaban todavía rastros de aquellos tiempos de disturbios. Las casas de las afueras presentaban aún las brechas y derribos efectuados por las bombas y granadas de los sitiadores. En hecho de verdad, la villa entera ofrecía cierto aspecto marcial que la distinguía como á una veterana entre las de su clase, con señales de haber militado en otros tiempos y de estar dispuesta nuevamente á presenciar los fogonazos de los cañones y oír el estruendo de los disparos.

El Consejo de Carlos pudo destruir los baluartes que sus soldados no supieron tomar; pero ningún edicto real era capaz de extinguir el espíritu resuelto y atrevidas opiniones de los habitantes de Taunton. Muchos de ellos, nacidos y criados entre los trastornos de la guerra civil, se habían acostumbrado desde niños á las historias de la antigua guerra y conservaban recuerdos del gran asalto, en que los valentones de Lunsford fueron rechazados de la brecha principal por el denuedo y arrojó de sus padres. De esta suerte, se fomentó en Taunton un espíritu

más belicoso y agresivo del que suele encontrarse en las ciudades inglesas de la campiña; y este sentimiento fué desenvuelto por infatigables ministros de una fracción escogida de clérigos noconformistas, entre los que sobresalía José Alleine. No podía haberse elegido un foco más adecuado para el levantamiento, porque ninguna ciudad estimaba tanto las libertades y el credo que estaban en litigio.

Una gran parte de los ciudadanos había abandonado sus residencias para incorporarse al ejército rebelde; pero no pocos se quedaron defendiendo la ciudad; y estos últimos fueron reforzados por bandas de campesinos como la que nos acompañaba, reunidas allí de la región cercana, y que ahora repartían el tiempo entre escuchar á sus predicadores favoritos y aprender á ponerse en línea de batalla y á manejar sus armas. En las calles, en la plaza y en el gran cercado de la ciudad los advenedizos practicaban marchas y ejercicios por la noche, por la mañana y al mediodía. Cuando, después del desayuno, salimos á dar un paseo á caballo, toda la ciudad resonaba con las voces de mando y el estrépito de las armas. Nuestros propios amigos del día anterior se encaminaban á la plaza del mercado en el momento en que entrábamos, y no bien nos divisaron, cuando levantando en alto sus sombreros, nos vitorearon con gran entusiasmo y no cesaron en el empeño de que nos uniéramos á ellos y nos colocáramos á la cabeza.

—Han dicho que no quieren otro jefe que á vos —dijo el ministro colocándose al estribo de Saxon.

—No podía desear tener á mis órdenes gente más valerosa—repuso el último.—¡Ea! ¡A desplegar en doble línea frente al ayuntamiento de la ciudad!... ¡Así, así, con bizarría, fila de retaguardia!—gritó colocando junto á ellos su caballo.—Ahora vais á girar en redondo sin perder la formación. El flanco izquierdo que conserve su puesto mientras los otros

ejecutan la evolución... ¡ Aire marcial ! ¡ Así has de marchar, erguido y firme como un Andrés Ferrara !... Oye, amigo, llevas la pica como si fuera un azadón... ¡ Inclínala más hacia adelante !... Aunque, de todos modos, confío en que has de trabajar bien con ella en la viña del Señor... ¡ Ese de la tercera !... ¡ No se lleva el arma como un bastón !... ¿ Dónde se ha visto jamás tener que poner orden en una multitud tan abigarrada ? El mismo Flamenco, mi buen amigo, no me sirve aquí para nada ; ni Petrinus, en su obra *De re militari*, trae observaciones de ningún género sobre la manera de enseñar la instrucción á un hombre armado con una guadaña ó con una hoz.

— ¡ Guadañas al hombro ! ¡ Tercien guadañas ! ¡ Preparen guadañas !... ¡ Aaaa... guadañar ! — dijo Rubén en voz baja á sir Gervasio, y ambos se echaron á reír, sin hacer caso de las furiosas miradas de Saxon.

— Dividámoslos — dijo el último — en tres compañías de ochenta hombres. O si no aguardad... ¿ cuántos mosqueteros tenemos en total ? Cincuenta y cinco... Que avancen y formen la primera línea ó compañía... Sir Gervasio Jerónimo, vos habéis servido de oficial en la milicia de vuestro condado, é indudablemente tendréis algún conocimiento de la instrucción del recluta. Como jefe de esta fuerza, os nombro capitán de la compañía de mosqueteros. Formará la primera línea de batalla ; es un puesto que me parece no ha de desagradaros.

— ¡ Voto á tal ! — exclamó sir Gervasio con decisión ; — ahora sí que les obligaré á que se peinen y perfumen la cabeza.

— Os encargaréis de ordenarlos y dirigirlos en todo — repuso Saxon. — ¡ Vamos á ver ! La primera compañía. ¡ Seis pasos al frente !... Así... Avancen todos los piqueros... Ochenta y siete, una buena compañía... Lockarby, encargaos de estos hombres, y no

olvidéis que las guerras alemanas han demostrado ser tan impotente la mejor fuerza de caballería contra un cuadro de piqueros como las olas del mar contra una roca. Os nombro capitán de la segunda compañía y habéis de cabalgar al frente de ella.

—Aseguro, por quien soy, que si no muestran más habilidad para la pelea que su capitán para montar—murmuró Rubén,—esto va á ser un mal negocio. Pero espero en que han de mantenerse más firmes en el campo que yo en la silla.

—Os confío á vos, capitán Miguel Clarke, la tercera compañía de guadañiles—continuó Saxon.—El buen maese Pettigrue nos servirá de capellán. ¿Acaso no han de ser para nosotros su voz y presencia como un maná en el desierto ó como una fuente de agua en regiones yermas y áridas? Ya veo que habéis elegido vuestros cabos y sargentos; los capitanes que han de dirigiros podrán aumentar el número de los mismos con los que se distinguan en la pelea por su bravura. Ahora tengo que deciros una cosa, y os la participo para que os enteréis bien, y nadie pueda quejarse en lo sucesivo de que no se le han expuesto con claridad las reglas á que ha de atenderse. Pues bien, os hago saber que cuando suene el toque de retirarse á descansar y se pongan á un lado los yelmos y las picas, yo soy como vosotros y vosotros como yo, compañeros de trabajo en el mismo campo y creyentes que abrevamos nuestras almas en las mismas fuentes de vida... Así, pues, rezaré con vosotros, predicaré con vosotros, oiré con vosotros las pláticas de nuestro capellán ú os expondré alguna doctrina espiritual ó haré cualquier otra cosa que siente bien á un peregrino encargado de acompañar á sus hermanos en el fatigoso camino que conduce á la eternidad. Pero reparad bien, amigos míos: cuando estemos en armas y empleados en la gran obra que es preciso llevar á cabo, de marcha, en el campo de batalla, ó en parada, entonces es

preciso que vuestro comportamiento sea estricto, marcial y escrupuloso, mostrándoos atentos á oír y prontos á obedecer, porque no quiero gandules ni poltrones; y si entre vosotros hubiere alguno de esa condición, le haré sentir todo el peso de mi rigor, hasta quitarle de en medio, si no se corrige. Repito que para tales soldados no habrá misericordia.

Al llegar aquí, se detuvo un momento y paseó la mirada por sus tropas, con rostro severo y los ojos sepultados bajo los párpados medio caídos.

—Si, pues—continuó,—hay alguno entre vosotros que tema el yugo de la disciplina, salga de aquí al punto y le confiaremos á otro jefe menos escrupuloso; porque os aseguro que mientras yo tenga el mando de estas tropas, el regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por Saxon, ha de dar pruebas de que verdaderamente es digno de la grande y gloriosa causa, que defenderemos hasta el último trance.

El coronel puso término á su arenga y permaneció silencioso en la jaca que montaba. Las prolongadas filas de aldeanos se quedaron contemplando, unos con mirada estólida, otros con expresión de asombro y algunos con temor, el severo y enjuto rostro y los terribles ojos del jefe. Nadie se movió, sin embargo, y entonces volvió á decir el coronel:

—El digno alcalde de esta ilustre villa de Taunton, mease Timewell, que ha sido fuerte como una roca en la defensa de la verdadera fe durante estos tiempos de prueba, se dispone á pasarnos revista, cuando hayan llegado todos los refuerzos. ¡Capitanes, á vuestras compañías! ¡Mosqueteros, á formar! ¡Más juntos, de modo que queden tres pasos entre las filas! Guadañiles, colocaos á la izquierda, y que los cabos y sargentos ocupen sus puestos en los flancos y á retaguardia. ¡Así! No está mal para la primera vez; aunque un buen instructor, provisto de

una vara al estilo imperial, podría hallar ocupación en vosotros.

Mientras de este modo nos organizábamos rápida y eficazmente, en un regimiento, otros cuerpos de campesinos, más ó menos disciplinados, habían marchado á la plaza y tomado allí su puesto. Los que estaban á nuestra derecha, procedían de Frome y Radstock, puntos situados al norte de Somersetshire, y eran una muchedumbre confusa armada de mazos, martillos y otros instrumentos análogos, sin otro signo de orden ni cohesión que una ramita verde en el sombrero. El grupo colocado á nuestra izquierda, enarbolaba una bandera en señal de que pertenecían á Dorset y era poco numeroso, pero estaba mejor equipado y presentaba una línea de frente como la nuestra, enteramente armada de mosquetes.

Entretanto, los buenos habitantes de Taunton con sus mujeres é hijas habían salido á los balcones y ventanas, que dominaban la plaza, á fin de gozar del espectáculo. De cada punto de observación miraban á la plaza grupos de ciudadanos de semblante grave y barbudo envueltos en amplios vestidos y acompañados de sus majestuosas señoras que lucían prendas de terciopelo y abrigos de tafetán, mientras aquí y allá aparecía el semblante tímido de alguna doncella puritana justificando la antigua nombradía que gozaba Taunton de ciudad donde abundaban las mujeres hermosas y los hombres valientes. En las aceras se apiñaba una muchedumbre de gente ordinaria : ancianos operarios de blanca barba, matronas de rostros severos, muchachas de la campiña con sus chales y mantillas sobre la cabeza y enjambres de chiquillos que vitoreaban con sus voces chillonas al rey Monmouth y á la sucesión protestante.

—A fe mía—dijo sir Gervasio refrenando su caballo frente al mío,—nuestros rutinarios amigos, que al parecer están reñidos con los preceptos de la moda, no deberían tener tanta prisa por ir al Cielo, vi-

viendo rodeados de tantos ángeles en la tierra. ¡Vive Dios, y que son hermosas! Ni un lunar postizo, ni un diamante, y, sin embargo, ¿qué no darían nuestras bellezas ajadas del Mall ó de la Piazza por la inocencia y frescura de estas señoritas?

—¡Por los clavos de Cristo, sir Gervasio, no las sonriáis ni saludéis de esa manera!—dije yo.—Tales cortesías pueden pasar en Londres, pero se interpretarían mal entre estas sencillas muchachas de Somerset y sus cabezudos y violentos paisanos.

No bien había pronunciado las anteriores palabras, cuando se abrieron de par en par las puertas del ayuntamiento y comenzó á salir á la plaza del mercado una procesión cívica formada por las personas de mayor representación de la ciudad. Precedíanlos dos trompeteros con casacones de diversos colores, y al paso que avanzaban hacían sonar en sus instrumentos un breve toque. Detrás seguían los regidores y concejales, ancianos venerables, cubiertos con luengas togas de seda negra guarnecidas de rica piel y con esclavinas de armiño. A continuación iba el secretario del ayuntamiento y notario de la ciudad, hombre rechoncho y de semblante rubicundo, llevando en la mano el bastón propio de su cargo; y cerraba el cortejo de dignatarios la alta y majestuosa figura de Esteban Timewell, alcalde corregidor de Taunton.

El aspecto de este magistrado atraía por muchos títulos la atención, porque en él aparecían encarnados y exagerados los caracteres del partido puritano á que pertenecía. Era, como hemos dicho, muy alto y delgado; y su enjuto y demacrado semblante, en el que se reflejaba una austera modestia, hablaba de ayunos y vigiliias. La curvatura de sus espaldas y la cabeza caída sobre el pecho anunciaban los estragos de la edad, pero sus brillantes ojos de color gris de acero y la animación de su expresivo rostro mostraban hasta qué punto el entusiasmo religioso pue-

de sobreponerse á la flaqueza corporal. Una revuelta barba entrecana que terminaba en punta descendía hasta la mitad del pecho, y sus largos cabellos de nivea blancura se derramaban saliendo por debajo del casquete de terciopelo. Esta prenda se ajustaba tan estrechamente á su cabeza, que hacía sobresalir excesivamente sus orejas á ambos lados; circunstancia que le había merecido entre sus partidarios el título de orejudo, con que frecuentemente le designaron sus adversarios. El traje que usaba era de estudiada sencillez y color obscuro y se componía de manto negro, calzones de terciopelo y medias de seda completándose con zapato bajo, adornado con lazo de terciopelo en lugar de las hebillas de plata, entonces en boga. Una gruesa cadena de oro, colgada del cuello, constituía la insignia de su cargo. Frente á él se pavoneaba la personalidad rechoncha del notario de la ciudad, vestido de rojo, con una mano apoyada en la cadera y la otra empuñando la vara de su oficio. Este funcionario marchaba con gran fausto y solemnidad saludando á derecha é izquierda, como si todos los aplausos del público fueran exclusivamente para él. Nuestro hombrecillo llevaba al cinto un enorme espadón que arrastraba sonando sobre los guijarros, al avanzar su dueño, y de cuando en cuando se le enredaba, obligándole á levantar gravemente una pierna para conseguir que el arma volviera á su primera posición, después de lo cual proseguía su marcha sin menoscabo alguno de su dignidad. Al fin, viendo que tales interrupciones sobrevenían con demasiada frecuencia, apoyó la mano izquierda sobre la empuñadura del espadón, de modo que al descender aquélla se elevara la punta en alto, y de esta suerte continuó su marcha majestuosa, como gallo de Java con una sola pluma en la cola.

El alcalde, después de pasar por delante y detrás de los diversos cuerpos de tropa y de haberlos inspeccionado con una minuciosidad y atención pro-

pías del militar que conserva íntegras sus facultades, se volvió á nosotros con intención manifiesta de pronunciarnos un discurso. El actuario se colocó al punto frente á la primera autoridad de Taunton y levantando en alto los brazos comenzó á gritar: ¡Silencio, honrado pueblo! ¡Silencio, que va á hablar el respetabilísimo alcalde corregidor de nuestra ciudad! ¡Silencio en consideración al digno señor Esteban Timewell! Pero en medio de tales voces y ademanes se enredó una vez más en el enorme espadón, y cayó cuan largo era en la cuneta agitando manos y piernas.

—¡Vos sois quien ha de guardar silencio, mae-se Tetheridge!—dijo con acento severo el principal magistrado.—Si os recortaran un poco la espada y la lengua saldríamos ganando mucho, tanto vos como nosotros. ¿No he de poder decir cuatro palabras oportunas á estos buenos ciudadanos, sin que vos me interrumpáis con vuestros discordantes gritos?

La multitud se apiñó inquieta y ávida detrás del grupo formado por los consejeros, mientras el alcalde subía lentamente las escaleras de la cruz que se levantaba en el centro de la plaza. Desde este punto nos dirigió la palabra comenzando con una voz alta y chillona que tomó cuerpo al adelantar el orador en su discurso, hasta que se hizo oír en los ángulos más apartados del cuadrilátero.

—Amigos en la fe—dijo,—doy gracias al Señor por haberme conservado en mi vejez para contemplar esta magnífica asamblea. Porque nosotros, los ciudadanos de Taunton, siempre hemos mantenido vivo el fuego del *Covenant*, verdadero pacto sagrado, que si bien á veces ha sido obscurecido por hombres esclavos del mundo á ejemplo de los habitantes de Laodicea, no por eso ha dejado de arder en los corazones de nuestro pueblo. Sin embargo, nos sentíamos rodeados de una calamidad, peor que las tinieblas de Egipto, á cuyo amparo podían desencade-

narse y causar estragos sin límites el Papismo y las perniciosas doctrinas de los prelatistas, arminianos, erastianos y simoníacos. Pero, ¿qué es lo que ahora miran mis ojos? ¿Veo á los fieles ocultándose medrosos en sus escondrijos y aguzando su oído para percibir el galopar de la caballería de sus opresores? ¿Veo á una generación esclava del siglo, que tiene la mentira en los labios y sepulta la verdad en su corazón? ¡No! Veo delante de mí á hombres dignos y excelentes que no sólo son de esta ciudad, sino de toda la comarca que la rodea, y de Dorset, y de Wiltshire, y aun, según tengo entendido, de Hampshire, todos dispuestos con los más vehementes deseos á hacer cosas grandes por la causa del Señor. Y cuando veo á estos hombres fieles, y cuando pienso que cada sueldo de las cajas de mis conciudadanos está pronto á socorrerles, y cuando me consta que los que quedan en todo el país sufriendo persecución se deshacen en oraciones por nosotros, entonces oigo dentro de mí una voz que me dice que hemos de derribar los ídolos de Dagón y edificar en nuestra querida Inglaterra un templo de la verdadera fe, tan firme y grandioso, que ni el Papismo, ni el Prelatismo, ni la idolatría, ni ningún otro artificio del espíritu del mal prevalecerá jamás contra él.

Un profundo y arrollador murmullo de aprobación estalló en el auditorio comenzando en las apretadas filas de la infantería insurrecta y yendo acompañado de un sordo estruendo producido por los mangos de las guadañas, las culatas de las carabinas y las astas de las picas al golpear el pavimento de piedra. Saxon volvió un poco su semblante airado, levantando al mismo tiempo una mano impaciente y el bronco murmullo se extinguió entre los nuestros, si bien los compañeros que teníamos á izquierda y derecha, menos disciplinados, continuaron agitando las verdes ramas que traían y haciendo sonar sus armas. Los tauntoneses permanecieron sombríos y si-

lenciosos, pero la expresión de sus rostros demostraba que la oratoria del alcalde había conmovido hondamente el fanático espíritu que los distinguía.

—En mis manos—continuó el venerable Timewell sacando del seno un rollo de papel,—está la proclama que nuestro augusto jefe ha enviado como heraldo de su venida á Inglaterra. En el primer manifiesto que su magnanimidad se dignó dar á conocer en Lyme, declaró que dejaría la elección del monarca á los Comunes del reino; pero habiendo visto que sus enemigos abusaban escandalosa é indignamente de este acto de abnegación por su parte, llevando su impudencia al extremo de asegurar que nuestro jefe fiaba poco en la justicia de su causa, que no se atrevía á usar en público el título que se le debe, ha resuelto poner término á tal estado de cosas. Sabed, por tanto, que en virtud del nuevo documento queda proclamado Jacobo duque de Monmouth por legítimo rey de Inglaterra para de aquí en adelante; y que Jacobo Estuardo el papista y fratricida, es un infame usurpador, cuya cabeza, viva ó muerta, se pone á precio, pagando cinco mil guineas al que la presente; y tened, además, entendido que la asamblea establecida en Westminster, y que se denomina á sí misma con el título de Comunes de Inglaterra, es una asamblea ilegal, y sus actos carecen de todo valor ante la ley. ¡Dios bendiga al rey Monmouth y á la religión protestante!

Los trompeteros dejaron oír un breve toque, y el pueblo prorrumpió en vítores y aclamaciones; pero el alcalde levantó sus delgadas y blancas manos en demanda de silencio.

—Esta mañana me ha llegado un mensajero del rey—continuó.—Su Majestad envía un saludo á todos sus fieles súbditos protestantes, y manifiesta que después de hacer alto en Axminster para descansar á raíz de la victoria obtenida, proseguirá su avance sin pérdida de tiempo y estará con vosotros dentro

de dos días lo más tarde. Sin duda ha de causaros gran pena la noticia de que el buen corregidor Rider pereció en lo más recio de la pelea. Ha muerto como buen cristiano, dejando todas sus riquezas temporales, junto con sus fábricas de paño y fincas de familia para la continuación de la guerra. Entre los demás muertos sólo se cuentan diez de esta ciudad. Han caído también dos valientes hermanos, Oliverio y Efraín Hollis, cuya pobre madre...

—No os apenéis por mí, buen señor Timewell—clamó una voz de mujer que salía de la multitud.—Me quedan aún otros tres hijos tan animosos como ellos, y que pelearán por la misma causa.

—Sois una heroica mujer, señora Hollis—repuso el alcalde,—y no perderéis á vuestros hijos. El otro nombre que sigue en mi lista de muertos es José Trefail, después del que vienen José Millar y Aminadab Holt...

Un viejo mosquetero que estaba en la primera línea de la infantería de Taunton se caló el sombrero hasta las cejas y gritó con voz alta y firme :

—El Señor lo dió, y el Señor lo quitó. Sea su nombre bendito.

—Era el único hijo que teníais, maese Holt—continuó el alcalde,—pero también el Señor sacrificó á su Unico Hijo, para que vos y yo pudiéramos beber las aguas de la vida eterna. Los demás son Path de Light Regan, Jacobo Fletcher, Salvación Smith y Roberto Johnstone.

El viejo puritano enrolló gravemente sus papeles, y después de permanecer algunos momentos con las manos cruzadas sobre el pecho en silenciosa oración, descendió de la escalinata de la cruz y emprendió el regreso, seguido de los regidores y consejeros. La multitud comenzó á dispersarse tranquila y moderadamente con semblantes serios y ojos recogidos. Sin embargo, un gran número de aldeanos, más curiosos ó menos devotos que los habitan-

tes de la ciudad, se amontonaron alrededor de nuestro regimiento para contemplar á los vencedores de los dragones.

—*Miá* á ese hombre con una cara como un gerifalte—dijo uno señalando con el dedo á Saxon;— éste es el que mató ayer tarde al oficial filisteo y ganó la batalla á favor de los fieles.

—Repara en aquel otro de más allá—añadió una vieja comadre,—aquel tan señorito con vestidos como un príncipe. Es uno de los señores de calidad, que ha venido de Londres para sacar la cara por el credo protestante... Un caballero muy piadoso. ¡Vaya si lo es! Y si *hubiá* quedado en aquella mala ciudad... le *hubián* cortado la cabeza, como hicieron con el bendito lord Roossell, y luego le *hubián* cargado de cadenas *pa toá su vida* como al buen maese Baxter.

—¡Anda, rediez, compadre!—añadió un tercero. —Ese de la bandolera y del caballo pardo es el soldado que más me gusta. Tiene los carrillos lisos y colorados, como las muchachas de los cerros de Brendon, y es tan fuerte como un Goliat. Apuesto cualquier cosa á que puede agarrar al bruto de Juanón y tirarle por encima de la silla tan fácilmente como Towser tira su morrillo... Pero aquí está el buen maese Tetheridge, el notario, y que viene bien aprisa, porque es hombre que no pierde el tiempo y se desvive por la buena causa.

—¡Sitio, buena gente, sitio!—exclamó el empleadillo del municipio hinchando la voz con tono autoritario.—No impidáis á los altos oficiales de la Corporación municipal el ejercicio de sus elevadas funciones. Y tampoco debéis ponerlos á los flancos de la tropa, porque los estorbaríais si tuvieran que desplegar y extender la línea como suelen ordenar ahora muchos grandes generales. Decidme, ¿quién manda esta cohorte, ó, por mejor decir, legión, puesto que, según veo, lleva aneja fuerza de caballería?

—Este es un regimiento, seor galopo—dijo Saxon con acento áspero.—El regimiento de infantería de Wiltshire del coronel Saxon, que me cabe la honra de mandar.

—Pido mil perdones á vuestra coronelería—repuso nerviosamente el actuario esquivando el moreno rostro del soldado.—Ya he oído hablar de vos, coronel, y de vuestras hazañas en las guerras alemanas. También yo he manejado una pica en mi juventud y he roto dos ó tres cabezas, sí, señor... y algún corazón femenino cuando usaba colete de ante y bandolera.

—Dad al punto el recado que traéis—dijo nuestro coronel con sequedad.

—Es un encargo del muy venerable señor alcalde, para vos y para vuestros capitanes, que indudablemente son estos fornidos caballeros que veo á ambos lados. A fe mía que son bravos mozos; pero vos y yo sabemos bien que algún conocimiento de la ésgrima basta para poner al menor de nosotros al nivel del hombre más forzado. Aseguro que vos y yo, con ser soldados viejos, podríamos habérnoslas, espalda con espalda, contra estos tres valientes.

—Despachad, amigo—repuso Saxon mal humorado, y estirando su largo brazo asió al gárrulo empleado por las solapas del gabán y le sacudió varias veces hasta que su larga espada volvió á chocar de nuevo contra los guijarros del piso.

—¡Cómo! ¿Qué hacéis, coronel?—exclamó mae-se Tetheridge, cuyo uniforme pareció adquirir un tinte más obscuro á causa de la repentina palidez de su rostro.—¿Os atrevéis á poner la mano en el representante del alcalde? Llevo una espada al cinto, como veis, y además soy algo arrebatado y colérico; y, por tanto, os prevengo que os abstengáis de cuanto pueda dar origen á un lance personal. Por lo que se refiere á mi mensaje, debo decir que el muy ho-

norable señor alcalde desea hablar algunas palabras con vos y vuestros capitanes en el ayuntamiento.

—Allí iremos ahora mismo—dijo Saxon, y volviéndose al regimiento, se puso á explicar algunas evoluciones lo mismo á los oficiales que á los soldados, porque aunque sir Gervasio tenía algún conocimiento del manual del recluta, Lockarby y yo le desconocíamos en absoluto. Cuando se dió la orden de romper filas, nuestros compañeros se volvieron al cuartel improvisado en el almacén de lanas; y nosotros entregamos nuestros caballos á los mozos de la posada del *Ciervo Blanco* y marchamos á ofrecer nuestros respetos al señor alcalde.

XVIII

DEL SEÑOR ESTEBAN TIMEWELL, ALCALDE CORREGIDOR
DE TAUNTON

Dentro del ayuntamiento todo era ruido y confusión. A un lado se veía una mesa baja cubierta de bayeta verde, junto á la cual se sentaban dós escribientes con enormes rollos de papel frente á ellos. Una larga fila de vecinos iba pasando poco á poco por delante de ellos y poniendo cada uno sobre la mesa un paquete ó saco de dinero, que anotaban debidamente los que lo recibían. No lejos de éstos había una arca con guarniciones de hierro, y en ella se depositaban las cantidades entregadas, pudiendo nosotros advertir al pasar que estaba medio llena de monedas de oro. Forzosamente hubimos de notar que muchos de los donantes usaban raídas mantas y sus flacos rostros indicaban que la riqueza por ellos entregada tan espontáneamente, había sido reunida para tal fin á costa de privaciones y trabajos. La mayoría de ellos acompañaban su donativo con alguna breve plegaria ó algún texto oportuno.

tuno referente al tesoro que el orín no roe ó al préstamo que se hace al Dueño de todas las cosas. El actuario de la ciudad estaba junto á la mesa dando los comprobantes de cada suma; y su charla inagotable llenaba el salón, mientras leía en voz alta los nombres y cantidades respectivas, intercalando entre ellos observaciones de su cosecha.

—Abrahán Willis—vociferó al entrar nosotros; —entrega veintiséis libras y diez chelines. Vos recibiréis el diez por ciento aquí en la tierra, señor Willis y os aseguro que no seréis olvidado después. —Juan Standis, dos libras.—Guillermo Simons, dos guineas. Pantaleón Healing, cuarenta y cinco libras. ¡Gran golpe es el que descargáis aquí contra las costillas del prelatismo, amigo Healing!... Salomón Warren, cinco guineas. Jacobo White, cinco chelines... el óbolo de la viuda, buen Jacobo; Tomás Bakewell, diez libras. Como quien dice, señor Bakewell, el producto de las tres fincas situadas en las riberas del Tone y de las mejores praderas del pago de Athelney... más que esto podéis ahorrar y sacrificar por la buena causa.—Sin duda os volveremos á ver por aquí. El regidor Smithson, noventa libras.—¡Hola! aquí tenemos un buen bofetón dado á la púrpura de Roma. Algunos más como éste, y su trono quedará convertido en una silla de chapuzar. Hemos de derribarla, respetable señor Smithson, como Jehú, hijo de Nimshi, derribó el templo de Baal.

Y por el estilo prosiguió su charla entre elogios, mandatos y reprimendas; aunque, á decir verdad, los graves y solemnes vecinos hacían poco caso de su gárrulo clamoreo.

Al otro lado de la sala había varios pozales de madera, que servían para recoger en ellos picas y hoces. Habíanse enviado por toda la región mensajeros especiales y recaudadores para hacer una requisa de armas, y al regreso iban poniendo las que

habían obtenido en esos lugares al cuidado del armero general. Además de las armas comunes de los campesinos, veíase un barril medio lleno de pistolas y pedreñales, junto con un regular número de mosquetes escopetas de chispa, tercerolas, armas de caza y carabinas con una docena de trabucos naranjeros y algunas otras de mayor calibre, tales como falconetes y culebrinas, tomadas de las casas señoriales del condado. Muchas otras armas se encontraron en los muros y camaranchones de estos antiguos edificios; y nuestros padres las estimaron indudablemente como objetos de gran valor; aunque á vosotros ha de pareceros bien extraño en el día de hoy que un mosquete pueda disparar una vez cada dos minutos y poner una bala á la distancia de cuatrocientos pasos. También se veían allí alabardas, hachas de guerra, manguales, chuzos, mazas y antiguas cotas de malla, que aun hoy podrían defender á cualquiera de un tajo ó de una lanzada.

Entre el ir y venir de la gente se veía de pie al señor alcalde, Timewell, disponiéndolo todo, como autoridad competente y previsora. Tuve ocasión de advertir la confianza y amor que por él sentían sus convecinos, al mirarle trabajar con la prudencia de un anciano y la vivacidad de un joven. Al acercarnos á él estaba muy ocupado en comprobar la llave de un falconete; mas, al vernos, nos salió al encuentro y saludó con mucha afabilidad.

—Me han contado muchas cosas de vos—dijo el alcalde;—y entre ellas que supisteis disponer á los fieles en plan de batalla y rechazar la caballería del usurpador. Espero que no sea ésa la última vez que los veáis volver grupas. También he oído, coronel Saxon, que habéis servido durante largos años en el extranjero.

—La divina Providencia se ha dignado servirse de este humilde instrumento suyo para llevar á cabo muchas buenas obras—dijo Saxon inclinándo-

se.—He peleado al lado de los suecos contra los de Brandeburgo, y luego á favor de éstos contra los suecos, después de cumplir el tiempo y las condiciones estipuladas con los últimos. Posteriormente he militado al servicio de Baviera, luchando contra los suecos y los brandeburgueses unidos. Fuera de eso, he hecho las grandes campañas del Danubio contra el turco y dos más contra los grandes señores del Palatinado, si bien las acciones de este período, antes podían llamarse pasatiempos que verdadera pelea.

—¡ Magnífica práctica, á fe mía, del arte de la guerra! —repuso el alcalde acariciándose la blanca barba.—También me dicen que sobresalís en el canto y en la oración. Sois, pues, á lo que veo, uno de aquellos antiguos coroneles del cuarenta y cuatro; hombres que pasaban el día entero en la silla, y orando arrodillados la mitad de la noche. ¿Cuándo llegaremos nosotros á imitarlos? Sólo quedan cuatro caducos como yo, que han perdido enteramente el brío y entusiasmo de la juventud, sin restarles otra cosa que las cenizas de la letargia y la tibieza.

—Nada menos que eso—dijo Saxon;—vuestra situación y presentes ocupaciones no se compadecen bien con la modestia de esas palabras. Pero aquí tenemos jóvenes que suministrarán el vigor de su brazo, con tal que las personas de edad concurren con el consejo y la inteligencia. Tengo el honor de presentaros al capitán Miguel Clarke y al capitán Lockarby y al capitán honorable señor Gervasio Jerónimo, todos los cuales han venido dispuestos á desnudar la espada en defensa de la fe, que hoy vemos escarnecida.

—Taunton, jóvenes señores, os da la bienvenida—dijo el alcalde mirando un poco de soslayo al baroncete, que había sacado su espejo de bolsillo y se ocupaba en cepillarse las cejas.—Espero que durante vuestra permanencia en esta ciudad os alojéis en mi

casa. Allí encontraréis un sencillo y modesto pasar ; pero las necesidades del soldado son escasas. Y ahora, coronel, me agradaría oír vuestra opinión sobre estos tres falconetes. Decidme si creéis que, reforzados con algunas abrazaderas, quedarían en condiciones de prestar servicio ; y también si estos medios cañones, usados en las antiguas guerras parlamentarias nos servirían, y aun tal vez podáis añadir algo bueno sobre las condiciones de la gente.

El viejo soldado y el puritano entraron al punto en una profunda y docta disquisición sobre el valor de las armas empleadas en la defensa de las fortificaciones y en los sitios, tales como morteros, medias culebrinas, falconetes, miñones y repetidores, respecto de los cuales Saxon tuvo mucho que decir, apoyándolo en la observación y experiencia personal. Luego se detuvo á hablar del valor de las armas arrojadas llamadas faláricas, tales como flechas y picas que llevan fuego en la punta para el ataque ó defensa de las plazas fuertes, entrando finalmente á disertar sobre baluartes y defensas, *directis lateribus* y sobre parapetos semilunares, rectilíneos, horizontales y orbiculares, multiplicando las referencias á las obras de Su Imperial Majestad en Gran, de tal modo que su discurso no daba muestras de terminar. Al fin nosotros nos retiramos, dejando al coronel discutiendo todavía los efectos causados por las granadas austriacas en una brigada bávara de piqueros en la batalla de Ober-Grautock.

—¡ Maldición sobre mí, si acepto la oferta de ese vejastrón !—dijo sir Gervasio á media voz.—Ya he oído hablar de esas familias puritanas. Mucha devoción y poco alimento, con una lluvia de textos de la Biblia más duros y cortantes que guijarros puntigudos. A la cama al ponerse el sol, y una sermonata cada vez que miréis con buenos ojos á la criada ó tarareéis el estribillo de alguna canción alegre.

—Pues la casa de ese buen señor—observé—po-

drá ser mayor que la de mi padre, pero difícilmente la aventajará en rigidez.

—De eso yo salgo fiador—dijo Rubén.—Siempre que danzábamos el bolero ó la danza morisca, ó nos divertíamos los sábados por la tarde jugando con las muchachas al corro ó á prendas, el ironside señor Pepe se acercaba á nosotros y nos echaba unos ojos que nos quitaban las ganas de reir. Apostaría que hubiera ayudado al coronel Pride á andar á tiros con los osos y á derribar los mayos.

—Para un hombre de tal índole constituía un verdadero fratricidio matar á sus congéneres plantigrados—observó sir Gervasio,—sea dicho con todo el respeto debido á vuestro antecesor, amigo Clarke.

—Lo mismo que para vos el tirar á un pícamaderos—repuse riendo;—pero por lo que toca al ofrecimiento del alcalde, podemos ir á comer con él ahora; y si su compañía resultara molesta, os sería fácil poner alguna excusa y libraros de ella decorosamente. Pero tened entendido, sir Gervasio, que tales familias son, en realidad, muy distintas de las que vos estáis acostumbrado á tratar. Por consiguiente, cuidado con la lengua, si queréis evitarnos un disgusto. Cuando me oigáis toser ó decir ¡ejem! es señal de que debéis callaros.

—Convenido, joven Salomón—replicó mi compañero.—No está mal contar con un piloto como vos que conocéis estos mares llenos de espirituales escollos; porque en cuanto á mí, nunca sé cuándo estoy á punto de irme á pique. Pero observo que nuestros amigos han terminado la batalla de Ober... ¿qué?... ya no lo recuerdo, y vienen hacia nosotros... Supongo, dignísimo señor alcalde, que habrán quedado resueltas todas vuestras dificultades, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto, señor—replicó el puritano.—Estoy complacidísimo de las explicaciones de vuestro coronel, y no dudo que sirviendo á sus órdenes ha-

béis de sacar gran provecho de su madura experiencia.

—Es probable, señor, muy probable—respondió sir Gervasio distraídamente.

—Pero ya es cerca de la una—continuó el alcalde,—y nuestra frágil carne pide el necesario alimento. Ruégoos que me hagáis la merced de acompañarme á mi humilde morada donde hallaremos á la gente de casa puesta ya á la mesa.

Con estas palabras salió del ayuntamiento y avanzó lentamente por la calle de Fore, retirándose la gente que encontrábamos para dejarle paso y descubriéndose ante él respetuosamente. Aquí y allá vimos que se habían hecho algunos preparativos á fin de cortar el tránsito del camino con fuertes cadenas destinadas á impedir un ataque repentino de la caballería. Además, en ciertos sitios y en el ángulo de una casa, se había abierto un boquete en la obra de mampostería, asomando por él la negra boca de una carronada ó de algún cañón de muralla. Estas precauciones eran tanto más necesarias, cuanto se sabía que dentro del territorio del Deane había varios cuerpos de la caballería real, además del que nosotros habíamos rechazado, y cuanto la ciudad, privada de sus murallas, quedaba abierta á la incursión de cualquier jefe atrevido.

La residencia de la primera autoridad de Taunton era un edificio de piedra achatado y de planta cuadrada que se alzaba dentro de un recinto al que daba acceso la calle del Este. La puerta de roble que terminaba en un arco apuntado, ofrecía un aspecto tétrico y desapacible á pesar de los anchos clavos de bronce que la cubrían en toda su extensión; pero el zaguán tenía luces y aire en abundancia y mostraba en las paredes una brillante entabladura de cedro y en el techo un artesonado de madera negra que despedía un agradable aroma como de violeta. Al final del pasillo se abría un ancho

tramo de escaleras, por el que, al entrar nosotros, bajaba con gran agilidad una joven de semblante dulce, seguida de una anciana señora que llevaba en la mano un rimero de mantelería nueva. Al vernos la mujer de más edad, retrocedió, volviendo á subir las escaleras, mientras la niña bajó de tres en tres las gradas que le faltaban y tendiendo los brazos al venerable alcalde se le abrazó al cuello y le besó tiernamente, mirándole al rostro con la intensa solicitud que una madre muestra al fijar los ojos en el semblante del niño á quien cree asaltado de algún padecimiento.

—Cansadito otra vez, abuelín, cansadito otra vez—dijo la joven moviendo la cabeza con expresión de ansiedad y puestas las blancas y menudas manos sobre los hombros del alcalde.—Cierto y muy cierto, abuelito, que el espíritu es fuerte y la carne flaca.

—No tanto, no tanto, chiquilla—dijo acariciando con la mano la espléndida mata de pelo castaño de la muchacha.—El operario debe trabajar, hasta que suene la hora del descanso... Esta niña, caballeros, es mi nieta Ruth, la única reliquia de mi familia y la alegría de mi vejez. Todo el ramaje se ha venido al suelo, y sólo quedan en pie el viejo tronco y el brote más tierno. Estos caballeros, queridita, han venido de muy lejos para defender la santa causa y han tenido á bien honrarnos con aceptar nuestra pobre hospitalidad.

—Bienvenidos seáis, señores—repuso la doncella mirándonos frente á frente á los ojos con una sonrisa tan dulce como la de una hermana al saludar á sus hermanos.—Toda la familia y servidumbre está ya reunida alrededor de la mesa y la comida aguarda desde hace un rato.

—Pues también nosotros aguardamos el momento de tomarla—repuso el animoso anciano.—Encárgate de colocar á nuestros huéspedes en sus puestos,

mientras yo voy á mi cuarto á dejar este uniforme con la cadena y esclavina.

Siguiendo á nuestra hermosa guía, penetramos en un amplio y elevado salón, cuyos muros estaban enmaderados con un entablamento de roble y colgados en ambos extremos con tapices. En el piso se veía un mosaico francés, cubierto á trechos por pieles y alfombras. En uno de los extremos de la pieza se alzaba una enorme chimenea de mármol blanco que parecía formar por sí sola un cuarto aparte y se hallaba sostenida por una columna de hierro en el centro al estilo antiguo, mientras á ambos lados del fogón mostraba anchos asientos de piedra. Varias escarpías colocadas en la parte superior del tablero de la chimenea y á alguna distancia del mismo habían servido, á lo que pude suponer, para colgar armas, porque los ricos comerciantes de Inglaterra necesitaban tener abundante reserva de ellas para sus aprendices y maestros. Al presente, empero, habían sido quitadas de allí, sin que se descubriera indicio alguno de los revueltos tiempos en que estábamos, como no fuera un montón de picas y alabardas apiladas en un rincón.

Ocupaba el centro de la sala una larga mesa maciza que aparecía rodeada por treinta ó cuarenta personas, la mayoría de las cuales eran varones. Estaban de pie al entrar nosotros y un hombre de semblante grave rezaba con gran lentitud una serie interminable de preces, que comenzando por la acción de gracias continuó impetrando los auxilios del Cielo para la Iglesia y el Estado y acabó por último orando por Israel que á la sazón se aprestaba á pelear las batallas del Dios de los ejércitos. Mientras esta ceremonia seguía su curso, permanecemos de pie y descubiertos formando un grupo junto á la puerta y pasamos el tiempo en examinar más de cerca á los comensales; cosa que la cortesía nos

hubiera vedado hacer, á no estar ellos recogidos y con el pensamiento en el asunto de su oración.

Había allí gente de todas las edades, desde el adulto de barba gris hasta el mozalbete que apenas ha cumplido los veinte años y todos mostraban la misma expresión solemne y austera, tanto en su continente como en el vestido y porte familiar y sombrío. A no ser por los amplios cuellos y puños blancos, nada hubierã roto la uniforme severidad de su traje. Sus negras chaquetas y jubones eran ajustados y ceñidos, y los zapatos de cordobán, que en aquel tiempo solían llevar algún pequeño adorno, se adaptaban á la forma más ordinaria y sencilla y estaban sujetos al pie por una cinta de color obscuro. La mayoría de ellos llevaba cinturones lisos de cuero sin labrar, pero las armas junto con los sombreros de ancha ala de fieltro habían sido colocadas en los bancos ó en los anaqueles de las paredes. Todos estaban de pie con las manos cruzadas y las cabezas sobre el pecho, escuchando la prolongada plática y prorrumpiendo de cuando en cuando en algún suspiro ó exclamación arrancados por las palabras del predicador.

Al fin, terminaron las preces, y los comensales se sentaron en silencio y comenzaron, sin más esperanza ni ceremonia á servirse trozos de las enormes piezas de carne que humeaban sobre la mesa. Nuestra joven patrona nos condujo á la cabecera de la mesa, dondẽ un alto sillón, adornado con labores de talla y provisto de un negro cojín señalaba el puesto que correspondía al amo de la casa. La señorita Time-well se sentaba á la derecha del alcalde, teniendo á su lado á sir Gervasio, mientras el puesto de honor de la izquierda se le asignó á nuestro coronel. A mi izquierda tenía á Lockarby, cuyos ojos pude observar que se habían fijado con admiración franca é intensa en la doncella puritana desde el primer momento que se presentó. La mesa no tenía gran an-

chura, de suerte que podíamos conversar unos con otros á pesar del ruido de platos y fuentes, del ajetreo de la servidumbre y del profundo murmullo de las conversaciones.

—Esta es la dependencia de mi padre—dijo la niña hablando con Saxon.—Todos ellos trabajan en nuestra fábrica, y además tenemos muchos aprendices; de suerte que no hay día del año que no nos sentamos á la mesa cuarenta personas.

—Y los manjares tampoco escasean ni son de calidad ordinaria—repuso Saxon recorriendo la mesa con la mirada.—Salmón, chuletas de ternera, lomo de carnero, asado de buey, pasteles de carne... ¿qué más se puede pedir? y además abundante cerveza de casa con que mojar todos los platos. Si el respetable señor Timewell pudiera conseguir que el ejército estuviera avituallado de igual modo, yo le quedaría eternamente reconocido. En el campamento todos estos bocados exquisitos tendrán que ser substituídos probablemente por un pedazo de carnuza asado en la hoguera con una baqueta.

—Tengamos fe—dijo la doncella puritana.—¿No se dignará el Todopoderoso alimentar á sus soldados como á Elías en el yermo y á Agar en el desierto?

—Así será sin duda alguna—afirmó un joven larguirucho y moreno que se sentaba á la derecha de sir Gervasio.—El proveerá, como en otro tiempo hizo brotar el agua de la peña y llover en el desierto el maná y bandadas de codornices.

—También yo alimento la misma esperanza—repuso Saxon,—pero no por eso estaría de más preparar un tren de víveres compuesto de suficientes carros, todos por su orden y con su carrero correspondiente, al estilo alemán. Esas prevenciones no deberían dejarse á la casualidad.

La señorita Timewell contempló con alguna extrañeza al autor de la precedente observación, como si experimentara la sorpresa desagradable de descu-

brir en ella falta de fe. Sin duda su pensamiento se hubiera exteriorizado en alguna frase de recriminación, á no haber entrado en el cuarto su padre en aquel momento, siendo causa de que los comensales se levantaran de sus asientos y lo saludaran con una inclinación mientras se encaminaba á ocupar su sitio.

—¡Quietos, quietos, amigos míos!—dijo el señor de la casa acompañando sus palabras con un movimiento de la mano.—Nosotros, coronel Saxon, somos gente sencilla y conservamos á los ancianos el respeto usado en otros tiempos... Supongo, Ruth—continuó—que has procurado atender á nuestros huéspedes.

Todos nosotros manifestamos que jamás nos habíamos visto favorecidos con tantas atenciones y obsequios.

—Bien, bien—repuso el buen tejedor de lana.—Pero observo que vuestros platos están limpios y vuestros vasos vacíos... ¡A ver, Guillermo, encárgate de servir! Un buen operario es siempre un buen comensal. Si cualquier aprendiz mío no sabe despachar bien su plato, me hace pensar que tampoco será muy hábil para cardar la lana y el paño. El nervio y la resistencia necesitan alimento... ¡Sírvenme una tajada de esa rodaja de carne!... Y volviendo ahora, coronel, á la batalla de Ober-Graustock, ¿qué papel desempeñó en la refriega ese regimiento de caballería húngara en que, según tengo entendido, vos prestabais servicio como oficial?

Pregunta era ésta, que como puede imaginarse, dió á Saxon ocasión de hablar largo y tendido. No tardaron en enredarse los dos en una discusión acalorada sobre el valor relativo de los combates reñidos en las hondonadas de Roundway y en el páramo de Marston, comparados con otros de impronunciable nombre que se verificaron en los Alpes de Estiria y á lo largo del Danubio. Esteban Timewell, en los

mejores años de su juventud, había capitaneado, primero un escuadrón, y luego un regimiento durante las guerras de la época parlamentaria, é intervenido en numerosos combates desde el del campo de Chalgrove hasta la batalla final de Worcester; de suerte que sus acciones de guerra, aunque menos variadas y numerosas que las de nuestro compañero, le permitían expresar y defender opiniones fundadas. Coincían éstas en sustancia con las del soldado aventurero; pero cuando diferían en algún punto, salía á relucir inmediatamente un tiroteo de términos militares, tal retahila de estacadas, empalizadas, trincheras, zanjas, terraplenes... y tales comparaciones entre la caballería ligera y la pesada, entre piqueros y mosqueteros, entre lansquenets y soldados regulares, que los oídos no acostumbrados á tales términos no podían menos de oír con extrañeza, conversación tan desusada. Al final, habiendo entrado en el asunto de las fortificaciones, el alcalde trazó sobre la mesa sus obras de defensa valiéndose de las cucharas y cuchillos, contra las cuales Saxon abrió sus trincheras paralelas con líneas de pan, haciéndolas avanzar rápidamente mediante zanjas oblicuas y galerías subterráneas, hasta que consiguió establecerse en el ángulo reentrante del reducto construído por el alcalde. Esto dió lugar á una nueva disputa sobre las contra-minas, acalorándose de nuevo ambos contendientes.

Mientras seguía su curso la polémica anterior, sir Gervasio Jerónimo y la señorita Ruth se habían enredado en larga conversación al otro lado de la mesa. Rara vez he visto, mis queridos nietos, un semblante tan hermoso como el de esta damita puritana, cuya modestia y virginal comedimiento daban á su hermosura un realce especial y una suavidad que nacía de la pureza y religiosidad de su alma. El cuerpo, admirablemente modelado, parecía ser la expresión adecuada de la perfección espiritual é in-

terna. Su cabellera de color castaño arrancaba de una frente amplia y marfileña, cortada por dos graciosas cejas, á cuyo amparo se abrían los ojos azules de mirada dulce y profunda. El conjunto de sus facciones era elegante y sencillo; pero el firme trazado de la boca y la delicada prominencia de la barbilla indicaban que, en épocas de lucha y peligro, la doncellita había de dar pruebas de ser digna descendiente del antiguo soldado *cabeza redonda* y magistrado puritano. No me cabe la menor duda de que, en aquellas circunstancias en que otras señoras más charlatanas y resueltas se hubieran acobardado, la nieta del alcalde habría dado pruebas del espíritu indomable que la informaba. Divirtíome no poco observar los esfuerzos de sir Gervasio para sostener con ella la conversación, porque la joven vivía en un mundo enteramente distinto del suyo; y así el antiguo cortesano hubo de poner á prueba todo su ingenio y galantería para hacérsele inteligible.

—Seguramente pasaréis una gran parte del tiempo en leer, señorita Ruth—observó el elegante.—No acierto á concebir qué otra ocupación podáis tener viviendo tan lejos de la ciudad.

—¿Cómo de la ciudad?—replicó la joven maravillada.—¿Pues qué, Taunton no es ciudad?

—Líbreme el Cielo de negarlo—replicó sir Gervasio—y mucho menos en presencia de sus dignos habitantes, que gozan fama de ser celosos de la honra de su villa natal. Mas, á pesar de todo, señorita, queda siempre en pie el hecho de que Londres aventaja á todas las demás poblaciones de tal modo que puede llamársele, como yo lo he hecho momentos antes, *la ciudad* por antonomasia.

—¿Tan grande es?—preguntó la joven con inocente asombro.—Pues ahora se están construyendo en Taunton nuevas casas, fuera de las antiguas murallas, hasta más allá de Shuttern, y algunas también

allende el río. Tal vez con el tiempo llegue á igualar á la misma Londres.

—¡ Oh, señorita! Aunque se incorporara á Londres la población entera de esta ciudad con sus edificios, nadie podría echar de ver que hubiera aumentado.

—¡ Qué ocurrencia! Sin duda habláis en broma; porque eso no puede creerse—repuso la joven.

—Preguntad á vuestro abuelo y veréis cómo me da la razón—replicó sir Gervasio.—Mas volviendo á vuestras lecturas, aseguraría que os son conocidas todas las páginas de Scudéry y su *Gran Chipre*. Indudablemente estaréis familiarizada también con los mejores pensamientos de Cowley, Waller ó Dryden.

—No tengo la menor noticia de ellos. ¿Podéis decirme en qué iglesia predicán?

—¡ Pardiez!—exclamó el baroncete riendo,—el buen Juan predica en la iglesia de Guillermito Unwin, conocida generalmente con el nombre de *Los Guillermines*, donde con frecuencia le dan las dos de la mañana antes de haber acabado su sermón. Pero extraño vuestra pregunta. ¿Créis, por ventura, que no puede escribir nadie más que los que usan sotana y suben al púlpito? Yo me figuraba que todas las jóvenes de vuestra edad conocerían á Dryden. Y decidme entonces, señorita, ¿cuáles son vuestros autores predilectos?

—El que más me gusta es Alleine, que ha escrito el *Grito de alarma para los no convertidos*. Es un libro admirable y que ha hecho gran bien. ¿No lo habéis experimentado vos mismo?

—Confieso—respondió sir Gervasio—que no lo he leído jamás.

—¿Es posible?—interrogó maravillada.—Verdaderamente yo hubiera creído que todo el mundo conocía la piadosa obra de Alleine. Y entonces, ¿qué opináis de las *Controversias Fieles*?

—Que me son enteramente desconocidas.

—¿Y también los *Sermones* de Baxter?

—También.

—¿Y el *Cordial del Espíritu*, de Bull?

—Lo mismo que el anterior.

La señorita Ruth Timewell se le quedó mirando de hito en hito con asombro mal disimulado.

—Quizá me tachéis de mal educada, si os digo, señor, que no puedo menos de preguntarme dónde habéis residido ó qué habéis hecho en toda vuestra vida. ¡Vaya! Hasta los niños de la escuela han leído las obras que os he citado.

—Pues en Londres apenas tenemos noticias de ellas—respondió sir Gervasio.—Para nosotros una pieza de Jorge Etherege ó unas rimas de sir Juan Suckling constituyen un alimento del espíritu más ligero, aunque tal vez menos saludable. En la capital cualquier persona puede estar al corriente de la literatura sin leer demasiado; porque la charla de los cafés, las reseñas de las hojas volantes, las lecturas de los poetas y los chistes de las reuniones con una ó dos visitas semanales al teatro y con Wanbrugh ó Farquhar, hacen que vivamos en trato constante con las musas. Al salir del teatro, si no se está de humor para dar una vueltecita por *Groom Porter* y echar un vistazo al tapete verde, puede uno pasar el rato en el *Coca Tree* si es *tory*, ó en el círculo de San Jacobo si es *whig*, y apuesto diez contra uno á que la conversación gira, más tarde ó más temprano, sobre el mérito de los alcaicos ó sobre si es mejor el verso blanco que el rimado. Luego, después de cenar á las altas horas, se cuele uno en la reunión de los *Guillermines* ó en la de *Slaughter*, seguro de encontrar allí al célebre Juan, á Tickell, Congréve y á los demás, discutiendo con gran calor las unidas dramáticas ó el mérito relativo de las composiciones poéticas, ú otros asuntos análogos. Confieso que mis gustos no van por ese lado, porque á esas

horas solía yo estar peor entretenido entre botellas de vino, dados, ó...

—¡ Ejem! ¡ ejem!—interpuse yo en tono de aviso, porque varios puritanos estaban escuchando con semblantes que no expresaban aprobación.

—Me interesa mucho lo que decís de Londres—dijo la joven puritana,—á pesar de que esos nombres y lugares carecen de significación para mis ignorantes oídos. Pero creo que habéis hablado de un teatro. ¿Es posible que ninguna persona decente se acerque á esos antros de iniquidad donde Lucifer tiende sus redes para cazar á las almas? No ha dicho muy bien el piadoso y santo maestro Bull que esos sitios son el punto de reunión de los perversos, la morada predilecta de los infames asirios, y de tanto peligro para los fieles como esos templos papistas en los que se confunde sacrílegamente á la criatura con el Creador?

—¡ Muy bien hablado, señorita Timewell!—exclamó el flacucho joven puritano que se sentaba á la derecha y había estado escuchando atentamente toda la conversación.—Mayor maldad se encierra en esas casas que en todas las grandes ciudades de la llanura. No dudo que la cólera del Señor descenderá sobre ellas y las destruirá y confundirá junto con los hombres disolutos y las mujeres de mal vivir que las frecuentan.

—Esas apreciaciones tan atrevidas, amigo mío—repuso sir Gervasio tranquilamente—nacen, sin duda, del perfecto conocimiento que tenéis de la materia. ¿Cuántas veces habéis estado en esos teatros que execráis con tanto encono?

—Doy gracias al Señor de no haberme apartado jamás del verdadero camino hasta el extremo de poner los pies en ninguno de ellos—respondió el puritano;—y también se las doy por no haber estado nunca en esa gran sentina que se llama Londres. Pero tengo esperanzas de que algunos de los fieles

podamos abrirnos paso hasta ella, cuando se haya terminado el asunto presente, y entonces yo aseguro que no hemos de contentarnos con cerrar esas moradas del vicio, como hice Cromwell, sino que no dejaremos en ellas piedra sobre piedra y sembraremos de sal los lugares donde se alzan, para que sean el escarnio y la burla del pueblo.

—Tenéis razón, amigo Derrick—dijo el alcalde, que había alcanzado á oír la última parte de sus observaciones.—Pero me parece que un tono más humilde y unos modales más modestos os sentarían mejor al hablar con los huéspedes de vuestro amo. Por lo que hace á los teatros, coronel, cuando hayamos logrado el triunfo esta vez, no hemos de consentir que la vieja cizaña siga impidiendo el desarrollo del trigo nuevo. Ya sabemos los frutos que dieron esos lugares de espectáculos en los días de Carlos, de los Gwynnes, de Palmers y de toda esa caterva de parásitos y gandules. ¿No ha estado usted nunca en Londres, capitán Clarke?

—No señor, he nacido y me he criado en la campiña.

—Tanto mejor para vos—dijo nuestro huésped; —yo he estado allí dos veces. La primera fué en tiempo del Parlamento expurgado (1), cuando Lambert llevó allá su división para intimidar á los Comunes. Estuvimos entonces alojados en la posada de las *Cuatro Cruces*, establecida en Southwark, y administrada á la sazón por Juan Dolman, que era un hombre honrado y digno, con quien sostuve muchas conversaciones edificantes sobre la predestinación. Todo estaba en aquel tiempo tranquilo, reinando por doquiera la mayor moderación, y se podía ir desde Westminster á la Torre en el silencio de la noche

(1) El *Rump*, nombre con que se designó á los restos del Parlamento Largo, después que el coronel Pside expulsó de él unos cien presbiterianos realistas.

sin oír otra cosa que el murmullo de la oración y el canto de los himnos. No se tropezaba en las calles con un rufián ni con una ramera desde que oscurecía, ni se veía otra cosa que ciudadanos ocupados en sus negocios ó alabarderos haciendo centinela. La segunda visita que hice fué con motivo del asunto de las murallas que se trataba de derribar, cuando fuimos enviados mi vecino Forster el guantero, y yo, á la cabeza de una comisión de la ciudad para presentarnos al Consejo privado de Carlos. ¿Quién hubiera creído que á los pocos años se hubiera verificado tal mudanza? Todos los males que en época anterior permanecieron ocultos bajo tierra, habían vuelto á brotar y crecer difundiéndose por todas partes, de suerte que las personas honradas y piadosas se vieron en la precisión de no salir á la calle. Lucifer había triunfado aunque sólo fuera por breve tiempo. Ningún ciudadano pacífico podía transitar por los caminos sin correr el peligro de ser arrojado á la cuneta por matasietes ó acosado por las mujeres de vida airada. Por todas partes no se veían más que salteadores y rateros, galanes y soldados, matones y alcahuetes; ni se oía otra cosa que juramentos y blasfemias... os aseguro que el demonio andaba suelto y que aquello era un infierno. Ni siquiera se estaba seguro de los ladrones en el refugio de un carruaje.

—¿Es posible?—preguntó Rubén.

—Tal como lo digo. Como yo pasé por todo ello, puedo hablar del asunto con conocimiento de causa. Debéis saber que, después de haber sido recibido con gran frialdad—porque el Consejo Privado nos vió con tan buenos ojos como las aldeanas á los que van á cobrar el tributo del fogaje—se nos pidió, más por burla que por cortesía, que acudiéramos á la recepción del palacio de Buckingham. Nos hubiéramos alegrado de poder excusarnos de ir, pero temimos que nuestra negativa se interpretara como una ofensa y echara á perder el resultado de nuestra misión.

Mis vestidos caseros eran algo toscos para presentarme en aquel lugar; pero resolví presentarme con ellos, añadiéndoles un chaleco nuevo de bayeta forrado de seda y una gran peluca, por la que pagué tres libras y diez chelines en Haymarket.

El joven puritano que se sentaba enfrente, alzó los ojos al cielo y murmuró algunas palabras referentes al «sacrificio hecho á Dagón», que, afortunadamente para él, no fueron oídas por el vivaracho anciano.

—Aquello no era más que una vanidad mundana —continuó el alcalde;— porque, sea dicho con toda la deferencia, sir Gervasio Jerónimo, el cabello propio, peinado con cierto gusto y tal vez un poco espolvoreado, es, á mi juicio, el mejor ornamento de la cabeza. Lo que importa es la persona y no sus atavíos. Después de proveernos de tales prendas, el buen maese Forster y yo alquilamos una calesa y nos encaminamos al palacio. Ibamos en conversación seria y provechosa á toda carrera por las interminables calles de la capital, cuando de pronto sentí que me tiraban violentamente de la cabeza, derribándome el sombrero sobre las rodillas. Levanté las manos, y... ¡horror! tropecé con mi cabello recortado, porque la peluca había desaparecido. Habíamos seguido la calle de Fleet sin que hubiera nadie en la calesa más que mi vecino Forster, que estaba tan asombrado como yo. Miramos por una parte y otra y registramos los asientos, pero no había la menor señal de peluca ni rastro de ella.

—Pues ¿á dónde había ido á parar?—interrogamos á una voz.

—Esa fué la pregunta que nosotros nos hicimos. Por un momento creímos que era un castigo del Cielo, por haber hecho caso de tan carnales locuras. Después me pasó por la mente la idea de que aquello fuera obra de alguna bruja ó duende como el *Tamborilero de Tedworth* ó los que producían los alborotos

de la vieja casa de Gast en la pequeña aldea de Burton, aquí en Somersetshire (1). Con este pensamiento interrogamos al cochero después de referirle lo que nos había pasado. El hombre bajó de su asiento y después de oír nuestra historia prorrumpió en largas imprecaciones y examinó la parte trasera de su calesa, donde nos mostró una abertura. Por aquella parte el ladrón había introducido la mano y asido mi peluca, apoyándose entretanto en el travesaño del coche. Lo ocurrido, según él, no tenía nada de particular, porque funcionaba en Londres una compañía de ladrones de pelucas, los cuales se apostaban junto á las tiendas y talleres en que se vendían, y cuando veían salir á un parroquiano con algún ejemplar de cierto valor, le seguían, y si por casualidad tomaba un coche le despojaban de ella en la forma que habían hecho conmigo. Sea de ello lo que quiera, el hecho es que no volví á ver mi peluca y tuve que comprar otra antes de presentarme al rey.

—Verdaderamente es una aventura bien extraña —exclamó Saxon.—¿Y cómo io pasasteis el resto de la tarde?

—De una manera nada agradable, porque el semblante de Carlos, que en ocasiones era bastante sombrío, lo estuvo en grado supremo con nosotros, sin que su hermano el papista se mostrara más complaciente. Nos habían hecho ir á palacio para deslumbrarnos con su pompa y adornos, á fin de que volviéramos al Oeste contando maravillas del rey y de la corte. Allí había cortesanos prontos siempre á doblarse en profundas reverencias y nobles de andar arrogante y mujeres mundanas con los hombros desnudos, que á pesar de la elevación de su nacimiento merecían que se las hubiera echado á galeras mejor que cualquier pobre muchacha de la ínfima

(1) Nota F, Apéndice.—Los ruidos misteriosos de la casita de Gast.

clase. Luego vimos á los gentileshombres de cámara con sus uniformes de color canela y sus sombreros adornados de plumas de colores, luciendo grandes adornos de oro y plata y una pluma de avestruz. El buen Forster y yo parecíamos allí dos cuervos que se hubieran metido entre un grupo de pavos reales. Pero no perdimos de vista la clase á que pertenecíamos y que representábamos, y así nos portamos, según creo, como ciudadanos ingleses independientes. Su Gracia, el duque de Buckingham, comenzó á burlarse de nosotros y el de Rochester á decirnos cuchufletas y las mujeres á sonreirse; pero nosotros permanecimos muy plantados, discutiendo, si mal no recuerdo, puntos importantísimos sobre la predestinación y la reprobación, sin hacer gran caso ni de los que se mofaban de nosotros ni de los tahures que teníamos á nuestra izquierda, ni de los que bailaban á nuestra derecha. Allí estuvimos toda la tarde, hasta que viendo aquellos buenos señores que no les dábamos gran materia de diversión, milord Clarendon, que era el gran canciller, nos dió permiso para retirarnos, lo que hicimos con gran complacencia después de saludar al rey y á los que le acompañaban.

—Eso es lo que no hubiera hecho yo jamás— exclamó el joven puritano, que había seguido con gran atención el relato de su señor.—¿No hubiera sido más conveniente haber alzado las manos á lo alto impetrando la venganza del Cielo contra aquellos criminales, como hizo el santo Patriarca del Antiguo Testamento contra las ciudades perversas?

—¡Bien, hombre! ¿Conque más conveniente?— increpó el alcalde incomodado.—Lo más conveniente sería que guardarais silencio, hasta que se os pidiera parecer sobre la materia. La ira del Señor avanza con pies de plomo, y hiere con mano de hierro. El es quien juzga á su debido tiempo, cuando está llena hasta derramarse la copa de las iniquidades de esos

hombres ; y no somos nosotros los que hemos de darle lecciones. Los anatemas, dice el sabio, suelen caer sobre la cabeza del que los profiere. Tened eso bien presente, maese Juan Derrick, y no las prodiguéis en demasía.

El joven aprendiz, que no era otra cosa, inclinó la cabeza ante la reprimenda con aire compungido, y el alcalde continuó su historia después de una breve pausa.

—Como la noche estaba serena—dijo el narrador—resolvimos volver á pie al lugar de nuestro alojamiento, y nunca olvidaré las criminales escenas que se nos ofrecieron en el camino. El buen maese Bunyan de Elstow podría haber añadido algunas páginas á su descripción de la *Feria de las Vanidades* (1) si hubiera estado con nosotros. Las mujeres, llenas de parches, de coloretos y de desvergüenza ; los hombres, galleando, bravuconeando y echando sapos y culebras por la boca... por todas partes bulla, prostitución y borracheras. ¡ Lindo reino digno de ser gobernado por semejante corte ! Al fin, habíamos conseguido llegar á calles más tranquilas y esperábamos que tuvieran término nuestras aventuras, cuando de pronto salió un tropel de caballeros medio borrachos que acometieron á los transeuntes con sus espadas, de suerte que creímos haber caído en una emboscada de salvajes en alguna región del paganismo. Eran éstos tales, á lo que supuse, de la misma laya que aquellos de quienes escribió el ilustre Juan Milton :

Los hijos de Belial,
Reventando de vino y de insolencia...

¡ Ay ! Mi memoria no es ya lo que era, porque en otro tiempo podía decir de corrido todos los cantos de este magnífico y excelente poema.

(1) Capítulo de su obra, *Pilgrim's Progress*,

—Y ¿cómo lo pasasteis con esos rufianes, señor? —pregunté.

—Pues la emprendieron con nosotros y con algunos ciudadanos honrados que se encaminaban á sus casas, y blandiendo las espadas desnudas, nos intimaron entregar las armas y rendir homenaje. «¿A quién?», pregunté. Entonces nos indicaron á uno de la cuadrilla que usaba un traje más charro y estaba algo más borracho que los demás. «Este es nuestro señor soberanísimo» dijeron. «¿Soberano de quién?» pregunté. «De la orden de Tityre Tus» respondieron. «¡Oh, barbarísimos y mansísimos ciudadanos! ¿No reconocéis que habéis caído en las manos de nuestro nobilísimo instituto?» «Este no es vuestro verdadero monarca» repuse, «sino que está muy debajo de nosotros, encadenado en el infierno, donde reunirá algún día en torno de sí á sus leales súbditos.» «¡Oigan! El hombre acaba de proferir palabras de alta traición» gritaron; y sin más ni más, arremetieron contra nosotros con espada y daga. Mi vecino Forster y yo nos pusimos de espalda á la pared, y después de liarnos las capas al brazo izquierdo, comenzamos á defendernos con nuestros estoques, logrando herir á uno ó dos de aquellos pe-laires de callejuela. En particular el amigo Forster dió una estocada al rey con tal acierto, que *Su Majestad* huyó chillando por la calle como perro herido de una pedrada. Acometiéronnos, después, en gran número, y tal vez hubiera concluído allí nuestra misión, á no haberse presentado en la escena los vigilantes, que nos hicieron soltar las armas con sus alabardas y arrestaron á toda la cuadrilla. Mientras duraba la refriega, los vecinos de las casas inmediatas no dejaron de echarnos agua como si fuéramos gatos riñendo en los tejados; y, si bien es verdad que el líquido no enfrió el ardor de la pelea, nos puso en una condición miserable y molesta. Así fuimos conducidos á la prevención, donde pasamos la noche

entre matasietes, ladrones y mujerzuelas de la vida ; pero puedo decir con orgullo que ni mi vecino Forster ni yo les dijimos la menor palabra de consuelo ó alegría. A la mañana siguiente se nos soltó, y al punto sacudimos de nuestro calzado el polvo de Londres y huimos de allí. No pienso volver más, como no sea á la cabeza de nuestro regimiento de Somersetshire para ver al rey Monmouth ciñendo la corona arrebatada en buena lid al perverso papista.

Cuando el señor Timewell hubo concluido su relato, un pisoteo general producido por los comensales al levantarse, anunció el término de la comida. Los asistentes desfilaron lentamente por orden de antigüedad, mostrando todos la misma expresión austera y sombría y la misma modestia y compostura. Estas costumbres puritanas me eran familiares desde la niñez ; pero nunca había visto hasta entonces una reunión tan numerosa que las observara ni tantos jóvenes en quienes se advirtiera el sello de las mismas.

—Esperad un momento—dijo el alcalde, al disponernos á seguir el ejemplo de los demás.—Guillermo, trae una botella de rancio blanco. Estos regalos temporales no suelo sacarlos ante mi servidumbre, porque para ella lo mejor es la honrada cerveza. Pero, en ciertas ocasiones, opino como Pablo, que una botella de vino entre amigos no perjudica ni al espíritu ni al cuerpo. Ahora, niña, puedes retirarte, si tienes algo que hacer.

—¿Volveréis á salir, abuelito?—preguntó la señorita Ruth.

—Dentro de breves momentos para ir á la Casa de la Ciudad. No hemos terminado aún el examen de las armas.

—Entonces voy á prepararle la ropa y á disponer lo necesario en las habitaciones de nuestros huéspedes—añadió, y sonriéndonos alegremente salió disparada del comedor.

—¡Lástima que no pueda yo ordenar los asuntos de la ciudad tan bien como esa criatura los de la casa!—dijo el alcalde.—No hay necesidad alguna que no esté atendida aun antes de dejarse sentir. La niña adivina mis pensamientos sin necesidad de que yo se los manifieste. Si todavía puedo trabajar por el servicio público, se debe á que mi vida privada está llena de tranquilo reposo. Bebed con confianza el vino, señores; viene de la casa Brooke y Hellier de Abchurch Lane, que no da jamás artículos adulterados.

—¿Quién será capaz de demostrar que es bueno un producto recibido de Londres?—observó sir Gervasio.

—Tenéis razón—dijo el anciano sonriendo.—Y ¿qué pensáis de mis jóvenes? Por fuerza han de diferenciarse mucho de la clase de personas que estáis acostumbrados á tratar si, según tengo entendido, habéis frecuentado los círculos de la corte.

—¡Vaya! Me parecen bastante bien—respondió sir Gervasio con cierta ligereza.—Pero se me figura que les falta vida y viveza. Lo que circula por sus venas no es sangre sino horchata de chufas.

—¡Oh, de ningún modo!—respondió el alcalde con energía.—Indudablemente no les hacéis justicia. Lo que hay es que saben dominar sus pasiones y sentimientos, como el hábil jinete domina su caballo; pero esas pasiones existen, como existe la agilidad y la resistencia en el mencionado animal. ¿No habéis observado al piadoso joven que se sentaba á vuestra derecha, y cuyo excesivo celo he tenido ocasión de reprender más de una vez? Pues ahí tenéis un buen ejemplo de cómo un hombre puede sobreponerse á sus sentimientos y dominarlos.

—Y ¿qué prueba me dais de ello?—pregunté.

—Pues aquí entre amigos—repuso el alcalde,—ese joven me pidió el 25 del pasado marzo, día de la Anunciación, la mano de mi nieta Ruth. Está á pun-

to de terminar el período de aprendizaje, y su padre, Samuel Derrick, es un buen maestro, de modo que el matrimonio no tendría nada de desigual. Pero á la niña no le ha gustado para marido—sabido es que las jóvenes tienen sus caprichos—y el asunto quedó terminado. A pesar de eso, el muchacho sigue viviendo bajo el mismo techo que su antigua novia y viéndola desde por la mañana hasta por la noche, sin dar jamás la menor muestra de una pasión que difícilmente ha podido extinguirse tan pronto. De entonces acá, han ocurrido dos incendios por la noche en mi almacén de lanas; y en los dos casos el joven ha sido el primero en acudir á apagar el fuego. No habrá muchos que, después de haber recibido unas calabazas, se porten con la misma resignación.

—Me voy sintiendo inclinado á creer que vuestro juicio es exacto—observó sir Gervasio Jerónimo.—Ya antes de ahora había aprendido á desconfiar de mis primeras impresiones, bien penetrado de la verdad que encierran aquellos versos de Juan Drydem :

Los errores, cual pajas, en el mundo
Flotan sobre la faz de la corriente;
De la verdad las perlas el prudente
Ocultas hallará en lo más profundo.

—El mismo pensamiento expresa el ilustre doctor Samuel Butler—añadió Saxon—en su inmortal poema de *Hudibras*, cuando dice :

El necio mira sólo á la apariencia;
El sabio aspira á penetrar la esencia.

—Extraño mucho, coronel Saxon—dijo nuestro huésped con severidad,—que os merezca tanta estima ese licencioso poema, compuesto, según mis noticias, con el único intento de ridiculizar á las personas piadosas. Por ese camino temo que lleguéis á ponderarnos la perversa é insensata obra de Hobbes,

en la que se dilucida la criminal tesis de «A DEO REX, A REGE LEX».

—La verdad es—repuso astutamente Saxon—que por mi parte condeno y desprecio el uso que Butler ha hecho de su sátira ; pero no por eso dejo de admirar la sátira misma ; al modo que puede celebrarse la perfección de una hoja damasquina sin aprobar la causa en cuyo favor se desnuda.

—Esas distinciones—replicó el austero puritano—tal vez son demasiado sútiles para mi viejo caletre. En cambio, veo con perfecta claridad que tenemos á Inglaterra dividida en dos campos, el de Dios y el del Antecristo. El que no está con nosotros, está contra nosotros ; y cualquiera que milite bajo la bandera del demonio no podrá esperar de Esteban Timewell otra cosa que el rigor de su odio y el filo de su espada.

—Bien, bien—dijo Saxon llenando su vaso,—por fortuna no pertenezco al número de los tibios, á ejemplo de los fieles de Laodicea, ni soy hombre que busca sólo el medro temporal. Pronto hemos de ver que la buena causa no echará de menos ni mi lengua ni mi espada.

—Nunca lo he puesto en duda, mi digno y honrado amigo—añadió el alcalde ;—y os ruego que me excuséis, si por ventura mis palabras encierran alguna dureza. Siento tener que daros malas noticias. No he querido comunicarlas á los comensales, para no infundirles desaliento ; pero voy á participároslas á vosotros en la seguridad de que sólo han de servir para aumentar vuestro entusiasmo, á la manera que el asperón hace brillar el acero y aumenta la finura de su corte. Pues bien, habéis de saber que ha fracasado el levantamiento de Argyle, y que tanto él como sus compañeros han sido capturados por el hombre que nunca supo usar de misericordia con sus enemigos.

Al oír estas palabras, todos quedamos asombrados, mirándonos unos á otros con expresión consternada. Únicamente sir Gervasio Jerónimo no se inmutó en lo más mínimo, mostrando así que su natural serenidad no se conmovía fácilmente por cualquier contratiempo. Conviene que recordéis, queridos niños, que al comenzar á referiros estos pasajes de mi vida, dije que las esperanzas del partido de Monmouth descansaban en gran parte en la incursión efectuada por Argyle y los desterrados de Escocia en el condado de Ayr, donde contaban con producir graves disturbios, atrayendo á aquel punto una buena parte de las fuerzas del rey Jacobo y dejándonos así expedito el camino de Londres. Alimentábase gran confianza en obtener tal resultado, porque los dominios de Argyle radican precisamente en esa parte de Escocia, donde podía levantar en armas cinco mil hombres de entre su misma gente. En los condados occidentales abundaban también los partidarios animosos dispuestos á sostener la causa del *Covenant* y que habían dado pruebas de ser valientes guerreros en numerosas escaramuzas. Con la ayuda de los montañeses (*highlanders*) y los partidarios del Pacto, parecía seguro que Argyle había de poder sostenerse, tanto más cuanto que tenía en su compañía al puritano inglés Rumbold y á muchos otros guerreros de experiencia. Por tanto, la inesperada noticia de su completa derrota y captura encierra gravedad extrema, porque, en vista de ella, tendremos que luchar contra todas las fuerzas del gobierno.

—¿Proceden esas noticias de una fuente digna de crédito?—preguntó Décimus Saxon, tras un prolongado silencio.

—Sobre ese particular no tengo la menor duda—respondió el señor Timewell.—Con todo, comprendo que os resistáis á creerlas, dados los excelentes consejeros que el duque ha tenido en su compañía. Entre ellos se contaba sir Patrick Hume...

—Sujeto tan largo en palabras, como corto en obras—observó nuestro compañero.

—Y Ricardo Rumbold...

—La antítesis del anterior—volvió á decir Saxon.—Ese me parece que habrá dado buena cuenta de sí.

—Además, también estaba allí el mayor Elphinstone.

—A quien todo se le vuelven necias baladronadas—añadió Saxon.

—Y sir Juan Cochrane...

—Que es todo un haragán, tan hablador como falto de ingenio y de resolución—dijo el soldado aventurero.—La expedición estaba condenada á fracasar desde un principio, teniendo al frente semejantes hombres. Sin embargo, yo creí que al menos pudieran haber escapado al interior de las montañas del país, y que á favor de las nieblas y especiales condiciones del terreno se hubieran sostenido, á fuer de gente acostumbrada á batirse como bandidos desarrapados. Pero, según decís, todos ellos han caído prisioneros; y en ese hecho podemos ver una lección y una advertencia. Yo os aseguro que, si Monmouth no procede con mayor energía, y se tira á fondo, en lugar de andarse en amagos y floreos de esgrima, hemos de correr la misma suerte que Argyle y Rumbold. ¿Qué significan esos dos días perdidos en Axminster precisamente cuando los minutos son preciosos? ¿Por ventura cada vez que le privan de una parte de sus milicias ha de detenerse cuarenta y ocho horas á cantar *Tedeums*, estando Churchill y Feversham, según mis informes, avanzando hacia el Oeste con todos los hombres de que pueden disponer, y los granaderos holandeses haciendo irrupciones en la misma región sin que nadie les vaya á la mano?

—Tenéis mucha razón. coronel Saxon—respondió el alcalde;—cuando el Rey llegue á esta ciudad, hemos de aconsejarle que tome una resolución decisiva. Sin duda, ha de andar muy necesitado de mili-

tares entendidos, porque desde que marchó Fletcher, apenas le acompaña hombre alguno que tenga experiencia de la guerra.

—Bien—dijo Saxon con aire pensativo;—ahora que Argyle ha desaparecido del campo, tendremos que habérnoslas frente á frente con Jacobo, fiándolo todo al valor de nuestro brazo.

—Sí, y á la justicia de nuestra causa. Y ¿á vosotros, jóvenes, qué os parecen las noticias? ¿Han hecho perder al vino su buen gusto? Supongo que no desertaréis de la bandera del Señor.

—Por mi parte, quiero continuar hasta el último instante—dije.

—Y yo seguiré en un todo el ejemplo de mi amigo Miguel Clarke—añadió Rubén Lockarby.

—A mí me da lo mismo—repuso sir Gervasio—y no deseo más que estar en buena compañía y entretenido en algún asunto de importancia.

—En ese caso—dijo el alcalde,—lo mejor es que cada cual vuelva á ocupar su puesto, y que procuremos tenerlo todo preparado para la llegada del Rey. Hasta entonces, espero que os sirváis honrar mi humilde morada.

—Siento no poder aceptar vuestro ofrecimiento—replicó Saxon.—Cuando estoy en campaña, necesito disponer libremente de todas las horas del día y de la noche. Pienso, por tanto, instalarme en la posada, que, aunque no muy provista de vituallas, puede al menos suministrarme un sencillo pasar; y eso con un vaso de cerveza y una pipa de Trinidad es todo lo que necesito.

En vista de que Saxon estaba firme en su resolución, el alcalde se abstuvo de insistir; pero mis dos amigos y yo hicimos uso de la hospitalidad que nos brindaba el anciano y sentamos nuestros reales en su casa.

XIX

DE UNA CAMORRA NOCTURNA

Décimus Saxon no quiso acompañarnos en la residencia del señor Timewell, porque, siendo el alcalde un presbiteriano empedernido, consideró que su amistad con él podría malquistarle con los independientes y otros fanáticos. En hecho de verdad, mis queridos niños, desde esa época en adelante aquel hombre astuto ordenó toda su vida y acciones al propósito de atraerse á los sectarios, esperando que lo eligieran por jefe. Porque el aventurero tenía la creencia firme de que en todas las turbulencias análogas á las en que nosotros nos habíamos metido, al fin la victoria solía ser de los partidos más extremosos. «El fanatismo—me decía en una ocasión—supone fervor; y éste resolución para el trabajo y la lucha, cualidad que lleva consigo la fuerza y el poder.» Tal era la base de sus planes y manejos.

En primer lugar, se esforzó por dar á entender á todos que era un excelente soldado; y á este fin no perdonó diligencia ni sacrificio alguno. Desde por la mañana hasta el mediodía, y desde las primeras horas de la tarde hasta la noche, no cesábamos de hacer el ejercicio, hasta que, á decir verdad, nuestros oídos se cansaron de oír las voces de mando y el ruido de las armas. Los buenos vecinos de Taunton tuvieron ocasión de persuadirse de que el regimiento de infantería del condado de Wilts mandado por el coronel Saxon constituía un elemento tan peculiar é inseparable de la plaza de la ciudad, como la cruz que se alzaba en el centro ó como el poste de la parroquia destinado á castigar á la gente maleante. Era

mucho lo que había que hacer en poco tiempo; y no pocos hubieran creído absurdo intentarlo. No solamente era la plaza el lugar destinado para pasar revista, sino que allí habían de practicar todas las compañías sus diversos ejercicios, mientras nosotros aprendíamos los nombres y condiciones de los soldados. Sin embargo, una circunstancia contribuía á hacernos más llevadero aquel trabajo; y era la certeza que teníamos de que no era inútil, pues á cada nuevo ensayo, nuestros ganapanes mostraban mayor marcialidad y manejaban sus armas con mayor soltura.

Desde que apuntaba el alba hasta la puesta del sol, en las calles de la ciudad no resonaban otros gritos que los de: «¡Armas al hombro!» «¡Descansen armas!» «¡Tercien armas!» «¡Preparen fulminantes!» y todas las demás voces de mando del antiguo ejercicio.

Al paso que aumentaba nuestra instrucción militar, el regimiento crecía también en número, porque la apostura y garbo que adquiríamos con el ejercicio nos atrajo la flor y nata de los forasteros. Mi compañía llegó á ser tan grande, que hubo necesidad de dividirla; y á las demás les ocurrió una cosa análoga. Los mosqueteros del *baronete* ascendieron á más de ciento, y la mayoría de ellos conocía perfectamente el uso del arma. Nuestro número total se elevó de trescientos á cuatrocientos cincuenta; y, al mismo tiempo, el dominio de las prácticas del ejercicio militar hizo que se nos felicitara generalmente por el estado de la tropa.

A hora avanzada de la noche, volvía yo cabalgando tranquilamente á la casa de maese Timewell, cuando Rubén me dió alcance y me rogó que volviera con él á ver un curioso espectáculo. Aunque no estaba muy de humor para tales cosas, volví las riendas á *Covenant* y avancé por la calle alta hasta penetrar en el barrio denominado Shuttern, donde

mi compañero hizo alto, frente á un edificio abandonado que parecía ser un pajar ó troje, y me rogó que mirara por la ventana.

El interior se reducía á un amplio local y era el almacén vacío, en que se acostumbraba depositar la lana. A la sazón aparecía iluminado por lámparas y candelas, á cuya luz se veía un numeroso grupo de soldados, pertenecientes á mi compañía y á la de mi compañero, los cuales estaban tendidos á ambos lados del recinto, unos fumando, otros rezando y algunos limpiando las armas. En el medio se había colocado una fila de banquetas, y sobre ellas cabalgaban los cien mosqueteros de la compañía del *baronet*, ocupándose cada uno de ellos en arreglar el pelo del que estaba delante y en tejerlo por detrás en forma de coleta. Un muchacho iba y venía con un pote de grasa y mediante ella y algunos cordeles de bramante, la faena progresaba satisfactoriamente. El mismo sir Gervasio permanecía sentado con una gran polvera de harina sobre un fardo de lana que había á la cabeza de la fila, y tan pronto como quedaba terminada alguna coleta, el jefe la examinaba con su monóculo, y si la encontraba de su agrado, la empolvaba delicadamente, con tanto cuidado y reverencia como si se tratara de alguna ceremonia de la Iglesia. Jamás hubo cocinero alguno que procediera á sazonar sus platos con mayor cautela y esmero del que nuestro amigo desplegaba en blanquear las cabezas de su compañía. Al levantar un instante los ojos, nos vió sonriendo á la ventana; pero su tarea era tan importante que no creyó del caso abandonarla, y al fin nos alejamos sin haber hablado con él.

Era aquélla una hora en que la ciudad estaba tranquila y silenciosa, porque la gente del país acostumbraba retirarse pronto á dormir, á no ser que alguna circunstancia especial les obligara á permanecer levantados. Volvimos lentamente por las desiertas calles, escuchando el ruido de los cascos de nues-

tros caballos al chocar contra las piedras del pavimento, y conversando sobre asuntos propios de nuestra edad. La luna brillaba espléndida sobre nuestras cabezas, bañando en su plateada luz los edificios de la ciudad y alfombrando el piso con los encajes de sombra, que proyectaban los remates y pináculos de las iglesias. Al llegar al patio de la casa de maese Timewell, salté de la silla ; pero Rubén, atraído por la quietud y belleza de la noche, siguió cabalgando con ánimo de llegar hasta la puerta de la ciudad.

Continuaba todavía ocupándome en aflojar las hebillas de mi correa y en quitarme la armadura, cuando de pronto resonó en la calle ruido de voces y de pelea en el que se percibía el choque de aceros y la voz de mi amigo que pedía auxilio. Sin perder un instante, desnudé mi espada y salí corriendo al lugar del alboroto.

A corta distancia había un escampado, en el que derramaba su luz el astro de la noche, y pude divisar en el centro de aquel claro la obesa figura de mi amigo saltando de un lugar á otro con una presteza de la que nunca le hubiera creído capaz, y cambiando estocadas con tres ó cuatro hombres que le estrechaban de cerca. Un bulto obscuro aparecía postrado en tierra, y más allá la jaca de Rubén piafaba junto á los contendientes, respondiendo á las voces de su amo. Al embestir yo dando gritos y blandiendo mi espada, los enemigos huyeron por una callejuela, con excepción de uno que era alto y nervioso, el cual se lanzó sobre Rubén, descargándole furiosos tajos y llenándole al mismo tiempo de maldiciones. Lleno de horror, pude observar mientras iba corriendo, que la hoja de aquel malsín alcanzó á mi amigo, y que éste arrojó su arma y cayó en tierra mientras su adversario, después de tirarle una última estocada, huyó por una de las estrechas y tortuosas callejuelas que conducen desde la calle del Este hasta las riberas del Tone.

—¿Estás herido, Rubén?—pregunté con ansiedad cayendo de rodillas junto á él.—¿Dónde has recibido el golpe?

—En el pecho es donde principalmente siento la molestia—respondió soplando con fuerza, como el fuelle de una fragua,—y también detrás de la cabeza. Haz el favor de darme la mano.

—Pero ¿estás realmente sano y salvo?—insistí con un alegrón al ayudarle á levantarse.—Creí que ese villano te había herido.

—Ni más ni menos que si hubiera tratado de traspasar á un crustáceo con un alfiler—repuso.—Gracias al buen sir Jacobo Clancings, señor en otro tiempo de Snellaby Hall y á la sazón establecido en la llanura de Salisbury, sus espadas no han hecho más que arañarme el peto. Pero ¿qué ha sido de la joven?

—¿Qué joven?—interrogué.

—La que ha motivado esta contienda. Precisamente desenvainé mi espada para defenderla contra esos merodeadores nocturnos que la acosaban. Mira, allí se la ve levantarse. Esos criminales la habían derribado, cuando yo caí sobre ellos.

—¿Cómo os sentís, señorita?—pregunté, porque la figura que antes estaba postrada en tierra se había levantado, tomando la forma de una mujer en la flor de la edad y según todas las apariencias linda, si bien este pormenor no podía percibirse por tener el rostro cubierto con un manto.—Celebraré que no hayáis recibido el menor daño.

—No, señor—respondió con voz dulce y apagada, —pero si he librado con bien, se debe al denuedo de vuestro amigo y á la sabia providencia de Aquel que desbarata los planes de los malvados. Sin duda alguna, todo caballero hubiera prestado esta ayuda á una joven puesta en igual riesgo; pero debo añadir para satisfacción vuestra que la persona á quien ha-

béis prestado este servicio no os es enteramente desconocida.

Al acabar de decir estas palabras dejó caer su manto, y volvió hacia nosotros el semblante á la luz de la luna.

—¡Cielo bendito! ¡La señorita Timewell!—exclamé asombrado.

—Volvamos á casa—dijo con acento firme y rápido.—La vecindad comienza á alarmarse, y dentro de poco tendremos aquí una muchedumbre de curiosos. No demos lugar á necias murmuraciones.

Las ventanas habían comenzado á abrirse con estrépito en todas direcciones, mientras se oía preguntar por lo que ocurría. Allá lejos, en la misma calle, se percibía el resplandor de faroles que oscilaban con el movimiento de los corchetes de la ronda que acudía presurosa. Nos deslizamos por entre las sombras, y al fin nos hallamos en salvo dentro del patio del calde, sin haber tropezado con obstáculo alguno.

—Espero, señor, que verdaderamente no os hayan causado daño alguna—dijo la joven á mi compañero.

Rubén había permanecido mudo, desde que la señorita Timewell descubrió el semblante, ofreciendo el aspecto de un hombre que está entregado á un sueño delicioso sin que le aflija otra molestia que la del temor de despertar.

—No—respondió,—no he recibido ningún daño, pero desearía que nos dijerais quiénes son esos canallas y dónde podríamos encontrarlos.

—¡Oh, de ningún modo!—replicó la joven levantando el índice con aire imperioso;—esto debe terminar aquí y vosotros debéis absteneros de dar ningún paso en este asunto. En cuanto á mis asaltantes, no puedo decir con certeza quiénes sean. Había salido á visitar á la señora Clatworthy, que estaba con la terciana, y me acosaron al regresar. Tal vez sean algunos que no están conformes con las opinio-

nes políticas de mi abuelo y querían vengarse de él, hiriéndome á mí. Pero, puesto que habéis sido tan bondadosos, ¿me rehusaréis un favor que voy á pedirós?

Mi amigo y yo manifestamos que no nos era posible hacerlo y le prometimos acceder á su petición con la mano puesta en la empuñadura de la espada.

—No, no se trata de emplearla contra mis enemigos; reservadlas para pelear las batallas del Señor—dijo la señorita Ruth sonriendo al observar nuestra acción.—Todo lo que tengo que pedirós es que no digáis á mi abuelo una palabra de lo ocurrido, porque tiene un genio violento, y cualquier cosilla le irrita extraordinariamente, á pesar de sus años. Sentiría que abandonara el cuidado de los asuntos públicos, por atender á una minucia de tan escasa importancia como la presente. ¿Me dais palabra de hacerlo así?

—Podéis contar con la mía—repuse haciendo una venia.

—Y con la mía—añadió Lockarby.

—Gracias, mis buenos amigos... Pero ¡ay! ahora echo de ver que se me ha caído el guante en la calle. No importa; dejémoslo y demos gracias á Dios de que nadie haya salido con daño. Os reitero mi agradecimiento junto con la promesa de no olvidar tan señalado favor.

Dichas estas palabras, subió rápidamente las escaleras y desapareció en un instante.

Rubén y yo quitamos los arneses á nuestros caballos y los colocamos en el establo sin decir una palabra. En la misma actitud penetramos en la casa y subimos á nuestros cuartos; pero, al llegar mi amigo al suyo, se detuvo un instante para decirme:

—Antes de ahora he oído la voz de aquel hombre alto que me embistió con tanta furia.

—También yo—le respondí.—El viejo debe guar-

darse de sus aprendices... Pero me vienen ganas de volver por el guante de la señorita.

El ceño que nublabá el semblante de Rubén se disipó instantáneamente, y abriendo la mano izquierda, me mostró la prenda de ante arrugada por la presión que había sufrido.

—No le trocaría por todo el oro que hay en los cofres del venerable alcalde—dijo en un repentino arrebató, y luego, medio riéndose, medio avergonzado de aquella declaración, se coló rápidamente en su cuarto dejándome entregado á mis propios pensamientos.

Y de esta suerte aprendí por vez primera, queridos niños, que mi buen compañero había sido herido por las flechas del cieguecillo dios del amor. Cuando un hombre llega á los diez y nueve años, la pasión del amor brota de pronto en él como una llamada en un montón de pólvora al que se aplicó la mecha.

No os referiría mi historia de un modo conveniente si no os hiciera notar que mi amigo era un muchacho de genio franco, arrebatado é impulsivo, cuya razón pocas veces regulaba los movimientos de sus inclinaciones. Un hombre de tal índole no puede menos de sentirse irresistiblemente atraído por una joven encantadora, á la manera que la aguja sigue fatalmente la atracción del imán. Esos jóvenes aman tan naturalmente como canta el malvís ó retozan los gatitos.

Al contrario, un individuo como yo, de inteligencia tarda y genio cachazudo, en cuyas venas la sangre circuló siempre con cierta frialdad y moderación, puede entrar en los asuntos de amor, como el caballo que baja por el cauce inclinado de una corriente, avanzando paso á paso ; pero los hombres del temple de Rubén, no bien han apoyado el pie en la pendiente, cuando poco después se encuentran sumergidos en ella.

Sólo Dios sabe cuál fué la causa determinante de aquella pasión. Lo único que puedo decir es que desde aquel día vi á mi compañero triste y mal humorado en ciertos ratos, y alegre y extraordinariamente jovial en otros. El buen humor é ingenio que siempre le habían distinguido, desaparecieron como por encanto; y mi hombre quedó tan desmayado y miserable como los pollos al mudar la pluma; hecho que siempre me ha parecido uno de los resultados más extraños de lo que los poetas llaman el feliz estado de amor. En realidad, los dolores y las alegrías andan tan mezclados y juntos en este mundo que parecen vivir tabique en medio, bastando el más ligero golpe para derribar el muro que los separa. Tropiézase á veces con hombres tan llenos de suspiros, como una granada lo está de pólvora; tienen el semblante triste y sombrío y parecen tener el espíritu en apartadas regiones, pero si les hacéis observar la miseria de su estado, os responderán que no cambiarían su suerte por la de los más grandes reyes y emperadores. Para ellos las lágrimas vienen á ser monedas de oro, y las risas despreciables piezas de cobre. Bien, queridos míos, es inútil que trate de explicaros lo que yo mismo no puedo comprender. Si, según he oído, es imposible hallar dos hombres que tengan iguales las líneas de la piel de sus pulgares, ¿cómo vamos á esperar que coincidan en sus más íntimas ideas y sentimientos? Con todo eso, he de deciros sinceramente que, cuando pedí la mano de vuestra abuela, no lo hice con el aspecto triste del que preside el duelo en un funeral. Ella confirmará que me presenté con la sonrisa en los labios, aunque tal vez me palpitara un poco el corazón, y que tomando su mano le dije... pero ¡válgame Dios! ¿Adonde hemos ido á parar? ¿Qué tiene que ver todo esto con la ciudad de Taunton y el levantamiento de 1685?

La noche del miércoles 17 de junio supimos que

el rey, como se llamaba á Monmouth en todo el Oeste, estaba á menos de diez millas de distancia con sus tropas, y que efectuaría su entrada en la leal ciudad de Taunton á la mañana siguiente. Como podéis suponer muy bien, se practicaron todas las diligencias necesarias para recibirle con la pompa y entusiasmo que correspondía á la ciudad más *whig* y protestante de Inglaterra. Habíase erigido en la puerta de Occidente un arco de siemprevivas, que llevaba la inscripción : «¡ Bienvenido sea el rey Monmouth !» mientras otro se tendía desde la entrada de la plaza del mercado hasta la ventana más alta de la *Posada del Ciervo Blanco*, con la leyenda : «¡ Dios salve á la iglesia protestante !» en grandes letras rojas. Un tercero, si mal no recuerdo, se alzaba á la entrada del patio del castillo, pero no puedo decir cuál era el rótulo que en él se había puesto. La industria de paños y tejidos de lana constituía, como ya os he dicho, el principal negocio de la ciudad, y los comerciantes sacaron á relucir sus telas más ricas para colgar con ellas las calles. Véanse flotar en ventanas y balcones ricos tapices, satinados terciopelos y costosos brocados. La calle del Este, la calle Alta, y la de Fore estaban forradas desde el arranque de los tejados al pavimento con raras y hermosas colgaduras, mientras á ambos lados pendían de las techumbres alegres banderolas y largos festones que iban de una casa á otra. La bandera real de Inglaterra ondeaba en la torre más alta de Santa María Magdalena, mientras la enseña azul de Monmouth campeaba en la torrecita gemela de San Jacobo. Los trabajos de ornamentación duraron hasta hora bien avanzada de la noche, y al salir el sol el jueves 18 de junio, iluminó el espectáculo más brillante y rico de color que jamás ofreció ciudad alguna. Taunton se había trocado, como por arte de magia, de una ciudad industrial en un jardín de flores.

Maese Esteban Timewell desplegó gran diligen-

cia en todos esos preparativos, pero no olvidó al mismo tiempo que lo mejor con que podía regalar los ojos de Monmouth era el nutrido cuerpo de hombres armados que estaban dispuestos á arriesgar por él la vida. En la ciudad había seiscientos combatientes, de los que doscientos eran jinetes, bien armados y equipados en su mayoría. Estas tropas fueron colocadas á lo largo de la carrera que había de seguir el rey. Los soldados de la villa se pusieron en fila en la plaza del mercado de tres en fondo, extendiéndose desde la puerta del castillo hasta la entrada de la calle Alta; á partir de aquí, siguiendo por el barrio de Shuttern, Dorsetshire y Frome, los campesinos cubrían los dos lados de la calle; y nuestro regimiento se estacionó en la puerta de Occidente. Con las armas bien limpias, las filas en orden, y nuevos brotes verdes en los birretes, el ejército ofrecía el aspecto más brillante que era posible desear. Cuando cada cual ocupó su puesto, y los vecinos con sus mujeres se hubieron engalanado con el traje de los días festivos, luciendo la alegría en el semblante y grandes canastillas de flores recién cortadas, todo estuvo dispuesto para recibir al ilustre visitante.

—Tengo que comunicar las órdenes siguientes—dijo Saxon avanzando hacia nosotros, que permanecíamos al frente de nuestros compañeros:—mis capitanes y yo nos incorporaremos á la escolta del rey en el momento de pasar, y le acompañaremos hasta la plaza del mercado. Los soldados presentarán armas y continuarán firmes hasta que regresemos.

Los tres subordinados desnudamos las espadas y saludamos á nuestro jefe.

—Si queréis seguirme, caballeros, y aguardar á la derecha de la puerta inmediata—dijo,—tal vez pueda deciros algo de los personajes que forman la escolta del rey. Los treinta años que llevo militando en diversos países me dan derecho á exponer algunas

observaciones á los que todavía son aprendices en el arte de la guerra.

Los capitanes nos alegramos de seguir su consejo y salimos por la puerta que se reducía á un ancho hueco y se abría en los terraplenes que señalaban las líneas de las antiguas murallas.

—No se ve todavía la menor señal de que se acerquen—observé, mientras avanzábamos en dirección á una pequeña eminencia.—Supongo que deben venir por este camino que da la vuelta por el valle de enfrente.

—Hay dos clases de malos generales—dijo Saxon:—los demasiado precipitados y los excesivamente lentos. A los consejeros de Su Majestad no podrá nunca acusárseles del primer defecto, cualesquiera que sean las equivocaciones en que pueden incurrir. En este momento me acuerdo del viejo mariscal Grunberg, con quien milité en Bohemia veintiséis meses. Aquel hombre volaba de un punto á otro del país llevando en revuelta confusión la caballería, la infantería y la artillería, como si el diablo le picara la retaguardia. Podía cometer cincuenta errores, pero el enemigo nunca tuvo tiempo de aprovecharse de ellos. En una ocasión, habíamos invadido el territorio de Silesia, avanzando con nuestra habitual celeridad, cuando á los dos días de haber caminado por la montaña, el jefe de su Estado Mayor le dijo que la artillería no podía seguir la marcha. *Lass es hinter!* «¡Dejadla atrás!» respondió. Así, pues, abandonamos los cañones y seguimos la marcha; pero al día siguiente por la tarde, la infantería estaba despeada. Entonces el jefe de Estado Mayor volvió á decir al mariscal: «Mi general, los infantes no pueden andar otra milla más». *Lassen Sie hinter!* «¡Dejadlos atrás!» replicó nuevamente. Continuamos con la caballería, estando yo á la sazón en su regimiento de tropas húngaras por mi desgracia. Pero después de algunas escaramuzas con el enemigo y de haber



Maese Timewell hincó la rodilla junto al estribo de Monmouth y besó la mano que aquél le alargaba. (Pág. 296.)

SIG. 19.—CLARKE.—TOMO I

LÁMINA IV



transitado por caminos erizados de obstáculos, nuestros caballos se negaron á proseguir. «Los caballos están rendidos» dijo el jefe de Estado Mayor. *Lassen Sie hinter!* «¡Dejadlos atrás!» exclamó Grunberg; y apuesto que hubiera llegado hasta Praga, si su Estado Mayor se lo hubiera permitido. Desde entonces le denominábamos siempre el general «Hinterlassen».

—¡ Eso es lo que se llama un general de rompe y rasga!—observó sir Gervasio.—Me hubiera gustado servir á sus órdenes.

—¿ Sí, eh? Pues os advierto que tenía un sistema particular de instruir y adiestrar á sus reclutas, y dudo mucho que fuera del agrado de nuestros buenos amigos de este país—dijo Saxon.—Estando de campaña en el ejército que sitiaba á Salzburgo, después de habernos apoderado del castillo ó fortaleza de este nombre, se nos incorporaron algunos inútiles de infantes bisoños, reclutados en Dalmacia para pelear á favor del Emperador. Al aproximarse á nuestras líneas, agitando las manos y haciendo salvas de mosquetería, el viejo mariscal Hinterlassen dió orden de descargar contra ellos toda la artillería de las murallas, dando muerte á sesenta de los que llegaban y sembrando el pánico en los demás. «Es menester—dijo—que esos pícaros se acostumbren á resistir el fuego, más pronto ó más tarde; de ese modo habrán comenzado ya su instrucción militar y recibido su bautismo de sangre.»

—Sin duda, era un instructor excesivamente rudo—observé;—porque bien podía haber dejado esta última parte del bautismo de sangre, para que se encargara de ella el enemigo.

—A pesar de todo, sus soldados le amaban—continuó Saxon.—Siempre que se tomaba por asalto alguna ciudad, no hacía caso alguno de las quejas de las mujeres contra la soldadesca, ni de las reclamaciones de los vecinos que tenían la desgracia

de ser robados. Pero, en lo que toca á jefes calmosos y amigos de proceder despacio, en sus planes no he conocido á otro que igualara al brigadier Baungarten, que también pertenecía al servicio imperial. Complaciábase en levantar sus cuarteles de invierno para poner sitio á alguna plaza fuerte; y al efecto comenzaba á construir frente á ella un baluarte y emprender trabajos de zapa, hasta que los soldados se cansaban de ver la fortaleza que estaban combatiendo; y después de haber jugado con ella, como el gato con el ratón, cuando ya estaba á punto de abrir sus puertas, el brigadier, de buenas á primeras, levantaba el sitio y se volvía tranquilamente á los cuarteles de donde había salido. Dos campañas hice á sus órdenes, sin conquistar honra ni beneficio alguno de los saqueos y despojos, fuera de un mezquino estipendio de tres florines pagados en mala moneda y con seis meses de atraso... Pero observad la gente que está más allá de la torre. Agitan los pañuelos, como si descubrieran alguna cosa.

—No alcanzo á ver nada—respondí poniendo mi mano encima de los ojos y examinando el valle, salpicado de grupos de árboles y que se elevaba suavemente hasta las fértiles colinas de Blackdown.

Los que están en los caballetes de los tejados saludan y señalan á cierto sitio—dijo Rubén.—Me parece que yo mismo percibo el brillo del acero entre los bosques más distantes.

—Allí está—exclamó Saxon extendiendo su mano cubierta con el guantelete,—en la ribera izquierda del Tone, hacia el puente de madera. Seguid mi dedo, Clarke, y decid si podéis distinguirlo.

—Sí, ciertamente—exclamé,—veo un resplandor débil que parece ir y venir. Y allá á la izquierda, donde el camino da la vuelta por la colina, ¿no divisáis aquella nutrida masa de tropa? ¡Ah! La cabeza de la columna comienza á salir de los árboles.

No había una nube en el cielo; pero el intenso

calor del día había levantado una neblina en el fondo del valle, la cual se extendía á lo largo del variable curso del río y suspendía pequeños jirones sobre la vegetación que viste la ribera. Al través de esta fina masa de vapores se veían brillar, de cuando en cuando, deslumbradores destellos, producidos por los rayos del sol que reverberaban en los petos y cascos. Una vez y otra, la suave brisa del verano traía trozos de música marcial, mezclados con el agudo clamor de las trompetas y el rumor prolongado y profundo de los tambores. Poco después, la vanguardia del ejército comenzó á salir de entre la espesura y á trazar una mancha negra sobre el blanco y polvoriento camino. La línea se extendía lentamente avanzando desde el bosque como un gigantesco reptil negro de brillantes escamas, hasta que todo el ejército rebelde, con su caballería, infantería y artillería, apareció debajo de nosotros. El resplandor de las armas, el ondear de innumerables banderas, los airones de los capitanes y las columnas cerradas que formaba la tropa, ofrecían un cuadro que entusiasmó á los ciudadanos, encaramados en lo más alto de las casas y de las murallas desmanteladas, á fin de poder divisar desde allí á los defensores de su fe. Si con sólo ver pasar á un regimiento, vuestros pechos se estremecían ante el espectáculo, podéis imaginar lo que sucedería cuando los soldados que contemplarais estuvieran en armas para defender vuestros intereses más sagrados y regresaran de haber reñido una batalla sangrienta y victoriosa... Aunque todo el resto de la nación estuviera contra nosotros; al menos aquellos valientes peleaban á nuestro lado, y por eso no podíamos menos de saludarlos como á hermanos y amigos. Entre todos los lazos que unen á los hombres en este mundo, no los hay más fuertes que los que nacen de un peligro común.

Todo aquello se me representaba á mis ojos como un maravilloso cuadro de guerra de aspecto imponen-

te, y pensé al contemplar tan brillantes aprestos que nuestra causa estaba ganada. No fué, por tanto, pequeña mi sorpresa cuando observé que Saxon hacía gestos desdeñosos, hasta que, por fin, no pudiendo dominar su impaciencia, comenzó á desahogar el profundo descontento que le dominaba.

—¡Vaya una manera de disponer la vanguardia que sube por la pendiente! — exclamó.—¿Dónde están los batidores ó *vorreiter* como los llaman los alemanes? ¿Dónde se ha dejado el espacio que debe haber entre las primeras avanzadas y el cuerpo principal del ejército? Por la espada de Scanderbeg; más que ejército, esa gente parece una procesión ó romería de peregrinos, como los que he visto encaminarse al santuario de San Sebald en Noruega con sus banderas y estandartes. Indudablemente, entre aquel grupo de jinetes debe cabalgar nuestro nuevo monarca. ¡Qué lástima no tener con él un hombre capaz de disponer esa confusa turba de campesinos en algún orden de campaña! Pues mirad ahora esas cuatro piezas de artillería que vienen arrastrando á la zaga, como el ganado cojo detrás del rebaño. ¡Ira de Dios! No quisiera ser más que un oficialillo del rey con un escuadrón de caballería ligera y encontrarme en aquellas lomas de más allá. A fe mía, que había de barrer el camino, como el gavilán dispersa una bandada de avefrías. Luego, una carga repartiendo tajos y estocadas... abajo inmediatamente los indefensos artilleros; unos cuantos disparos para cubrir el objetivo de la acción; media vuelta con la caballería; y largo con los cañones del enemigo entre una nube de polvo. ¿Qué os parece, sir Gervasio?

—Una operación muy divertida, coronel—respondió el interrogado con un ligero tinte de carmín en sus mejillas.—Supongo que en ella me tocaría desempeñar un papel importante con mi caballería húngara.

—No, pues les aseguro que tendrán que orga-

nizarse ó sucumbir: no hay término medio. Pero me parece que nuestros amigos no son tan numerosos como decían las crónicas. Yo los calculo en un millar de caballos, y unos cinco mil doscientos infantes. Hubiera creído que los informes eran más exactos. Con mil quinientos voluntarios que hay en la ciudad, y que sumados á los que vienen, nos aproximarán á ocho mil hombres, no hay bastante para invadir un reino y disputar una corona.

—Si el Oeste, solo, puede dar ocho mil hombres, ¿cuántos no podrán suministrar los demás condados de Inglaterra?—pregunté.—¿No es ése el mejor modo de considerar el asunto?

—La popularidad de Monmouth radica principalmente en el Oeste—respondió Saxon.—Esa circunstancia precisamente es la que le ha movido á levantar su estandarte en estos condados.

—Sus estandartes, más bien—observó Rubén.—Cualquiera diría que habían puesto á secar toda la ropa blanca, tendiéndola á lo largo de la línea.

—¡Ciertamente! Tienen más enseñas de las que jamás he visto en una fuerza tan poco numerosa—repuso Saxon alzándose en los estribos.—Una ó dos son azules; y las demás, á lo que puedo distinguir, blancas, con algunos motes ó divisas.

Mientras sosteníamos esta conversación, la división de caballería, que formaba la vanguardia del ejército protestante, se había acercado á la distancia de un cuarto de milla ó menos de la ciudad; y de pronto un agudo toque de trompeta ordenó hacer alto. La señal fué repetida sucesivamente por todos los regimientos ó escuadrones, alejándose con rapidez el sonido hasta extinguirse á lo lejos. Mientras la retaguardia se ponía en orden en el camino blanco, moviéndose de una manera insegura, á lo largo de la línea curva y ondulada que formaba el ejército, la formación de éste trajo nuevamente á mi ánimo la imagen de una serpiente.

—Me parece una boa gigante—observé—que extendiera sus anillos para envolver á la ciudad.

—Yo diría más bien una culebra de cascabel—observó Rubén señalando á los cañones que venían detrás.—Lleva todo el ruido en la cola.

—Aquí viene la cabeza, si no me engaño—añadió Saxon.—Lo mejor será que nos coloquemos al lado de la puerta.

Mientras hablaba, un grupo de caballeros elegantemente vestidos se destacó del cuerpo principal y avanzó en derechura á la ciudad. Su jefe era un joven alto, delgado y de aspecto distinguido, que montaba con garbo y gracia, y sobresalía entre los que le rodeaban por la noble apostura de su continente y la riqueza de sus vestidos. Mientras galopaba hacia la puerta, estalló en la multitud una tempestad de aclamaciones, que se repitieron y prolongaron en toda la extensión cubierta de gente del pueblo, del que una gran parte no podía ver lo que pasaba en las primeras filas, pero colegía por los aplausos que el rey estaba efectuando su entrada en la ciudad.

XX

EN QUE SE DESCRIBE LA REVISTA DE LAS FUERZAS DEL OESTE

Monmouth estaba, á la sazón, en sus treinta y seis años, y se distinguía por esas cualidades exteriores que agradan á la multitud y conquistan al que las posee el aura popular. Era joven, de palabra fácil y amena, agudo y adiestrado en todo género de ejercicios viriles y marciales. Mientras avanzaba por la región del Oeste, no creyó indigno de su elevada categoría besar á las muchachas de las aldeas, ofrecer premios á los que sobresalieran en los deportes rurales y tomar parte en campeonatos de carreras,

luchando con sus botas puestas contra los más ágiles campesinos descalzos (1). Los caracteres distintivos de su índole eran la vanidad y la prodigalidad; pero Monmouth sobresalía en la ostentosa magnificencia y franca generosidad que se atraen siempre el amor del pueblo. Tanto en Europa como en Bothwell Bridge de Escocia, había capitaneado ejércitos con buena fortuna; y su bondad y clemencia con los partidarios del Pacto (*Covenant*) después de la victoria fué causa de que los *whigs* le cobraran tanto amor y estimación como odio sentían contra Dalzell y Claverhouse. Al refrenar su magnífico caballo negro á las puertas de la ciudad y saludar á la clamorosa multitud quitándose el birrete adornado con un airón, la gracia y dignidad de su porte eran las que correspondían al caballero errante que se lanza á la lucha en condiciones adversas para reconquistar una corona que le ha sido arrebatada por un tirano.

Se le consideraba de facciones atrayentes y hermosas, pero por mi parte no encontré justa esa apreciación. Su rostro era, á mi juicio, demasiado largo y descolorido para lo que pide la hermosura y gentileza, pero tenía rasgos nobles y señoriles, con nariz bien perfilada y ojos escrutadores. En su boca podía advertirse tal vez algún indicio de la debilidad que eclipsó las buenas condiciones de su genio, si bien la expresión era dulce y amable. Usaba una especie de casaca de las que en aquella época se llamaban *roquelaires*, de color de púrpura, guarnecida con encajes dorados que formaban las solapas, por entre las que brillaba un peto plateado. Las demás prendas eran de terciopelo algo más obscuro que el *roquelare*, y calzaba un par de botas altas de cordobán amarillo; llevaba al cinto un espadín de empuñadura de oro al lado izquierdo y un puñal de Parma al derecho, pendientes uno y otro de vainas de tafilete. Adornaba

(1) Nota G, Apéndice.—Avance de Monmouth.

su cuello con una ancha golilla de encaje de Malinas que le caía sobre los hombros; y de sus mangas salían guarniciones de los puños de la misma tela. Una vez y otra se descubrió é inclinó sobre la silla correspondiendo á las aclamaciones del pueblo. «¡ Salud á Monmouth!» «¡ Salud al jefe protestante!» «¡ Viva el noble rey Monmouth!» eran los gritos que se oían sucesivamente, mientras en todas las ventanas, tejados y balcones ondeaban pañuelos y banderolas comunicando nueva animación á la regocijada escena. La avanzada rebelde se entusiasmó á la vista del espectáculo y prorrumpió en estruendosos hurras, que fueron repetidos una y otra vez por el resto del ejército, haciendo resonar la localidad entera.

Entretanto los vecinos más respetables, presididos por nuestro amigo el alcalde, avanzaron desde la puerta de la ciudad, vestidos con sus togas de seda guarnecidas de pieles y con esclavinas de la misma materia, á tributar homenaje al rey. Maese Timewell hincó la rodilla junto al estribo de Monmouth y besó la mano que aquél le alargaba.

—¡ Arriba, arriba, señor alcalde!—dijo el rey con voz clara y fuerte,—á mis enemigos es á quien toca postrarse ante mí y no á mis amigos. ¿Qué pergamino es ése que estáis desenrollando?

—Un mensaje de bienvenida y de fidelidad, señor, que ofrece á Vuestra Majestad la villa de Taunton.

—No necesito tales mensajes—dijo el rey Monmouth mirando á su alrededor.—Escrito lo veo en los semblantes que me rodean con caracteres más hermosos de los que jamás pudieron usarse en pergaminos. Mis buenos amigos me han hecho comprender su adhesión y fidelidad sin la intervención de amanuense ni escribano. Vuestro nombre, señor alcalde, es Esteban Timewell, según tengo entendido.

—El mismo, Majestad.

—Nombre demasiado breve para persona tan ho-

norable—dijo el rey, desenvainando su espada y tocándole con ella el hombro.—Quiero alargarle añadiéndole tres letras. Levantaos, sir Esteban, y ¡ojalá que halle en mis dominios muchos otros caballeros tan leales y animosos como vos!

Entre los hurras que estallaron nuevamente celebrando el honor otorgado á la ciudad, el mayor se retiró con los concejales á la izquierda de la puerta, mientras Monmouth y su Estado Mayor formaban un grupo á la derecha. Obedeciendo á una señal, un trompetero hizo sonar un toque militar; los tambores batieron paso de carga, y el ejército insurrecto, formado en columnas y con banderas desplegadas continuó su avance hacia la ciudad. Al aproximarse, Saxon nos señaló los diversos jefes y personajes que rodeaban al rey, diciéndonos sus nombres y breves palabras referentes á su carácter.

—Aquel señor pequeño y delgado, de mediana edad, que está á la izquierda del rey, es lord Grey de Wark. Ha sufrido prisión en la Torre por traición. Es el que huyó con la señorita Enriqueta Berkeley, hermana de su mujer. ¡Vaya una persona de conducta edificante para figurar entre los jefes que defienden una causa santa! El que está á la izquierda, de cara tan roja y abultada, y gorro adornado con una pluma blanca, es el coronel Holmes, hombre valeroso que no izará nunca el color blanco como bandera de paz ó de parlamento á pesar de su airón. El otro que monta el caballo castaño de gran alzada es un abogado, aunque por quien soy puedo afirmar que vale más al frente de un batallón que dictando una minuta. Es el republicano Wade, que capitaneó á la infantería en la escaramuza de Bridport, logrando sacarla á salvo. El alto y grave militar que usa gorro de acero, es Antonio Buyse, brandeburgués, soldado aventurero y hombre de gran corazón como la mayor parte de sus paisanos. He peleado con él y contra él, antes de ahora.

—Reparad en el caballero alto y delgado que está detrás de él—exclamó Rubén.—¿Observáis que ha desenvainado la espada y la está esgrimando sobre su cabeza? ¡Extraña oportunidad la que elige para ejercitarse en el manejo del montante! Debe de estar loco.

—Tal vez no andéis muy equivocado—dijo Saxon.—Sin embargo, yo os aseguro que, á no ser por ese hombre, no habría ejército protestante que avanzara en dirección á esta ciudad por el camino que desde aquí divisamos. El es el que, á fuerza de hablarle á Monmouth de la probabilidad que se le ofrecía de ceñirse la corona, le indujo á abandonar su cómodo retiro de Bravante. No hay uno solo de esos hombres á quien no haya tentado con un cebo ú otro para comprometerle en esta empresa. A Grey le ha ofrecido un ducado; á Wade el puesto de Gran Canciller; y á Buyse el saqueo de la calle de Cheapside. Cada uno de ellos tiene sus aspiraciones; pero ese loco fanático es quien los maneja á su gusto y los hace danzar como muñecos á su capricho. Ha conspirado y mentido más que cualquier *whig* y ha sufrido menos que todos ellos.

—Entonces debe de ser el doctor Roberto Ferguson, de quien he oído hablar á mi padre—repuse.

—Así es. Una sola vez le he visto en Amsterdam, pero le reconozco perfectamente por su original peluca y la curvatura de su espalda. Se susurra que últimamente el exceso de amor propio le ha trastornado el juicio. Mirad cómo el alemán le pone la mano sobre el hombro, y le aconseja que envaine la espada. El rey Monmouth vuelve también la cabeza y se sonríe al contemplarle como si viera en él á un bufón de la corte, cubierto con un manto de Ginebra en lugar del traje de colorines. Pero ya tenemos aquí las avanzadas. ¡Ea! A vuestras compañías, y cuidad de levantar las espadas saludando siempre que pase la bandera de algún regimiento.

Mientras nuestro compañero hablaba, todo el ejército protestante había seguido su marcha hacia la ciudad y las primeras avanzadas llegaban á la puerta de ésta. Rompían la marcha cuatro jinetes mal equipados y montados, con cuerdas en vez de bridas y, en algunos casos, con mullidos de jerga en lugar de sillas. Iban armados en su mayor parte de espada y pistola, y algunos pocos, muy contados, tenían coletos de ante, petos y cascos tomados en el combate de Axminster y que conservaban aún manchas de sangre de sus antiguos dueños. En medio de ellos cabalgaba un abanderado que llevaba una gran enseña cuadrada pendiente de un asta apoyada en un soporte fijo al cinturón. En la tela se veía escrita en letras de oro la leyenda: *Pro libertate et religione nostra*. Esta tropa de caballería estaba compuesta de hijos de hacendados y labradores, ajenos á la disciplina y que tenían un alto concepto de su importancia como voluntarios del ejército insurrecto; circunstancia que los hacía discutir y poner dificultades á todas las órdenes que se les daban. Por tal razón, á pesar de no carecer de valor y denuedo, sirvieron de poco en la guerra, constituyendo un obstáculo más bien que una ayuda para el ejército.

Seguía detrás de los que acabamos de describir la infantería, que marchaba de seis en fondo, dividida en compañías de número variable, cada una de las cuales llevaba su bandera con el nombre de la ciudad ó aldea correspondiente. Este modo de disponer las tropas se aceptó, á causa de haber visto que no era posible separar á los voluntarios, unidos por relaciones de parentesco ó vecindad. Dijeron que querían pelear juntos, ó que de otro modo no pelearían. Por mi parte, no me parece mala la idea, porque cuando llega el momento de resitir una carga, esos hombres se mantienen firmes sabiendo que están entre amigos y conocidos. Muchos de los lugares antes mencionados llegué á conocerlos posteriormen-

te por referencias de los que á ellos pertenecían y además yo había viajado por algunos otros ; de suerte que pude interpretar los nombres de las banderas en su verdadera significación. El gran poeta Homero tiene un capítulo ó libro dedicado á recordar los nombres de todos los jefes griegos y su procedencia, junto con el número de soldados que llevaron al ejército común. Es lástima que no tengamos algún Homero del occidente de Inglaterra, que hubiera recordado los nombres de aquellos valientes campesinos y artesanos y referido lo que cada uno hizo y sufrió por defender una causa noble aunque desastrosa. Al menos no han de perderse los nombres de los pueblos donde nacieron, hasta donde mi débil memoria alcance á recordarlos.

El primer regimiento de infantería, si es que tal nombre puede darse á una turba de gente mal ordenada, se componía de marineros, pescadores y habitantes de la costa que usaban toscos chaquetones azules y mostraban en el andar y porte la rudeza de su clase. Sus rostros de color de caoba estaban curtidos por la intemperie y sus armas consistían en escopetas de caza, machetes y pistolas. Tengo idea de que no era ésta la primera vez que tales armas se volvían contra las tropas del rey Jacobo, porque las costas de Somerset y Devon fueron famosos centros de contrabandistas ; nada, pues, tenía de extraño que en esta ocasión muchos lugres rebeldes permanecieran amarrados en alguna ensenada ó bahía, mientras sus dotaciones efectuaban la expedición militar á Taunton. En cuanto á disciplina, esa gente no tenía la menor noción de ella y marchaban con el rudo aire de la gente de mar, entre voces y frases de saludo popular que se dirigían mutuamente ó á la muchedumbre de curiosos. Desde la Punta de la Estrella hasta los Caminos de Portland, pocas serían las redes ocupadas en la pesca durante un largo espacio de tiempo ; y el depósito de Lyme Cobb lo mismo que el

mercado de Plymouth tendrían que carecer del surtido acostumbrado durante todo ese tiempo. Cada grupo ó cuadrilla de esta gente de mar llevaba su bandera, apareciendo al frente de todas la de Lyme, á la que seguían las de Topsham, Colyford, Bridport, Sidmouth, Otterton, Abbotsbury y Charmouth ; todas ellas poblaciones meridionales, situadas en la costa ó cerca de ella. Por ese orden desfiló la tropa delante de nosotros, con la mayor rudeza y descaro, llevando las gorras echadas al cogote y dejando en pos de sí un rastro de olor á tabaco, al modo que un caballo cansado deja en la ruta que sigue el tufo de su aliento. En cuanto á su número tal vez fueran unos cuatrocientos poco más ó menos.

La columna siguiente llevaba en primer término á los labriegos de Rockbere, armados de mazos y guadañas, á los que seguía la bandera de Honiton, defendida por doscientos fornidos operarios de artículos de pasamanería, procedentes de las riberas del Otter. Estos hombres mostraban en el color de su rostro que el trabajo á que se dedicaban no los exponía al rigor de la intemperie, pero aventajaban á sus paisanos los labriegos en despejo y aire militar. En realidad, en todas las tropas observamos que, si bien los campesinos sobresalían por su resistencia y denuedo, los artesanos los aventajaban en asimilarse de una manera más rápida el garbo y espíritu de la milicia. Detrás de los voluntarios de Honiton, venían los operarios puritanos de las fábricas de paños de Wellington con su alcalde montado en un caballo blanco junto al que llevaba la enseña de la villa y una banda de veinte instrumentos en primera línea. Estos en su mayoría eran hombres de aspecto grave y austero semblante y usaban trajes de color gris con sombreros de ala ancha. El mote escrito en el estandarte que llevaban decía : *Por Dios y por la Fe*. Formaban tres fuertes compañías, y todo el regimiento contaría cerca de seiscientos hombres.



El tercer regimiento llevaba al frente quinientos infantes de Taunton, hombres todos de vida pacífica dedicada á la industria, pero profundamente imbuidos en los grandes principios de la libertad civil y religiosa, que tres años después habían de predominar en toda Inglaterra. Al entrar por las puertas de la ciudad, fueron saludados con atronadoras aclamaciones por sus convecinos, desde lo alto de las murallas y desde las ventanas. El orden y seguridad que se advertía en sus filas y la franqueza y honradez de sus semblantes me parecieron indicar que dominaba en ellos un espíritu de disciplina y de concienzuda laboriosidad. Detrás de ellos venían los contingentes de Winterbourne, Ilminster, Chard, Yeovil y Collumpton, compuestos cada uno de un centenar de piqueros ó más, que hacían ascender el total del regimiento á cerca de mil hombres.

Junto á ellos avanzó al trote un escuadrón de caballería, seguido de cerca por el cuarto regimiento, que llevaba en la vanguardia los estandartes de Beaminster, Crewkerne, Langport y Chidiock, pacíficas aldeas del condado de Somerset, que habían enviado todos sus hombres hábiles para pelear en favor de la vieja causa. Varios ministros puritanos, con sus picudos sombreros y mantos de Ginebra, negros en otro tiempo, pero blancos ahora con el polvo del camino, marchaban con paso firme y resuelto entre sus feligreses. Después, apareció una nutrida compañía de rústicos pastores, oriundos de las grandes llanuras que se extienden desde la región de los Blackdowns en el Sur hasta los Mendips en el Norte; hombres por cierto muy diferentes de los Corydones y Títiros, que nos pintan maese Waller ó el amigo Dryden, los cuales suelen estar siempre vertiendo lágrimas de amor y tañendo alguna zampoña quejumbrosa. Mucho recelo que Cloe ó Filis hubieran hallado demasiado toscas las amorosas atenciones de estos salvajes de Occidente. A continuación vimos á los mos-

queteros de Dorchester, á los piqueros de Newton Pophleford, seguidos de un cuerpo de vigorosa infantería reclutado entre los tejedores de estameña de Santa María de Ottery. Este cuarto regimiento contaba más de ochocientas plazas, pero era inferior en armamento y disciplina al que le había precedido.

A la cabeza del quinto regimiento marchaba una columna de gente de los marjales, natural de los tristes territorios fronterizos (marcas) que se extienden alrededor de Athelney. Estos hombres habían conservado en los sórdidos y sombríos lugares que habitaban el mismo espíritu de intrépida independenciam que sirvió de último arbitrio al rey Alfredo en tiempos antiguos y de protector escudo á los condados occidentales contra las incursiones de los daneses, que nunca pudieron abrirse paso por el territorio pantanoso de aquellos condados, defendido por baluartes inexpugnables. Dos compañías de voluntarios, que se distinguían por sus estoposas cabezas y piernas desnudas, no menos que por el fervor con que cantaban sus himnos y rezaban sus oraciones, habían venido de las guájaras pantanosas de Occidente para prestar su ayuda á la causa protestante. En pos de ellos seguían los leñadores y hacheros de Lidiard del Obispo, robustos y de elevada estatura, luciendo verdes chaquetones, y los aldeanos de Huish Chamflower, célebres por sus blancas camisas. La retaguardia del regimiento constaba de cuatrocientos hombres que usaban chaquetas rojas, con tahalís blancos y mosquetes bien bruñidos. Eran éstos desertores de la milicia del condado de Devon, y habían marchado con Albemarle desde Exeter y alcanzado á Monmouth en el campamento de Axminster. Iban juntos formando una división; pero había otros muchos milicianos con chaquetas rojas y amarillas entre los varios cuerpos anteriormente descri-

tos. El regimiento de que hablo tendría unos setecientos hombres.

La sexta y última columna de infantería llevaba por avanzadas los campesinos de Minehead, que enarbolaban una bandera con el nombre de su villa y la divisa formada por tres fardos de lana y un barco velero, los cuales constituían las armas de aquel antiguo lugar, dotado del privilegio de representación parlamentaria como tantos otros *boroughs*. La mayor parte de estos últimos voluntarios habían venido de la región salvaje situada al norte del castillo de Dunster junto á las márgenes del canal de Bristol. Marchaban luego los cazadores furtivos y monteros de Porlock Quay, los cuales habían dejado los ciervos de Exmoor pastando en paz, mientras ellos emprendían una campaña más noble. Inmediatamente aparecieron los contingentes que procedían de Dulverton, Milverton, Wiveliscombe y de las soleadas laderas de los Quantocks junto con los atezados y arrogantes moradores de los desiertos páramos de Dunkerry Beacon y los elevados y fornidos yegüeros y ganaderos de Bampton. Las banderas de Bridgewater, Shepton, Mallet y de Nether Stowey pasaron junto á nosotros con la de los pescadores de Clovelly y los picapedreros de los Blackdowns. Al final venían tres compañías de hombres extraños, de estatura gigantesca, aunque algo encorvados por el trabajo, con luengas é hirsutas barbas y revueltas greñas que les caían sobre los ojos. Estos eran los mineros de los cerros de Mendip y de los valles de Oare y Bagworthy, gente ruda y bravía, cuyos ojos se fijaban asombrados en los vestidos de terciopelo y brocado de los ciudadanos de Taunton ó bien se clavaban con feroz intensidad, causa de medrosa inquietud para los últimos, en las damas que los miraban sonrientes. De este modo fué desenvolviéndose la prolongada línea, hasta que terminó con los tres escuadrones de caballería y los cuatro pequeños ca-

ñones, servidos por artilleros holandeses de chaquetilla azul, tan rígidos como sus escobillones, y que formaban la retaguardia. Un largo tren de carros y vagones que había seguido al ejército fué conducido á los campos inmediatos á las murallas y en ellos hizo alto.

Cuando hubo pasado el último hombre por la Puerta de Shuttern, Monmouth y sus jefes penetraron por ella, yendo el alcalde junto al estribo del rey. Mientras saludábamos, la comitiva volvió el rostro hacia nosotros y pude advertir que brilló en el pálido semblante de Monmouth un rápido destello de sorpresa y satisfacción al advertir nuestras apretadas líneas y porte militar.

—A fe mía, caballeros—dijo, volviéndose á su Estado Mayor,—nuestro excelente amigo, el alcalde, debe de haber heredado los dientes del dragón de Cadmo (1). ¿De dónde habéis sacado esta gente tan lucida, sir Esteban? Y ¿cómo habéis llegado á tal perfección de indumentaria, que hasta estoy viendo el cabello empolvado de los granaderos?

—Tengo mil quinientos hombres en la ciudad—respondió con orgullo el anciano fabricante de géneros de lana,—pero no puedo decir que todos posean la misma instrucción. Este destacamento procede de Wiltshire, y los oficiales, de Hampshire. En cuanto á la organización militar que en él advertís, la honra se debe no á mí, sino al veterano coronel Décimus Saxon, á quien han nombrado su jefe, así como á los capitanes que sirven á sus órdenes.

—Os doy expresivas gracias, coronel—dijo el rey volviéndose á Saxon, quien se inclinó y tocó la tierra con la punta de su espada,—y también á vosotros,

(1) Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia y hermano de Europa, según la fábula, dió muerte en Tebas al dragón que guardaba el pozo de Aras y sembró sus dientes, de los que salieron hombres armados.

caballeros. No olvidaré el celo y lealtad que en tan breve espacio de tiempo habéis sabido traerme desde Hampshire. ¡Ojalá que me fuera dado hallar iguales pruebas de generosa abnegación en esferas más elevadas! Pero, coronel Saxon, me dicen que habéis militado largos años en el extranjero. ¿Qué pensáis del ejército que acaba de desfilarse ante vos?

—Si place á Vuestra Majestad—respondió Saxon,—podría compararse á una buena cantidad de lana en bruto, que aunque presenta un aspecto rudo y tosco, puede con el tiempo convertirse en un rico y vistoso traje.

—¡Hum! No disponemos de mucho tiempo para la operación del tejido—dijo Monmouth.—Pero pelean bien. Habíais de haberlos visto embestir en Axminster. Esperamos teneros en nuestro Consejo y oíd vuestras opiniones. Pero ¡calle! yo he visto antes de ahora el rostro de este caballero.

—Es el honorable sir Gervasio Jerónimo del condado de Surrey—repuso Saxon.

—Tal vez me haya visto Vuestra Majestad en el palacio de San Jacobo—respondió el *baronet*, quitándose el sombrero—ó en los balcones de Whitehall. Durante los últimos años del difunto rey asistía con mucha frecuencia á la corte.

—Sí, sí. Recuerdo el nombre y también el semblante—exclamó Monmouth.—Ya veis, señores—continuó, volviéndose á su séquito;—al fin, comienzan á venir los cortesanos. ¿No fuisteis vos quien tuvo el duelo con sir Tomás Killigrew detrás de la Casa de Dunquerque? Por lo menos, tal había creído. ¿No querriais pertenecer al personal de mi servicio?

—Si place á Vuestra Majestad—respondió sir Gervasio,—opino que podría servir mejor á la real causa continuando á la cabeza de mis mosqueteros.

—¡Sea así! ¡Sea así!—dijo el rey Monmouth.

Picando espuelas al caballo, se quitó el sombrero

para responder á las aclamaciones de la tropa y partió á medio galope por la calle Alta entre una lluvia de flores arrojadas desde los tejados y ventanas sobre él y sobre su Estado Mayor y escolta. Nosotros nos habíamos incorporado, conforme á las órdenes del coronel, de suerte que tuvimos nuestra participación en aquel obsequio. Rubén agarró en el aire una de las rosas que caían, y pude observar que se la llevó á los labios, guardándola luego dentro del peto. Al levantar la vista sorprendí la cara sonriente de la hija de nuestro huésped que nos miraba desde una ventana.

—¡ Bien pescada, Rubén! —le dije en voz baja. —En los juegos de manos, lo mismo que en el del cayado ó la pelota, siempre fuiste nuestro campeón.

—Mi querido Miguel—respondió,—bendigo el día que te seguí á la guerra. No me cambiaría hoy por el mismo Monmouth.

—¿ Tanto has progresado?—pregunté.—A la verdad, creí que estabas abriendo las trincheras; pero veo que me hablas como si hubieras tomado la ciudad.

—Quizá me dejo engañar de mis esperanzas—respondió perdiendo súbitamente su entusiasmo, como suele ocurrir á los enamorados que se tornan de arrebatados en fríos, á modo de los que padecen terciana ú otra dolencia análoga.—Dios sabe que no la merezco, pero, no obstante...

—No pongas tus ambiciones en lo que pudiera resultar superior á tus facultades—le repliqué.—El viejo es rico y ha de apuntar muy alto.

—Desearía que fuera pobre—suspiró Rubén, con todo el egoísmo de un enamorado.—Si esta guerra continúa, podría conquistarme algún honor ó título. ¿ Quién sabe? Otros lo han hecho; ¿ por qué no habré de ser yo uno de tantos?

—Pues, señor... de los tres que hemos venido de Havant—observé,—el uno se siente arrastrado por

la ambición ; y el otro por el amor. ¿Qué voy á hacer yo no importándome nada ni los altos puestos ni los bonitos rostros de las muchachas? ¿Qué motivos han de impulsarme á combatir?

—Las razones que nos mueven á nosotros son circunstanciales ; pero las tuyas pertenecen á un orden superior—dijo Rubén.—El honor y el deber, Miguel, son las dos estrellas que han de guiarte siempre en tu carrera.

—¡ Por vida mía, que la señorita Ruth te ha enseñado á decir lindas cosas !—exclamé ;—pero me parece que ahora podremos verla aquí entre las bellezas de Taunton.

Mientras decía esto, penetrábamos en la plaza del mercado, que á la sazón estaba ocupada por nuestras tropas. Alrededor de la cruz se había formado un grupo de jóvenes vestidas de muselina blanca, sobre la que resaltaban sus ceñidores azules. A' aproximarse el rey, estas tiernas doncellas se adelantaron hacia él con gracioso garbo, y le ofrecieron una bandera bordada por ellas y un ejemplar de la Biblia elegantemente encuadernado y con broches de oro. Monmouth tomó la bandera y la entregó á uno de sus capitanes ; pero colocó el libro sobre su cabeza diciendo en voz alta que había venido allí para defender las verdades contenidas en él ; con lo cual los vítores y aclamaciones estallaron con redoblado vigor. Creyóse que hablaría al pueblo desde la cruz, pero se contentó con permanecer junto á ella, mientras los heraldos proclamaban sus títulos á la Corona, é inmediatamente dió la orden de dispersarse, acudiendo las tropas á los diferentes centros donde se les había preparado la comida. El rey y los principales personajes que le acompañaban se hospedaron en el castillo, y los demás jefes en las casas de los principales vecinos y en la residencia del alcalde. En cuanto á los soldados rasos, un gran número de ellos fueron alojados entre los vecinos, otros

acamparon en las calles y en los alrededores del castillo, y los restantes fijaron sus reales en los campos de las afueras de la ciudad, donde hicieron grandes hogueras y pudieron asar succulentas raciones de carnero y beber cerveza en abundancia, como si la expedición que habían emprendido para conquistar la capital del reino fuera una gira campestre realizada en un día festivo.

APENDICE

NOTA A.—*Odio que los puritanos tenían á la instrucción.*

A pesar de que los Independientes y Anabaptistas contaron en sus filas hombres de letras, tan eminentes como Juan Milton, el coronel Hutchinson y otros, manifestaron una profunda aversión al estudio, la cual ha sido comentada por escritores de diversos matices políticos. El doctor South observa en sus sermones que se «clamaba contra toda clase de estudios, de suerte que los mejores predicadores entre ellos eran los que no sabían leer, y los mejores teólogos los que eran incapaces de escribir sus nombres. En las predicaciones se preciaban de seguir la inspiración del Espíritu Santo de tal suerte que algunos de ellos difícilmente sabían deletrear una carta. Ser ciego se consideraba como una condición especial para servir de guía en asuntos espirituales; y para ellos los términos «instruído» é «irreligioso» eran equivalentes. Sólo á los artesanos y operarios mecánicos les era dable tener la inspiración; y únicamente los que ejercían las profesiones manuales gozaban de la consideración de apóstoles por el estilo de San Pablo, exigiéndoseles que supieran hacer un púlpito antes de predicar en él.

En la colección de trovas leales, reimpressa en 1731, el poeta realista insiste en poner de relieve estos mismos caracteres:

¡ Abajo universidades
Donde se enseña la ciencia,
Porque emplean y defienden
El lenguaje de la bestia!

Proscribamos los doctores,
Y sus disputas y escuelas.
Abajo todo y entonces...
¡ Bravo! ¡ La victoria es nuestra!

NOTA B.—*Sobre la velocidad de los correos.*

Difícil nos es en estos tiempos del vapor y la electricidad comprender lo mucho que tardaba un despacho en llegar á su destino en el siglo diez y siete, aun en los casos más urgentes. Monmouth desembarcó en Lyme en la mañana

de un jueves 11 de junio. El alcalde *tory* de Lyme, Gregorio Alford, salió inmediatamente para Honiton, donde despachó un mensajero al Consejo Privado. A pesar de eso, hasta las cinco de la mañana del sábado, 13, no llegó la noticia á Londres, teniendo que recorrer sólo 156 millas.

NOTA C.—*Sobre los derechos dei que presta un caballo.*

La dificultad indicada por Décimus Saxon acerca del derecho que tiene el que presta un caballo en el botín ganado por el jinete, se encuentra discutida frecuentemente por los escritores coetáneos, que tratan de los usos de la guerra. Una ilustre autoridad dice: «*Praefectus turmae equitum Hispanorum, cum proelio tuba caneret, unum ex equitibus suae turmae obvium habuit; qui questus est quod paucis ante diebus equum suum in certamine amiserat, propter quod non poterat imminenti proelio interesse unde jussit Praefectus ut unum ex suis equis conscenderet et ipsum comitaretur. Miles, equo conscenso, inter fugandum hostes, incidit in ipsum ducem hostilis exercitus, quem cepit et consignavit Duci exercitus Hispani, quique a captivo vicena aureorum millia est consequutus. Dicebat Praefectus partem pretii hujus redemptionis sibi debere, quod miles equo suo dimicaverat, qui alias proelio interesse non potuit. Petrinus Bellus affirmat se, cum esset Bruxellis in curia Hispaniarum Regis de hac quaestione consultum et censuisse, pro Praefecto facere aequitatem quae praecipue respicitur inter milites, quorum controversiae ex aequo et bono dirimendae sunt; unde ultra conventa quis obligatur ad id quod alteri praestare oportet (*).*» El caso, según parece, se resolvió en definitiva contra el capitán que había prestado el caballo.

NOTA D.—*Sobre la pronunciación de los galancetes de la corte.*

La sustitución de la *á* por la *ó* era una afectación común en el lenguaje de los elegantes de aquel período, como puede

(*) Al hacer la trompeta señal de comenzar el ataque, se presentó á cierto jefe de la caballería española uno de sus soldados, quejándose de no poder tener parte en la próxima batalla por haber perdido el caballo en un desafío, pocos días antes. El jefe le mandó montar en uno de sus caballos y acompañarle en la refriega. Hízolo así el soldado, y al perseguir á los enemigos en su fuga, cayó por casualidad sobre el mismo general del ejército enemigo. al que hizo prisionero y entregó al general del ejército español, el cual obtuvo del cautivo veinte mil escudos de oro como precio de

verse en el *Relapse* de Vanbrugh. El famoso Titus Oates, en su exagerado empeño de seguir los preceptos de la moda, se excedió en esta extravagancia; y sus gritos de «¡ Oh, Lard! ¡ Oh, Lard!» eran exclamaciones familiares en Westminster, cuando el doctor por la universidad de Salamanca estaba en el apogeo de su nombradía.

NOTA E.—*Relojes de arena en los pulpitos.*

En aquel tiempo había la costumbre de poner un reloj de arena en una armazón de hierro al lado del púlpito de modo que la concurrencia toda pudiera ver cuando caía la arena. Se le invertía en el momento en que el predicador anunciaba el texto, y seguramente se aplicaba el dictado de holgazán al que no proseguía el sermón hasta que la arena hubiera cesado de caer. Cuando el orador pasaba de ese límite, el auditorio daba á entender por medio de garraspeos y bostezos que había recibido ya más alimento espiritual del que podía digerir. Sir Rogelio L'Estrange («Fables» Parte II., Fab. 262) nos habla de un célebre hilvanador de textos, que habiendo agotado su clepsidra, y estando á la mitad de otra, fué detenido en su carrera por un valiente sacristán, que se puso en pie y salió del templo diciendo al predicador: «cuando hayáis terminado, señor, haced el favor de cerrar y dejar la llave debajo de la puerta».

NOTA F.—*Extraños desórdenes y ruidos de la vieja Casa de los Espantos en Burton el Menor.*

Las circunstancias á que el alcalde hizo referencia al aludir al Tamborilero de Tedsworth eran probablemente bien conocidas y no necesitaban exponerse con minuciosidad. El embrujamiento de la vieja casa de los espantos ó duendes en Burton debía ser un suceso reciente en aquella época para la gente del condado de Somerset; porque los hechos ocurrieron en 1677. Tal vez ofrezcan algún interés los breves relatos que hallamos en documentos coetáneos.

rescate. El capitán reclamó una parte de esa cantidad alegando que el soldado había ido al combate con su caballo, y que de otro modo no hubiera podido tener parte en la refriega. Petrinus Bellus afirma que, habiéndosele consultado sobre esta cuestión en la curia del rey de España en Bruselas, manifestó su opinión de que debía hacerse al capitán la justicia que principalmente debe aplicarse á los soldados, cuyas disputas y contiendas han de dirimirse conforme á los principios de la equidad y de la conveniencia, según los cuales cada uno está obligado, además de lo estrictamente convenido, á todo aquello que debe prestar á otro.

«La primera noche que estuve allí con Hugo Mellmore y Eduardo Smith, oyeron un ruido como si estuvieran lavando con agua encima de ellos. Entonces, los individuos mencionados tomaron una candela y subieron á las habitaciones superiores, donde se les arrojó un trapo mojado que cayó en las escaleras. Como ellos siguieron adelante cayó como anteriormente otro paño mojado; y cuando entraron en la habitación vieron una vasija con agua que blanqueaba como si hubieran puesto en ella jabón. Precisamente esa vasija había estado antes en la cocina y no podía haber sido transportada á los cuartos superiores, sino pasando por la pieza, donde ellos estaban. Inmediatamente se oyó un ruido terrible, semejante al estruendo de un trueno, y poco después fuertes arañazos en un catre, seguidos de terribles martillazos contra la cabecera de la cama, de suerte que las dos niñas que estaban en ella comenzaron á gritar pidiendo auxilio. Entonces subieron corriendo las escaleras, y hallaron el martillo en la cama y, en la cabecera del catre, cerca de un millar de señales del martillo. Las niñas dijeron que una mano con uñas muy largas las había arañado y pellizcado.

»La segunda noche que estuvieron allí Jacobo Sherring y Tomás Hillary, el primero se sentó en la chimenea á llenar de tabaco su pipa. Valióse de las tenazas para tomar una brasa con que encender la pipa y muy luego esas mismas tenazas fueron llevadas al cuarto de arriba y arrojadas en la cama. Aquella misma noche una de las muchachas dejó sus zapatos junto al hogar y fueron transportados al dormitorio, mientras los del viejo desaparecieron del lugar que ocupaban en éste y pasaron á ocupar en la cocina el sitio de los de la chica. Al subir por la escalera, se les vinieron encima muchos objetos, que momentos antes estaban en el cuarto bajo; y cuando bajaron cayeron sobre ellos los calzones del viejo.

»Otra de las noches, entró en la casa un arzón desprendiéndose de una percha que había á la entrada, y anduvo saltando por el interior, de mesa en mesa. Todo esto les molestó bastante hasta que le rompieron en pequeños trozos y le arrojaron á la carretera. De esta suerte continuaron por algunas semanas los sucesos extraños acompañados de golpes, rasguños, traslaciones de objetos pesados y otras cosas raras que pudieron atestiguar todos los que estaban en la aldea, hasta que al fin cesaron tan repentinamente como habían venido.»

NOTA G.—*Avance de Monmouth en el Oeste.*

Durante la marcha triunfal de Monmouth por los condados de Occidente, algunos años antes de la rebelión, el duque

se aventuró á lucir en su escudo los leones de Inglaterra y las flores de lis de Francia sin el siniestro bastón. Una demostración de peor agüero fué la de haberse propasado á ser instrumento de la curación de las escrófulas por el contacto. Insertamos á continuación una carta, sacada de la colección de opúsculos que se conserva en el Museo Británico y quizá tenga interés, como testimonio directo de la eficacia casual de ese curioso procedimiento.

«Relato de una curación extraordinaria de la escrófula en el que aparece honrado el duque de Monmouth en su avance por el oeste de Inglaterra.

»Esa relación se contiene en una carta procedente de Crewkhorn, en Somerset, escrita por el ministro de la parroquia y en la que deponen otros muchos testigos.

«Los abajo firmados, certificamos la curación milagrosa de una muchacha de esta ciudad, de cerca de veinte años, llamada Isabel Parcet, hija de una pobre viuda, que había enflaquecido con la dolencia de las escrófulas, que pudiera llamarse la peor de todas. A la edad de diez ó doce años, tenía en la mano derecha cuatro llagas abiertas, una en la palma y tres en el reverso con otras dos más en el mismo brazo, una en el puño y otra cerca de la articulación del codo. Además tenía debajo de los sobacos un gran tumor, que, según los médicos, era la causa de las seis llagas en supuración. El mismo humor le había afectado el ojo izquierdo, de modo que casi estaba ciega. Su madre, temiendo que perdiera la vista y falta de medios para enviarla á Londres á fin de que fuera tocada por el rey, no permitiéndoselo su extremada pobreza unida á la circunstancia de tener muchos hijos y de que esta muchacha era inútil para el trabajo, en el deseo de obtener la curación de la enferma pidió ayuda á los cirujanos, los cuales trataron á la enferma durante algún tiempo sin conseguir aliviarla. Viajó también diez ú once millas en busca de un *séptimo hijo*, pero todo fué en vano. No quedaba esperanza alguna, y la doliente se resignó á morir.

»Pero, hallándose en situación tan desesperada, Dios, que es el gran médico, le inspiró, cuando más extenuada se sentía, lo que había de hacer para sanar, y era ir á ver al duque de Monmouth y procurar su contacto. La muchacha dijo á su madre que sólo con que pudiera tocar al duque quedaría bien. Reprendióla la buena mujer tan necio proyecto, pero la enferma insistió en persuadir á su madre en que había de ir á Lackington, á ver al duque, que á la sazón estaba con el señor Speaks. «Ciertamente,—decía—sanaría, si pudiera tocarle». La madre despreciaba tales instancias, pero, cuan-

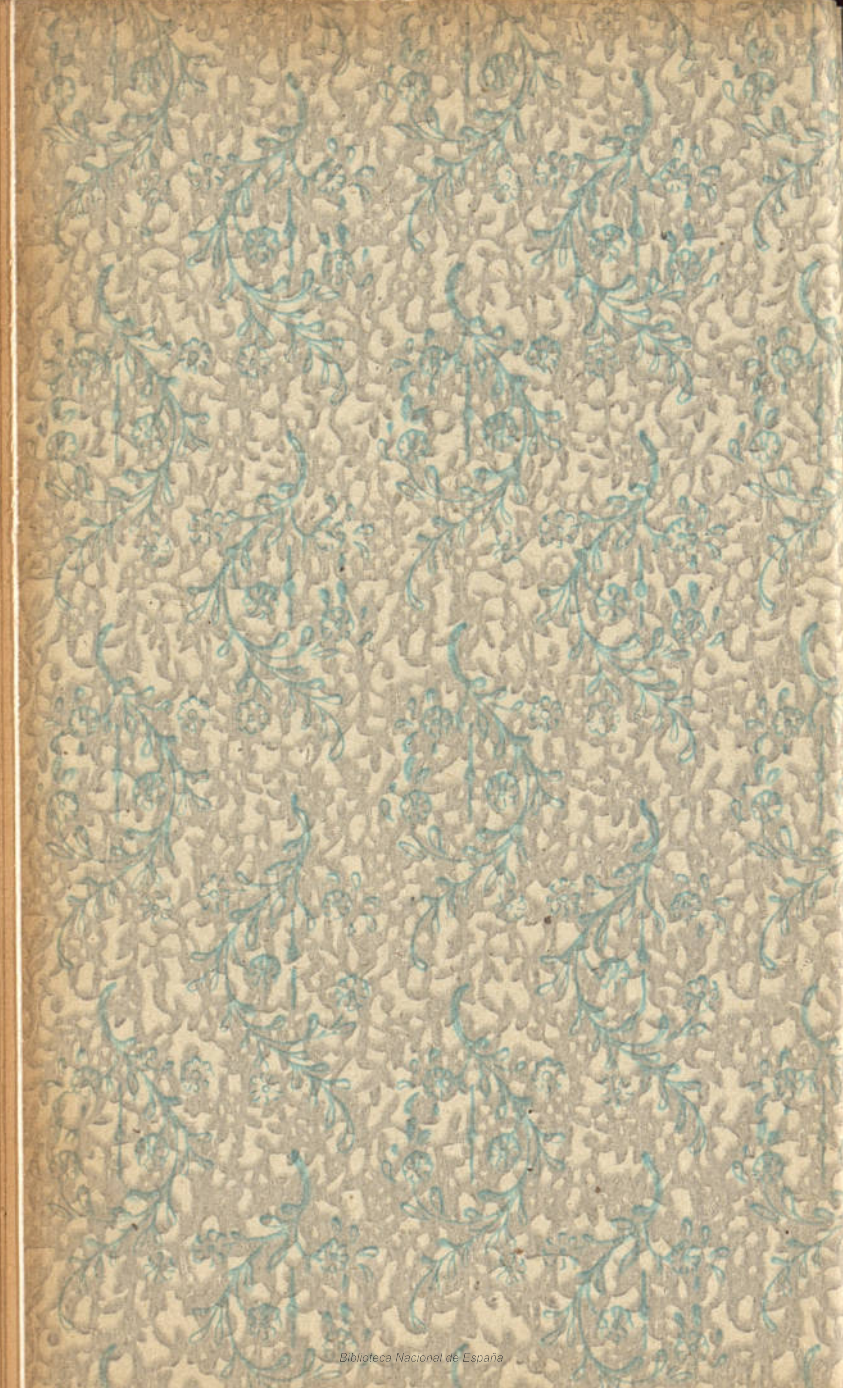
to más la reprendía, tanto mayor empeño tenía la muchacha en poner por obra su pensamiento. Pocos días después, habiendo sabido la enferma que sir Juan Sydenham intentaba tener una entrevista con el duque en White Lodhe en el Parque de Henton, fué á aquel lugar con muchos de sus vecinos, y aguardó la venida del duque. Cuando le vió se abrió paso por la multitud y le asió la mano enguantada, teniendo ella cubiertas las heridas con otro guante. No satisfecha con esta primera tentativa de haber tocado su guante solamente, se resolvió á acercarse nuevamente á él para tocarle la piel desnuda. La pobre muchacha, luchando entre temores y esperanzas, aguardó el paso del duque. De pronto llegaron noticias de que se acercaba; y entonces la escrofulosa desgarró su guante para estar preparada y lo hizo con tal precipitación que se le abrieron las heridas y hasta se desgarró la piel. El guante del duque, por disposición de la Providencia tenía recogida la parte superior, dejando al descubierto la muñeca. Avanzó la muchacha y le asió de la muñeca con la mano llagada diciendo: «¡Dios bendiga á Vuestra Alteza!» y el duque respondió «¡Dios os bendiga!» Llena de alegría por el buen éxito de su diligencia, volvió á donde estaban sus amigos y les aseguró que al presente estaría bien. Llegó á casa de su madre con gran alegría y refirió cómo había tocado la mano del duque. Al oír la madre su relación, la reprendió ásperamente su atrevimiento, diciéndole que cómo se había atrevido á hacer tal cosa y amenazándole con golpearla. Ella exclamó: «¡Oh madre, volveré á estar buena y á curarme de mis heridas!» Y, disponiéndolo así el Todopoderoso, con gran asombro de cuantos lo presenciaron, las seis heridas se secaron rápidamente, el ojo quedó perfectamente bien y la muchacha gozó de buena salud. Todo lo cual nos ha sido manifestado por la madre y la hija, así como también por los vecinos que la conocen.

»Enrique Clark, ministro; capitán Jacobo Bale, etc., etc. El que dude de la verdad de esta relación puede ver el original que está en poder de las personas mencionadas en el Café de Amsterdam calle de Bartolomé, Lonja Real.»

A pesar de la incultura que se advierte en el estilo de la narración hay en ella cierto dejo de sentimiento humanitario que la hace digna de ser reproducida.

FIN DEL TOMO PRIMERO





BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104239480

